



# ¿ES BROMA?

Tamara Kruger

**¿Es broma?**

**Tamara Kruger**

¿Es broma?

Primera edición: mayo de 2016

ISBN-13: 978-1533336460

ISBN-10: 1533336466

© Tamara Kruger

Todos los derechos reservados

[esbroma.lanovela@gmail.com](mailto:esbroma.lanovela@gmail.com)

# Agradecimientos

Los caminos que recorreremos para llegar a nuestro destino siempre están acompañados de dificultades, alegrías, tropiezos y un sinnúmero de emociones que muchas veces no se logran identificar.

Este recorrido va unido a muchas personas que te alientan, apoyan y también empatizan con tus caídas y tus logros, sin ellos es casi imposible alcanzar tus anhelos.

En primer lugar, quiero dar las gracias a mi editora y profesora Covadonga González-Pola Jaquete, por haber explotado lo mejor de mí. Sin sus enseñanzas, su paciencia, constancia y trabajo de calidad, no habría podido lograr este momento.

Deseo también agradecerlo a la familia Fuentes en su totalidad, y la generosidad que han tenido al compartir el nombre de mi abuela y dejar que lo pueda llevar con orgullo, con una mención especial a Karen Nanjarí, que ha estado todos estos años junto a mí.

A todos mis amigos, especialmente Ximena Muñoz, que me abrió la puerta a la literatura y el amor por los libros. Jeannette Pinochet, que me ha apoyado en todo este camino, con mucha paciencia, aceptando mis momentos dispersos.

A mi amigo escritor Manuel Iturriaga, que me impulsó con su energía a creer en lo que hago.

A Cecilia Espinoza, gracias por la dedicación a mi familia y especialmente a mis hijos. Mi familia ha sido y será el pilar fundamental que forma el equilibrio en mi interior.

A mi madre Ximena Martínez gracias a su tenacidad y esfuerzo logró torcer la mano al destino.

A mis hijos Leonor y Benjamín, por soportar horas interminables de trabajo de su madre en el computador.

Y, por supuesto, a mi marido Leonardo, gracias por tu amor incondicional todos estos años, por siempre creer en mí y darme su apoyo para poder alcanzar mis sueños.

*Dedicado a Luz Aurora Kruger*

# Capítulo 1

Amanda observó la oscuridad a través de los cristales y abrió los ojos al percibir que el carro desaceleraba su marcha. El metro de Santiago se detuvo en el interior del túnel y de los altoparlantes le llegó la voz aguda del conductor.

—Señores pasajeros, se presentó un inconveniente en el sistema eléctrico de las vías, pedimos su comprensión y colaboración, mientras solucionamos el problema a la mayor brevedad.

“Voy a llegar atrasada”, pensó. Buscó en el interior de su cartera el móvil y la hora le indicó que no lo iba a lograr. Rodeó los ojos poniéndolos en blanco. Trató de acomodarse entre la multitud que la mantenía presionada y no logró moverse nada más que un par de centímetros.

El horario en el que se trasladaba no la favorecía. La gran afluencia de público se hacía presente en su entorno, al encontrarse en la hora punta. Estaba por enfrentar su primer día laboral y claro, que a ella le podía ocurrir quedar atrapada. Maldijo, ya era muy tarde.

Sus pies comenzaron a quejarse, por su mala elección de botas altas de ese día. Su idea había sido quitarse la imagen juvenil y cambiarla por una más profesional y adulta. Recordando los comentarios de manera constante que realizaban sus amigos en relación a su aspecto infantil.

Sonrió al recordar las veces que no había podido ingresar a algún bar, por ser catalogada como una menor de edad. Desde ese momento había tenido que llevar consigo su identificación, ya que su mejor amiga la había amenazado con degollarla si debían volver a quedar excluidas de alguna fiesta.

Contempló a su alrededor y pudo acceder a un hilo de aire fresco que se filtró por la ventana. La temperatura comenzaba a subir y si el tren no reanudaba su marcha, el sudor surgiría en su piel. Sintió la presión de las personas sobre su cuerpo y al descender su mirada, se espantó al observar su maletín doblado. Trató de acomodarlo, pero le fue imposible.

Suspiró y realizó una mueca de disgusto, ya que el trabajo que había realizado hasta la madrugada se comenzaba a destruir.

—Alguien se debe haber lanzado al metro —dijo una voz femenina a su lado.

—¿Es broma? —dijo Amanda.

Examinó a la mujer de traje ejecutivo y uñas perfectas que golpeaba su pie contra el suelo con rapidez. La asemejó a su nueva jefa esperándola impaciente en su trabajo. Desvió la mirada y esgrimió una exhalación. La hora avanzaba y llegaría tarde.

—Una vez que sucedió estuvimos casi media hora encerrados —pronunció un joven a su izquierda.

—También es posible que nos soliciten descender del vagón y nos hagan salir —volvió hablar la mujer ejecutiva.

—¿Es eso posible? —Amanda se comenzó a impacientar. Maldijo por haber rechazado a su hermana cuando ofreció llevarla. Comenzó a repiquetear con su mano de manera inquieta sobre su bolso.

El grito de una voz masculina a su lado la hizo girar. “¿Qué diablos?”, pensó. Ella también tenía problemas y no estaba gritando de manera desahogada. Aunque no era mala idea para que los sacaran de ahí.

El hombre discutía por su teléfono algo en relación a un proyecto, por lo que pudo escuchar. Sintió

cierto alivio al darse cuenta que no era la única encerrada y complicada a esa hora.

Observó su celular que le informó que llevaban cinco minutos estancados y ante la ansiedad volvió a ejercer presión sobre su bolso de mano, hasta que sus nudillos se tornaron blancos. Con su mirada recorrió el lugar, buscando alguna forma de hacer que el vagón se moviera. Contempló el freno de seguridad, si lo activaba tendrían que bajarlos. “Que eres idiota”, pensó, “el tren ya está detenido”.

Un nuevo grito a su lado la hizo saltar, el hombre continuaba alterado al teléfono. Lo miró con la intención de hacerle notar su molestia, ya que no estaba ayudando con su mal genio a los demás encerrados ahí. Mantuvo unos segundos sus ojos sobre él, pero el hombre no le prestó atención. Al parecer el problema que lo aquejaba era más importante.

Se encontró con la mirada de la ejecutiva y se realizaron un gesto de “que le vamos hacer, hay gente chalada en todos lados”. Al menos eso fue lo que dijo ella con su expresión.

Volvió a su móvil y los minutos avanzaban, su pierna comenzó a golpear el suelo, al ritmo de la ejecutiva en una coreografía de nerviosismo. Pensó en buscar sus audífonos en el interior de su bolso, la música la podría ayudar a distraerse. “No”, su cabeza gritó, “necesito salir de aquí ahora”.

El hombre a su lado volvió alzar la voz y, esta vez, Amanda le dedicó una mirada asesina. El alivio que momentos antes había compartido con él, se transformó en clara ofuscación. Los ojos claros y profundos del hombre se posaron sobre ella un instante y levantó sus hombros en un gesto de ¿cuál era el problema?

Amanda sacudió su cabeza haciéndole notar su enfado, pero a él no le importó, ya que solo desvió su atención y continuó con su conversación telefónica. Por su apariencia pudo dilucidar que tendría unos treinta años, pero para ser tan joven era bastante gruñón. Su traje oscuro a la medida, acompañado de su camisa blanca y su maletín de cuero, le daban un toque bastante formal. Pensó que tal vez llegaba tarde a una reunión.

Tensó su rostro y se balanceó de un lado a otro, no le interesaba, tenía sus propias preocupaciones y una de ellas era llegar a tiempo. El carro continuaba detenido y como lo había pensado el sudor la comenzó a invadir bajo su blusa.

Cuando fue apartar su mirada, el hombre sonrió y escarbó de forma descuidada su cabello. La expresión de sus ojos cambio y pudo notar como su cara se iluminaba. Ya no pudo apartar su vista, era atractivo.

Amanda cerró su boca al darse cuenta que se había abierto y se sorprendió del impacto que le produjo su expresión. Trató de recordar la última vez que le atrajo un hombre por su apariencia y la imagen se volvió difusa. Se preguntó si su olor sería igual de agradable que su aspecto.

Después de su última decepción amorosa, no buscaba ninguna relación ni casual, ni permanente. Solo quería enfocarse en sus estudios y en la actualidad a su nueva experiencia laboral. Aunque, si la invitaba a salir le daría una oportunidad, solo tendría que pasar una prueba clave para ella, el aroma.

“Amanda, no estás en un bar es el metro y tienes que llegar a tu trabajo y si no te diste cuenta ya llevas diez minutos encerrada”, su cabeza le gritó.

Desvió su atención hacia otro sector del vagón, sus ojos se encontraron con los de una joven estudiante, por su vestimenta dedujo que tendría unos quince años, algo en su mirada la alertó. Un hilo de sudor se posaba sobre su frente y sus ojos indicaron que algo le incomodaba.

Amanda la contempló, tratando de descubrir qué la mantenía inquieta, y claramente nerviosa. Giró un poco más su cabeza hacia atrás, observando a un hombre demasiado cerca de la joven, tanto que trasapaba su espacio personal.

Examinó al tipo y lo primero en notar fue una cicatriz sobre su pómulo, que lo hacía parecer un delincuente. De su brazo colgaba una chaqueta, en la cual escondía una de sus manos y lentamente bajaba el cierre de la mochila, de la espalda de la estudiante. Y claro que era un ladrón.

Amanda volvió al rostro de la estudiante y se encontraba petrificada en su lugar. El espejismo de su padre conectado a un ventilador mecánico la abrumó. Hacía seis años había protagonizado un atraco violento. Dos delincuentes le habían intentado robar su auto al salir de su trabajo, su papá se resistió al robo y lo hirieron de gravedad.

Afortunadamente se había recuperado después de dos meses hospitalizado, pero este hecho había detonado el traslado de ciudad. Sus padres habían preferido buscar tranquilidad en el sur de Chile.

A los dos años, cuando llegó el momento de matricularse en la universidad con su hermana, decidieron regresar a Santiago. Sus padres que ya se habían establecido, favorecieron la quietud de Temuco. Aunque fue una decisión difícil aceptar que sus hijas regresaran, las obligaron a inscribirse en un curso de defensa personal.

Josefa, su hermana, solo asistió unos meses. Amanda continuó entrenando *kick boxing* hasta la actualidad. Había descubierto que era una práctica adecuada para despojarse de la tensión y mantenerse en forma.

Volvió a examinar a la estudiante y meditó en prestarle su ayuda. Pero si sus padres se enteraban de que se había implicado en un asalto, sin dudarlo la arrastrarían de vuelta al sur. Esa posibilidad no estaba en sus planes, adoraba Santiago.

Apartó la mirada de la joven y trató de encontrar a alguien más que se diera cuenta de la situación. La ejecutiva y un hombre de edad miraban hacia la ventana. Las otras personas jugaban con su celular con los audífonos puestos. El único que captó su mirada era el guapo de traje negro.

Lo observó directo a los ojos y con el desplazamiento de su mirada, le hizo señas para que observara en dirección de la estudiante. El hombre que ya no estaba al teléfono, puso expresión de no entender. Amanda continuó mirándolo y le indicó nuevamente con el movimiento de sus ojos, la dirección en que necesitó que observara. El hombre le cerró un ojo y sonrió.

“¿Es Broma?”, pensó. “Cree que le estoy coqueteando”. Rodó sus ojos poniéndolos en blanco. Volvió a observar a la joven y sus ojos ya estaban inundados en lágrimas.

Maldijo, ya que nadie se daba por enterado, tendría que ser ella quien la ayudara. No podía pasar esa situación por alto. Sería como transformarse en un cómplice silencioso. Maldijo por segunda vez. Recorrió nuevamente el lugar y no, nadie se daba cuenta.

Respiró de manera profunda y se decidió, utilizó el tono de voz más amenazador que pudo.

—¿Se te perdió algo en esa mochila? —gran parte de la gente se giró para observar. El delincuente retiró su mano y la escondió debajo de la chaqueta.

—¿Me hablas a mí? —respondió en gesto desafiante.

—Claro que a ti —replicó con decisión. Se movió un poco a través de la gente y llegó hasta la mochila de la estudiante y la cerró.

—¿Estás bien? —le preguntó a la joven. La estudiante, aún petrificada, solo asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Qué paso? —se inmiscuyó la ejecutiva de uñas perfectas.

—Es un ladrón, le estaba abriendo la mochila —con un gesto señaló al delincuente.



—¿A quién le estás diciendo ladrón vieja alcahueta? —apareció detrás del bandido una mujer corpulenta de pelo oscuro—. Mi marido no es ningún delincuente.

La multitud se giró nuevamente para observar la situación, pero por su reacción no tenían intención de involucrarse. Amanda se sorprendió al darse cuenta de que el tipo no andaba solo y además se molestó por el comentario de vieja. Resolvió no responder, ya había logrado su cometido.

La voz del conductor del metro surgió por los parlantes, anunciando el restablecimiento del sistema. Amanda exhaló de manera aliviada. Además de ir tarde en su primer día, se encontraba encerrada con dos delincuentes que la miraban con cara de asesinos en potencia.

—Oye a ti te hablo cara bonita ¿a quién llamas ladrón? —volvió a desafiarla la mujer corpulenta.

Las personas a su alrededor centraron su atención afuera del vagón, como buscando algo perdido. Amanda comenzó a ponerse nerviosa, el maldito tren no llegaba nunca a su parada. Desvió su atención hacia otro lado, ignorándolos.

Sus ojos se encontraron con el atractivo hombre que vestía de negro. Analizaba la situación con expresión seria.

Al detenerse el tren en la estación las puertas se abrieron. La gente comenzó a descender de manera rápida y al fin escuchó unos murmullos que preguntaban por los guardias. Amanda siguió a la multitud tratando de mantenerse lo más alejada de los delincuentes. Una mano la agarró del pelo y la tiró hacia atrás.

—Para la próxima métete en tus asuntos —susurró en su oído la mujer corpulenta.

—Vamos, que vienen los guardias —gritó el ladrón a su compañera.

Amanda, que estaba acostumbrada a sus combates en el gimnasio, de manera instintiva se giró y conectó un derechazo en el pómulos de la mujer. La observó salir expulsada hacia el suelo.

“¿Qué cresta hice?” fue su primer pensamiento, mientras se agarraba la muñeca por el fuerte dolor, en sus combates siempre utilizaba guantes de box.

Los gritos inundaron la estación y la gente comenzó arrancar en todas direcciones. El delincuente, al ver a su compañera en el suelo, se abalanzó sobre Amanda, pero el hombre vestido de negro se interpuso en su camino dándole un empujón.

“Menos mal que por fin alguien reacciona”, pensó. Le agradeció el gesto con la mirada. Un movimiento detrás de ella la puso en alerta, la mujer corpulenta se había incorporada y por lo que advirtió, no venía con la intención de conversar. Le quiso explicar que la golpeó por un acto reflejo de sus innumerables combates sobre el ring, pero al parecer no le daría el tiempo, ya estaba casi encima de ella.

Agarró su brazo y la inmovilizó y como ya lo había practicado varias veces pateó su abdomen con la rodilla, lo que la dejó sin respiración y fuera de combate.

Amanda se alucinó de la adrenalina que fluyó en su interior, había tenido muchos combates sobre el cuadrilátero, pero nunca uno en la vida real, se sentía mejor de lo que esperaba.

En el andén se escuchaban los alaridos de las mujeres y gritos que llamaban a los guardias. El hombre de negro se situó con rapidez al frente de Amanda, ya que el delincuente había reaccionado y venía con decisión hacia ellos.

Amanda alcanzó a observar cómo el hombre de negro caía de rodillas, por la gran patada que el ladrón le propinó en los genitales. Ya había perdido la paciencia, soltó sus cosas y plantó sus pies en el suelo, levantó los brazos con sus manos empuñadas y se puso en posición de combate. Esperaba

que Jean-Claude Van Damme surgiera de su interior

El hombre de ojos claros desde el suelo alcanzó a tomar una de las piernas del delincuente, lo que hizo que se desequilibrara. Amanda que lo esperaba, al ver que caía le dio un puñetazo con todas sus fuerzas en el estómago y luego una patada en la rodilla, haciendo que se retorciera de dolor, volvió a golpear su rodilla y cayó. Se giró esperando encontrar a la mujer corpulenta, pero seguía arrodillada en el suelo, tosiendo, aún no podía encontrar su respiración.

Escuchó pasos corriendo por la estación y percibió alivio al ver la figura de tres guardias acercándose. Aunque los delincuentes trataron de incorporarse para huir, los guardias los apresaron con rapidez. Los aplausos comenzaron a inundar el lugar.

Amanda respiró en una profunda exhalación, al ver la situación controlada. Bajó sus brazos y se acercó al hombre atractivo que aún continuaba en el suelo; por su cara, el dolor en sus partes íntimas era grande.

—¿Estás bien? —Amanda le tendió una mano para ayudarlo a incorporarse.

—No, ¿por qué no me dijiste que necesitabas ayuda? —el hombre se levantó con una mueca de malestar.

—Lo intenté —contestó Amanda irritada.

—Podrías ser más explícita para la otra.

—¿Es broma? ¿Tendría que haber gritado y agitado mis manos? —Amanda lo miró y movió la cabeza.

—Olvídalo, ¿cómo hiciste eso? —El hombre se paró a su lado, acomodando su ropa.

—No estoy segura, déjame respirar y te respondo —Amanda se sentó en la primera butaca del andén que visualizó. Aún no daba crédito a lo sucedido. Su entrenamiento al parecer había surtido efecto. Se fascinó del ataque del cual había hecho gala hace unos segundos.

—Ya nos volveremos a ver, niña bonita —gritó la delincuente mientras los guardias la arrastraban a seguridad.

Amanda la miró con gesto de “eres una imbécil”. Los aplausos y ovaciones continuaron en el andén de las personas que se mantuvieron en el lugar.

—Eres genial —la ejecutiva le palmeó la espalda.

Amanda pensó que su familia no lo consideraría de esa forma.

—Saluda a tu público —le pidió el hombre atractivo.

Al escuchar esas palabras Amanda quiso ahora golpearlo a él, ¿estaba de broma?, había tenido una situación más que extrema, lo único que quería era desmayarse. Pero los gritos y aplausos continuaron.

Amanda se levantó y saludó con su mano a la gente. Uno de los guardias le indicó a la multitud que comenzaran a circular. Algunas personas saludaron a Amanda y luego continuaron su camino. Al disiparse la gente vio su cartera y bolso en el suelo con todas sus pertenencias esparcidas. Su delantal arrugado, y el cartel de bienvenida que había preparado la noche anterior estaba roto en un costado. Se levantó de un salto; con el altercado había olvidado que debía llegar a su trabajo.

—Mierda —Amanda corrió a recoger sus cosas.

—¿Estas bien? —el hombre de negro la siguió para ayudarla.

—¿Es broma tu pregunta? Claro que no, acabo de agarrarme a golpes y además llego tarde a mi

primer día.

—¿Esto es tuyo? —dijo con el delantal verde en la mano.

—Sí, ¿por qué? —Amanda respondió ofuscada, no tenía tiempo para socializar. Continúo recogiendo las manualidades que había recortado el día anterior.

—Pensé que eras un detective encubierto o algo así, pero jamás que eras maestra —el hombre la indagó con sus ojos.

—¿Y eso que quiere decir?, que tú andes vestido de negro no quiere decir que seas sepulturero o algo así.

—No te lo tomes a mal, pero las maestras infantiles...

—¿Se supone que tengo que cantar canciones de niños todo el día? —Amanda lo interrumpió. No era la primera vez que tenía que defender su profesión, en el pasado siempre era objeto de bromas por parte de sus amigos.

—No dije eso, solo me sorprendiste —el hombre continuó recogiendo los objetos del suelo.

—¿Se encuentra bien? —Un guardia se acercó —. ¿Necesita que contactemos a alguien?, su mano esta hinchada.

—No se preocupe, estoy bien —Amanda se acomodó su ropa y se colgó su maletín. Ya era demasiado tarde.

—¿Le puedo hacer una pregunta? —dijo el guardia.

—Sí, claro —Amanda rogó que no le solicitara imponer algún tipo de denuncia. Necesitaba mantener los sucesos en discreción, además no tenía tiempo.

—¿Usted es karateca?

Amanda tomó su cara con las manos. Todo el incidente había pasado muy rápido. Meditó en cómo se debió haber visto en frente de las demás personas y se largó a reír.

—Soy Diego. —El hombre atractivo le tendió la mano acercándose.

Amanda percibió cómo su olor la inundaba. Había pasado la prueba, la fragancia que emanó fue tan deliciosa como su apariencia. Lo observó directo a sus ojos claros, al parecer eran verdes.

“¿Qué me pasa?”, pensó. Su último objetivo en ese momento era coquetear con él, aunque lo hubiera hecho, maldijo su mala suerte.

Un tren llegó a la estación y una gran multitud descendió.

—Diego, muchas gracias por la ayuda, me tengo que marchar —Amanda terminó de recoger sus cosas, le quitó su delantal y comenzó a caminar hacia la salida.

—Espera, se te queda esto —Diego levantó una manualidad con forma de mariposa y caminó tratando de alcanzarla.

Amanda se giró desde las escaleras y sonrió.

—Te la regalo, que tengas una excelente semana —corrió a la salida y desapareció.

## Capítulo 2

A los minutos Amanda llegó corriendo al Jardín Infantil. Visualizó la pequeña casa inserta en un sector residencial. Paso corriendo por al lado de los niños que ya llegaban a esa hora. Los dibujos animados pintados en las paredes del exterior le anunciaban que debía cambiar con rapidez su modo ataque por su modo maestra.

En la puerta se encontró a la directora, su cara no era de la felicidad en persona. Maldijo. Los días anteriores había llegado con media hora de antelación y justo ese día, cuando ingresaban los niños, que era un momento crucial, llegaba tarde.

—Bueno días, Amanda, recuerda que el personal docente ingresa quince minutos antes que los alumnos —la recorrió con una mirada de reproche.

—Lo siento, Alicia, no volverá a ocurrir —Amanda desechó justificar su atraso. Era más creíble decir que murió un pariente, que una maestra infantil agarrada a golpes con delincuentes.

Al ingresar pasó por la sala de maestros y recogió su libro de clases. Su nivel era Transición Mayor, cuando postuló al puesto agradeció que fueran los niños de cinco años. Tenía muchas posibilidades de avanzar de forma más rápida en los aprendizajes con ellos, que con los de sala cuna. Adoraba a los niños, pero no se imaginó encerrada en una sala con nueve bebés que no supieran caminar.

El Jardín era pequeño, lo que le daba una atmósfera familiar. Contaba con la oficina de la directora, sala de maestros y tres aulas de clases. La suya era la del final del pasillo, frente al patio interior. En el camino se encontró con las otras maestras y sus asistentes. La saludaron de forma animada.

Entró a su sala y se encontró con Celeste, su propia asistente. La había conocido una semana atrás cuando había comenzado el trabajo administrativo. Desde el primer día lograron una buena afinidad. Celeste era una mujer de treinta años, llevaba muchos años trabajando en el área de la educación.

De sus compañeras de universidad escuchó que las asistentes en muchas ocasiones las trataron con desprecio, por la falta de práctica y experiencia. No había sido su caso, Celeste la recibió de forma afable y respetuosa. Este gesto lo agradeció, además era consciente que ella era una de las personas que la podía ayudar con su experiencia.

Examinó su sala y se sintió muy confiada en su organización. Los días anteriores se había quedado hasta muy tarde. Preparó la decoración y se preocupó de colocar hasta el último lápiz en su lugar.

Sacó de su bolso su computador, su estuche y los puso encima de su escritorio. De forma ordenada colocó el libro de clases y con cinta adhesiva arregló el cartel que se había destrozado en el metro. Situó sobre otra mesa los distintivos para los nombres de los niños, mariposas para las niñas, escarabajos para los varones.

Estaba todo listo, tomó su delantal, se arregló su maquillaje en un pequeño espejo de su bolso y se amarró el pelo en una cola.

Su motivación a cada momento iba creciendo. Hacía un par de meses había dejado la universidad y ahora se enfrentaba a su vida laboral. El momento que todo profesional espera y estaba decidida a salir exitosa. Repitió como un mantra por un minuto: “Soy la mejor, soy la mejor, para esto me preparé cinco años, lo haré excelente”. Era una metodología de reforzamiento positivo que había leído en un libro de autoayuda.

—Amanda, los niños están llegando —Celeste habló desde la puerta.

Salió de su concentración, se vistió con su mejor sonrisa y se dirigió a recibir a sus alumnos.

Alicia se encontraba en la puerta de entrada con una sonrisa que Amanda le pareció poco natural, además del aire arrogante que emanaba. Su vestido ajustado, sobre la rodilla, sus tacos de diez centímetros y su escote pronunciado dejaba poco a la imaginación. Su maquillaje y peinado exagerado acusaban largas horas frente al espejo. No era exactamente un perfil educativo para Amanda, pero no era de su interés cuestionar sus gustos en moda.

Percibió en la mirada de Alicia de forma subliminal algún tipo de duda por haberla contratado. No le prestó atención y se dispuso a recibir a sus alumnos.

A los minutos el silencio desapareció, fue cambiado por un constante bullicio que le venía en todas direcciones. Los niños corrían desaforados por el patio. Los padres trataban de controlarlos, pero no lo lograban. Amanda se preocupó, si los padres no podían con ellos, ¿cómo lo iba a conseguir ella?

Alicia le pidió que alzara la bandera. Estaba próxima a su primer acto oficial en el Jardín y se lo tomó con profesionalismo. Comenzó a sonar la canción nacional y observó su entorno, los únicos que prestaban atención eran los docentes, algunos padres y por supuesto, la directora.

Comenzó a tararear la letra de la canción, pero ser la protagonista de la actividad la incomodó, además el incidente de la mañana aún la mantenía un tanto nerviosa. En la segunda estrofa olvidó la letra.

“¿Es broma?”, pensó. “La maldita canción la cante más de cien veces en mis años de estudios y en el momento que necesito recitarla, desaparece de mi memoria”.

Trató de enfocar su vista en la bandera y siguió tirando el cordón, se giró para observar cómo ascendía. Con suerte los asistentes enfocarían su atención en la bandera y no en su boca, que ya no se movía.

Con los nervios sus manos empezaron a sudar, solo tendría que mantenerse en su papel unos segundos más, ya estaban en la última estrofa. Respiró con alivio en el momento que finalizó la melodía.

Enrolló el cordón en el asta, pero el sudor que escurría en sus dedos hizo que se le deslizara. No lo alcanzó agarrar y la bandera se desplomó. Amanda maldijo en silencio, quiso golpear su cabeza contra el suelo.

Sin observar a nadie tomó el cordón a la velocidad que sus movimientos se lo permitieron y la volvió a ascender. Ya el sudor se encontraba en varias partes de su cuerpo. Quiso desaparecer, pero antes tenía que recibir a sus alumnos. Sin otra alternativa contó hasta tres y se dio la vuelta. Al menos la mayoría de los padres continuaban corriendo tras sus hijos. La única que la escudriñó fue la directora.

Amanda respiró en una larga exhalación. En menos de una hora había quedado dos veces como inepta frente a sus ojos.

Desvió la mirada y caminó por el pasillo. Ingresó a su sala de clases y percibió la mirada de los padres que la recorrieron de arriba abajo. Sabía que su aspecto no era el de una profesora experimentada. Pretendió mejorarlo con un traje oscuro formal, botas altas y con el correcto maquillaje. Pero su expresión seguía siendo la misma. La de una primeriza en su primer día laboral. Su pelo castaño tomado en una cola, la hacía parecer más infantil. Buscó en su interior a la competente Amanda que se encontraba escondida en algún lugar y la hizo aparecer.

—Buenos días, mi nombre es Amanda y soy la encargada del nivel —saludó de la mano a los padres y les dio un beso en la mejilla a los pequeños.

Observó a los apoderados retirarse y, por su expresión, sin mucha convicción. Pero no flaqueó, estaba segura de que con el tiempo lograría ganarse su confianza.

La mayoría de los niños se distrajo con los juguetes ubicados de forma estratégica en la sala, pero dos explotaron en llanto. En este punto agradeció a Celeste que le diera su apoyo con la mirada y se encargase de tomarlos en brazos. Se acercó a los distintivos que había preparado para identificar a los niños con su nombre. Al tomar el primero, Celeste le indicó que les sacara el gancho.

Amanda los observó y entendió “¿Cómo pude ser tan descuidada?”, pensó. Por supuesto no era lo más seguro colocar un gancho de ropa en los niños, se podrían clavar. “Tercer error”, tomó nota de forma mental.

Les quitó el gancho sin poder evitar romperlos un poco. Inició la identificación de los niños. Cuando concluyó esta labor, escuchó el llanto de otros dos alumnos.

A las 6 de la tarde los niños se habían marchado. Amanda se sentó en una pequeña silla y observó el desastre en la sala. Su peinado había desaparecido, su delantal estaba manchado, lleno de pintura y algunas secreciones extrañas. La mayor parte del día había tenido que cargar en brazos a dos pequeños que lloraban cada quince minutos.

En algún momento deseó poder haber hecho lo mismo o en segunda instancia haber estado con sus zapatillas para salir corriendo. La gran gama de lápices de gel que había adquirido para realizar su trabajo ahora estaban esparcidos por el suelo sin tapa y su estuche se encontraba vacío. Al menos el dineral que gastó le proporcionó unos veinte minutos de descanso a sus oídos. Ya que de forma increíble a los niños les parecieron más atractivos sus lapiceros que la infinidad de puzzles y legos del salón.

Los recuerdos de mariposas y escarabajos que llevó a los niños, los destrozaron en dos segundos y la mayoría estaban en el bote de la basura. Todas las clases en las que se quemó las pestañas planificando por días, y no había podido realizar ninguna. Solo logró realizar la mitad de una actividad, que fue interrumpida por un niño que no alcanzó a llegar al baño, mojando sus pantalones.

—Muy buen trabajo —Celeste le sonrió desde el otro lado de la sala, mientras recogía el desorden.

—¿Tú crees? —Amanda se incorporó, se encontraba arrojada sobre la silla.

—Por supuesto —Celeste la miró con una cálida sonrisa.

—¿Crees que los niños dejen de llorar pronto? —su espalda le lanzó ondas de dolor. Tendría que agregar a su entrenamiento en el gimnasio el levantamiento de pesas.

—Eso es normal, algunos les dura hasta un mes.

—¿Es broma? ¿Un mes? —Amanda abrió los ojos como platos—. No sé si resistiré.

—Claro que sí, ya te acostumbraras.

Se levantó, aunque sus tacos la asesinaban de manera literal y le dio una mano a su asistente en el orden de la sala. Cuando se dispuso a terminar, escuchó el timbre de su móvil con un mensaje. Salió de debajo de su escritorio con la última tapa de sus lápices que pudo rescatar.

*¿Qué tal tu primer día? —Camila*

*Del terror —Amanda*

*Estoy afuera —Camila*

Amanda recogió su maletín y se dirigió al auto de su amiga, que se encontraba aparcado afuera del Jardín.

—Hola, lindo pastelito —saludó Camila con una sonrisa.

—Hola —Amanda se subió al auto y lanzó sus materiales en la parte de atrás, denotando su mal humor.

—Felicidades por tu primer día. —Camila le entregó una caja de chocolates—. ¿Pero qué es eso verde que tienes pegado en el delantal?

—Mejor no preguntes. —Amanda con rapidez desabrochó los botones y se lo quitó.

—Qué asco, ¿es una mucosidad? —Camila realizó un gesto de repulsión—. Aparta eso de mí.

—Pero dime si no es tierno, es una mucosidad de un niño tan lindo —Amanda acercó el delantal a la cara de Camila.

—Creo que voy a vomitar —Camila agarró el delantal y lo lanzó al asiento de atrás—. Pero cuéntame, ¿cómo estuvo todo?

—¿Quieres con detalles o el resumen?

—Obvio que el resumen —Camila enarcó sus cejas.

—Me trancé a golpes en el metro con unos delincuentes, menos mal que estaba Diego ahí y me ayudó, luego llegué tarde y la directora me ladró, sin mencionar que olvide la maldita canción nacional y quede como estúpida al no poder izar la bandera. Los apoderados me miraron con cara de “¿a esta niña le dejaré mi hijo a cargo?”. Los niños no pararon de llorar, si Celeste no hubiera estado ahí, te juro que hubiera huido.

—Detente. ¿A quién golpeaste?

—A una pareja de ladrones en el metro.

—¿Es broma? —Camila la miró con la boca abierta.

—Te juro que ni yo me reconocí, Bruce Lee quedó pequeño a mi lado.

—¿Y quién es Diego? —Camila la observó de reojo, mientras conducía.

—Un hombre sexy que me ayudo.

—¿Supongo que le pediste su número?

—¿Es broma?, Camila, enfócate, llegue atrasada en primer día se rompió mi cartel y...

—Perdón, un hombre apuesto lucha a tu lado en el metro y no le pides su teléfono.

—Sabes que no es mi prioridad conocer hombres.

—¿Tu prioridad es golpear delincuentes?

—Suficiente, solo necesito quitarme el estrés de hoy. Mi día estuvo más que acontecido.

—No me esperaba menos de ti, pastelito.

—Deja de decirme así —gritó Amanda

—Cálmate, estas bastante gruñona, creo que necesitas ir al gimnasio de forma urgente.

—Ni que lo digas. ¿Trajiste mi equipo?

Camila volvió a enarcar las cejas.

Al llegar al gimnasio Amanda entró en el vestidor, mientras escuchaba a Camila relatar hasta al portero su hazaña de la mañana.

Después del calentamiento previo, se subió de un salto al cuadrilátero empleando sus inconfundibles guantes de color rosa. Su entrenador la esperaba para un combate.

—Por lo que escuché al fin enfrentaste tus miedos —Max se acercó y le lanzó un gancho derecho directo a la cara.

Amanda recibió el golpe, se estabilizó y se puso en guardia. Tomó distancia y dobló sus rodillas, levantó sus brazos protegiendo gran parte de su cuerpo y rostro.

—Seguro que lo hiciste mejor hoy —Max se acercó nuevamente, lanzando un golpe a su costilla.

—¿Vas hablar o vas a pelear? —Amanda reanudó su defensa, pero esta vez de forma lateral. Mantuvo la vista en los ojos de su entrenador. Cuando vio la oportunidad lanzó una patada circular tratando de golpear su rodilla, pero Max fue más rápido, la esquivó y volvió a conectar un gancho en su abdomen.

—Creo que esos tipos tienen que haber sido bastante ineptos si les ganaste —Max la continuó desafiando.

—Veo que me tienes confianza —Amanda le hizo un gesto con su mano para que se acercara.

—Recuerda que en la seguridad está el error —Max acertó la distancia.

—Hubieras estado orgulloso de mí —Amanda lo rodeó y luego con rapidez realizó una combinación de cinco golpes frontales, incluyendo un *jab* de izquierda.

Max rotó, agachándose, y la barrió al suelo con una patada, que la golpeó en sus piernas. Se desestabilizó y cayó al suelo chocando su cuerpo duramente en la lona.

—Sabes que te podrían haber lastimado hoy —Max se quitó el guante y le extendió la mano para que se levantara.

Amanda aceptó la ayuda con una mueca de dolor, pero no se dio por vencida. Plantó sus pies y sujetó con firmeza el brazo de Max. Lo levantó sobre su cuerpo enviándolo al piso.

—Creo que para eso me entrenaste —Amanda sonrió con satisfacción por haberlo derribado.

Al finalizar su combate, Max se sentó a su lado abajo del cuadrilátero. Amanda se quitó sus guantes rosas y secó una gota de sudor que se arrastró en su frente.

—Creo que no fue inteligente que te expusieras de esa forma —dijo Max—. Pensé que te habías inscrito para canalizar tus sentimientos, pero jamás que buscarías a algún delincuente para vengarte.

—Max, no fue así, solo defendí a alguien y lo que ocurrió después fue solo involuntario, nunca me pondría en riesgo —Amanda destapó su Gatorade y le dio un trago—. Pero gracias por la preocupación, en todo caso, se sintió mejor de lo que esperé.

—Confío en que no lo repitas, los combates los debes tener en un espacio seguro, hay muchas circunstancias que no puedes prever.

—¿Es broma? Estoy pensando seriamente en disfrazarme de vengadora nocturna y patear algún trasero—. Amanda levantó sus manos en forma de lucha.



—¿Supongo que es un chiste? —Max la examinó de forma seria.

—Obvio, si mi familia se entera, lo más probable es que se infarten.

—¿Estas divertida? Más tarde me reiré cuando tu adrenalina baje y te duela todo el cuerpo por la tensión.

—Max —gritó Camila desde el cuadrilátero—, sube tu escultural cuerpo acá, necesito golpear urgente a alguien.

Max le revolvió el pelo a Amanda y se dirigió al ring para su próximo combate.

Amanda se levantó y caminó hacia el saco, la tensión seguía acumulada en su interior. Entendió que haber golpeado a los atacantes de la mañana no le devolvería las horas de angustia que había vivido años atrás. Además, tendría que ocultárselo a su familia. No creerían que había sido un acto reflejo, ya que en más de una ocasión comentó que se desquitaría cuando tuviera la oportunidad y en sus planes no estaba dejar Santiago.

Golpeó el saco con puños y pies hasta que liberó el estrés. Terminó con una sonrisa. Pudo reconocer satisfacción en haber ayudado a la joven y salir invicta.

—Te fijaste en Max, no te saca la vista de encima, creo que ni te pegó, porque a mí me dejó mal — Camila se apoyó en la pared a su lado.

—¿Es broma? Mi costilla no piensa lo mismo que tú —Amanda se quitó los guantes rosas y habló bajo para que no la escucharan—. Por cierto, me invitó un café.

—Te lo dije mi intuición no falla, y ¿qué le dijiste?

—Que por ahora no puedo, estoy con mucho trabajo.

—Pero que eres pava, acaso nos has visto sus espectaculares músculos. —Camila realizó una mueca de disgusto.

—No soy pava, es muy mono, pero no es mi tipo.

—El problema es que ningún hombre lo es. Solo has tenido mala suerte, ya encontraras al elegido o como quiera que le llames. Siempre sale el sol, dicen por ahí —Camila le indicó en dirección en donde se encontraba Max.

—No sabía que me encontraba en un día nublado.

—Tú no lo ves, pero estas con lluvia torrencial, con cortes de agua, luz y todos los servicios básicos.

—Qué divertida —Amanda colocó sus ojos en blanco.

—Bueno, ¿cuándo fue el último? —Camila bajó la voz.

—Hace dos años —Amanda se agarró la cabeza con sus manos.

—¿Es broma? ¿Hace tanto que no te expresas? —Camila alzó la voz y abrió sus ojos como plato.

—No, creo que moriré virgen y puedes bajar la voz —Amanda la agarró del brazo y la llevó a los vestidores.

—No seas boba, tú no eres virgen.

—Creo que a estas alturas volví a serlo —Amanda le hizo un gesto con la mano para que dejara de hablar.

—¿Es broma? ¿Eso puede suceder? —Camila la alcanzó.

—¿Ahora quién es la boba?

Camila levantó sus brazos en forma de combate:

—¿A quién le dices boba?

Al llegar Amanda a su casa ubicada en la comuna de Ñuñoa, ingresó directo a la cocina. Su hogar era donde buscaba reconfortarse. Sus padres, después de la mudanza, la habían conservado. Al regresar a la capital pensaron en arrendar un departamento más pequeño. Pero su hermana Josefa y ella lo rechazaron, en esa casa se habían criado y era lo más cercanas que podían sentirse a sus padres al estar lejos.

Se sirvió un café y como le mencionó Max la adrenalina desapareció, abriendo paso a un gran dolor muscular. Buscó en el botiquín un antiinflamatorio y se arrastró a su dormitorio. La única visión que tuvo fue la de su cama.

En el pasillo vio la puerta abierta de su hermana y maldijo. Esperaba que estuviera en la misma situación que había observado los últimos cinco años, sumergida en un gran libro con sus lentes puestos. Le daría una escapatoria para que no la viera.

Caminó con discreción sin emitir ruido, ya se había despojado de sus botas. Analizó la posibilidad de pasar en punta y codo arrastrándose por el suelo, para no ser vista.

—¿Pastelito, eres tú? —Josefa le habló del interior de su dormitorio—. ¿Cómo estuvo tu primer día?

—Bien, ahora me voy a descansar, ratoncita —caminó por el pasillo, tal vez se podría librar de ella.

—No me digas ratoncita. —Josefa se paró de su cama y caminó hacia la puerta de su habitación.

—Entonces tú no me digas pastelito —Amanda colocó sus manos en jarra. Detestaba ese apodo. Su familia se lo había otorgado por la gran cantidad de acontecimientos torpes que la rondaban.

—Está bien, Amanda. —la miró de manera inquisitiva—. No te digo pastelito si me aseguras que hoy no metiste la pata.

Amanda giró sus ojos, no lo pudo negar: sus desaciertos habían comenzado desde el momento en que puso un pie en el metro. Claro que ese altercado no lo iba a comentar.

—Tú ganas, pero fueron cosas pequeñas. —Amanda se afirmó en el umbral de la puerta seleccionando la información que iba a explicar—. Creo que la directora me odia.

—No seas exagerada. —Josefa la abrazó y la introdujo en su habitación—. Eres encantadora seguro que te va amar. Por cierto, ¿tienes cinco minutos?, necesito tu ayuda.

Amanda esgrimió una larga exhalación, no podía escapar. Josefa la hizo pararse en el centro de la habitación, tomó sus apuntes y como había hecho siempre durante los últimos años, practicó con ella, recitando la lección y utilizándola como modelo de su trabajo. Suspiró, al menos era el último año de kinesiología de su hermana. Ya no tendría que soportar más ese suplicio. Era bastante incómodo que descubriera en su cuerpo músculos que no sabía que existían.

Después de una hora de estudio sobre su brazo izquierdo, Amanda sentía que se le cerraban los ojos.

—No te encuentro el músculo subescapular, quédate quieta —Josefa siguió ejerciendo presión sobre su ante brazo.

—¿Es broma? Te juro que lo tengo en el mismo lugar desde que entré a tu dormitorio.

Desde el pasillo escucharon pasos, Amanda soltó un suspiro de alivio.

—Hola. —Julián se asomó a la puerta.

—Llegó tu ratoncito relevo —Amanda giró y aprovechó la oportunidad para escapar.

Julián era su cuñado. Era gerente de contabilidad de una empresa exitosa, y solo esperaba la titulación de su hermana para casarse. Ellos eran el extremo del amor, se lo profesaban en público, en privado y estaba segura que hasta en los sueños. Julián pasaba la mayor parte del tiempo en la casa, por no decir que prácticamente ya se había establecido ahí. Esa circunstancia no le molestaba, lo asemejaba a una figura masculina en su hogar y además lo adoraba. Eran una pareja casi ideal, si no fuera porque se nombraban como animales, eso le parecía un tanto extraño.

Se fue a su dormitorio, después de una larga ducha caliente, se acostó. Conectó su computador, su objetivo fue buscar información sobre la etapa de adaptación de los niños. Estaba segura que sus oídos no tolerarían el llanto un mes.

## Capítulo 3

Diego sonrió de manera satisfecha al terminar su presentación. Le habían encomendado la tarea de la restauración de una afamada tienda comercial. Era una oportunidad excelente de continuar atrayendo clientes de renombre para su estudio de arquitectura. Hacía cuatro años que había iniciado este proyecto junto a Marco, su socio, y su negocio iba en ascenso.

Examinó a sus clientes y al parecer se mostraban conformes con la propuesta. Se escarbó el cabello, mirando de reojo a Marco. Al parecer continuarían perfilados entre los más cotizados y exitosos de la capital.

Marco le hizo un gesto de triunfo al despedirse de los clientes.

—Pensé que el gerente tendría un orgasmo en su silla. —Marco recogió los planos de la mesa—. Te felicito lo de la escalera de cristal, quedó impresionante.

—Si una cosa es el papel, la otra es fabricarla, pero el proveedor ya la ha realizado antes, así que no tendremos problema. —Diego se sentó en su escritorio y miró con satisfacción los planos con las estructuras creadas. Se acomodó su pantalón a la altura de la pelvis, seguía sintiendo un malestar a causa de su pelea matutina.

—¿Por qué te tocas tanto? ¿Necesitas un momento de intimidad? —Marco le hizo un gesto a su entrepierna.

—Hoy casi pierdo mi virilidad, por querer parecer héroe frente a una chica guapa. —Diego sonrió ante aquel recuerdo.

Marco rio.

—No te conocía esa faceta, y ¿quién es la afortunada que captó tu atención?

—No lo sé, la perdí de vista.

—Bueno, tengo varias amigas que pueden restablecer tu hombría, si lo necesitas.

—Por esta vez paso, una mujer en mi vida es suficiente. —Diego le entregó una carpeta a Marco con los antecedentes del cliente—. Dale un vistazo más al proyecto y revisamos los términos.

—La construcción comienza en cuatro meses, tenemos tiempo para cualquier imprevisto, mañana prepararé el contrato. —Marco se levantó y se dirigió a la puerta—. ¿Te llevo?

—No, gracias, aún debo terminar algunas cosas. —Diego se concentró en su computador. Poseía una lista interminable de correos por revisar.

El primero que verificó fue de Carla, su exnovia, en el que le indicaba el horario en el cual terminaría de recoger sus cosas del departamento. Era obvio que hasta para terminar de mudarse tenía que concretar una cita.

Meditó en el hecho de que al principio de su relación había pensado que era una mujer adecuada para iniciar una familia. Carla era exitosa, independiente y hermosa. Aunque le había atraído la manera rigurosa que coordinaba su vida. Después de un año era un completo desastre. Muchas veces había pensado si era su asistente o su novia.

Había esperado que en el momento en que le anunció el final de su relación llorara o gritara, lo que haría cualquier persona normal. Se asombró cuando sacó su móvil para agendar el día que

conversarían acerca de los términos de su separación.

Movió su cabeza y comenzó a responder, pero el “ve cuando quieras”, no sería bien recibido por Carla, ya que le mandaría un mensaje dejando en claro lo poco en serio que se tomaba el asunto. La palabra espontáneo no estaba en su vocabulario.

Leyó el siguiente correo y tomó su teléfono.

—Diego, estoy ocupada, no te puedo atender —su hermana gritó por el auricular.

—No me interesa en qué estas, la doctora Miller me acaba de enviar un correo, diciéndome que en todo el mes no has pasado por su consulta. —Diego se levantó de su asiento agotado. El tema de su hermana ya era una constante a diario desde la muerte de su padre.

—Ya no soy una niña para que me controlen —Daniela continuó gritando.

—Compórtate entonces como una adulta y ve a tu terapia, es lo único que te pedimos. —Diego percibió que su cabeza iba a comenzar a girar. El control sobre su hermana ya lo había perdido hace tiempo y claro, gracias a su madre que le dio el título del hombre de la casa, tenía toda la responsabilidad sobre él. Como si no tuviera vida para hacerse cargo de las dos.

—Estoy muy ocupada para ir y escuchar las mismas estupideces de siempre.

—No tendré más remedio que eliminar el dinero que se te da mensualmente, entonces.

—Diego, no serías capaz, no me puedes dejar sin plata.

—Si eres tan adulta, busca un trabajo.

—Está bien, iré la próxima semana, pasando mi cumpleaños, estoy muy atareada con esto, no sabes lo difícil que es organizar todo sola. Supongo que vendrás...

—No puedo, tengo cosas más importantes que hacer, como trabajar.

—Estas muy amargado, te haría bien distraerte.

—Tú deberías tratar de hacer otra actividad que no fuera relajarte.

—Lo hago por los dos, te dejo, te quiero.

Diego cortó el teléfono molestó. El día terminaba como siempre, la mayor parte del tiempo a cargo de su empresa de arquitectura y la otra parte del tiempo a cargo de su hermana. Con eso su vida estaba a tiempo completo.

Bebió un trago de su capuchino, pero después de la charla con su hermana, estaba seguro de que necesitaría algo más fuerte. Recogió los planos de la mesa y organizó las carpetas; al menos, el éxito de su reunión aún lo mantenía con el humor elevado.

Buscó las llaves de su escritorio en su bolsillo y sacó el objeto que palpó en su pantalón. En su mano apareció la mariposa en color rosa y amarillo, el recuerdo lo hizo sonreír. La joven lo había sorprendido, visualizó sus ojos claros y la determinación en la que había enfrentado a los agresores. En su memoria bailaron las últimas palabras que le dijo: “que tengas una excelente semana”. Si él tuviera la mitad de decisión con su familia, que la que ella había mostrado en el metro... Lograría tener una semana triunfante, suspiró.

Dejó la mariposa sobre su escritorio y se dirigió a su equipo de audio. Seleccionó un disco de *jazz* y alzó el volumen. Por la hora la oficina estaba vacía. Se quitó los zapatos y la chaqueta. Se tendió en el sillón de cuero al lado del ventanal. La imagen de la cordillera de los Andes se hizo presente en toda su majestuosidad.

Tomó su cuaderno de dibujo y comenzó a trazar líneas que formaron los ojos de la joven, que

estaban intactos en su memoria. Proyectó la estructura del metro y delineó la caricatura de los delincuentes. Finalizó esbozando varias mariposas sobre el vagón, volando libremente. Al finalizar, contempló el bosquejo y una sonrisa se asomó en sus labios.

Al compás de las notas que inundaban el estudio, la figura de su padre revoloteó en su interior, recordó el primer cuaderno de dibujo que le había regalado a los ocho años, cuando lo había descubierto trazando garabatos en la parte posterior de sus textos escolares.

El sonido de su móvil sonó retirándolo de su concentración, miró la pantalla y contó hasta cinco antes de contestar.

—Hola, mamá. ¿Cómo estás? —Se preparó para una interminable conversación de las dolencias que la aquejaban.

—Diego ¿hablaste con Daniela?, hace dos días que no duerme en la casa.

—Acabo de hablar con ella, está organizando su cumpleaños. —Diego se volvió a poner de pie frente a la ventana.

—Ya no sé qué hacer, no me hace caso y mi presión volvió a subir, voy al médico mañana.

—¿Te encuentras bien? ¿Necesitas que te lleve? —Diego habló en un tono exhausto, el último mes la había llevado tres veces.

—No te preocupes voy con una amiga. ¿Sabes si Daniela está asistiendo a la psiquiatra?

—Mamá no te preocupes, está todo bien. —Diego fue cauto en este tema. La obligación era suya. Además, no quiso que su madre se preocupara más.

—Por favor, tienes que asistir a su cumpleaños y no le quites el ojo de encima, que no se beba todo lo que encuentre.

—Mamá, no tengo tiempo, estoy con mucho trabajo. —Diego escarbó su cabello en forma cansada. Lo que menos deseaba era tener que ir de cuidador a una fiesta. Escuchó a su madre, mientras guardaba el bloc en su maletín. Cerró su cajón y, sin notar lo, dejó la mariposa en su interior.

—Diego, eres el único al que escucha, prométeme que iras.

—Está bien, iré, no te preocupes, llámame después de que veas al doctor.

A la hora, después de llegar a su departamento apagó su móvil y salió a correr. Su destino el Parque Forestal. Una de las arboledas tradicionales de la capital y unos de los puntos de mayor actividad cultural y recreativa. A pesar de estar inserto en el medio de la ciudad, era uno de los lugares perfectos para escapar del estrés metropolitano.

Se desplazó por los grandes jardines y observó el encuentro de la naturaleza con modernos rascacielos. Era el lugar ideal para incrementar su imaginación, para la creación de los diseños estructurales de sus restauraciones. El área en el que estaba especializado.

Después de una hora llegó a su edificio. Recorrió la estructura antigua de estilo colonial, la calma lo invadió. Era su refugio desde hacía cuatro años. Lo había adquirido gracias al tío de Marco, que se había trasladado de la ciudad. Su independencia había llegado en el momento oportuno, ya tenía suficiente de su familia todo el día en el teléfono, además de tener que vivir con ella.

Subió al último piso y cuando ingresó admiró la restauración realizada. Los bloques de madera que atravesaban el gran espacio lo transformaban en un lugar cálido y apacible, el albergue ideal, pensó.

En el centro del salón Carla sostenía una caja en sus brazos.

—¿Te ayudo? —Diego se acercó con la intención de sujetar el bulto.

—No te preocupes, lo tengo. —Carla sacó las llaves y las puso encima de la mesa—. Puedes verificar que están todas las copias.

—No te preocupes, confío en ti. —Diego la analizó esperando algún tipo de reacción. Pero hasta el último cabello de su peinado estaba controlado.

Carla caminó hacia la puerta con el último paquete de su mudanza. Diego la observó, tenía serias dudas si en algún momento se había transformado en un *cyborg*. El teléfono celular y ella eran casi la misma persona.

—Diego. —Carla se dio la vuelta y lo miró—. Que no haya resultado lo de nosotros no quiere decir que no podamos ser felices, busca a esa persona especial, yo lo haré.

Diego, atónito ante las palabras, se quedó de pie observando cómo desaparecía por la puerta. Finalmente había mostrado algo de humanidad.

Sacó de su maletín su cuaderno y esbozó el cierre de su relación. Al finalizar en su dibujo apareció la silueta de su ex cruzando el umbral de la puerta, una pierna humana y la otra robótica. Revisó su bosquejo de la mañana y estudió la diferencia de los ojos que había captado, llenos de vida.

Levantó la vista, percibiendo el silencio del lugar. Estaba nuevamente solo. Esbozó una sonrisa. Se dirigió al armario y extrajo del cajón varios discos de música. Los había guardado, ya que a su ex la música estridente le desagradaba. Elevó el sonido del equipo al máximo mientras con sus brazos siguió los compases del rock.

Después de la ducha se vistió solo con un pantalón y de la heladera sacó una cerveza artesanal; se la bebió, cautivándose con el sabor amargo que envolvió su garganta.

Subió al segundo nivel en donde se encontraba su dormitorio. Cuando realizó la restauración, cambió tres muros por cristales, que en este momento se encontraban escondidos detrás de unas pesadas cortinas que Carla había instalado. Las quitó y se hizo protagonista del lugar la vista. Dio un trago a su cerveza y apreció la ribera del río Mapocho.

Deslizó su escritorio al lado del ventanal y se sumergió en el bosquejo de su nuevo proyecto como no lo hacía desde mucho tiempo atrás, al ritmo de los compases que se filtraban desde el primer piso. Bajó por su segunda cerveza con una sonrisa.

## Capítulo 4

Amanda despertó de un profundo sueño, con el sonido de su teléfono. Su semana laboral estaba por concluir, solo faltaba un día más. Sus pies estaban adoloridos y su espalda la torturaba. Los niños aún no se adaptaban. Su cabeza aún repiqueteaba al recordar el llanto de sus alumnos. Las fuerzas no le habían alcanzado para llegar a su dormitorio. Había dormido dos horas, pero pensaba que necesitaría al menos una semana para recuperarse. Aunque su hermana la ayudó a descontracturar algunos de sus músculos, no fue suficiente. Cogió el teléfono de su cartera y lo contestó.

—Hola. —Amanda continuó con los ojos cerrados.

—Me estoy estacionando afuera, ¿estás lista? —Camila gritó por el altoparlante.

—¿Es broma? Estoy en una fase postraumática, no creo que pueda salir.

—¿Disculpa? ¿Cuál es tu trauma?

—El trabajo, no me puedo mover.

—Ya sabía que lo ibas a utilizar como una excusa para no ir a lo de Daniela.

— Ya te dije que no la soporto, menos voy a ir a su fiesta.

—No seas aburrida, sabes que sus fiestas son geniales y con los trescientos amigos que tiene en Facebook ni se entera que estás ahí. Estoy tocando tu timbre, ábreme.

—Ya escuché. —Amanda se paró de mala gana y abrió la puerta.

—Te doy diez minutos para que muevas tu hermoso trasero y te arregles esa cara, no quiero espantar a nadie. —Camila ingreso al salón. Su pelo rubio caía en rizos sobre sus hombros, sus ojos verdes resaltaban con el maquillaje aplicado y el vestido negro ajustado acentuaba su figura.

—Camila, te juro que me duele todo —Amanda intentó volver al sofá.

—Pareces vieja, ni que hubieras pavimentado una calle —Camila se acercó y la tomó del brazo.

—¿No te vas a rendir? —Amanda bajó sus brazos en forma de derrota.

—No y deberías agradecerlo ya que soy la única que te conecta con la vida social —Camila puso sus brazos en jarra—. Quiero una sonrisa.

Amanda realizó un gesto de mala gana.

—Esa no me convence, puedes hacerlo mejor.

Amanda esta vez sonrió de manera natural, sabía que era imposible decirle que no a Camila y en realidad lo agradecía. Sin ella su vida social era cero.

—Mucho mejor, esa es la actitud. —una sonriente Camila la arrastró al dormitorio.

Después de varios minutos Amanda apareció en el salón vestida con unos *jeans* oscuros que acentuaban sus caderas. Botas altas, blusa blanca sin espalda, que dejaba lucir su tatuaje, se colocó su colgante preferido. Camila la maquilló destacando sus grandes ojos color miel, sus labios lucían un labial rojo y la mitad de su cabello castaño claro lo tomó con una horquilla.

—Estas de infarto —mencionó Josefa, que entraba a la casa con Julián—. Veo que el trabajo en el gimnasio da frutos. —Se acercó y levantó la blusa de su hermana—. Tu oblicuo interno está bien



trabajado.

—Realmente estas obsesionada, ya sabemos que los conoces todos. —Amanda miró de reojo a Julián.

—Hola, tortolitos —Camila apareció detrás de Amanda.

—¿A dónde van? —dijo Julián que se lanzó en el sillón.

—A la fiesta de Daniela —Amanda hizo una mueca de desagrado.

—Nos apuntamos —saltó una entusiasmada Josefa, corriendo a su dormitorio para cambiarse.

—Sí, está bien, yo los llevo, no hay problema —se burló Camila.

Julián meneó la cabeza y se puso de pie otra vez.

A la hora aparcaron afuera del pub que había arrendado Daniela. Tres ambientes, barra libre y comida por todos lados. Todos se miraron con cara de “lo hizo otra vez”. Sus fiestas se situaban entre las más concurridas y comentadas entre sus amigos. Observaron la cantidad de gente aglomerada en la entrada del lugar.

—Los trescientos amigos de Facebook —dijeron al mismo tiempo Camila y Amanda riéndose.

—Mi papá no me daría esa cantidad de plata para una sola noche —Amanda se ubicó en la fila para entrar.

—La verdad es que yo no gastaré esa cantidad de plata para alimentar a miles de personas que ni si quiera me agradan. —Camila indicó la multitud.

—Para eso está Daniela, para darnos estos momentos de envidia —intervino Josefa.

—Te juro que, si me la llevo a encontrar, te estrangulo. —Amanda miró seriamente a Camila.

Al ingresar al local coincidieron con varios amigos. Se ubicaron en una de las barras para pedir unos tragos. Josefa y Julián se fueron a bailar.

Amanda y Camila localizaron una mesa y se sentaron con sus bebidas.

—Vamos a ver, ¿me puedes decir qué te tiene de tan mal humor? ¿Tus padres se enteraron de tu faceta de gladiadora? —Camila escudriñó la cara de Amanda.

—No, ni se te ocurra mencionarlo, Josefa no sabe nada, si se entera mi papá me arrastra del pelo al apacible sur de Chile.

—Siempre tan exagerada. —Camila le dio un sorbo a su trago—. Pero tranquila, no voy a decir nada ¿Qué haría yo sin mi pastelito?

—¿Andas divertida?

—Como siempre.

—No te gires, pero se acerca tu última conquista —Amanda le hizo un gesto con la mirada hacia su derecha.

Camila se levantó de un saltó y agarró a Amanda del brazo alejándose del lugar, por la rapidez que llevaban dio vuelta su trago.

—¿Qué te pasa? —Amanda secó el líquido de su brazo—. ¿Tan mal estuvo?

— Peor, es de esos que les gusta acurrucarse después de tú sabes.

—¿Qué tiene eso de malo?

—¿Es broma? Me carga el romanticismo en su fase pura, para eso te tengo a ti y a los tortolitos, con eso es más que suficiente.

—¿Y me dices a mí exagerada? —Amanda sonrió. Caminó hacia la barra nuevamente por otro trago.

—Bueno, y tú, señorita romántica, ¿cuándo dejaras tus fantasmas? —Camila se ubicó a su lado mirando hacia la pista de baile.

—Tú sabes que he estado enfocada en mis estudios.

—Creo que tu discurso se acaba de terminar: ya que eso acabó, ¿cuál va a ser tu excusa ahora? Sé que con el gimnasio botas estrés, pero si no te has observado, estas bastante malhumorada y eso a tu edad se llama falta de sexo y gracias a que soy tu amiga te buscaré al indicado para resolver ese problema. Mira que, si no, los delincuentes temblaran al verte en el metro.

Camila levantó su copa y la chocó con la de Amanda. Se tomaron su primer trago al seco y comenzaron a recorrer el lugar. Amanda sonrió al observar la decisión de su amiga para buscar algún hombre para ella. Después de varias vueltas y el rechazo de varios amigos regresaron a la barra.

—Amanda no te fijas en que casi todos los hombres quieren salir contigo —Camila la recriminó con la mirada.

Amanda no le prestó atención. Pidió otro trago, estaba segura que era el mejor compañero para relajarse. Aunque sabía que ya era hora de avanzar, ningún hombre despertaba su atención.

—Dame un respiro, para besar a uno de tus amigos aún no estoy tan borracha —le hizo un gesto con la mano al cantinero para que le diera otra bebida.

—¿Es broma? ¿Quién habló de besar? —Camila sonrió a su lado.

Amanda meditó su situación, su amiga estaba en lo correcto. Su excusa eran los estudios para no involucrarse de manera sentimental o casual. Ya era hora de que dejara entrar nuevamente a alguien en su corazón o botar el estrés, como lo llamaba Camila. Por desgracia, seguía sin encontrar a ningún hombre que encendiera su locomotora interior.

Después de su tercera bebida Amanda y Camila, cantaban agarradas de la barra: *1,2,3 drink, 1,2,3 drink*.

En el centro de la pista de baile, apareció un animador en mallas con dos chicas guapas. Camila agarró a su amiga y la arrastró a bailar. Siguieron las coreografías de canciones populares de ritmo tropical. Se perdieron en la multitud tarareando y moviéndose al compás de la música.

Diego se ubicó en el segundo piso del pub. Se afirmó en la baranda para obtener una mejor visión del lugar. Se había cerciorado de que su hermana estuviera en el salón VIP porque de esa manera podría restringir el licor que ingresara.

—¿No me digas que toda la noche vas a estar con esa cara? —Marco le entregó una cerveza—. Mis honorarios de niño son más altos.

—¿Quieres que te saque a bailar? —Diego le dedicó una sonrisa sarcástica.

—Creo que paso, tus movimientos de caderas no me convencen. —Marco lo golpeó con su botella.

—¿Te comunicaste con el jefe de obra en la playa? —Diego tomó una actitud seria.

—Hermano, estamos en una fiesta, sé que adoras tu trabajo, pero algo de placer no te vendría mal. —

Marco le indicó a una joven a su derecha con un vestido ceñido que bailaba agarrada a un pilar.

Diego la recorrió con la mirada y volvió a su cerveza. Era guapa, pero, para él, era solo eso.

—Eso no se llama diversión, solo recrear la vista.

—Llegó mi cita. —Marco le indicó la puerta de entrada.

—Suerte. — Diego chocó su cerveza con la de él.

—¿Pensaste que te iba a dejar solo? —Marco abrazó a Diego arrastrándolo a la escalera—. Claro que invite a una amiga para ti y, por favor, no me vayas a dejar mal. ¿Cómo está tu virilidad hoy?

Diego siguió a Marco sin convencimiento. Después de un rato el aburrimiento lo aplastó. La chica de su cita era atractiva, pero la misma conversación superficial entre gimnasio y su próximo destino de playas exóticas, la había escuchado ya demasiadas veces.

Se afirmó en la barra respondiendo con monosílabos, visualizó a la multitud saltando y siguiendo al tipo en mallas que los animaba a seguir sus pasos elaborados de baile. Unos ojos captaron su atención, se movió unos centímetros para tener mejor perspectiva.

Abrió sus ojos al reconocer a la joven que había peleado de manera valiente en el metro. Sonrió y escarbó su pelo, mientras continuaba deleitándose con sus movimientos al ritmo de la samba. Examinó de reojo a su cita, que continuaba enfrascada en un monólogo sobre la última ropa deportiva de marca que había comprado en su último viaje. Retornó su atención a la pista de baile y volvió a sonreír al observar el entusiasmo de la atractiva mujer, esta vez tendría que conseguir su nombre.

Camila no se dio por vencida y continuó buscando al indicado para su amiga. En la barra se fijó en un hombre que mantenía su mirada en Amanda.

—Ahí está el indicado, a las doce en punto. —La golpeó en el brazo.

—¿Qué?, no conozco ese dialecto, ¿con quién estas saliendo que hablas así? —Amanda continuó moviendo sus caderas.

—Olvídalo, en la barra, camisa escocesa roja.

Amanda se giró, si no lo hacía no se sacaría a Camila de encima. Las personas que bailaban a su alrededor se cruzaron tapándole la visión. Tomó de su trago y la marcha de la bachata guiándolos hacia la derecha y luego hacia la izquierda abrió la escena. Al reconocerlo, escupió el líquido que aún mantenía en su boca. Camila se movió a auxiliarla, golpeando su espalda.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—Es él —dijo Amanda tosiendo.

—¿Quién?

—El del metro. —Amanda vio que Diego mantenía sus ojos posados en ella. Se introdujo en la coreografía nuevamente para escapar de su vista.

—Pero qué buen ojo tienes, Amanda, es atractivo, además no deja de mirarte.

—Ya me di cuenta —Amanda trató de incorporarse en el baile, pero no lograba seguir los pasos.

—¿Y qué esperas? —Camila caminó de un lado a otro desplazándose tras ella.

Amanda lo siguió con la mirada. Le asombró encontrarlo, el recuerdo de su fragancia permanecía

intacto en su memoria, al igual que su sonrisa, que iluminó sus ojos. Lo escaneó y la imagen que mantenía en su cabeza no le hizo justicia al atractivo hombre que se encontraba en el bar. Recapacitó unos segundos y reconoció que aún lo evocaba en su memoria. Era el candidato perfecto para fluir. Agarró con fuerza su colgante, apretando la mariposa en su mano. Le daría las fuerzas necesarias para volar.

—Lo voy a conocer —le gritó a Camila—. Estoy decidida.

—¿Es broma? Esperaba que corrieras de nuevo. —Camila sonrió.

Amanda se armó de valentía; necesitó beber algo para encontrar las agallas para acercarse. Su vaso se encontraba vacío. Le quitó el trago a su amiga y se lo bebió al seco. Camila peleó tratando de quitárselo, pero le fue imposible.

— Amanda, tú no puedes beber eso.

—¿Por qué? Lo necesito, tú me dijiste que ya era hora de encontrar alguien y botar el estrés.

—Es *whisky* con energética y la última vez que lo bebiste no te podíamos levantar. —Camila enarcó sus cejas.

—¿Es broma? ¿Por qué no me dijiste? —Amanda sintió como el líquido quemaba su estómago.

—Olvídalo. ¿Estás lista? —Camila sonrió.

—No —Amanda respiró varias veces.

—Si no es ahora, nunca lo estarás. —Camila la empujó hacia la barra, dándole un golpe en el trasero.

Por los nervios y el alcohol en su interior Amanda sintió cómo su estómago se revolvía. Levantó la mirada y la fijó en los ojos de Diego, sintió que la desvestía. Se sorprendió de que este acto no la incomodara, a lo mejor si necesitaba que le quitaran la ropa. No estaba pensando ya con claridad. Cambió su cara de aturdida por una un poco más sensual, al menos, eso pensó.

Caminó directo hacia él, sin percatarse de la escalinata que separaba la pista de baile de la barra, tropezó precipitándose al suelo, aunque antes de caer un hombre la atrapó en sus brazos.

—¿Te encuentras bien? —dijo expulsando un fuerte hálito a alcohol.

—No, quiero que me abduzcan los marcianos —dijo Amanda, su torpeza aparecía en el momento menos preciso como siempre.

—Te puedo ayudar si quieres. —El hombre la mantuvo sujeta de la cintura y la observó como un depredador.

—¿Es broma? No tienes pinta de extraterrestre. —Amanda trató de zafarse.

—¿Algún problema? —Diego apareció a su lado.

—Ella se lanzó en mis brazos. —El hombre la mantuvo agarrada.

Amanda, ante el nerviosismo de ver a Diego a su lado, quiso aplicar algún tipo de llave para liberarse, pero el licor en su organismo comenzaba a anular sus reflejos. Antes de poder reaccionar, Diego agarró al tipo de forma brusca y dobló su brazo hacia atrás, lo que permitió que se liberara.

—¿Amanda, que pasó? —Camila apareció a su lado.

— Este idiota que se cree... —Amanda no encontró las palabras, su mente se volvía a cada minuto un balanceo sin fin. Mala noche para beber hasta el último trago que había encontrado.

—Bueno, creo que si mantuvieras contenta a tu mujer no se andaría lanzando en los brazos de otro.

—El hombre se carcajeó afirmándose en el bar, al parecer estaba disfrutando la escena.

—Oye, pelmazo, por qué no te vas dar con un palo en la cabeza —Camila le gritó con los brazos en jarra.

Amanda largó una gran risotada al escuchar a su amiga.

—Me gustaría darles a la dos, pero con otra cosa. —El hombre levantó sus cejas y la copa.

—Viejo, te estás pasando. —Diego se acercó con ofuscación—. Será mejor que te largues.

—Diego, olvídalo, esta borracho —Amanda lo tomó del brazo en un acto inconsciente. Al percibir su aroma, se sintió estimulada. Lo soltó, su contacto además logró que la locomotora en su interior se despertara.

Percibió la mano de Diego en su cintura, que la guió hacia el otro lado de la barra y trató de mantener el control.

—Bueno si no te las tiras tú, me las tiro yo —gritó el hombre desde la barra.

Los tres se detuvieron al instante y giraron.

Diego caminó a paso decidido, le dio un empujón al hombre enviándolo al suelo.

—Borracho o no, a las mujeres las respetas —gritó.

—Tiene carácter eso me agrada en un hombre —Camila le susurró al oído a Amanda.

—Disculpa, amigo tienes razón, me disculparé con las señoritas. —El borracho ejerció con la mano un gesto de tranquilidad. Le tendió una mano para que lo ayudara a pararse.

Amanda agradeció que eso fuera todo, si continuaba, sería ella quien lo golpearía. Observó que Diego se acercaba al tipo y lo ayudaba a levantarse. El hombre le dio la mano, pero con la otra lanzó un golpe que conectó con su mandíbula arrojándolo a la pista de baile.

—Idiota —gritó y se marchó.

Amanda corrió para inspeccionar a Diego, que se encontraba sentado en el suelo, pero la apartó con la cara ardiendo en llamas. Al parecer, pretendía volver a la pelea.

Entre la multitud, el altercado pasó desapercibido por la música atronadora y la coreografía que aún seguía el gentío.

—Hermano... ¿A quién hay que pegarle? —Marco lo alcanzó en la barra, indicando su labio partido.

—Bien tarde apareces, hermano. —Camila movió su cabeza con una mueca.

—¿Diego, estás bien?, déjame ayudarte. —Amanda se acercó, pero se fijó que él continuaba buscando al imbécil. Agarró unas servilletas de papel del bar y las sujetó sobre su labio—. No era necesario que hicieras eso.

Amanda se embelesó con su aroma. Pensó: “¿Es broma que alguien pueda oler tan jodidamente bien? ¿Podrían ser las feromonas? ¿O eso era para los animales?”. Se inmobilizó, al percatarse que se encontraba a solo unos centímetros de él. Sus pestañas infinitas no la ayudaron mucho a mantener la compostura. Sin mencionar sus hermosos ojos.

Finalmente, Diego se sentó en una butaca y dejó que Amanda lo curara. Su mirada lo tranquilizó y la delicadeza de sus manos unidas a su aroma a Channel, lo cautivaron.

—Yo también tengo una dolencia ¿me ayudarías? —Marco se dirigió a Camila.

Su amiga lo ignoró y se dirigió a pedir una copa.

—Creo que ya está.—Amanda terminó de limpiar la sangre del labio hinchado de Diego — . Siento que te involucraras en una pelea por mí nuevamente.

—Tranquila, era solo lo que tenía que hacer. —Diego no pudo apartar su mirada y se mantuvo a su lado—. Escuché que tu nombre es Amanda.

Antes de responder, las amigas de Marco los interrumpieron al regresar del baño. Al observar el labio de Diego abrieron sus ojos como platos.

—¿Qué te paso? —habló la mujer que era su cita.

—Estoy bien —Diego respondió de manera seca. Tuvo que separarse de Amanda.

Camila se interpuso entre ellos y les entregó tragos a su amiga y a su defensor.

—Gracias. ¿Diego, cierto? Es segunda vez que ayudas a Amanda, creo que ya ganaste varios puntos.

—¿Ella es la del metro? —Marco se inmiscuyó—. Ya entiendo tu atracción.

—La verdad es que me impresionó su valentía en ayudar a esa muchacha. —Diego miró a Marco de manera asesina y fijó su atención en Amanda—. Me quedé preocupado, no me diste la oportunidad de hablar contigo, por cierto, ¿cómo está tu mano?

—Bien, gracias ¿y tu entepierna cómo está? —Amanda abrió de golpe sus ojos.

—¿Esa es una metáfora o es una pregunta literal? —se mofó Camila con una sonrisa.

—Mi entepierna está bien, gracias —Diego escarbó su pelo de forma nerviosa y sonrió ante su soltura.

Amanda observó este gesto y no supo si era el alcohol o Diego, pero comenzó a percibir como el calor se apoderaba de su organismo.

Miró con curiosidad a las mujeres que habían llegado. Una de ellas la recorrió con los ojos, le pareció que marcaba su territorio y pudo leer en subtítulos que le decía que ella lo había visto primero. Al parecer, Diego ya estaba comprometido. Se enfureció por su mala suerte. Una voz familiar la sorprendió.

—Amanda, te estaba buscando —Josefa apareció a su lado.

Amanda había olvidado que la acompañaban los tortolitos.

—¿Julián? —dijo Diego con sorpresa.

—Diego, hombre, años que no te veía. —Julián se acercó y le dio un abrazo—. Qué alegría encontrarte, no nos veíamos hace tanto...

—¿Es broma que se conocen? —Amanda le habló a Camila en el oído, la situación ya era extraña. La ocasión de conocer a Diego se había esfumado, le hizo un gesto a su amiga—. Hay que desaparecer.

—Yo no me muevo, esto se pone interesante. —Camila se plantó en el lugar.

—Diego, te presento a mi novia. —continuó Julián.

—Un gusto —se acercó, pero mantuvo sus ojos en Amanda.

—Josefa, él es mi amigo de la universidad del que te hablé. Practicamos rugby y ganamos uno de los campeonatos. Creo que fue uno de los mejores momentos de mi vida —dijo Julián entusiasmado.

—Recuerdo cómo corrías para interceptar mis pases, creo que hicimos buena dupla —Diego sonrió.

Amanda se rezagó detrás de Camila; observando la situación entre los tortolitos y las mujeres, la ansiedad la comenzó a embargar. Su estómago se agitó y le advirtió la nociva mezcla que había

ingerido. Se acercó al bar, ya era demasiada información para su cabeza y su nivel de licor. Buscó con la vista al cantinero, necesitaba un vaso de agua con urgencia.

—¿Estas bien? —Josefa se acercó a su lado—. Estás un poco pálida.

—No me siento muy bien —Amanda pensó que era la excusa perfecta para que se marcharan, si lograba que el lugar dejara de girar.

—¿Te fijaste en lo mono que es el amigo de Julián? —Josefa le habló al oído.

Amanda la miró, pero no pudo enfocar su vista. Dio unos pasos para dirigirse al baño, pero no supo donde se ubicaba.

Diego, al ver que Amanda se marchaba la siguió, no quiso perderla nuevamente. Al alcanzarla, apreció su cara de un color blanco y sus ojos desorientados. No alcanzó a pronunciar una palabra, cuando observó el líquido blanco que salía expulsado de su boca. Trató de dar un salto hacia atrás pero el vómito ya corría por sus pantalones. Las personas a su alrededor dieron un salto, tratando de esquivar el líquido que salpicó.

Amanda se agachó sobre su estómago, sin dar crédito a lo que acababa de suceder. No fue capaz de moverse, menos en levantar la vista. Acababa de vomitar en medio de una fiesta y encima de Diego; si era una pesadilla quería despertar ya. La mejor idea que se le ocurrió fue cavar un túnel para desaparecer. Percibió una mano sobre su brazo que la movió guiándola hacia la dirección contraria.

—Fue la energética —gritó Camila, mientras arrastraba a su amiga al baño.

A los pocos minutos, Amanda apoyó su espalda en la pared fría, sentada en el suelo del baño, cerró sus ojos y exhaló varias veces buscando el ritmo regular de su respiración. Rogó por que se tratara de un sueño, del cual no quería despertar, esto no era tan difícil, ya que el alcohol en su sangre aún no le hacía recobrar su conciencia del todo.

—Tranquila —exclamó Camila—. Nadie se dio cuenta.

—¿Es broma? —gruño Amanda—. Te juro que si pudiera me teletransportaría para salir de este lugar.

—Ya no es para tanto, ya he visto vomitando a un par de amigas en el inodoro, normal de las fiestas —dijo Josefa para calmarla.

—Eso ya lo sé, pero en el momento que decido hacer lo que decidí, me ocurre esto. —Amanda dejó de hablar y volvió a cerrar sus ojos para encontrar sus ideas.

—¿Y qué era lo que decidiste? Me perdí. —Camila trató de contener la risa.

—No lo sé, librarme del estrés, como lo llamas tú, no vomitar, aunque debo decir que, de todas formas quedé destrozada.

—Bueno, al menos de una cosa debes estar clara, él no se olvidará de ti y creo que es una excelente estrategia. —Camila le entregó una toalla de papel.

—¿Es broma? ¿Acaso encuentras divertido que te recuerden por el olor a un líquido repulsivo y sobre todo después de que te golpea un tarado? —Amanda escondió la cabeza entre sus piernas—. Ahora sí que no le interesará conocerme.

—¿Es broma que de verdad lo querías conocer?, aún no estaba muy convencida de que lo lograrías. —Camila se sentó a su lado.

—Últimas noticias: no lo logré.

—Pero es amigo de mi ratoncito —dijo Josefa, mientras terminaba de arreglar su escote frente al

espejo—, tal vez pueda averiguar algo para que lo vuelvas a ver.

—¿Estás demente?, ni se te ocurra, espero desaparecer del planeta los próximos veinte años. — Amanda se incorporó, aún mareada.

—¿Para qué tan exagerada?, por lo que observé no te sacaba los ojos de encima. —Camila se levantó a su lado alisando su vestido.

—¿Es broma?, después de que me viera golpeando a delincuentes en el metro y caerme encima de un borracho, lo más probable es que me estuviera analizando como una especie de bicho raro.

—¿Que le pegaste a delincuentes en el metro? —gritó Josefa, abriendo sus ojos..

—Sí y, si lo comentas, le diré a mis papas que Julián se queda a dormir en casa. —Amanda la miró de manera amenazadora.

—No, tranquila, me alegra de saber que estas bien. —Josefa se paró a su lado.

Amanda se miró al espejo. Respiró en una larga exhalación. Estaba esperando que fuera un mal chiste y aparecieran las cámaras en algún momento. Primer hombre que le interesaba en mucho tiempo y le vomitaba encima, no podía ser verdad.

—Me voy, ¿vienen conmigo o pido un taxi? — Amanda caminó hacia la puerta del baño. Al salir escuchó la atronadora música, que repercutió en su cabeza. Aún se encontraba un poco mareada y bajo los efectos del alcohol. Precisaba salir por un poco de aire con urgencia.

—Julián —llamó Josefa a su novio que se encontraba en el pasillo—. Nos vamos.

Diego, después de cambiarse sus pantalones, gracias a que llevaba un equipo deportivo en su auto, se despidió sin interés a las amigas de Marco. Se giró nuevamente hacia la puerta del baño de mujeres y captó a Amanda caminando hacia la salida, entre la gente comenzó avanzar, pero la nueva coreografía en la pista de baile le impedía su travesía.

—¿Aún la buscas? —Marco lo siguió a través de la gente—. Veo que tus gustos cambiaron de cero emoción a que te golpearan y vomitaran. No me quiero imaginar qué puede venir después de eso.

Diego se carcajeó, desde que había conocido a Amanda todo era una nueva aventura. Aquel pensamiento lo sorprendió gratamente.

Un estruendo de copas quebradas y una gran ovación de varios hombres desviaron la atención de su objetivo. Al levantar la mirada al segundo nivel, distinguió una multitud que se congregaba afuera del salón VIP. Cambió su dirección, perdiendo nuevamente la oportunidad de conversar con la chica que lo había cautivado. Subió corriendo junto a Marco y se sorprendió al ver a Daniela bailando borracha sobre una mesa.

—Nos vamos —dijo Diego, agarrándola del brazo para que se bajara.

—Estás demente, es mi fiesta no me puedo ir —Daniela habló con bastante dificultad.

Le hizo un gesto a Marco para que lo ayudara. Como pudieron la arrastraron hasta la salida, aunque pataleó y gritó, la metieron en su auto. En el trayecto decidió llevarla a su departamento, no quiso que su madre la viera en ese estado. Además, no había cumplido su palabra de no quitarle un ojo de encima. Al estacionarse, Daniela ya se había dormido. Tuvo que cargarla en brazos hasta su departamento.



## Capítulo 5

Diego llegó a su oficina al medio día, tuvo que cancelar un par de reuniones. Había tenido que arrastrar a Daniela a la terapeuta y se había quedado hasta que finalizó su cita. Luego de llevarla a comprar un medicamento que le recetaron para inhibir la necesidad de beber. Tuvo que supervisarla para que lo ingiriera. Habló con su madre para que controlara su tratamiento y botó todas las botellas de alcohol que encontró en la casa. Aunque nuevamente le dio un ultimátum acerca de su comportamiento, el dominio sobre ella lo había perdido hace tiempo.

Regresó a su oficina con la clara convicción de que tendría que tomar medidas extremas, pero mientras su hermana no cooperará, no podría hacer nada.

—Diego, la reunión se cambió para las cuatro ¿Quieres que revisemos los planos? —Marco habló desde la puerta de su oficina sacándolo de sus pensamientos.

—Dame un minuto. —Diego exhaló en un largo suspiró, mientras abría su computador. Debía dejar sus preocupaciones familiares y ponerse a trabajar.

—Vaya espectáculo el de Daniela ayer, creo que eres demasiado paciente, si fuera mi hermana, le hubiera dado un par de nalgadas. —Marco enarcó sus cejas

—Es fácil decirlo para un hijo único, además no tienes la responsabilidad encima de ti.

—¿No has pensado en internarla en un centro de rehabilitación?, no me malinterpretes, pero creo que su problema con el alcohol ya rebasó los límites.

—Lo he pensado, pero debe estar dispuesta hacerlo y, créeme: no lo hará.

—Si lo necesitas, tengo una amiga que conoce uno excelente. —Marco se sentó en la butaca al frente del escritorio.

—¿Amiga? —Diego lo miró y sonrió.

—¿Te acuerdas de la azafata? Creo que su hermano estuvo internado.

—¿Y qué paso?

—Creo que se pudo desintoxicar y está bien.

—Me refería a la azafata.

—Tuvo que volar. —Marco se carcajeó.

Diego sonrió, su amigo no se tomaba ninguna mujer en serio.

—¿Tienes a mano el contrato de la casa en la playa?, me ha llamado todo el día el jefe de obra, tienen problemas con el peso de la estructura. —Marco adaptó una postura seria.

Diego abrió el cajón de su escritorio y sacó la carpeta solicitada, al tomarla, una figura colorida llamó su atención. Cogió la mariposa y sonrió ante el recuerdo de su noche anterior. Entre golpes y líquidos extraños.

—¿Me darías un minuto?, necesito hacer una llamada. —Diego buscó su móvil en el maletín.

—Si se trata de la guapa de la fiesta, te aconsejo que lleves ropa de recambio y una pistola —Marco se burló.

Diego le hizo un gesto con la mano para que se largara. Buscó el nombre de Julián en sus contactos y se tomó unos minutos. Reflexionó sobre sus ansias de volver a encontrar a la atractiva joven. Dejó el teléfono encima de su escritorio, no era de los que perseguía a las mujeres.

Se giró hacia su ordenador y empezó a chequear sus correos entrantes. Aunque trató de concentrarse, la mariposa encima de la mesa lo incitaba a buscar a aquella chica. Volvió a tomar su móvil y sin pensarlo llamó a Julián. La suerte no estaba de su lado, saltó el buzón de voz al instante. Repiqueteó unos segundos con sus dedos sobre la pantalla. Escarbó su cabello de manera nerviosa, no lo dudó más y envió un mensaje de texto a su antiguo amigo. Si no lo hacía, no se podría concentrar en su trabajo.

Se sirvió un café y se sentó con su block, buscó la última imagen del día en la que había conocido a Amanda, pues aún no podía sacarla de su memoria. Con su lápiz le repasó el contorno de los ojos, ahora poseía una imagen más acabada de ellos. Al finalizar, se percató de que llevaba varios minutos jugando con el bosquejo. Esta acción lo sorprendió y se preguntó qué era lo que lo cautivaba tanto. Al fin guardó su cuaderno y despejó su mente para enfrentar su día.

Después de terminar su última reunión, se encontró con Marco para almorzar. Se sentaron frente a la terraza en el restaurante ubicado en la planta baja de su oficina. Su comida, como siempre, fue interrumpida por llamadas de su hermana y su madre. Luego de su última conversación cortó el teléfono, molesto.

—Mi impresiona tu paciencia, las mujeres en tu vida están todas locas. —Marco movió su cabeza mirando al cielo.

—Al menos ya hay una menos —Diego retiró su plato, ya había perdido su apetito.

—¿Supiste algo de Carla?

—Sí, ayer, ¿me creerías si te digo que agendó una reunión dentro de tres semanas para que nos juntáramos y poder conversar como amigos si es que uno de los dos lo estaba pasando mal?

—Cuando te acostaste con ella supongo que verificaste que no era un androide...

—El sexo lo agendó tres veces por semana, porque leyó que así debían funcionar las parejas.

—De qué te quejas, al menos te relajabas. —Marco rio.

—Estás loco, los últimos meses lo cancelé, así nadie funciona.

—Últimamente has tenido bastantes problemas ¿no te habrás vuelto impotente? —Marco lo miró serio.

—No seas payaso. —Diego profirió una mueca de disgusto.

El sonido del móvil llamó su atención. Al observar la pantalla, vio que era la respuesta de Julián, se apresuró a leer. Julián se alegró saber de él, le indicó el teléfono y la dirección de la casa de Amanda. Le dijo que solo se la daba porque lo conocía y que por ningún motivo se lo dijera a su cuñada o literalmente lo golpearía. Le deseó suerte.

—¿Hermano, te estás riendo? —Marco lo miró burlándose—. Pensé que te había perdido.

Diego lo ignoró, mientras escarbaba su cabello de forma descuidada. No lo quiso admitir, pero cierta chica mejoraba su humor.

Amanda en el Jardín Infantil se mantenía arrodillada en el suelo, restregando con vigor las manchas

de tempera del suelo. Su actividad había sido un rotundo fracaso. Los niños se mancharon con pintura hasta en el pelo. Además de estar fregando el suelo con un paño, los padres la habían mirado de manera reprobatoria al ir a buscar a sus pequeños.

—Deja que el encargado de limpieza lo haga —Celeste le habló desde la puerta.

—No, ni lo sueñes, Alicia ya me llamó la atención por la actividad con frutas que realizamos hace unos días, me dijo que jamás las salas habían quedado en ese estado.

—Pero dime si no fue divertido, ver su cara cuando se resbaló con el plátano que estaba en el suelo.

—Celeste se sentó en una silla riéndose.

—¿Es broma? No fue divertido, casi me desmayo. —Amanda se paró y se dirigió a la bodega a buscar más limpiador.

Al pasar afuera de la oficina, escuchó la voz estruendosa de la directora, aminoró su paso y observó al interior. Alicia se encontraba sentada de piernas cruzadas con un vestido rojo y se acomodaba con descaro su escote, mientras conversaba con el docente a cargo del taller musical. Dirigió su vista hacia él, se notaba un tanto incómodo, pero sus ojos se salían cada vez que la directora se bajaba el vestido mostrando su busto.

Su primera reacción fue “qué atrevida” y la segunda fue “podría ser su hijo”. La tercera fue que no le importaba, tenía que seguir con su trabajo.

Regresó a su sala. Cuando terminó de limpiar, Celeste se acercó y le explicó la metodología que ella había aprendido para las clases de arte con los niños. Amanda sacó la libreta que se había comprado algunos días atrás y tomó nota. Tendría que llegar a su casa y modificar todas las clases planificadas y adaptarlas a los niños. Además de realizar el lienzo para el día de la amistad, pues no lo pudo terminar en su clase. Pero no se daría por vencida.

Al terminar su jornada laboral, estacionada afuera del Jardín la esperaba Camila en su auto.

—Hola. —Amanda se subió tirando sus materiales al asiento de atrás—. Sabes que no es necesario que me vengas a buscar todos los días.

—No te preocupes, me encanta tu compañía, además le prometí a tu mamá que no te quitaría un ojo de encima.

Amanda colocó sus ojos en blanco.

—No sabía que en los jardines infantiles realizaban cuerpos pintados. —Camila le indicó la acuarela que tenía en todo el cuerpo.

Amanda buscó en su cartera un espejo y se miró, tenía varias manchas en sus mejillas.

—Te juro que no sé dónde sacan esa fotos que aparecen en los libros de educación, donde están esos niños super mega ordenados y la profesora sonrío, mientras ellos levantan la mano para participar de forma metódica en la actividad, no para lanzar el tarro de pintura contra la pizarra.

—Ay, qué exagerada eres, son niños ¿qué esperabas de ellos?, además tú estás para que lleguen a esa dulce foto, donde la mayoría de los niños deben ser superdotados. Yo si te diré qué es lo peor, tratar de divorciar a gente que en el último minuto se reconcilian, porque la separación les sale por el doble de dinero. Y los pobres niños que se crían en esos hogares sin amor, por conveniencia, sin mencionar las atrocidades que escuche de cada uno de sus padres cuando se odiaban. Por eso no me pienso casar.

—Veo tu punto, pero tú ve al mío.

—Entonces eso fue todo. ¿Ya te rendiste?

—Si tú no te casas, sí. —Las dos rieron.

—Por cierto ¿cómo está tu resaca? —Camila continuó riendo.

—Pésimo, tuve que salir de la sala como veinte veces a beber agua.

—Pero que Amandazo te mandaste, vomitivo pastelito.

—¿Me lo piensas recordar de por vida? —Amanda aún no le encontraba la gracia.

—Debo decir que de todas las locuras que te he visto hacer esta la ubico en el número uno del ranking.

—Te juro que estaba a punto de atreverme y todo se vino abajo. —Amanda golpeó su frente contra el tablero del auto.

—Siempre tan exagerada, ¿por qué no lo llamas?; consigue el número a través de Julián, al parecer fueron buenos amigos.

—¿Es broma? ¿Estás loca?, no lo voy hacer, me muero de vergüenza después de la vomitadera en su pantalón. —Amanda volvió a golpear su frente en la guantera.

—Tranquila, ya verás que sale el sol, al menos aún existe Max, con ese cuerpo un combate con él sin ropa debe ser de varios asaltos.

Las dos volvieron a reír.

Al llegar a su casa Amanda despidió a Camila. Entró en su dormitorio y se dio una ducha, debía despertar, el lienzo la esperaba. La directora estaba abusando de ella por ser la nueva, cada vez que tenía la oportunidad, le encargaba trabajo extra. Esta vez era realizar el cartel para la entrada del jardín, alusivo al Día de la Amistad que iban a celebrar. Lo que no sabía la directora era que los desafíos la estimulaban y que por supuesto que iba a poner su máximo esfuerzo en lograr su objetivo.

Suspiró y luego buscó un atuendo adecuado, se hizo un moño sobre la cabeza. Recolectó los materiales y se ubicó en su patio a trabajar.

A los minutos Josefa y Julián se asomaron por la cocina. La miraron con una sonrisa.

—No quiero hablar del tema y no lo vuelvan a mencionar. —Amanda supo que recordaban la fiesta.

—No sé de qué hablas, pastelito, solo queríamos saber si quieres venir con nosotros, vamos al cine y luego a comer. —Josefa contuvo la risa.

—¿Nada nuevo que contar? —Julián sonrió desde la puerta.

—¿A qué te refieres? —Amanda no entendió la indirecta de su cuñado.

—No, nada. ¿Vienes? —Julián guardó silencio.

—No puedo, debo terminar esto, pero tráiganme algo rico para comer. —Amanda juntó sus manos en forma de súplica.

—Lo pensaré. —Josefa le lanzó un beso desde la puerta.

Amanda concluyó que, si no dejaba de meter la pata, no podría sacarse ese apodo de por vida.

Se enfocó en su lienzo, sin mucha convicción de lo que realizaría. Sus pensamientos la traicionaron y

las imágenes del día anterior se deslizaron en su memoria. Lanzó un insulto al cielo. Había perdido la oportunidad de conocer a Diego y, por su gran desacierto líquido, tampoco trataría de localizarlo. Debía pensar que era una completa inepta. Pateó un tarro de acuarela y la tapa se abrió derramando pintura azul sobre la tela.

—Cresta —gruño, corriendo a buscar un paño para limpiar.

## Capítulo 6

Diego en su oficina de arquitectura continuaba discutiendo con Marco, no se lograban poner de acuerdo en la restauración de una casa en la costa.

—La opción que sugieres, debemos ver si es viable en terreno. —Diego revisó la propuesta que había realizado Marco.

—Nos queda poco tiempo, tendremos que ir este fin de semana. —Marco sacó su teléfono para buscar su contacto—. Llamaré al cliente y concertaré una reunión para el sábado en la mañana, si no lo solucionamos, tendremos que pagar una multa demasiado alta.

—Le dije al contratista que la estructura de aluminio era demasiado débil, para soportar el peso de los cristales.

—Ya hablé con él, reconoció su error, tendremos que invertir un poco más, pero tendrá que asumir la responsabilidad. Te mantendré informado. —Marco salió de la oficina a paso ofuscado.

Diego guardó sus materiales mientras escarbaba su pelo en gesto molesto. La industria de la construcción siempre presentaba algún problema. Al abrir el cajón de su escritorio, observó los colores que envolvían el interior del espacio. Quiso durante todo el día llamar a Amanda, pero al meditarlo mejor pensó que tal vez no era el momento, el venía saliendo de una relación y su hermana lo volvía loco la mayor parte del tiempo. Por otra parte, pensó que ella podría no estar interesada o más bien sentirse avergonzada por lo sucedido en la fiesta.

Miró su reloj, eran las seis de la tarde. Si no encontraba tráfico podría alcanzar algo de luz para correr. Tomó su maletín y se marchó a su departamento.

Subió a su Volvo negro y disfrutó no tener que tomar el metro. Aunque fueran solo unas pocas estaciones hasta su hogar.

En el camino no alcanzó a librarse del atoramiento y, claro, recordó por qué prefería el transporte público.

Mientras buceaba por el dial de la radio, una melodía lo transportó a la fiesta de la noche anterior. Aunque no lo quería reconocer, sus pensamientos constantemente lo asediaban con imágenes de la chica de ojos expresivos y la alegría con la que se desenvolvía en la pista de baile.

El ruido del teléfono lo retornó a su auto y al presente del tráfico a su alrededor. Después de terminar su conversación con el cliente de la playa, notó que continuaba en el mismo lugar de la calle. De lejos escuchó el ruido de una sirena y una ambulancia lo alertó de un accidente unos metros más adelante. Esto haría que sus minutos detenido se multiplicaran.

El cartel del cruce llamó su atención, pues el nombre de la calle le resultaba familiar. Buscó en su móvil el mensaje de Julián y, efectivamente, correspondía a la calle donde vivía Amanda. Se percató de que volvía a sonreír ante su recuerdo. El ruido de una bocina lo despertó, indicándole el desplazamiento de los vehículos. Avanzó y al cruzar la intersección, en un acto instintivo, prendió el intermitente y dobló.

A los minutos, se estacionó frente a la casa blanca que coincidía con la numeración que tenía anotada. No estaba muy seguro de sus intenciones, no comprendió qué lo había llevado en un acto impulsivo hasta allí, pero no podría retractarse, su mano tocaba ya el timbre de la puerta. La ansiedad lo

invadió, la palabra espontanea tampoco la reconocía en su lenguaje habitual. Pensó que lo mejor era volver a su rutina. Se giró para desaparecer, con la esperanza de que no se abriera la puerta hasta que se ocultara del campo de visión. El sonido de las bisagras chirriantes a su espalda le advirtió de una presencia.

—¿Diego? —Amanda parpadeó varias veces para aclarar su visión. Pero la figura de Diego no desapareció. ¿Podría ser posible convocar a alguien con el pensamiento? Pensó.

—Hola... ¿Amanda, cierto? Buscaba a Julián, ¿se encuentra?

—No se encuentra y una de las razones es que no es su casa —dijo Amanda desorientada. No encontró la conexión de como él había llegado a su puerta.

Amanda tampoco sabía qué más decir, el recuerdo de la fiesta aún se encontraba latente en ella. Aún se sentía, por decir lo menos, avergonzada.

—Disculpa, creo que me voy, no te quiero molestar —dijo Diego un tanto indeciso—; ¿le dirías a Julián que vine?

—Lo puedes esperar, llegará en un rato.

Amanda quiso enterrarse. “¿Por qué lo invite a pasar?”, pensó. Claro que era amigo de Julián y no podía ser descortés. No entendió... ¿por qué él estaba ahí? Pero a lo mejor también era su oportunidad para reivindicarse y que dejara de pensar que era una completa desquiciada. Además, le debía una disculpa por lo de la vomitadera. Abrió su puerta y lo dejó entrar.

—Es una hermosa casa —pudo al fin decir Diego en el interior del salón, no podía apartar la atención de sus ojos—. Ya nadie construye con tejas coloniales.

—Es una casa antigua, la heredamos de mi abuela. Mi papá es arquitecto, él la restauró. —Amanda desvió la mirada—. ¿Quieres tomar algo?

—Un café, gracias. —Diego se sorprendió al conocer que tenía la misma profesión de su padre; mientras la observaba moverse inquieta por el salón le agradó su aspecto casual, llevaba unas converse y una blusa suelta. Su pelo amarrado de forma descuidada sobre la cabeza. Sus novias anteriores solían ir en tacos y maquilladas hasta para dormir—. Por cierto, ¿te mejoraste?

—¿A qué te refieres?

—En la fiesta...

—No, por favor, no lo digas —Amanda gritó—. Aún me quiero sepultar, disculpa por dejarte hediondo y por haber arruinado tu noche, bebí algo que me hizo mal.

—Tranquila, me cambié, no pasa nada —Diego contempló en sus ojos angustia—. No digamos que fue una experiencia agradable, pero a cualquiera le puede ocurrir.

—¿Es broma? Creo que eso solo me puede ocurrir a mi ¿Tú has vomitado a alguien en el medio de una fiesta?

—No, y tampoco había golpeado a delincuentes en el metro.

Amanda sonrió.

—¿Por qué estás con pintura? ¿Necesitas ayuda? —Diego fijó su atención en las manchas de acuarela que observó en su cuerpo.

—Si sabes dibujar, sería ideal, estoy peleando con un trabajo para mi jardín y lo mío no son precisamente las artes

Amanda reflexionó: no conocía nada de él. Solo lo caballero que se había mostrado hasta el momento. Aún ni siquiera se habían presentado como debían. Bueno, sus dos encuentros anteriores se habían percibido como un capítulo de la dimensión desconocida.

—¿Podría ser lo tuyo las artes marciales? —Diego sonrió.

—Por favor, eso no lo puedes comentar, luego te explicó, acompáñame.

Amanda se dirigió a la cocina para preparar el café, necesitó centrar su vista en otro lugar que no fuera Diego, la locomotora en su interior comenzaba a salir de su guarida. Al pasar frente al horno, su imagen se reflejó en el vidrio. Se espantó al mirar su aspecto, había olvidado en la facha que se encontraba.

—Diego, las tazas están arriba en el mueble segunda puerta y el café sobre el mesón; sírvete, vuelvo enseguida.

Amanda se dirigió a su dormitorio, su intención era cambiarse y maquillarse.

Él, en su tenida profesional casual, se encontraba magnífico su camisa a cuadros morada, con su chaqueta oscura, resaltaban su tez blanca. La imagen hizo que se estremeciera. Aunque el bochorno del día anterior no desaparecía aún, las ansias en su interior le gritaban que por fin se despojara de su envoltorio.

Sacó de su armario una blusa, la desechó al instante, era demasiado sexy para una tarde en su casa. Rebuscó entre sus cosas y no encontró nada acorde. Zapateó contra el suelo para sacudir su nerviosismo, lo de comportarse como una mujer adulta y coqueta no era uno de sus pasatiempos.

Sacó su móvil y buscó a su contacto favorito. Necesitaba con rapidez refuerzo positivo.

—Camila, soy un desastre —dijo Amanda al escuchar a su amiga al otro lado de la línea. Ingresó a su baño para que no se escuchara la conversación.

—Eres un tanto exagerada, pero yo no lo definiría como un desastre. Ahora no puedo hablar, estoy con una cliente que no para de llorar, ahora entiendo lo de los niños.

—Diego esta en mi casa y quiero... tú sabes, pero no sé cómo... no se ni qué ponerme, bueno, ya me vio llena de pintura...

—¿Qué Diego? —Camila la interrumpió.

—El de la fiesta.

—Querrás decir al que vomitaste.

—Camila, quiero por favor borrar ese recuerdo.

—¿Y qué hace en tu casa?

—Dijo que buscaba a Julián.

—¿Es broma? ¡Supongo que no creíste eso! Es la peor excusa que he escuchado últimamente.

—Enfócate, por favor.

—¿Y qué necesitas, que vaya para alentarte?

—No seas ridícula, no sé qué ponerme estoy hecha un atado de nervios y creo que me gusta.

—¿Es broma? No pensé estar viva para escuchar eso.



—¿Qué hago?

—Amanda, eres encantadora, hermosa y tienes mejores abdominales que yo, solo sé tú y si él está en tu casa es porque le interesas. Deja que fluya. Lo siento te tengo que dejar, espera... espera... usa preservativo y luego me cuentas con detalles, un beso.

Amanda sonrió, Camila siempre lograba que subiera su ánimo. Su móvil sonó al instante.

—¿Camila?...

—Repíte conmigo como un mantra, cogeré con ganas y me deleitare con ese cuerpazo... repíte.

—Estás loca... adiós.

Regresó a su dormitorio y se sentó en su cama, observó la mariposa dibujada en su espejo, la misma imagen que llevaba marcada en su espalda.

Lo meditó unos segundos y la respuesta llegó. Si quería salir de su capullo, lo iba hacer, pero como ella, Amanda. Sin máscaras, ni pretensiones.

Respiró de manera profunda y se armó de valentía. Guardó su ropa, se observó por última vez en el espejo y salió de su pieza. Caminó unos pasos por el pasillo y regresó corriendo, tomó el perfume de encima de su escritorio y se lo aplicó. Podía ser un poco torpe, pero con estilo. Sonrió.

Diego se quitó la chaqueta y subió sus mangas, mientras recorría el lugar buscando las tazas para preparar el café. Era una situación extraña y nueva para él. No estaba acostumbrado a salir de su estructurada vida. Menos aún para vagar por una cocina desconocida. Se sorprendió de lo grato que se percibía estar ahí. Pero al mismo tiempo se sintió perdido. Ser natural lo había extraviado al perder a su padre y haber tenido que transformarse en el pilar fundamental de su familia.

Los pasos de Amanda se escuchaban por el pasillo, imaginaba que había ido a cambiarse, por su reacción al verse en el vidrio del horno. Pero se sorprendió al ver que continuaba igual, hermosa.

—Bueno, Diego, ya que estas acá, podríamos comenzar de nuevo. Es obvio que no viniste a buscar a mi cuñado y no preguntaré por qué, si tú te olvidas de nuestros anteriores encuentros, hay cosas que prefiero no recordar.

Amanda le tendió la mano, respiró y cedió a lo que viniera.

—Mi nombre es Amanda Elizalde, soy soltera, tengo 25 años, soy educadora de párvulos. Me encuentro en mi segunda semana laboral. Una de mis actividades preferidas es practicar *kick boxing* y tengo afición por las mariposas.

Diego se sorprendió nuevamente, sonrió y extendió su mano.

—Yo soy Diego Echeverría, tengo 30 años, soy arquitecto, tengo un estudio de arquitectura, amo mi trabajo. No tengo hijos, ni señora, ni novia y por supuesto novio tampoco.

—¿Es broma? ¿Eres arquitecto? Eres justo lo que necesito. —Amanda se sorprendió de lo que dijo—. Bueno, no en un sentido literal, bueno, olvídale, trae tu café; hay algo que te quiero mostrar.

Salieron por la puerta trasera hasta el patio interior, un lienzo de tres metros reposaba sobre el césped. Algunas manos de niños se observaban marcadas en los contornos.

—¿Y qué me dices? —Amanda se paró a su lado frente a la imagen, el olor de Diego hizo que el ferrocarril en su interior la recorriera de su pecho al infinito.

—Tiene proyección. —Diego no quiso decir que estaba horrible, las manchas de pintura salpicadas por todos lados no ayudaban.

—¿Es broma? ¿Me darías una mano?, la directora ya me odia, y necesito arreglarlo para el Día de la Amistad, se supone que lo pondrán en el ingreso del jardín. Vamos, sé que te están envolviendo unas ganas incontroladas de mostrar tu experiencia en el lienzo. —Amanda lo miró con sus ojos parpadeando.

Diego la observó, claro que la ayudaría, por seguir a su lado pintaría su casa completa.

—Mis honorarios son bastantes elevados, pero ya resolveremos eso; ¿tienes un lápiz? —La examinó y quiso mencionar que se daría por pagado si pudiera inspeccionar sus labios, para descifrar si serían igual de efusivos que sus ojos.

Amanda le entregó un bolígrafo y comenzó a trazar dibujos de niños tomados de las manos. Tendría que poner toda su creatividad y experiencia en la tela. Era la primera vez que tendría que impresionar a una mujer a través del dibujo, pero era un reto para él, además, era lo que lo apasionaba.

Amanda lo escaneó desde atrás, mientras bebía su café. Sus ojos recorrían su imponente espalda y su trasero perfecto, sin duda pasaba largas horas en el gimnasio y, claro, su genética lo había favorecido. Percibió cómo sus hormonas despertaban de su larga hibernación.

A los pocos minutos Diego continuaba trabajando, pintando de manera dedicada su dibujo. Amanda a su lado lo ayudaba con discretas pinceladas.

—Creo que debo continuar yo, te estas arruinando los pantalones —Amanda le indicó las manchas de pintura.

—No pasa nada, cuando uno disfruta lo que hace, lo demás son solo accesorios. ¿Te gusta?

—¿Es broma?, me encanta, debo decir que eres fantástico, me refiero a tu trabajo. —Amanda se situó a su lado, el lienzo había quedado impactante, lo más probable es que en el jardín pensarán que había pagado por el trabajo. Pero lo más impactante lo tenía ella a su lado.

—Creo que te costará bastante caro. —Diego la miró de forma reluciente, sus ojos denotaron una especie de vigor.

—¿Y cuánto te debo? —Amanda omitió la indirecta. Su boca enarcó una pequeña sonrisa.

—Creo que otro café estaría bien por ahora. —Diego terminó de dar los últimos toques en el lienzo.

—Creo que una copa de vino sería más adecuada, para la impresionante labor que realizaste.

Ingresaron a la cocina y Amanda fue a la bodega por una botella, necesitaba algo que la ayudara a relajarse, la presencia de Diego y su aroma la mantenían con sus pulsaciones elevadas.

Diego sacó unas copas que encontró en un mueble y se ubicó en una silla al frente del mesón, escuchó el timbre de su celular y, al ver de quién se trataba, lo apagó. No quiso arruinar el momento, ni su humor.

—¿La abrirías? soy un poco torpe con las manos. —Amanda le tendió la botella.

—Yo no diría torpe, sino interesante. —Diego percibió la fragancia a Channel y se enderezó para evitar la combustión que lo invadió.

—¿Interesante? ¿Quieres realizar algún tipo de estudio? —Amanda estuvo segura de que ella requería analizarlo minuciosamente.

—La verdad es que si lo estoy pensando —Diego sonrió—. Creo que con el vino saldamos la deuda del lienzo, pero aún me debes algunos golpes que recibí. —Diego le entregó la botella descorchada. Pensó en muchas formas para cobrarlo, su instinto y su entrepierna se lo expresaron de manera desbordante al encontrar sus ojos.

Amanda al escuchar su indirecta sintió que se le secaba la boca al instante y la locomotora que recorría en su interior aceleraba su marcha... pasando por el borde de su vientre, a punto de descarrilarse.

Se miraron intensamente esperando que alguno reaccionara. Sus cuerpos respondían a la química originada en su interior.

El silencio reinó durante unos instantes en los que Diego moría por saber si sus labios serían tan cálidos e intensos como la expresión de sus ojos. “¿Si la beso pensará que soy muy atrevido?” Acercó su cara de manera sigilosa para encontrar su boca.

Amanda dejó de respirar unos segundos al percatarse de las intenciones de Diego, olvidó el vino que vertía y, al colmar la copa, el líquido continuó escurriendo por el mesón hasta llegar a los pantalones de su acompañante. Dio un salto y, en un gesto rápido, tomó una toalla de papel de su lado y lo comenzó a secar. Realizó un movimiento desafortunado, pasando su mano encima de su entrepierna y sintió su rigidez. Se paralizó.

Diego la observó, no había podido esconder las ansias que le provocaba estar junto a ella. Se levantó con el líquido deslizándose por su pantalón.

Un sonido sordo y luego un apagón los expulsó de aquella situación.

—Cresta —gritó Amanda—. Otra vez el fusible, la casa será muy bonita, pero su sistema eléctrico es una porquería.

—¿Te puedo ayudar a solucionar el tema? —Diego maldijo, al parecer las cosas con ella no serían fáciles, además la torpeza que mostraba se hacía presente a casa instante. Aunque no le incomodaba, sino que le hacía sonreír a cada momento.

—Si tienes un fusible antiguo del año de Julio Cesar, podría funcionar —dijo Amanda ofuscada, mientras buscaba su móvil en el patio.

## Capítulo 7

Diego se mantuvo en su asiento escuchando a Amanda hablar por teléfono con su hermana, mientras abría y cerraba cajones de los muebles de manera molesta. La oscuridad de la noche había invadido el interior de la cocina y solo lograba visualizar la silueta que se movía en la penumbra.

—¿Estás bien? Te noto un poco alterada.

—No me gusta la oscuridad, pero tranquilo, te puedes marchar, tendré que esperar a mi hermana, si es que logra comunicarse con el técnico. —Amanda continuó escudriñando los cajones con su móvil en modo linterna, pero tenía la sensación de que las velas no iban aparecer.

—Entonces me quedo. —Diego se sentó en la silla y bebió de la copa de vino. No se movería hasta que pudiera probar sus labios.

—¿Estás seguro? Creo que ya te he mantenido suficiente tiempo atrapado, además te obligue a que pintaras mi trabajo y ahora sí, creo que te debo unos pantalones. Lo siento, creo que soy un poco negada.

—¿Un poco? —Diego se carcajeó.

—Está bien, soy un desastre, pero creo que no te he obligado a estar a mi lado.

—Creo que eres encantadora. —Diego no se dio por vencido y se acercó nuevamente.

Amanda, al sentir su cercanía, experimento cómo su vello se erizaba. Su interior comenzó a cobrar vida propia. No podía seguir luchando con sus instintos. “¿Si lo beso pensará que soy muy audaz?”, pensó.

Diego no quiso reflexionar más y se lanzó a descubrir a la mujer que tenía enfrente. La agarró del brazo y la acercó con decisión. No pudo controlar el impulso depredador que lo arrolló. Sus ojos vivos y su fragancia lo perturbaron desde el primer momento. Apoyó su mano en su nuca y la atrajo, hasta percibir su respiración en los bordes de sus labios. Era tan cálida como había pensado.

Amanda advirtió las pulsaciones de su corazón, que le zumbaron en los oídos. Acercó su mano recorriendo con su dedo el labio inferior de Diego, su suavidad la hizo querer rozarlo con su lengua. La sensación de un primer beso la excitó, deseando que sus bocas se unieran a la perfección.

Diego cogió su cara con ambas manos, acariciando su delicada piel, pudo apreciar en la oscuridad la intensidad de sus ojos, que se tornaron llenos de deseo. Sin reprimir más sus ansias, la besó. Primero en un delicado roce, disfrutando de su calidez. Luego arrastró su lengua con cuidado por sus labios.

Amanda abrió su boca; el aroma que percibió la embriagó. Se acercó al contacto, que fue magnífico, se reconocieron adaptándose con facilidad. Sus lenguas se fundieron sin poder detenerlas. Sintió como puntadas de calor irradiaron todo su cuerpo. Aún no la tocaba y ya estaba estimulada. Se apropió de la situación, seduciendo y provocando a Diego con sus arrebatadores besos.

Diego acercó su cuerpo haciendo desaparecer el espacio entre los dos. La afirmó contra el mesón de la cocina y presionó su cuerpo. Su imponente erección surgió, exigiéndole más. Los movimientos de su boca fueron creciendo en fuerza, mordisqueando los labios de Amanda. Su respiración se transformó en una exhalación entrecortada. Pensó en detenerse, si no lo hacía, terminaría sobre el

mesón de la cocina arrancándose la ropa, tal era la combustión que sentía en su interior. Amanda le gustaba, pero no quería que se sintiera utilizada o algo así, además se conocían recién, quería comportarse como un caballero con ella, aunque le llevara todo su control lograrlo.

Amanda, por su lado, se debatía entre parar y seguir. Pero el ardor que poseía su cuerpo no la dejaba pensar con claridad. Si se quitaba la ropa, que le comenzaba a estorbar, Diego podría pensar que se acostaba por la vida con el primero que aparecía, y solo lo había visto tres veces. Sintió cómo las firmes manos de Diego comenzaban a bajar por sus caderas. Quiso percibir su sabor y lamió su cuello y los bordes de su oreja.

Esto la motivó a continuar. Abrió un poco los ojos percatándose de que estaban en completa oscuridad, su móvil se había apagado. Ya no aguantó más la combustión que descargaba cada músculo de su cuerpo. No pudo recordar la última vez que había sentido un calor tan intenso.

—¿Crees que es muy pronto para continuar? —Diego le habló golpeando su aliento contra su rostro. Si le respondía que sí, lo entendería y tendría que tomar una ducha fría.

—No estoy segura, sé que no me creerás, pero esto no es normal en mí. —Se separó, quiso encontrar a la objetiva Amanda en su interior. El problema era que veía en su sentido común un cartel que decía: “Estamos ocupados, vuelva en otro momento”.

Amanda atrajo la copa de vino que alcanzó a servir y le dio un trago, el sabor amargo del vino se deslizó por su garganta, en vez de calmar sus instintos la sedujo más. Le ofreció el resto de la copa a Diego, que la bebió por completo.

—Sabes qué, Amanda, me gustas y yo quiero continuar, entenderé que no sea el instante, esperaré si es lo que tú quieres. Pero tendré que marcharme en este momento para poder ser dueño de mí mismo. Solo con verte sobre ese mesón no dejo de pensar, y disculpa mi franqueza, eres fascinante y todo en mí me dice que te quiero aquí y ahora.

—¿Es broma? —A Amanda le gustó su ataque de sinceridad, le agradó saber que esperaría, pero la parte del mesón hizo que apareciera la locomotora en su interior y trastabillara sobre los rieles que recorría a toda velocidad.

—No es una broma. —Diego se afirmó en la mesa buscando su respiración.

—Al diablo. —Amanda se acercó y encontró su boca, besándolo con ímpetu. También lo quería en ese momento. Ya no le importó lo que fuera a pensar. Se comenzaba a sentir viva, por primera vez en mucho tiempo.

Diego entendió el mensaje y volvió a su encuentro. Sintió las manos de Amanda, que recorrieron su torso por debajo de su camisa, no quiso perder tiempo en los botones y la subió por su cabeza; una vez se deshizo de ella, la arrojó al suelo.

Amanda, por la oscuridad, no pudo apreciar su cuerpo, pero el tacto era su mejor amigo y era mucho más excitante. Recorrió con calma el abdomen desnudo de Diego, sintiendo un cuerpo más que trabajado. Esto le volvió a secar la boca.

“¿Qué me pasa?”, pensó. La verdad era que no lo sabía. Solo quería seguir sus instintos, que ya habían despertado y no quería extinguirlos. Se quitó su blusa. La mano de Diego presionando su piel la hizo gemir por el ardor que la cubrió.

Diego deslizó su mano sobre el pecho de Amanda, al palpar la suave tela, bajó con los dedos el encaje de su sostén y quedó al descubierto su pezón, con su pulgar lo apretó. Deslizó su otra mano hasta acceder a uno de sus glúteos, la levantó ubicándola encima del mesón. Al encontrarse más cerca de sus pechos, metió uno en su boca y lo succionó con fuerza. El sabor delicado de su cuerpo hizo

que su erección se proyectara aún más.

Amanda arqueó su espalda, buscando más contacto. Dejó escapar un gemido de placer, advirtiendo cómo su sexo palpitaba y la humedad la alcanzaba. Bajó las manos por la espalda de Diego y las introdujo a través de su pantalón. Ejerció un poco de presión acercando su cuerpo, percibiendo la dureza que él mantenía. Quería más.

Diego la despojó de su sostén y sus pechos cayeron libremente. La visión que tuvo fue como la de contemplar a una musa. El fuego que lo invadió le fue difícil de aceptar. Advirtió la mano de Amanda sobre su entrepierna y ahora era él quien suspiraba de placer. La bajó del mesón, mientras su instinto le insinuaba de forma apresurada que la quería tener. Se quitó sus zapatillas y se liberó de sus pantalones.

Amanda, al tener acceso libre, introdujo su mano en el interior de sus *boxer* palpando una imponente y suave firmeza. La locomotora de su interior descarriló y los vagones los sentía destruirse bajo su vientre, golpeándola con ondas de dolor por su gran excitación. Pensó que el termómetro no tendría la cantidad de medidas suficientes para medir el calor que la arrollaba. Amanda comenzó a desabrocharse los pantalones, que le estorbaban para dejar escapar todo su erotismo, que llevaba mucho tiempo durmiendo.

Diego la ayudó a quitárselos, primero una pierna, luego la otra. Con su mano comenzó a palpar la parte interior de su muslo. La deslizó hacia arriba hasta que se encontró con la calidez de su humedad, que traspasaba su ropa interior. Presionó con toda su palma, buscando satisfacer la imperiosa necesidad que percibió en el movimiento del cuerpo de Amanda.

Necesitó respirar profundamente para que su miembro no estallara. La continuó besando, ejerciendo cada vez más presión.

Amanda arqueó su espalda en busca de más gozo. La fogosidad de su cuerpo la instaba a más. Notó que Diego entendía lo que ella deseaba, una mano decidida tomó su tanga y la deslizó hacia abajo lentamente. Sus instintos le gritaban que, por favor, la arrancara de una vez. Al quitarla percibió la desnudez, que al instante fue cambiada por un miembro suave y cálido, que jugueteaba presionando los bordes de su sexo. Esto hizo que se fugara un quejido de su garganta...

El sonido del timbre los golpeó de repente, sacándolos de su fascinación.

—Mierda, el técnico. —Amanda abrió los ojos en la oscuridad de su cocina. Palmeó el mesón en busca de su celular para alumbrar. Al tomarlo no pudo encenderlo, se encontraba descargado—. Diego, por favor, tu celular, el mío no tiene carga.

—Dame un minuto. —Diego se separó de ella, afirmándose en el mesón, necesitaba encontrar su respiración, se agachó para buscar su móvil en el bolsillo de su pantalón.

Amanda no estaba lista para finalizar de esa forma. Su cuerpo le gritaba que terminara. La fragancia de Diego la volvió a invadir y no iba a perder la oportunidad por la maldita luz.

—Al diablo, no le pienso abrir. —Amanda se acercó y adhirió su cuerpo al de Diego otra vez.

—Creo que tenemos poco tiempo —Diego le susurró en su oído. Esta vez la agarró con fuerza y la giró poniéndola contra el mesón, sumergió su nariz en su cabellera, inhalando su perfume. Recorrió lentamente su cuello, lamiendo y besando. Deleitándose con su sabor.

Entre tanto, el timbre siguió sonando. Hasta que en un momento cesó.

Diego buscó en el bolsillo de su pantalón y sacó un preservativo. Sin soltar uno de los pechos de Amanda, rasgó el envoltorio con los dientes y se lo puso. Buscó la zona interior de Amanda trazando

círculos con la punta de sus dedos perdiéndose en el calor que irradiaba.

Amanda estaba preparada para recibirlo. Se quedó apoyada sobre el mesón sintiendo como su pecho subía y bajaba. Lo deseaba como pocas veces recordaba.

La imagen que percibió Diego desde atrás fue agónica. Sus muslos eran perfectos. Al acercarse notó una mariposa que bailaba en la parte baja de su espalda. Mordió su labio saboreando el momento. Se estaba preparando para fundirse en su interior, cuando un ruido, pero esta vez de la puerta, lo inmovilizó.

—Lo siento mucho, entre, pensé que mi hermana estaría aquí —la voz de Josefa se filtró por el pasillo.

—¡Mierda!, es mi hermana. —Amanda se incorporó de un brinco y sus ojos se trataron de adaptar a la completa oscuridad.

—Los fusibles están en el patio, hay que ingresar por la cocina —la voz de Josefa se acercó.

Amanda apreció unas luces parpadeantes que se aproximaban e ingresaban en la cocina. La iluminación se detuvo en la parte viril del cuerpo de Diego.

—¡No entres! —gritó Amanda colocándose delante de él para taparlo. Al instante recordó que ella también estaba desnuda.

Diego en un movimiento instintivo, se trasladó detrás del mesón y con su mano tapó su boca para ahogar el sonido de la risa que lo invadió. Además, su amigo aún no se enteraba que la diversión se había acabado.

—¿Amanda? ¿Eres tú? —dijo Josefa.

—No entres —gritó nuevamente Amanda agachándose a buscar su ropa.

—¿Por qué? ¿Qué pasa, estás bien?

—Sale de acá ahora o te juro que te golpearé.

—Pero ¿qué pasa?

—Solo dame un minuto, ¿quieres? —volvió a gritar Amanda en un tono amenazador.

—Ya, está bien, pero cálmate, te espero en el salón.

—Sígueme —le indicó a Diego a su espalda, agarrándolo del brazo.

Salieron al pasillo, girando hacia su pieza. Una vez que logró reconocer por la forma el lugar, Amanda lo soltó y comenzó a caminar mucho más rápido. Al llegar a su dormitorio giró para cerciorarse de que aún la siguiera.

—Estoy acá, detrás tuyo —dijo Diego mientras se deleitaba con la silueta que se apreciaba en la penumbra.

Amanda volvió a girar para meterse en su dormitorio, pero golpeó su cara con la puerta, por no comprobar si estaba abierta o cerrada.

—¿Estas bien? —Diego la alcanzó a atrapar. El contacto de su piel le recordó el calor que aún lo invadía.

—Amanda, ¿qué te pasó? —los pasos de Josefa se acercaban por el corredor.

—Lárgate, estoy bien —le advirtió Amanda que se levantaba de los brazos de Diego.

—No, no me voy, ¿qué mierda pasa? —su hermana llegó con la linterna de su móvil y su voz ya era

de pocos amigos.

—Que te vayas —insistió Amanda, que ya no sabía dónde meterse.

Diego, al percatarse de la presencia de Josefa, se incorporó, colocando las manos sobre sus genitales, tratando de tapar algo de su virilidad, que seguía despierta.

—Hola, Josefa, soy Diego, vine a ver a Julián. —“Que estúpido”, pensó, ya que nadie espera desnudo a un viejo amigo.

—¿Diego? —Josefa alumbró la escena y concentró la luz en el trabajado cuerpo de él—. ¿Por qué están desnudos?

—Deja de alumbrarnos —le advirtió Amanda en tono intimidante.

—Yo puedo explicar lo que ocurrió —dijo Diego.

—Creo que es más que obvio, ¿te puedes largar ahora, Josefa? —volvió a gritar Amanda.

—Claro, no es necesario, disculpen, me voy a atender al técnico —Josefa se alejó, pero, antes de desaparecer, gritó—. Amanda, tienes la tanga colgando de tu pie.

—Cállate —respondió. Encontró al fin el pomo de su puerta e ingresó a su dormitorio.

Diego la siguió y al ingresar al espacio se arrojó al piso, no pudo contener más la risa y sus carcajadas inundaron la habitación. Era una de las situaciones más insólitas que había vivido. Pero lejos también la más divertida.

—¿De qué te ríes? —dijo Amanda ofuscada. Ahora sí que pensaría que era una desquiciada.

Diego no pudo responder, no podía parar de reír.

Amanda al comprender lo extraño de la situación, se sentó junto a él y también se largó a reír.

—Sabías que eres la mujer más divertida que he conocido. —Diego encontró su cara en la oscuridad, la acercó y la besó.

—¿Es broma? ¿Te parece divertido ser un pastel a gran escala?

—La luz esta lista —la voz de Josefa llegó desde lejos.

—No, para —gritó Amanda al recordar que aún seguían desnudos.

La luz se encendió y se filtró a través del pasillo, alumbrando de manera tenue el dormitorio.

Amanda cerró de una patada la puerta, quedando otra vez a oscuras.

—¿Por qué no quieres que te vea? Tienes un cuerpo espectacular. —Diego sonrió. Su cuerpo ya lo había grabado en su mente a la perfección.

—No estoy lista —Amanda se tapó con el plumón de su cama. Con su acto de desprendimiento de la cocina. Había olvidado que no había visitado a la depiladora las últimas semanas.

—Voy a comprar para darles unos minutos de intimidad. Amanda la ropa de Diego esta acá en la cocina. —gritó Josefa desde la cocina. Luego se escuchó el sonido del golpe de la puerta al cerrar.

—¿Estas bien? —Diego observó Amanda, que se encontraba seria.

—¿Es broma? Me muero de vergüenza. Recién te conozco y estamos en esta situación, sin mencionar que mi hermana te vio desnudo y ni siquiera concretamos. Debes pensar que soy una inepta.

—¿Estas preocupada por lo que pueda pensar yo?, ¿porque no concretamos? ¿Piensas que vine a eso?

—En realidad, no me has explicado a qué viniste y no quiero que pienses que me ando desnudando delante de cualquiera.



—Bueno, te lo voy a explicar, pero vístete; te espero en el salón para que salgamos.

—¿Ahora?

—Sí, ahora, creo que empezamos al revés, pero lo bueno es que aún nos podemos retractar. —Diego se levantó y camino hacia la puerta. La luz se filtró dejando a la vista su desnudez. No le importó, no tenía prejuicios con su cuerpo. Se dirigió hacia la cocina para vestirse.

Amanda no pudo evitar asomarse para admirarlo. La vista fue demasiado placentera. Se mordió el labio mientras pensaba si podría ser verdad que, en la tierra, en Sudamérica, en Chile, en Santiago y específicamente en su cocina existiera alguien que se viera tan jodidamente bien de espalda. Suspiró.

Se levantó de un salto, se vistió con unos *jeans*, esta vez cambio sus Converse por unos botines cortos. Se colocó una blusa de gasa suelta verde y una chaqueta blanca. Tomó su colgante favorito con una pequeña mariposa. Sabía que le ayudaría a alzar sus alas.

No tendría tiempo de peinarse, tomó su cabello en una cola de caballo y se aplicó un labial rosa. Al pasar su mano cerca de su nariz notó que estaba impregnada del olor de Diego. Esto la volvió a estimular. ¿Podría ser que sus hormonas no quisieran descansar? Se lavó las manos y se dirigió al salón.

## Capítulo 8

Diego bebió un vaso de agua para bajar la temperatura que aún se mantenía elevada en su cuerpo. Se afirmó en el mesón de la cocina en donde minutos antes casi habían consumado su encuentro. No logró vislumbrar ningún recuerdo anterior en donde se hubiera dejado llevar de esa forma, dejando de lado sus tapujos y estructurada forma de conquista. Con Amanda se volvía como una especie de adolescente, en ocasiones perdido en relación al siguiente paso que debía dar y en otras exaltado hasta el punto de no pensar en lo que hacía.

Dio otro sorbo a su vaso y observó sus pantalones totalmente estropeados entre la pintura y la gran mancha de vino. Le hizo gracia percatarse de que todos los encuentros con ella le dejaban algún tipo de recordatorio. Aunque eran alusiones bastantes fuera de lo común. Debió aceptar que también eran bastantes divertidas. Esto era lo que más le agradaba y cautivaba de Amanda.

—¿De qué te ríes? —Amanda le habló afirmada desde la puerta.

—De mi ropa, no estoy presentable para salir, creo que debería pasar por mi departamento a cambiarme.

—¿Es broma? Tanta actividad me dio hambre, si quieres podemos ir a un lugar donde no necesites ir de etiqueta, a mí no me preocupa. —Amanda sonrió.

—Está bien, tú eliges. —Diego escarbó su cabello de forma descuidada. Su naturalidad lo sorprendía a cada momento.

Al salir de la casa, Diego presionó la alarma de su vehículo y abrió la puerta.

Al subirse, Amanda lo guió a través de las calles colindantes a la Avenida Providencia. Se detuvieron frente a un local de comida que era nuevo para Diego, la Fuente Alemana; observó la gran multitud que entraba y salía.

Una vez que descendieron del auto Amanda se ubicó adelante de él, para ayudarlo a tapar algo del desastre en sus pantalones. Le divirtió su ayuda.

Al ingresar a la Fuente Alemana, Amanda le indicó que era uno de sus lugares preferidos y que la comida era exquisita.

Se sentaron en la barra y Diego examinó a las mujeres que, de manera pulcra, cocinaban, a la vista de todos, los diferentes alimentos con los que contaba la carta del lugar. Esto le agradó, poder observar cómo preparaban lo que él iba a comer.

Amanda se ofreció a realizar el pedido y le dijo que confiara en su elección y que no lo iba a lamentar. Estaba seguro de que, aunque volviera a meter la pata lo iba a disfrutar.

Al entregarles la comida se asombró del tamaño de los sándwiches. Sobresalía la gran cantidad de carne de cerdo, con tomate, salsa verde y algún otro tipo de aderezo que no identificó. Lo que más llamó su atención fue la cerveza artesanal negra que seleccionó Amanda. Por ese gesto pensaría seriamente en repetir la experiencia.

—¿Te comerás todo eso? —Diego vio que tomaba el cuchillo y el tenedor con gran entusiasmo—. ¿No te preocupa la gran cantidad de calorías?

—¿Es broma? ¿Con quién has salido últimamente? Me encanta la comida, además para eso voy a entrenar tres veces a la semana. —Amanda cortó un gran trozo de carne y lo comió.

Mientras degustaban sus platos Amanda examinó con las ganas que Diego devoraba la comida. Sus ojos se volvían a iluminar. Analizó la postura seria y rígida que generalmente mantenía y notó que solo cuando se relajaba sus ojos resplandecían. Tomaría nota mental de esto. Tendría que buscar la forma de hacer que disfrutara más. Necesitaba volver a ver la viveza de sus ojos que lo hacía tan irresistible.

—Esto esta delicioso, creo que tenías razón, que me había perdido la mitad de mi vida —dijo Diego.

—Qué bueno que lo disfrutes. —Amanda se desplomó sobre la silla, el relajamiento le llegó y comenzó a sentir el cansancio de su extenso día lleno de actividad y emoción—. Ahora sí creo que ocupé las reservas de energías que me quedaban.

—¿Te llevo? —Diego la observó con seriedad.

—Ni lo sueñes. No te vas a escapar hasta que me digas algo... ¿por qué fuiste a mi casa?

—Te lo digo, si tú me explicas algo... ¿por qué te sacaste la ropa?, me dejaste claro que no lo hacías con cualquier hombre.

Los dos se miraron y sonrieron.

—Bueno para empezar aclaremos lo de cualquier hombre. Tú ya no estás en esa categoría, ya que compartimos un enfrentamiento en el metro, luego otro combate en la fiesta, además me viste ebria, te vomité, luego me ayudaste en mi lienzo, que a propósito te quedó hermoso. Debo decir que has estado más cerca que ningún hombre en mucho tiempo. —Amanda sonrió de manera nerviosa. Su resumen no se escuchó muy romántico, ni ideal para conocer a una persona. Aprisionó su colgante con la mano y lo apretó.

—Creo que olvidaste el vino y que tu hermana me vio desnudo. —Diego rió nuevamente.

—Qué bueno que te diviertas, pero debo preguntar: ¿Por qué aún no has huido? —Amanda pensó que ahora venía la cruda verdad. Cualquier hombre en su situación estaría esperando el momento para desaparecer.

—No he huido porque, de verdad, desde hace mucho tiempo, no me había divertido tanto.

—¿Quieres decir que soy como un payaso?

—No, por supuesto que no, me encanta como eres. —Diego abrió sus ojos—. Creo que tu personalidad es muy atractiva y tu naturalidad es genial. Pocas veces había conocido a una mujer así y no quiero decir que sea malo.

—Y fuiste a mi casa porque...

—La verdad, te quería conocer, aunque suene extraño y lamento haberme tirado encima tuyo de esa forma. Tampoco quiero que pienses que lo hago como *hobby*. —Diego se escarbó el cabello de manera nerviosa y esbozó una pequeña sonrisa—. Te acabó de mentir, no me arrepiento de haberme tirado encima.

Amanda soltó una carcajada. Debía reconocer que sus golpes de sinceridad le agradaban mucho. Además del gesto que hacía con su cabello, que lo hacía parecer un tanto tímido. “¿Dejará que lo acurruque?”, pensó.

En un impulso se acercó y acarició su pelo, luego acarició su mejilla y lo besó. Inmediatamente fue correspondida. Lo abrazó fundiéndose en un cálido y calmo beso. Pero eso no evitó que su locomotora interior encendiera su caldera al instante, cuando percibió su olor.

Sus cuerpos se adhirieron buscando encontrar el mismo acercamiento que habían vivido horas antes. Sus respiraciones se alzaron. Perdidos en el momento, para ellos no existía nadie más. El carraspeo de la mesera con la cuenta los interrumpió.

Se separaron de manera rápida. Amada se paró al lado del asiento dejando algo de espacio. Era imposible tenerlo cerca sin querer abalanzarse sobre él. “Debe pensar que soy una atrevida, no me va a creer, que no me saco la ropa con cualquiera, si insisto en lanzarme encima a la primera provocación y en realidad ni me provocó... ¡Cálmate!”.

—Queda claro, que estamos en un principio intermedio. —Diego sonrió.

—Te juro que ya no sé cómo comportarme, esto de las salidas definitivamente no es lo mío. — Amanda tensó sus dedos sobre su colgante. Estaba por perder la cabeza.

—Bueno, tampoco es lo mío. Mi última relación terminó hace poco y creo que también estoy un tanto perdido. Pero creo que definitivamente lo quiero repetir.

—Veremos cómo lo hacemos, entonces. Creo que esta vez te pasaré el mando a ti para que escojas nuestra próxima salida. Debo confesar que ha sido bastante interesante, pero esta vez me gustaría verte en acción.

—Está bien, acepto el reto, solo tengo una duda. ¿Comenzamos de donde lo dejamos o partimos de cero?

—Tendrás que descifrarlo tú, ya que yo ya me perdí.

Diego rio.

Al cabo de unos minutos Diego y Amanda evitaban mirarse, se habían estacionado afuera de la casa blanca hace un largo rato y ninguno emitía palabra.

—Veo que tienes una afición extrema por las mariposas. —Diego le indicó el colgante que mantenía presionado en su mano—. ¿Es una especie de talismán?

—No, es algo más místico, pero cuando te vea de nuevo te lo cuento. — Amanda abrió la puerta para despedirse—. Lo que te puedo contar, es que hace tiempo me dijeron que las mariposas traen buenas noticias y creo que es verdad. —Amanda reflexionó en torno a sus palabras. El día que lo conoció le había regalado una manualidad con esa forma. ¿Habría sido él, las buenas noticias que habían arribado?

—Esperaré entonces hasta nuestro próximo encuentro —dijo Diego y luego exclamó—. Maldición, lo lamento, tendremos que dejarlo para la próxima semana, tengo que viajar mañana por trabajo a la playa.

—Está bien no te preocupes. —Amanda se bajó del vehículo. El último comentario de su repentino viaje a la playa la había desmotivado un poco. Estuvo segura de que, después de todos los atentados hacia él, era el momento en que desaparecería. Tendría que dejarlo ir. Tomó una postura confiada y habló—. Diego gracias por todo, me encantó conocerte. Deberías sonreír más seguido, cuando lo haces estás perfecto.

—Insistes en que parezco un sepulturero. —Diego sonrió. Arrancó el motor y emprendió la marcha.

Al ingresar a su casa Amanda, entró a su dormitorio y se sentó en su cama. Aún no bajaba de su nube. Recordó las palabras de su amiga y sí, para ella estaba saliendo el sol y era uno bastante caluroso, rememorando como percibió la combustión de su cuerpo sobre el mesón de su cocina. Se mordió el labio y sonrió. Las imágenes de Diego caminando desnudo por su corredor eran de antología. Aunque el tema de su viaje la mantenía inquieta.

Un movimiento a los pies de su cama la alertó, se giró lentamente, pensando que se encontraría con alguna asaltante o un fantasma, pero de debajo de las mantas apareció de golpe una cabeza rubia que le gritó.

—Cresta, Camila, casi me matas. —Amanda se paró de un salto, había dejado de respirar unos segundos.

—Primero, porque no sales con tu teléfono olvidadizo pastelito. Segundo, te dije que hoy me quedaría. Pero veo que estas en otra frecuencia. Por cierto, tu hermana estaba en *shock* cuando llegué, quiero que me cuentes todo: ya supe que estabas desnuda con Diego.

—Primero, ¿por qué no te acostaste en la pieza que ocupas siempre?, y no recuerdo que me dijeras que estarías aquí.

—Martín tiene una cita. —Camila se sentó en la cama y acomodó el cobertor—. Así que somos de nuevo tú y yo.

—¿Tienes nueva cuñada? —Amanda se sentó a su lado.

—Espero que no, Martín creo que aún no encuentra la indicada, es un poco volátil.

—¿Es broma? No me había dado cuenta, creo que eso debe ser de familia.

—¿Me estás diciendo volátil? Mira que tengo varias cosas con las que te puedo molestar.

—Ya está bien, me retracto y me castigo. —Amanda hizo el gesto de golpearse contra su escritorio.

—Bueno y dime, creo que tu humor cambió, debo entender que pudiste concretar.

—No, Josefa llegó.

—¿Es broma?

—Pero íbamos super, hasta que hablamos de vernos otra vez y el repentinamente recordó que se debía ir de la ciudad por trabajo. ¿Podrá ser verdad o querrá deshacerme de mí?

—Mira que es atractivo, pero para las excusas definitivamente es pésimo.

—Maldición, por qué tengo tan mala suerte, debí decirle algo en ese momento, cuando me percaté de que quería huir.

—Ya... no es para tanto, al menos pudiste fluir... al menos un poco.

—Si es para tanto, me gusta.

—¿Es broma? Primer hombre con el que sales en mucho tiempo y te enganchas.

—Por lo mismo salí con él, porque me gusta. —Amanda colocó sus ojos en blanco.

—Entonces lo que tienes que hacer es fácil: llámalo y termina tú primero.

—¿Cómo voy a terminar si aún no empezamos?

—Envía un texto y dile que tú lo llamaras. Luego lo olvidas. Siempre funciona.

Diego ingresó a su departamento, tenía una sonrisa que no sabía cómo borrar. Se quitó la camisa y sus zapatos. Tomó de su maletín su cuaderno de dibujo y subió al segundo nivel. Sentía la necesidad imperante de retratar la escena vivida horas antes.

Se sentó frente al ventanal y las luces de la ciudad captaron su atención.

En el cuaderno dibujó varios bosquejos, sus pensamientos iban más rápido de lo que su mano era capaz de seguir. Entre los trazos que aparecieron el que más llamó su atención fue el de la espalda de Amanda con la mariposa revoloteando sobre su cadera.

En otra hoja retrató el local de comida, con las mujeres trabajando en el interior de la cocina, preparando los exquisitos platos. El último fue la silueta de Amanda sentada con un pincel en su mano. Sonrió nuevamente al observar sus pantalones. Tendría que comprar algunos más, era el segundo par que le arruinaba. Aunque si lo seguía pasando así de bien, podría pensar hasta instalarse con una lavandería.

El sonido del teléfono de su casa lo despertó.

—¿Hola?

—Diego, pensé que te había pasado algo, te he llamado a tu celular toda la tarde, ¿por qué no contestabas?

—Mamá, estoy bien. —Diego suspiró. Introdujo la mano en su maletín y observó su móvil. Recordó que lo había apagado en el momento que estuvo en la cocina. Las imágenes que vislumbró lo hicieron esbozar nuevamente una sonrisa. ¿Qué le pasaba? Parecía un idiota. En su memoria apareció el cuerpo desnudo de Amanda y la combustión lo volvió a embargar. Tendría que tomar una ducha fría con urgencia, si continuaba de esa forma.

Después que habló con su madre y su hermana, cortó el teléfono con los mismos problemas de siempre. Le extraño que su humor continuara intacto.

Sacó una pequeña maleta de su armario, debía preparar su equipaje para su viaje a la costa, esperaba no encontrarse con muchos inconvenientes, ahora tenía un motivo para volver lo antes posible. Pero, como le había dicho Amanda, tendría que preparar algo especial si quería ganarse su confianza. En este parte otra vez se encontraba perdido.

En el caso de sus ex, las hubiera invitado a cenar a un lugar lujoso. Tal vez al cine y las interminables reuniones sociales de vinos costosos y conversación banal. Con Amanda los encuentros habían sido claramente una excepción a la regla.

Se asombró de lo mucho que le agradaba su compañía, tendría que jugársela si la quería conquistar. Este sentimiento lo aturdió, pocas veces, por no decir nunca, había tenido que esforzarse para conquistar a una mujer, en general las cosas se le daban fáciles. Reflexionó, diciéndose que a lo mejor ese fue uno de los motivos por el que las cosas no habían funcionado.

Respiró en una larga exhalación y quiso dejar de pensar un rato en la chica de la mariposa, estaba acaparando todos sus pensamientos y tenía un montón de cosas que hacer.

Buscó su móvil para llamar a Marco, necesitaba coordinar su viaje a la costa. Recorrió por el menú las llamadas perdidas la mayoría de su familia. Algunos correos de clientes que le desvió a su asistente.

Un mensaje entrante llamó su atención:

*Hola, Diego, pasé una tarde agradable contigo. Pero por tu repentino viaje fuera de Santiago entiendo*

*que no estás interesado; pero tranquilo: no pasa nada.*

*Nos vemos algún día.*

*Amanda*

Diego leyó el mensaje por segunda vez. Ahora sí que estaba desorientado. Se preguntó si era él o las mujeres eran así.

Al parecer, tendría que tomar un curso exprés del comportamiento femenino. No entendía a su madre, ni a su hermana, ni a sus ex, y ahora Amanda pensaba que había inventado el viaje. A lo mejor no era lo suficientemente convincente con las mujeres.

Pensó en llamarla, pero, al parecer, en su caso, no tendría el efecto que quería conseguir para que le creyera. Sonrió ante este nuevo desafío. Lo motivó que las cosas no fueran tan fáciles.

## Capítulo 9

Diego divisó la camioneta color plata de Marco que se estacionó a su lado. La mañana estaba fría y llevaba diez minutos parado afuera de su edificio. Pero continuó con su buen estado de ánimo. Ya había trazado un pequeño plan de acción, para convencer a Amanda y quitarse su cara de sepulturero. La noche siguiente no había podido conciliar el sueño, pensando en insectos que revoloteaban con hermosos colores, este sentimiento en su interior lo mantenía inquieto, era algo nuevo y desconocido.

—¿Listo para escapar del frío y tomar algo de sol? —Marcó habló por la ventana del conductor.

—Si logramos mantener en pie la estructura, podría ser. —Diego abrió la puerta del lado de su amigo —. Yo conduzco, necesito hacer una parada primero.

—¿Estás bien? Te noto diferente, podría decir que ¿más alegre? —Marco se burló.

—Puede ser, como dices tú a veces hay que relajarse. —Diego se acomodó en el asiento y emprendió la marcha—. ¿Quieres desayunar?

—Me estás molestando, cierto, ¿estás seguro de que eres Diego?

—Luego te respondo eso. ¿Crees que parezco un sepulturero?

Marco se largó a reír.

Una hora después de pasar por una cafetería, se estacionó frente a la casa de color blanco. Pensó que sería muy temprano para encontrar a Amanda despierta, pero ya se había decidido.

—¿Desde cuándo te volviste tan romántico? —Marcó le dio una mirada confundido.

—Si a esto le llamas romanticismo, no me imagino como serás con tus citas. —Diego tomó el vaso con café y una pequeña bolsa de papel.

—Puedo entender entonces que recobraste tu virilidad. —Marco sonrió—. Además, tienes pegada en tu cara una sonrisa de idiota que pocas veces había visto.

—Ese tema no lo comentaré contigo. —Diego se bajó de la camioneta y tocó el timbre.

Pasaron unos minutos, pero no se observó ningún movimiento, presionó nuevamente el timbre y observó de reojo a Marco, sintió alivio al ver que estaba interesado en su teléfono, no tenía intención de que observara como se quedaba plantado en la entrada de la casa si no salía nadie.

Al cuarto timbre escuchó los pasos que se acercaban del interior.

Amanda apareció en la puerta aún somnolienta, vestía un pijama de dos piezas rosado y unas pantuflas de animales. Su pelo revuelto caía descuidado sobre sus hombros. Al verlo abrió sus ojos como platos.

—Diego, ¿qué haces acá? —Amanda juntó sus brazos para capear el frío de la mañana.

—Bueno, después de que vi tu mensaje, quise dejar en claro que no es una excusa que me voy —le indicó en dirección a la camioneta.



—Vamos a trabajar y por favor dale una oportunidad, me gusta que no esté tan huraño — Marco levantó la mano y la saludó.

—¿Estás loco? —Amanda lo agarró del brazo y lo introdujo a su casa cerrando la puerta—. Me podrías haber enviado un mensaje o haberme llamado.

—Creo que por tu desconfianza esto es más convincente. —Diego rió y escarbó su cabello—. Me debo marchar como te comenté, tengo una reunión fuera de Santiago, espero que esta vez me des el beneficio de la duda.

—Creo que esta vez lo pensaré. —Amanda recibió el café y la bolsa.

—Bueno, continuamos en un principio intermedio, ya sé cómo te levantas por las mañanas.

—Si no sales de acá ahora, sabrás como me pongo, cuando me despiertan a las siete y se burlan de mi tenida matutina. —Amanda puso sus brazos en jarra.

—Ya tranquila, nos vemos. —Diego sonrió. Después de darle un suave beso en la mejilla se marchó.

Amanda lo observó cerrar la puerta, aún incrédula a lo que había ocurrido. A lo mejor aún no había despertado. Maldijo haber sido tan desconfiada, Diego había dicho la verdad.

Se dirigió a la cocina con el café en la mano. Lo dejó encima del mesón y abrió la pequeña bolsa. En su interior se encontraban unos pasteles y una hoja blanca doblada. La abrió y apareció sobre el papel, la imagen de una mujer sentada con un pincel en la mano, las gotas de pintura caían de forma distraída formando pequeñas alas. Escrito a mano en un costado leyó “el próximo desayuno espero que lo tomemos juntos”.

Se levantó con la hoja en la mano y zapateó de la alegría. Bebió un sorbo de café sonriendo como una boba y dando algún que otro grito.

—¿Por qué gritas como una lunática a esta hora? —Julián apareció a su lado.

—Te adoro —Amanda gritó y le dio un abrazo a su cuñado.

—No sé a qué te refieres. —Julián puso cara de sorprendido.

—¿Es broma?, creo que esta vez te luciste, ratoncito. —Amanda sonrió y saltó de alegría.

—Solo lo hice porque lo conozco y es un buen chico, así que, por favor, deja de hacer esas locuras que siempre se te ocurren.

—¿Disculpa? ¿A qué te refieres exactamente? —Amanda tomó una postura seria.

—No, a nada, tranquila, yo también te adoro. —Julián levanto sus brazos, mientras comenzaba a preparar el desayuno.

Amanda corrió a su pieza y de un grito despertó a Camila, necesitaba con urgencia comunicarle las buenas noticias que habían llegado.

## Capítulo 10

A los días Amanda se preparaba para su primera reunión de apoderados. Aún se mantenía en la estratosfera después de su encuentro con Diego. Era lo mejor que le había pasado en mucho tiempo. El dibujo que le había regalado permanecía sobre su espejo, al lado del dibujo de la mariposa.

—Veo que continuas de buen humor —Celeste le habló desde el interior de su sala.

—¿Es broma? Después de que a Alicia le gustó mi lienzo y la actividad salió de lujo, ¿qué más puedo pedir?

—Espero que este año los apoderados sean de bajo perfil. —Celeste terminó de acomodar las sillas para la reunión y tomó su cartera para marcharse.

—Lo dudo, siempre hay algún padre que esta chalado. —Amanda se acomodó su delantal y observó ingresar al primer asistente a su sala. Estaba segura de que nada podría alterar su estado de ánimo.

Despidió a Celeste y se vistió con su mejor sonrisa. Sacó la seguridad de todos los lugares que pudo encontrar en su interior. Como en su curso solo había diez niños, la reunión debería ser solo un trámite, pensó.

Dejó pasar diez minutos y contó a los apoderados, solo faltaban dos, se decidió a comenzar y cerró la puerta. Sintió la mirada de poca convicción de los presentes, pero no se aminoró, su confianza con los días había crecido. Se presentó y apoyada por una presentación que había realizado dio inicio a su exposición.

Con calma y con un tono seguro, relató el método de trabajo que se realizaba en el aula, no centró la atención en ninguno de los padres para no distraerse. Respondió algunas consultas en relación a temas neutros y agradeció a una mamá que le mencionó lo contento que se encontraba su hijo con su trabajo.

Lo peor ya había pasado, sintió un halo de alivio, su estómago por fin comenzaba a distenderse. Aunque no lo había querido reconocer, sus nervios la estuvieron comiendo las horas previas a su encuentro.

Escuchó el golpe de la puerta de ingreso, miró la hora, lo más probable era que se tratase de un padre atrasado. Se dirigió con paso firme a abrir.

—Disculpe, ¿la tía Amanda? —dijo el hombre al otro lado del umbral.

A Amanda, al observarlo, casi se le salen los ojos. Quedó petrificada en el lugar. Su corazón inmediatamente palpitó de forma acelerada.

—¿Tía Amanda? —volvió a pronunciar el hombre—. ¿Puedo pasar?

Amanda asintió con la cabeza y el hombre ingresó.

En su cabeza martillaban las palabras, mejor dicho, se atropellaban: “¿Qué cresta hace Tomás acá?”. Respiró profundamente y soltó la manilla de la puerta, la cual seguía sosteniendo como una estatua. “Cálmate... cálmate”. Se dijo. “No lo voy arruinar, todos los apoderados me esperan”.

Regresó a su lugar, esta vez detrás de su escritorio, a lo mejor la podría ayudar a mantener sus

recuerdos encarcelados. Trató de encontrar su colgante, para infundirse confianza y no perderse buscando su capullo para esconderse. Pero no lo encontró, no lo usaba para asistir a trabajar.

Levantó la mirada y todos en la sala mantenían su mirada en ella. “Reacciona”, pensó. Volvió a respirar, miró la pantalla con la presentación y al fin encontró las palabras con las que continuó su exposición.

Mencionó algunos detalles prácticos como marcar la ropa de los niños y la minuta de colación saludable que debían enviar.

Trató de no perder el hilo de la reunión, pero sus manos comenzaron a sudar y sus piernas cada vez las sentía más pesadas, como si le hubieran lanzado cemento.

Advirtió la mirada de Tomás sobre ella desde el final de la sala, pero no lo miró, intentó bloquear su presencia para poder congeniar sus ideas, lo que resultó casi imposible.

Cuando ya finalizaba la reunión y se disponía a cantar victoria por no haber perdido la cordura, una mamá levantó su mano. Maldijo.

—Tía, mi hija Florencia trajo unos lápices que se los regaló su abuela de Francia y faltan dos, necesito por favor que los encuentre.

“¿Es broma? Lo que me faltaba: la mamá chalada, ¿por qué mierda envía a la niña con esos lápices?”, pensó.

—¿Estaban marcados? —Amanda no pudo evitar su tono cortante.

—No, no lo estaban; comprenderá que son muy finos y se verían horribles —dijo la mujer con un aire arrogante.

—Lo siento, si no estaban marcados es difícil que se puedan recuperar, además entenderá que los padres deben hacerse responsables de las cosas de valor que traigan sus hijos.

—¿Cómo? Si usted es la profesora se debería encargar de que los niños vuelvan con todas sus cosas a la casa —la mujer elevó el tono de voz.

—Insisto, los niños deben venir con las cosas solicitadas, no nos podemos hacer cargo de las cosas ajenas al establecimiento. —Amanda comenzó a perder la paciencia.

—Solicito entonces hablar con la directora —dijo la mujer en tono de mando.

“No me lo puedo creer, esta vieja gritándome por unos malditos lápices en frente de todos y cuestionando mi autoridad y el idiota de Tomás atrás traspasándome con la mirada”, pensó.

—Disculpa ¿cuál es tu nombre? —Tomás se dirigió a la mujer con su voz ronca y profunda.

—María Ester; ¿por qué? —la mujer quedó con la boca abierta mirando al hombre de ojos oscuros.

—Mi nombre es Tomás y soy apoderado del año pasado. Lo que dice la tía Amanda es verdad, no se hacen cargo de cosas de valor, menos si no están marcadas, pero si quieres después de la reunión te puedo ayudar a orientarte con las políticas del jardín, para mí sería un placer, María Ester. —Tomás sonrió con su toque sensual y con su característica mirada de “soy irresistible”.

—Gracias, Tomás —la mujer respondió en un susurro. Bajó su mirada y se ruborizó.

—Muy bien, espero que tengan un lindo fin de semana y no olviden firmar la hoja de asistencia —dijo Amanda. Aprovechó la instancia para no dar pie a más preguntas.

Comenzó a ordenar sus cosas, aunque más bien dicho las lanzó con rapidez en el interior de su maletín, mientras los padres se despedían y abandonaban la sala. Por supuesto, María Ester continuó hablando con Tomás.

Quería correr, pero no podía salir hasta que se fueran todos. Terminó de guardar su computador, cuando sintió la presencia de Tomás detrás de ella.

—Qué sorpresa encontrarte, después de tantos años —Tomás le habló mientras firmaba la hoja de asistencia.

—Sí, creo que tengo un recuerdo de ti de la universidad. —Amanda se aclaró su garganta. Quería tratar de sonar casual y desinteresada.

—¿Un recuerdo? Mientras te observaba me vinieron varios. —Tomás la envolvió con sus ojos penetrantes. Su altura y su imponente figura mostraban un lenguaje corporal fuerte y seguro.

—Fue un gusto verte, ahora creo que me tengo que marchar, ya es tarde. —Amanda no pudo mantener su mirada. No podía creer que aún causara ese efecto en ella.

—Lo entiendo, pero me gustaría que me dijeras cómo se comporta Lucas en el jardín. —Tomás se inclinó hacia ella al hablar como si le fuera a decir un secreto y luego volvió a su lugar.

—Amanda, debemos cerrar. —Alicia apareció en el umbral de la puerta con un gesto severo.

Amanda se alegró de que apareciera como pocas veces. Sintió un alivio al poder escapar de ese lugar.

—Bueno. Tomás creo que nos tenemos que marchar, pero cuando quieres podemos continuar esta conversación. —“¿Qué me pasa? ¿Por qué le estoy coqueteando?, es tu apoderado ahora, aterriza”, su cabeza le gritó.

—Está bien, será la próxima. —Tomás sonrió y levantó una ceja—. Recuerda que me debes una.

Se acercó y se despidió con un beso. Pero al estilo Tomás, rozando con calma sus labios contra su mejilla. La fragancia de naranjo y tabaco que lo envolvía quedó bailando en el aire.

Amanda sintió cómo un palo le daba en la cabeza y percibió un *deja vu*, ¿Podía ser verdad que aún ocupara el mismo perfume? “Lo deberían discontinuar” pensó. “Con una etiqueta que dijera: Peligro, hombre tortuosamente sexy a la vista y que engatusa a las mujeres que caen rendidas a sus pies”.

Cuando se dio cuenta de que su respiración había huido y el aire le faltó en su interior, volvió a la realidad. Esperó unos segundos antes de salir, hasta estar segura de que no se encontraría con él afuera.

# Capítulo 11

Amanda viajaba en un taxi, aún en estado de conmoción. Pensando en cómo un hombre la podía afectar de esa manera y después de tantos años. Aunque quiso mantener su mente en blanco, le fue imposible no recordar su historia con Tomás. Sus pensamientos la traicionaron y regresaron cinco años atrás.

Amanda se encontraba en la sala de computación de la facultad, ya llevaba más de media hora tratando de inscribir las asignaturas de sus clases. Había regresado hacía pocos meses del sur, para ingresar a su primer año de universidad. Algunos amigos le comentaron que era un trámite fácil y lo había dejado para el último día. La hora pasaba y el sistema estaba colapsado. Si no lograba ingresar quedaría fuera por un semestre. Por su ofuscación golpeó el teclado con sus manos.

—¿Es broma?, mierda —blasfemó a la pantalla.

—¿El imbécil del computador no quiere cooperar? —una voz ronca le habló desde el cubículo de adelante.

Levantó la vista y unos ojos oscuros la ensordecieron.

—Disculpa, pero el maldito sistema se cayó. —Amanda dejó de respirar unos segundos.

—A veces sucede en estas fechas —él se incorporó y se situó de pie a su lado, le hizo un gesto para tomar el mando del ordenador—. ¿Puedo?

Amanda solo pudo asentir y se reclinó hacia atrás en la silla, para darle espacio. Él se apoyó sobre el escritorio y comenzó a trabajar con el *mouse*.

Amanda percibió que el olor que emanaba la atraía como un imán.

—¿Qué curso? —se giró levemente y clavó su mirada sobre Amanda.

—Educación Parvularia —observó la tensión de su brazo bajo su camiseta negra, parecía que sus músculos se querían liberar. Se inclinó un poco más y sobre su pantalón apareció la ropa interior de marca de diseñador.

—Listo, ahora puedes ingresar. —se incorporó. Sus labios gruesos esgrimieron una media sonrisa.

—Gracias, te pasaste, salvaste mi año académico. —Amanda mantuvo su mirada sobre él. Su apariencia ejercía una atracción innata.

—¿Eres nueva? —la recorrió con la mirada despojándola capa a capa de su ropa.

—Sí...

—Tomás —el llamado desde lejos de una chica los interrumpió.

—Debo irme. —Tomás se acercó acortando la distancia. Alzó una su ceja y sonrió—. Me debes una.

Amanda lo siguió observando mientras desaparecía por la puerta del lugar. Su imagen fue cambiada por una joven de cabello largo oscuro y unos grandes ojos verdes.

—¿Amanda? —gritó cuando la reconoció.

—¿Daniela? —Amanda se sorprendió. Habían estudiado en el mismo colegio, pero desde esa época que no la veía.

—¿Cómo estás? ¿Entraste este año? ¿A qué carrera? —se ubicó a su lado leyendo la información de su computador—. Genial seremos compañeras.

Amanda enarcó sus cejas y suspiró, no le desagradaba, pero nunca habían sido amigas cercanas.

El primer semestre, Amanda se enfocó en sus estudios, su objetivo era demostrarles a sus padres que podría ser responsable con sus estudios y su vida fuera del hogar.

Daniela se había convertido literalmente en su sombra y la mayoría de los ramos los tenían juntas. Debía aceptar que le agradaba su compañía. Por otra parte, desvariaba al encontrarse cerca de Tomás en la cafetería o en algunas fiestas, desde el primer día la había impactado.

Trató de no dar importancia a cómo su eje se inclinaba cada vez que lo tenía cerca y por supuesto, desechaba completamente la posibilidad de conocerlo, ya que era el más codiciado de la universidad y su faceta de mujeriego la llevaba pintada como un cartel de neón en su frente. Aunque a veces sus miradas se cruzaban, Amanda prefería dejarlo pasar. No buscaba una relación de una noche para agrandar la lista de sus conquistas. Agradecía enormemente que solo se encontraran en el campus algunos días de la semana, ya que Tomás estudiaba Medicina y acudía a solo a unos talleres en su facultad.

Para la semana estudiantil se organizaron actividades en el Parque Intercomunal de La Reina. Lugar de encuentro de los universitarios para beber un trago, compartir y otros...

Amanda bebía cerveza con sus amigas en el sector de las asaderas. Daniela ya iba por su tercera ronda.

—Amanda —Martín se acercó a saludar.

—Hola ¿cómo estás? —Amanda se levantó al reconocerlo. Le dio un fuerte abrazo. Lo conocía desde hacía años por amigos en común. Además, disfrutaba de su compañía en un taller educativo que tomaban juntos. Se sentaban al final y se reían de las muletillas del profesor—. ¿Por tu atuendo creo que vas a jugar a la pelota?

—No sé si jugar, al menos trataré de alcanzar el balón —se carcajeó—. Nos vemos, espérame con una cerveza.

—¿Cuándo me lo presentarás? —Daniela se ubicó a su lado.

—¿Es broma que te interesa Martín? —Amanda se sorprendió—. No pensé que era de tu gusto.

—Es encantador, hay varias que andan detrás de él, si no miraras con cara de boba a Tomás todo el día, te darías cuenta.

—Yo no lo miró con cara de boba.

—Si tú lo dices... por cierto mi mamá está enferma otra vez, así que no podré ayudarte con el trabajo del martes.

Amanda exhaló, no era la primera vez que tenía que realizar las labores sola e incluir a Daniela al final en la presentación. La verdad que lo hacía porque su padre había fallecido hace años y no se imaginaba cómo hubiera ella podido sobrevivir si el suyo hubiera muerto después del ataque que había sufrido. El incidente había sido un punto de inflexión en su vida.

Se sentaron a mirar el partido de fútbol deleitándose con los cuerpos de los participantes. Por

supuesto, Tomás se encontraba dentro de los candidatos al más sexy.

Después de la quinta ronda de cervezas nadie se enteró si alguien había ganado, pero daba lo mismo. Los jugadores como veían que todas las mujeres los miraban y obviamente sin perder la oportunidad de coquetear con alguna, en tono de broma hicieron cambio de camiseta, para mostrar sus cuerpos perfectamente trabajados.

—Martín tengo tu cerveza —gritó a su amigo, entregándole una botella—. Por cierto, te presento a mi amiga Daniela.

Mientras se saludaban, Amanda no apartó los ojos de Tomás, era como si la gravedad si hiciera presente en él. Al apreciar su abdomen de fotografía y unas cervezas de más en su cuerpo, no aguantó la ansiedad y se decidió. Dio un trago largo a la botella y le pidió a Martín que se lo presentara.

—¿Te gusta Tomas? —preguntó su amigo desconcertado.

—¿Es broma? Claro que me gusta. ¿A quién no?

—¿Estás ebria? —Martín la agarró del brazo al ver que se desequilibraba.

—No, solo un poco feliz. —Amanda sonrió mostrando todos sus dientes.

—Serás boba —rió su amigo—. Ven, vamos.

Después de un largo rato, todos conversaban animadamente, el alcohol los mantenía a todos de un humor excelente. Aunque Amanda lo intentó, no pudo captar la atención de Tomás frente a las otras mujeres que lo querían adquirir como una venta de bodega. Su mirada se encontró en varias ocasiones con la de él, pero la reacción de piedras incandescentes a punto de estallar en su interior hacía que desviara su atención hacia otro lado. Sin mencionar el zumbido que invadía sus oídos cuando los ojos oscuros la taladraban desde lejos. Al ver que Martín y Daniela desaparecían juntos, se sintió como en la fila del banco más concurrido del país, esperando su turno para llegar a la caja y cambiar su cheque. Pero el pago millonario que obtendría solo duraría dos horas.

Se dio por vencida, no era su estilo acaparar la atención de un hombre por un momento, ella siempre quería más. Se giró y comenzó a caminar.

—¿Te vas? —la voz ronca de Tomás la atrapó.

—Sí, la verdad es que estoy cansada. —Amanda hizo una mueca con su cara. “¿Por qué mierda dije eso? Soy una estúpida”, pensó.

—Yo también me voy, ¿te llevo? —dijo Tomás con una postura erguida y segura.

Amanda lo analizó, con las facciones que poseía, su mandíbula cuadrada y sus pómulos hundidos, como listo siempre para un *selfie*, cualquiera se sentiría imponente al transitar por la vida. “Di que sí, di que sí”, gritó su cabeza.

—Bueno... —logró susurrar.

—Creo que es difícil que olvide a alguien como tú, pero no recuerdo tu nombre —Tomás se acercó hablando cerca de su oído.

—Aman... —No pudo terminar, los gritos de una mujer atrajeron su atención y lamentablemente los reconoció—. Mierda, es Daniela, lo siento, tengo que ir a ver qué pasa.

—No te preocupes, nos volveremos a ver. —Tomás la besó en la mejilla de manera suave, dejando el rastro característico de su fragancia en el aire y siguió su trayecto hasta el estacionamiento.

Amanda se giró balbuceando un montón de insultos, por su mala suerte. Pero era una de sus peculiaridades. Estaba claro que lo acontecido de su vida debía aparecer como siempre en el momento menos propicio.

Se dirigió al lugar de donde provenían los gritos, caminando a paso ofuscado. Estaba segura de que iba a estrangular a su amiga. Al llegar observó un grupo de personas reunidas en un círculo y en el interior Daniela agarrada del pelo con otra mujer.

Amanda trató de colarse entre la gente, pero la exaltación y el vitoreo subía de intensidad.

Con fuerza empujó a la multitud y logró ingresar a la pelea. No era la primera vez que Daniela estaba enfrascada en un enfrentamiento. Cuando bebía más de la cuenta perdía el control.

Por sus prácticas en el gimnasio, estaba segura de que podría aplicar alguna maniobra para inmovilizar a la adversaria de su amiga, pero necesitaría ayuda para calmar a Daniela.

Entre el gentío encontró una cara conocida.

—Martín, ayúdame —gritó ofuscada.

—No, está demasiado divertido —respondió Martín de brazos cruzados observando con una sonrisa.

—¿Es broma? Ayúdame —volvió a gritar Amanda.

—Está bien, pero matas la diversión.

Amanda inmovilizó a la atacante de Daniela agarrando su brazo y doblándolo con firmeza hacia atrás. Martín abrazó a su amiga, levantándola y sacándola del lugar. La arrastraron hasta su auto mientras gritaba insultos en todas direcciones.

—Esa puta no te volverá a poner un dedo encima —gritó desahogada Daniela.

Amanda miró a Martín sin entender de qué hablaba su amiga.

—La otra es mi ex —Martín levantó los hombros aun sonriendo.

—No tenía idea que poseías un club de fans. —Amanda lo observó con una mueca en su rostro, mientras continuaba calmando a Daniela.

—Yo tampoco, pero creo que me gusta.

—Eres un payaso, vas a tener que manejar tú. —Amanda le entregó las llaves del convertible de Daniela

—No, no, no, así conduzco mejor. —Daniela trató de quitarles las llaves.

—¿Es broma? Ni loca, cállate y siéntate atrás. —Amanda quiso darle una patada voladora, además de haberla hecho perder su oportunidad de hablar con Tomás, se volvía una borracha insoportable.

A la hora, llegaron a la casa de Daniela, en el sector más acomodado de la ciudad. La madre abrió la puerta, una mujer de cincuenta años, delgada, de pelo oscuro y ojos claros. Amanda al observarla pudo palpar que, tras la pérdida de su marido, su vida se había transformado dejando una estela de tristeza alrededor.

La mamá de Daniela al observar a su hija dormida en brazos de Martín, profirió una mueca de disgusto y cansancio.

Les indicó que la dejaran en su dormitorio. Al acostarla en su cama Daniela despertó

—¿Mi hermano?

—No lo sé —respondió Amanda. Solo había estado un par veces en su casa y nunca lo había visto.



—Que no los vea o si no me mata. —Se acomodó y siguió durmiendo.

—Vamos. —Amanda le hizo un gesto a Martín. No era su intención encontrarse con él. Por lo que le había comentado Daniela era bastante gruñón.

Al salir se despidieron de la mamá y desaparecieron en busca de algún transporte para regresar.

A la semana Amanda se encontraba trabajando en la biblioteca, estaba terminando una disertación y Daniela no había aparecido, como siempre.

Miró su reloj: debía marcharse ya se había oscurecido. Se levantó para devolver los libros a la encargada, cuando su teléfono sonó.

—Hola.

—Amanda, disculpa, me encontré con Martín y, claro, no puedo desperdiciar la oportunidad — Daniela gritó por el auricular.

—¿Es broma? No sabía que te lo estabas tomando en serio.

— Me gusta, bueno no estoy segura, pero te recompensaré, lo prometo.

—Está bien, dale mis saludos.

Amanda cortó molesta, su amiga pasándola excelente y ella quemándose las pestañas en sus estudios.

—Típico —dijo en voz alta.

—¿Qué es típico? —la voz ronca de Tomás inundó el lugar.

—Que... hola, ¿cómo estás? —Amanda se dio la vuelta y lo encontró delicioso, como siempre.

—¿No crees que es muy tarde para estar sola en una biblioteca? —Tomás se acercó para hablar más cerca.

—Creo que sola no estoy, estás tú. —Amanda sostuvo la mirada. Ese hombre era impresionante.

—Buen punto. —Tomás la recorrió de manera penetrante y se acercó más—. Ya que estamos solos deberíamos hacernos compañía, me dan un poco de miedo los lugares desiertos.

—¿Es broma? ¿Eso funciona con las mujeres?

—Sí, a veces. —Tomás enarcó una de sus cejas—. ¿Funciona contigo?

—No.

—Haré mi segundo intento, ¿te llevo? —Se acercó como diciéndole algo para que nadie más escuchara.

—No es necesario, me encanta viajar en metro. —Amanda utilizó todo el control que pudo para no caer en sus garras. Aunque todo su cuerpo le zapateaba como una niña caprichosa para que se fuera con él. Estaba segura de que la decepción de solo tenerlo unas horas sería torturadora. No estaba lista para enfrentar ser una más del montón.

Agradeció no estar bajo los efectos del alcohol, ya que su sentido común bajo esas circunstancias se volvía nulo. Se giró y escapó antes de que su control se fuera a la mierda.

Antes de marcharse entró al baño, lo necesitaba con urgencia. Su vejiga le hizo saber que no se encontraba capacitada para llegar a su casa.

Se paró frente al espejo y busco su labial, necesitaba encontrar a la objetiva Amanda de su interior y

convencerse de que la decisión de dejar pasar a Tomás había sido la acertada. “Mentira”, se dijo, “soy una imbécil”.

Levantó la vista y se espantó al ver el reflejo de Tomás a través del espejo.

—Quedaste hermosa —pronunció, observándola como un depredador listo para saltar sobre su presa.

—¿Qué haces acá?

—No creas que soy un psicópata, me estoy escondiendo de.... Ahí vienen.

Tomás la agarró por el brazo y la metió en uno de los cubículos cerrando la puerta.

—¿Qué te pasa? ¿Estás loco? —Amanda le gritó, no quería estar tan cerca de él, con su olor a tabaco y naranjo penetrándola sin cesar.

—Recuerda que me debes una. —Tomás puso su mano sobre su boca para que no hablara.

Desde el exterior se escucharon pasos y luego murmullos que se aclararon.

—Se me escapó otra vez —chilló una voz femenina.

—Tomás se les escapa a todas —respondió su acompañante.

—Pero no puede estar conmigo un día sí y un día no.

—¿Disculpa?, creo que solo estuvo una vez contigo y fue todo.

— Perdon, él sí quiere estar conmigo.

—Sí, claro.

Las voces se fueron apagando mientras abandonaron el lugar.

—Veo que tu club de admiradoras está compuesto por algunas desquiciadas —Amanda pronunció con una sonrisa burlona.

—La verdad es que con algunas he tenido mala suerte.

—Es el peso de ser un tanto irresistible. —soltó Amanda. Al escuchar lo que salió de su boca quiso enterrarse. Intento salir del cubículo, ya que le pareció que el aire en el interior se estaba acabando.

—¿Crees que soy irresistible? —Tomás le cerró el paso.

—Sabes que sí, ahora déjame pasar. —Amanda necesitaba salir con urgencia, pero sus piernas no le respondieron—. Además, ya no tengo deudas contigo.

—Tendré que buscar alguna nueva excusa, es lo de lo más estimulante estar encerrado en un baño contigo.

—¿Es broma? ¿Eso lo lees en alguna parte o te nace decirlo? —Amanda reconoció que se sentía por lo mínimo extasiada.

—Creo que me nace. —Tomás, sin aviso, se acercó y la besó.

Amanda percibió como su boca se abrió para recibir su lengua, que en un movimiento no esperado la atrapó contra la pared, levantó su pierna y la aprisionó contra su cuerpo.

Su mente gimió, mientras sus pensamientos se volcaban en lo ardiente que se sentía tener al hombre más exquisito de la faz de su tierra sobre ella.

Su lengua era una experta para acariciar su boca con fuerza, dejándola sin aliento.

El volcán en su interior hizo explosión, mientras sus sentidos se encontraban invadidos por la esencia

enloquecedora que la envolvía.

No pudo combatir, era como la heroína introducida en sus venas, solo pudo enterrar sus uñas en su espalda, enfrentando la adrenalina ensordecedora que recorría en su interior.

Nuevas voces se filtraron por el lugar. Se separaron evitando emitir sonido.

Amanda encontró su aliento, mientras el ruido del agua correr, le advertía de que los cubículos a su lado estaban siendo ocupados. Podría parecer lo más poco romántico que había enfrentado en su vida, pero la verdad era que se trataba lejos la situación más caliente que había vivido.

Tomás la mantenía aprisionada contra la pared, con sus brazos apoyados sobre el cubículo y su mirada oscura la mantenía posicionada sobre ella. Se acercó y lamió con sensualidad sus labios y luego los mordió.

Amanda pensó si acaso había tomado algún tipo de curso para ser tan jodidamente sexy.

Tomás, en otro movimiento repentino, se sentó sobre el excusado y la cogió alzando sus piernas ubicándola sobre él.

“¿Es Broma?”, pensó. ¿Cómo podía un hombre tener esa facilidad para ubicarla como él quería? Sus pensamientos se bloquearon al sentir debajo de su vientre la gran erección de Tomás.

Amanda se percató de que poseía el mando al estar encima. Sintió la mano de Tomás sobre su nuca, con ella la acercó hacia él y la volvió a desbordar con sus ardientes besos. Se afirmó de la pared del cubículo y con movimientos rítmicos ejerció presión sobre su miembro. Era como si su cuerpo cobrara vida propia exigiéndole más. Continuó hasta que escuchó el gemido de él.

Su cabeza no paraba de gritar: “¿Cómo puede ser posible que esté teniendo sexo virtual con él, si ni siquiera lo conozco?”. Pero sus instintos la instaban a seguir, como si hubiera nacido para tener un momento más que caliente en el interior de un cuarto de un baño y la verdad era que solo con él le ocurría, podría pedirle que se desvistiera en ese momento y ella no podría negarse. Con mucho esfuerzo, llamó a la Amanda equilibrada y se detuvo, se levantó y abrió la puerta. Salió a toda la velocidad que le permitió la inestabilidad de sus piernas.

Encontró alivio al descubrir que su mochila continuaba encima del lavado. La tomó y corrió por el pasillo sin mirar atrás. Escuchó los pasos rápidos de Tomás que trataron de alcanzarla, pero cruzó la calle aprovechando la luz verde del semáforo y corrió hasta perderse entre la multitud.

Al día siguiente, en la cafetería, Amanda se ubicó en la última mesa del lugar bajo sus gafas de sol; intentaba pasar desapercibida. Al parecer su intención de hacerse transparente no resultó: Martín entró e inmediatamente la saludó.

—¿Tienes resaca? —Martín se sentó a su lado con su café.

—¿Tan mal me veo?

—No quise decir eso, pero tus lentes no van con el día nublado.

—Olvidalo. —Amanda se quitó las gafas. Al parecer debería enfrentar la realidad y aceptar a que había sucumbido a los encantos de Tomás—. ¿Viste a Daniela, tenemos examen?

—Pensé que estaría contigo, me dijo que se iría a estudiar a tu casa ayer.

Amanda maldijo, no había hablado con ella y al parecer la había convertido en su cuartada. Miró hacia todos lados, tratando encontrar la respuesta para su amigo.

—Está bien, sé que no es verdad —Martín bebió su café con sus ojos cabizbajos—. Esta vez me toca a mí perder.

—¿Te gusta? —Amanda rogó que no fuera verdad lo que habían insinuado sus ojos.

—No, solo pensé que nos podríamos entender. Solo que yo de cierta manera he aprendido a vivir con el dolor de la muerte de mis padres y ella aún no supera la pérdida del suyo.

—Querrás decir que no lo enfrenta. —Amanda había muchas veces de hablar con Daniela acerca del tema, pero era algo prohibido, prefería perderse en banalidades antes de mostrarse vulnerable.

—Bueno, en fin, a la siguiente. —Martín sacó su móvil para desviar la atención de la conversación.

—Martín, Daniela no es mala persona, solo creo que no está lista para enfrentar sus temores.

—Tranquila, no me interesa. ¿Estudiaste? Ya estamos terminado los exámenes finales.

—Sí, estudié, aunque mi cabeza giró toda la noche como un exorcista. —Amanda prefirió cambiar de tema. Era primera vez que Martín se interesaba en alguien y lamentablemente no era la indicada.

Después de su examen Amanda se fue a su casa, Daniela no había asistido. Aunque trató de ayudarla en los trabajos, no podía realizar las pruebas escritas por ella. Si continuaba así, perdería el semestre. Insistió varias veces localizarla en el celular, pero saltaba el buzón de voz. Pensó en llamarla a su casa, pero podría crear un conflicto mayor, se suponía que estaba en la universidad.

Al llegar a su puerta, se encontró a Daniela; estaba sentada en la escalinata.

—¿Qué te paso? —Amanda sintió un gran alivio al encontrarla.

—Solo tengo un poco... poquito de problema. —Daniela habló arrastrando las palabras con la lengua rasposa.

Amanda suspiró en una larga exhalación, se encontraba borracha nuevamente. La levantó y la hizo entrar. La sentó en el sofá. Le preparó un emparedado con un café.

—Me gusta alguien. —Daniela levantó una mano mostrando algo.

—Primero come, después hablamos. —Amanda le indicó la comida a su lado.

—Es que necesito que hablemos, te tengo que decir algo.

—Daniela también le gustas. —Amanda recordó la conversación con Martín—. Pero creo que lo primero que tienes que hacer es dejar de beber para que las cosas resulten.

—¿Él te lo dijo? —Daniela trató de incorporarse.

—Si hablé con él hoy.

—¿Pero no estas molesta?

—¿Es broma? Claro que no, hacen una linda pareja. —Amanda no entendió la reflexión acaso si estaba molesta en ninguna oportunidad se había sentido atraída por Martín. Cuando se giró para continuar la conversación, Daniela se había dormido.

## Capítulo 12

Unos días más tarde Amanda salió de la sala después de terminar su último examen. Insistió en llamar por teléfono a Daniela. Pero, al no presentarse nuevamente, había perdido el semestre. Había tratado de hablar con algunos profesores y explicarles la situación, pero tuvieron razón en lo que dijeron, si ella no estaba interesada, no podían hacer nada.

Martín desde lejos le hizo una seña, iban de camino al Barrio Brasil, a un bar de estudiantes en el sector. Amanda se unió a la celebración. Al llegar al lugar en el centro de Santiago las cervezas corrieron en todas direcciones. Se unieron a la fiesta: ¡por fin habían terminado las clases!, vendrían unas vacaciones de tres semanas hasta el inicio del próximo período.

En el medio del lugar divisó al hombre que le quitaba el sueño y que, claro, no quería ver.

—¿Viste al profesor Galdames, que tienes esa cara? —Martín se mofó.

—No, peor, a Tomás. —Amanda dio un trago a su cerveza.

—¿Y? —Martín no le prestó atención.

—Y... que tuve un encuentro fogoso con él en un baño de la facultad y creo que me gusta.

—¿Cuándo fue eso? ¿Por qué no me lo habías contado? —Martín se dio la vuelta y la observó.

—Porque soy una más en la libreta negra de la vida de un hombre, pero ¿cómo mierda uno se puede enamorar de un tipo por su apariencia?

—¿Qué estás enamorada? —Martín gritó y algunas personas se giraron.

—¡Te puedes callar! —Amanda se escondió detrás de la botella—. Lo siento, no sé qué me pasa, pero te juro que, si tuviera cola, la movería cuando él aparece.

Martín se carcajeó.

—No es divertido, he tenido hasta sueños húmedos y sé que no puedo tener una relación seria con él, pero no lo puedo borrar.

Martín continuó azotando el lugar con sus carcajadas.

—Eres un imbécil, gracias por tu comprensión. —Amanda volvió a su cerveza.

Después de varias rondas de tragos, Amanda notó la intensidad de unos ojos que la sondeaban desde el otro sector del bar. Quiso escabullirse entre la multitud, pero no pudo evitar encontrar su mirada, sus ojos se cruzaron y Tomás, afirmado en la pared con un vaso en la mano, bajo su camiseta negra, alzó una ceja y profirió una leve sonrisa, resaltando la hendidura de su pómulo.

Amanda se acomodó en la silla tratando de evitar la convulsión que solo un vistazo le provocaba.

—Me voy —Amanda agarró su mochila lista para no seguir con su tortura. Además, la cerveza la amenazaba con tirarse encima de la mesa hasta encontrar su boca.

—Espera, me voy contigo. —Martín se levantó.

—No, tranquilo, estoy bien, llámame.

Antes de llegar a la salida pasó por el baño, el alcohol le indicó que debía ir antes de marcharse.

Al salir, apoyado en el pasillo en todo su esplendor se encontraba Tomás.

—Todavía sonrío cuando visito algún baño —se acercó para hablar bajo, sobre su oído.

—Te debes haber alimentado con un payaso —respondió Amanda ofuscada. Estaba molesta por sus incontrolables sentimientos.

—¿Te hice algo para que me ladres de esa forma? —Tomás apoyó su brazo sobre la pared, evitando que pasara.

—Disculpa, no eres tú, soy yo. —Amanda sintió cómo su aroma la atravesaba. Maldijo.

—Eso es como si estuvieras terminando conmigo y creo que aún yo no he empezado.

—Bueno, aquí hay varias chicas guapas que se mueren por estar contigo, déjame pasar.

—Pero yo tengo otros intereses en este momento. —Se acercó, golpeando su aliento contra sus labios.

—Tomás, nos vamos —le gritó una chica atractiva desde la barra.

—Tengo una cita con Amanda, nos vemos —Tomás le respondió sin girarse.

—En primer lugar, qué bueno que sepas mi nombre y, en segundo, no voy a salir contigo.

—Claro que sí, ahora hay algo que debemos terminar. —Tomás la agarró de la mano y atravesaron el bar ante todos los presentes.

La mitad de la concurrencia se giró al ver la escena. Nunca Tomás se había visto en público de la mano con una chica. Amanda era consciente de esto, no pudo evitar sonreír y asustarse por las consecuencias que podía traer.

En el exterior se detuvieron frente a su auto.

—Disculpa ¿no crees que es un tanto cavernícola arrastrar a las mujeres así? —Amanda percibió la adrenalina en su interior, pero insistía en que no quería ser una más.

—Por si no te has dado cuenta, no arrastro a las mujeres, solo a ti. —Tomás alzó su ceja.

—¿No te diste cuenta de que todos nos miraron?

—Me importa una mierda lo que piensen, soy libre de hacer lo que quiera, ya que no tengo compromisos y, por lo que sé, tú tampoco.

—¿Es broma? ¿Me estas investigando?

—No, solo unas preguntas. —Rodeó el auto y se paró al lado de Amanda, a solo unos centímetros; sin moverse abrió la puerta—. ¿Vendrías conmigo, por favor? Me portaré como un caballero y te llevaré a tu casa.

Amanda lo meditó: si se subía al auto, no podría detenerse ante cualquier sugerencia de él. Pero si no se subía, lo lamentaría por siempre.

—Está bien.

Una vez que tomaron la salida, se encontraron con el tráfico capitalino.

—¿Tienes hambre? —Tomás la observó de reojo.

—Sí, mi última comida fue hace horas. —Amanda tensó sus dedos sobre su bolso. Cualquier palabra que él emitía hacía que un nudo se apretara en su estómago.

Se detuvieron en un local de comida rápida y Tomás regresó con unas hamburguesas, un café y una

bebida energética.

—El café es para ti, está frío y veo que andas sin chaqueta.

—Gracias.

—¿Tienes tiempo? Me gustaría mostrarte un lugar antes de llevarte.

—Sí, creo que te puedo facilitar algunos minutos de mi vida, espero que sea interesante.

—No te defraudaré. —Tomás alzó una ceja y sonrió intensamente.

Mientras continuaban su camino, Amanda analizaba su entorno, quería descifrar de alguna manera algo de él. Encontró varios discos en el bolsillo de la puerta, los observó y uno llamó su atención.

—¿Te importa? —Amanda le indicó el objeto.

—No, adelante, puedes hacer lo que quieras con todo lo que está en el interior de este auto, especialmente conmigo.

Amanda sonrió, era una oferta bastante tentadora. Insertó el disco en el panel del auto y continuaron el viaje bajo los compases de Kings Of Leon.

A los minutos se estacionaron en un mirador de la zona oriente de la capital.

Desde ahí se podía apreciar Santiago y las luces de la ciudad comenzaban a ser protagonistas del paisaje al caer la noche.

Amanda descendió del vehículo alucinada por lo impresionante de la vista. Percibió los brazos de Tomás cuando le pasó su chaqueta por los hombros. A su contacto sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda.

—¿Así que este es el *tour* para las conquistas? —mencionó Amanda.

—No, nunca traigo a una mujer acá. Me gusta venir por la calma. —Tomás se afirmó sobre el capó del auto al lado de Amanda, mirando el horizonte—. Pero entiendo tu desconfianza, se deben decir muchas cosas de mí.

—No sé si cosas malas, pero no te comprometes con ninguna mujer.

—Creo que no he encontrado la indicada, pero tampoco la busco; me gusta mi libertad. —Tomás continuó mirando la ciudad—. Y tú, Amanda, ¿por qué no estas comprometida? Tengo varios amigos que quieren salir contigo.

—La verdad es que he tenido otras prioridades, como demostrarles a mis padres que puedo vivir en Santiago sin ellos y, por otra parte, creo no soy de la idea de ir besando a todos en la universidad. Puede parecer algo romántico, pero prefiero esperar.

—¿Qué esperas?

—No sé, al indicado que haga mi universo girar. —Amanda omitió que él hacía eso, pero no era el indicado.

—¿Y esto te parece lo suficientemente romántico? —Tomás se dio la vuelta hundiendo sus ojos oscuros sobre ella.

—¿Cómo para qué? —dijo Amanda, encontrando su colgante, que apretó con fuerza. Tendría que salir de su capullo, para saber cómo sería tener a Tomás, aunque fuera por un momento.

—¿Te lo digo o te lo muestro? —Se paró en frente de ella, a unos pocos centímetros.

“Mierda ¿Cómo se responde a eso?”, pensó. Tomó un trago de café, para desviar la atención.

Un ruido atronador los extrajo del momento. El cielo se tornó de un gris oscuro. El sonido de los truenos los inundó y comenzaron a caer gotas de agua. Amanda levantó su cabeza dejando que la lluvia empapara su cara. Respiró profundamente y observó a Tomás, sus labios gruesos la invitaban a besarlos y, si no lo hacía, se arrepentiría. Aunque no sabía si podría soportar el suplicio de la decepción al ser una más, tampoco tenía claro si despacharlo en ese momento haría que su inconsciente dejara de pensar en él. Como siempre, la aflicción de la duda la atravesó. Un nuevo rayo estalló y caló hondo en su interior. “Al diablo”, pensó. Una cosa era ser consecuente y la otra la reina de las bobas si desperdiciaba su oportunidad. Botó su café, encontró la boca de Tomás y lo besó.

La tormenta comenzó a caer mojando sus ropas, pero se mantuvieron perdidos en la atracción de sus lenguas.

Después de unos segundos Amanda tiritaba, era una combinación de frío al estar empapada y excitación al estar en los brazos de Tomás.

—No quiero que te enfermes —Tomás la tomó de la mano y entraron al auto. Encendió el motor para colocar la calefacción—. ¿Te llevo?

Amanda continuó temblando, maldijo por su mala suerte. La única oportunidad que tenía y el condenado mal tiempo se presentaba como sonriendo burlonamente por haber arruinado su cita.

Observó a su acompañante: su cabello mojado había aumentado su sensualidad, su camiseta negra pegada a su abdomen la invitaba a deslizar la mano por su cuerpo. Sin embargo, al no responder, Tomás inició la marcha.

—Detente —gritó de manera casi desesperada.

—¿Estas bien? —Tomás se exaltó ante el tono de su voz.

Amanda encontró el freno de mano y lo accionó. Se levantó cambiándose al asiento del conductor. Se sentó a horcajadas sobre él. Con su mano palpó el costado de la butaca, hasta que encontró la palanca que necesitaba, dio un tirón y el asiento se reclinó por completo.

—Creo que no te quieres ir aún. —Tomás levantó sus brazos y los situó detrás de su cabeza, como afirmando su nuca.

Amanda resolvió que extendería sus alas, aunque solo fuera un momento. Ya se había arrastrado suficiente como una oruga, observando desde la tierra cómo las otras mujeres se convertían en mariposas y atravesaban libres el cielo. Quería estar en lo alto por una vez y sentir la sensación de estar cerca del firmamento.

—¿Y qué me vas hacer ahora? —Tomás la escaneó, disfrutando el momento.

—Creo que cobraré tu palabra de hacer lo que quiera contigo. —Amanda percibió en la oscuridad sus ojos que relucían. Lo asemejó con una pantera a punto de devorar a su presa.

Amanda se retiró el pelo mojado de la cara y lo tomó con una cola en un moño desordenado. Sus ropas se encontraban goteando y aún tiritaba. Pero ya no era frío lo que sentía.

Con su palma comenzó a levantar la camiseta de Tomás, dejando a la vista el torso moldeado. Lentamente deslizó la mano hasta llegar a su entrepierna. Sobre su pantalón húmedo sintió su gran erección.

Tomás sacó sus manos de su cabeza, acercándolas a uno de los senos de Amanda, quien de un golpe se la quitó.

—Quédate quieto —le advirtió.

—Está bien, tú mandas. —Tomás volvió a subir sus brazos.



De la radio les llegaron los compases de “Sex on Fire” de Kings of Leon y Amanda pensó que su sexo sí estaba que ardía, haciendo alusión a la canción. Esto la instó a continuar.

Observó cómo Tomás se quitaba la camiseta y la visión fue impresionante. Se acercó y atrapó su boca, lamiendo sus labios. El calor en el interior del auto inició su ascenso mientras en el exterior la lluvia los cubría.

Amanda percibió la mano firme de Tomás en el interior de su pantalón, que con delicadeza movió su ropa interior trazando movimientos certeros sobre su sexo.

La combustión y los jadeos inundaron el interior del vehículo. Amanda estaba preparada para entregarse a lo que viniera, sonrió al visualizar el tinte gris de los cristales, le recordó alguna película bastante conocida. Dio las gracias de ser ella la protagonista de la escena. Mientras continuaban desprendiéndose de sus ropas, sus cuerpos se convulsionaban al tacto y la temperatura continuaba en aumento, evaporando las gotas de lluvia en su piel. Las luces de un vehículo que se estacionaba a su lado iluminaron el interior del auto y Amanda, asustada, dio un salto hacia su asiento.

—Mierda. —Tomás se incorporó.

Escucharon cómo varios jóvenes descendían del vehículo contiguo, luego vinieron los gritos de broma en relación al tinte de los cristales. Amanda trató de colocarse lo más rápido que pudo su ropa, pero estar mojada le dificultaba la tarea. Los aplausos afuera del vehículo continuaron y sin desempañar los cristales Tomás emprendió la marcha rápidamente.

Unos metros más adelante se detuvieron para poder tener mayor visibilidad, mientras el aire acondicionado completaba su labor.

—Qué vergüenza —dijo Amanda, mientras tapaba su cara ruborizada.

—Tranquila, me disculpo, al menos no te pudieron ver. —Tomás sonrió levemente—. Creo que los baños y los miradores no es lo nuestro.

—¿Es broma? Creo que la elección de lugares para realizar tus conquistas son bastantes originales.

—Solo me ha pasado contigo y deja de pensar que ando por ahí conquistando chicas como pasatiempo.

—¿No es así?

—Bueno, puede decir que solo tengo algo de suerte con las mujeres, eso no quiere decir que me sienta del todo bien. —Tomás hizo arrancar el auto y volvió a emprender la marcha.

Amanda reflexionó ante las palabras de Tomás y su seriedad al pronunciarlas. Esta era una nueva revelación: a pesar de tener tantas mujeres, al parecer se sentía solo o al menos eso había entendido. El frío la invadió y comenzó a temblar.

Tomás se detuvo y rebuscó en el interior de su mochila un objeto oscuro.

—Toma, cámbiate, te vas a resfriar, así ya tengo una nueva excusa para verte de nuevo. —Le entregó un chaleco negro.

Amanda sonrió, se quitó su ropa mojada y la cambió por la lana que cubrió su piel. En los momentos en que Tomás se vio distraído, al tener su concentración en el tráfico, acercaba la manga a su nariz para embelesarse con su olor.

Luego que Tomás se estacionó fuera de la casa de Amanda, se miraron unos segundos.

—Gracias. —Amanda apretó la manilla de la puerta para bajarse.

—Espera. —Tomás la sujetó del brazo—. Las clases terminaron, el próximo semestre ya no te veré, mis horarios son en otra facultad.

Amanda observó sacar una hoja de cuaderno y anotar algo.

—Este es mi número, por favor, me tienes que devolver el chaleco, es uno de mis preferidos. —Alzó la ceja y sonrió. Se acercó y acarició su mejilla.

Acto seguido, se besaron varios minutos con intensidad como marcando la pauta de su próximo encuentro.

Una vez que Amanda vio el vehículo desaparecer, caminó hacia su casa en las nubes. Aún no podía creer que lo volvería a ver.

Los días siguientes Amanda no se pudo levantar de la cama, después de su encuentro con Tomás había contraído una gripe. El pinchazo que le dio el doctor para bajar su fiebre, lo recibió con una sonrisa. Aceptó feliz las consecuencias después de haber estado con él. Hasta el caldo de pollo que le preparó su hermana tenía un sabor delicioso. Solo necesitaba unos días más para liberarse de su nariz enrojecida y llamar a Tomás.

El sonido de su móvil fue más fuerte que sus estornudos. Lo tomó de su mesa de noche y contestó.

—¿Saliste con Tomás? —Daniela gritó al otro lado de la línea.

—¿Es broma? No he sabido de ti hace días y me llamas para eso. Por cierto, ¿fuiste a la universidad? Si hablas con el profesor Galdames te dará la oportunidad de realizar el examen, hablé con él.

—Ya no me interesa, no continuaré, ahora, dime: ¿qué te dijo Tomás? —su voz fue de molestia.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan enojada? Por cierto ¿cómo supiste? —Amanda no recordaba haberlo hablado con nadie.

—Su salida del bar es uno de los chismes más comentados. ¿Qué haces con él?

—¿Es broma? Es obvio que me gusta y, disculpa, pero eso lo sabes.

—Sabes que está jugando contigo ¿cierto?

—Daniela, ¿qué te pasa?, sí, salimos, y él me buscó, por cierto, me dio su número para llamarlo con la excusa de que le devuelva su chaleco. —Amanda quiso continuar relatando los hechos ya que estaba entusiasmada con tener otro encuentro con él. Pero el sonido muerto de la línea la dejó sorprendida. Daniela había colgado.

Al día siguiente tuvo que arrastrar su cuerpo hasta la universidad. Necesitaba ver el listado de las publicaciones con las notas de su último examen. Si no era el resultado esperado debería repetirlo.

Se acercó a la cafetería por un té, el malestar de su cuerpo le indicó que el resfriado se mantenía.

—Amanda, no te había visto —Martín se sentó a su lado—. ¿Puedes estornudar para el otro lado?

—Hola, Martín, gracias por tu amoroso recibimiento, me siento fatal. —Amanda levantó la vista, percibiendo la mirada de varias estudiantes. Lo más probable era que comentasen su encuentro del bar con el chico más apetecido del lugar.

—Necesito hablar contigo. —Martín adoptó una expresión seria—. ¿Has hablado con Daniela?

—Algo ayer, si quieres volver con ella debo decirte que no es el momento, su humor era pésimo.

—No, gracias, no es de mi interés ser el perro faldero de nadie. —Martín cambió su postura y se

acercó más—. No es de mi incumbencia, pero sé que estas enredada con Tomás.

—Define enredada.

—Bueno, me dijiste que estabas enamorada y te fuiste con él. Sabes que no es el hombre más serio para entablar una relación. Pero después de que se fueron juntos, puedo decir que a lo mejor le interesas.

—¿Y? —Amanda entendió su preocupación, pero no sabía a qué quería llegar.

—Espero que no te espantes con lo que te voy a decir y es tú decisión lo que harás.

—Me estas asustando. ¿Qué pasa?

—Conoces a Mario, es vecino de Tomás, hace unos días estuve en una fiesta con él y digamos que no es muy discreto.

—Lo que tengas que decir, dilo ya —Amanda lo interrumpió alzando la voz.

—Me dijo que vio salir a Daniela de su casa.

—¿Es broma? ¿Cuándo?

—Hace un par de semanas, no sé la fecha exacta. Bueno, pero cálmate, fue antes de ti y al parecer ahora quiere estar contigo.

—¿Qué me calme? —Amanda se levantó—. Ni siquiera estoy pensando en el imbécil de Tomás. Daniela es mi amiga y no me dijo nada. No peor, ¿cómo se involucra con el hombre que sabe que me gusta?

—Amanda, baja la voz, todos te miran —Martín se paró a su lado.

—Me importa una mierda —gritó hacia los presentes en la cafetería—. ¿Andas en auto?

— Sí, pero no te puedo llevar...

Amanda no dejó que terminara. Lo tomó del brazo empujándolo hasta el estacionamiento.

A la hora ingresaban en la calle de la casa de Daniela

—¿Qué vas hacer? —Martín la observó inquieto.

—Tranquilo, sé que te gusta, no la dejaré sin cabeza.

—La verdad es que no me preocupa ella, solo fue algo pasajero, me preocupas tú.

—Detente —gritó Amanda al ver que Daniela se subía a su convertible rojo.

Se bajó corriendo y sin dudar lo llegó hasta el vehículo. Abrió la puerta del conductor y la agarró del brazo sacándola a la calle.

—¿Te acostaste con él? —gritó Amanda a la cara de la chica.

—¿Y tú, te acostaste con él? —Daniela la desafió con la mirada.

—¿Debe ser una broma? Si yo me acuesto con él, es problema mío. Pero pensé que éramos amigas y sabías que me gustaba.

—Trate de decírtelo, pero estaba borracha.

—Gran novedad que estuvieras ebria, soy una imbécil en confiar en ti. Te ayudé y me saqué la mierda estudiando por la dos. Para que tú me traicionaras de esa forma.

—Creo que estas exagerando, además no sabes cómo fueron las cosas.

—Exagerando —gritó Amanda—. No tienes ni idea de lo que es la lealtad, y claro que no tengo idea cómo mierda fueron las cosas, ya que nunca me lo explicaste. Si él te hubiera preferido yo habría dado un paso al costado, pero para eso tendrías que haber sido sincera. Además, traicionarme de esa forma por pasar la noche con un hombre que ni siquiera te toma en serio... Deberías respetarte un poco. ¿Sabes? Has llegado al límite. Me cansé de todas tus estupideces.

—Yo no te pedí ayuda, además él me buscó y la puta de la universidad eres ahora tú, después de haberte revolcado con él.

Amanda, en un acto reflejo, le dio una cachetada que hizo girar la cara de Daniela. Percibió los brazos de Martín que la tomaron desde atrás alejándola del lugar mientras gritaba de manera desaforada.

—Eres una desagradecida, no quiero volver a verte, tú y el imbécil de Tomás se merecen.

—Cálmate —le gritó Martín al tiempo que la introducía en su auto.

# Capítulo 13

En el departamento de Martín, Amanda lloraba desconsolada sobre el sofá del salón. La pena la embargaba, se sentía tan traicionada... No es que pensara que Tomás tuviera una relación con ella, pero después de que los vieron juntos en la universidad, albergaba la esperanza de que podría estar interesado de alguna forma.

Pero el dolor más grande que sentía era por Daniela. Desde el primer día le había entregado su confianza. La había ayudado en sus estudios y siempre había disculpado sus actos irresponsables, pensando en el dolor de la pérdida de su padre. Pero todo tenía un límite.

—¿Te llevo a tu casa? —dijo Martín sacándola de sus pensamientos.

—No.

—Bueno, quédate entonces, no tengo problema, pero tengo que volver a la universidad: en media hora tengo la repetición del examen que fallé.

—Me voy entonces —Amanda secó sus lágrimas.

—Tranquila —Martín se acercó y la abrazó—. Espérame, traeré algo para beber, creo que los dos lo necesitamos.

Amanda regresó al sillón y continuó llorando.

Una hora después permanecía en el mismo estado, preguntándose cómo su cuerpo podría seguir creando lágrimas. El ruido de llaves del exterior la avisó del regreso de su amigo. Se sintió aliviada, no quería continuar sola, pero enseguida se percató de que no era él.

—Hola —una joven rubia ingresó en la casa. Sus ojos celestes la observaron con precaución.

—Hola. ¿Quién eres tú? —Amanda se incorporó, no quería parecer un animal apaleado frente a una extraña.

—Soy Camila, mi hermano me llamó. ¿Te sientes mejor?

—No —Amanda inició nuevamente su sollozo—. Me quiero sepultar.

—¿Es broma? Por unos imbéciles, no vale la pena. —Camila caminó hacia la cocina y regresó con un vaso—. Toma, bebé creo que lo necesitas con urgencia.

Amanda aceptó el vaso y lo observó. El fluido transparente no le dio mucha confianza.

“Al diablo”, pensó. Lo ingirió al seco.

—¿Es broma? Es agua con azúcar —gritó Amanda—. ¿No tienes algo más fuerte?

—Es solo para la angustia, como decía mi mamá, los problemas hay que enfrentarlos, no borrarlos.

—Camila la observó con los brazos en jarra.

—Eres igual que tu hermano.

—¿Simpática? —Camila sonrió.

—Yo diría demasiado positiva. —Las lágrimas aparecieron de nuevo.

—Bueno, estoy acá, cuéntame.

Amanda meditó entre tragarse la pena o botar la rabia frente a una desconocida. Optó por la segunda,

necesitaba liberarse de su angustia. Comenzó entre sollozos a relatar todo lo ocurrido. Camila pacientemente la consoló por horas.

El taxi se detuvo y Amanda continuaba con sus ojos cerrados recordando cada parte de la historia y se repetía las mismas preguntas que se había hecho durante tantos años. ¿Por qué se había enamorado? ¿Por qué Daniela le había hecho eso?

Descendió del vehículo frente al edificio de Camila. Ingresó hasta su departamento y golpeó.

—Hola, pasa, se me está quemando algo. —Camila apareció en la puerta y corrió a la cocina, gritó desde el interior—. Por cierto, no me dijiste que venias. ¿No tenías reunión?

Amanda, aún en estado de conmoción, lanzó sus cosas al suelo y se recostó en el sillón.

—¿Tan mal estuvo? —Camila se paró en el salón con una cacerola en la mano.

—Mal estuvo cuando una vieja me preguntó por unos malditos lápices y siniestro cuando Tomás entró a la sala porque es el sexy padre de uno de mis alumnos.

—¿Qué Tomás? —Camila la miró sin entender.

—¿Es broma? Universidad, Daniela, Tomás, el tortuosamente sensual.

—¿Me estas fastidiando? —Camila abrió sus ojos como platos.

—Sí, en realidad solo lo dije para mortificarte, la verdad es que encontré que era una excelente broma. —Amanda exhaló en tono de frustración.

—¿Y qué te dijo?, bueno, ¿qué le dijiste tú? —Camila se acercó y se sentó a su lado—. Bueno, olvídalo. ¿Sigue igual de atractivo?

—¿Es broma? Con los años está mejor. Como diría mi papá, es “como un buen vino, con un excelente cuerpo y consistencia, con un aroma intenso que colma tu paladar”. La cosecha perfecta.

—¡Están hablando de mí! —Martín apareció en el salón con una toalla amarrada en la cintura y su cabello mojado.

—Tápate, ¿no te da vergüenza mostrar ese cuerpo totalmente desfigurado por tanto trabajo en el gimnasio? —Amanda le tiró un cojín.

—Creo que las mujeres se sienten bastante conformes. —Miró a Camila—. ¿Por qué estas con la comida en la mano?

—Cállate y siéntense los dos, voy a servir, que me muero de hambre. —Camila se dirigió a la cocina.

—Yo no me voy a sentar contigo medio desnudo, me distrae tu oblicuo tan marcado, Josefa estaría encantada de analizar tus músculos —dijo Amanda—. Y por cierto, eso de todas las mujeres, aún no veo a ninguna.

—No se las presentaré, creo que están cada día más locas, no quiero que corran. —Martín entró a su dormitorio y regresó vestido—. ¿Y de quién hablan?

—Del cretino de Tomás —Amanda elaboró una mueca.

—Esa cara no te la creo, estabas verde por él en la universidad, por no decir otra cosa — Martín se mofó, ubicándose al frente en la mesa.

—¿Es broma? El que andaba con cara de cordero degollado por Daniela eras tú, por si mi memoria no me falla.

—Suficiente, es un empate. —Camila ingresó con los platos servidos.

—Creo que perdí el apetito. —Amanda empujó su plato—. Además, no me gusta mucho el puré de papas.

—Es arroz —dijo Camila.

Amanda abrió los ojos y miró a Martín.

—Olvídalo, soy un desastre en la cocina. —Camila se desplomó sobre la silla a su lado.

—El desastre soy yo. —Amanda formó un puchero.

Martín intervino:

—Primero, Camila, pediré una pizza como vez número un millón, tranquila. Segundo, Amanda no sé porque estas tan impactada, desde que estuvimos en la universidad sabes cómo es Tomás, sale con cualquiera. —Martín dejó de hablar y miró a Amanda—. Quiero decir, no es que tú seas una cualquiera.

—Eres un idiota, no hacía falta la aclaración, entendí el mensaje. —Amanda colocó sus ojos en blanco.

—¿Qué vas hacer? —dijo Camila.

—Obvio, cambiarme de trabajo.

—Sigues tan exagerada...

—¿Es broma? Te juro que no sé qué me pasa; es como que fuera mi marca personal de estupefaciente.

—¿Y no era que salías con alguien? —dijo Martín—. ¿Max?

—Enchúfate, Max es el entrenador y Amanda no quiso salir con él, sale con el hombre al que vomitó —rio Camila.

Martín se largó a reír.

—Gracias por tu acertado y bien recordado resumen. —Amanda lanzó una servilleta de papel a Camila.

—Creo que voy por la comida, no quiero escuchar más de tus demencias, divertido pastelito. —Martín tomó las llaves y salió.

Amanda sacó de su bolso el celular, que emitió un sonido de un mensaje.

*Llegó en tres días, espero que esta vez desayunemos juntos. Diego.*

—¿Y ahora por qué tienes esa cara? —Camila la observó.

—Me voy acostar con Diego —dijo Amanda. Sintiendo como la caldera de su locomotora se quería encender.

—¿Es broma? ¿Tienes una cita para sexo? ¡Qué avanzada está la cosa!

—Te juro que me infartaré, después de no estar con nadie en tanto tiempo ahora mis hormonas están dándose a cabezazos en mi interior.

—Yo creo que es genial, ya te había dicho que estás con la piel un poco demacrada y el pelo opaco. El sexo te vendrá espectacular para la irrigación sanguínea.

—Necesito a tu estilista, la mía anda de viaje en un retiro espiritual en Timbuktu. —Amanda se comenzó a pasear ansiosa.

—¿Dónde?

—Da lo mismo. —Amanda se detuvo y arrugó su frente.

—Bueno, cálmate, te consigo una cita con la mía ahora mismo. —Camila sacó su teléfono—. ¿Qué vas hacer con Tomás?

—Que se joda, me concentraré en Diego, que es el que de verdad me interesa —dijo Amanda en tono convincente.

—¿Estás segura?

Amanda se detuvo en el medio del salón, dio una larga exhalación y solo respondió:

—No.



## Capítulo 14

Diego terminó de dar las instrucciones al jefe de obra y contempló a través del cierre de terraza el mar de la playa de Concón, que con su oleaje lo impregnaba de calma. Aún mantenía latente la imagen de Amanda, que se colaba de manera constante en sus pensamientos.

—Diego —gritó Marco detrás de él—. ¿Otra vez cazando moscas?

—¿Está todo listo?

—Hace rato, creo que tienes que acudir con urgencia a una terapia, tus músculos faciales se levantan solos a cada minuto.

—Bueno, decídate, te quejas porque estoy serio y ahora estás preocupado porque me río. ¿Quién te entiende?

—Es que de verdad me asustas, a veces pareces un lunático. —Marcó entornó los ojos.

Diego se largó a reír.

Después que se subieron a la camioneta, recorrieron el borde costero y seleccionaron un restaurante para almorzar. Ordenaron platos típicos de la zona, acompañados de un vino blanco.

—Creo que deberías comer mariscos, dicen que son afrodisíacos. —Marco le indicó su plato con la comida—. Ya que has tenido varios problemas y por lo que veo tienes una cita, no vayas a quedar mal.

—¿Te comiste un payaso? —Diego contestó ofuscado.

—Tranquilo, era una broma. —Marco levantó sus manos—. Es que me impresionaste con lo del desayuno que le llevaste a la gladiadora. ¿Te gusta de verdad? Debo decir que es bastante guapa, pero no es de tu estilo.

—Sí me gusta y debe ser porque no es mi estilo. Desde que falleció mi viejo solo he estado inserto en problemas y creo que he estado rodeado de mujeres que no me ayudaban mucho. Con Amanda me siento distinto, no sé, es muy divertida, hace mucho que no me reía con tantas ganas. Me hace pensar que la vida puede ser alegre. Aunque te debo confesar que de cierta manera me aterra pensar en lo que pueda pasar. Trataré de tomarlo con calma.

—Hermano, qué profundo; no te enojas, lo digo de verdad. Espero que resulte todo, porque no creo que haya nada peor que sufrir por amor. Tú sabes que después de la innumerable nunca más me quise comprometer. Pero tienes todo mi apoyo. —Marco levantó su puño y lo golpeó contra el de Diego—. Aunque, por si acaso, de todas maneras come un poco de camarones para rendir mejor.

Diego volvió a reír.

Al terminar de almorzar, mientras caminaban por la calle frente a la costa, a Diego le llamó la atención una vitrina con varios artículos de joyería. Uno en especial atrajo su interés. Sonrió al instante a recordar unos ojos intensos y una mariposa danzando sobre una blanca espalda. Aún no había pensado en su próxima salida, pero había sido una suerte haber encontrado aquella tienda, ya tenía por donde comenzar. Aún no había dado con una buena idea para impresionar a Amanda, pero

de lo que sí estaba seguro era que no se aminoraría, los retos eran su estilo.

Amanda bebió de su café, mientras hojeaba los archivadores con los antecedentes de sus alumnos. Leyó la hoja de antecedentes de Lucas. El historial académico de Tomás indicaba que se había graduado de Medicina, pero no señalaba la especialidad. Esperó que no fuera ginecólogo, una cita con él debía de ser una experiencia orgásmica. Se encontró a sí misma sonriendo.

Buscó los datos de la madre, odontóloga. Después, fijó su atención en los domicilios. El padre y la madre tenían direcciones diferentes. ¿Estarían divorciados? Quiso correr y preguntarle a Lucas. ¿Con quién viviría? Pero no sería capaz de interrogar a un niño.

Desde el patio escuchó el grito de una niña. Corrió hasta el lugar. Su alumna lloraba tendida en el suelo, observó una pequeña herida, pero con bastante sangre en su rodilla.

—Cresta —se le escapó, era la hija de la loca de la reunión.

—Tía, mi papá dice que no hay que decir garabatos —dijo un niño a su lado.

—Creo que escuchaste mal, yo dije cesta. —Levantó a la niña en brazos y la llevó a la oficina para curarla.

A la hora de salida, Amanda tuvo que escuchar con paciencia los reclamos de la madre de la niña accidentada. Aunque trató de explicar que esas cosas ocurrían y que no había sido nada de gravedad, únicamente un rasguño, la mujer estaba empeñada en armar un escándalo.

—Buenas tardes, tía Amanda.

Una voz profunda y oscura hizo que se giraran.

—Buenas tardes, papá de Lucas —pronunció Amanda, tratando de sonar lo más profesional posible.

—María Ester, qué gusto verte de nuevo —dirigió su atención hacia la mujer.

Amanda desvió la mirada. Unos segundos antes la cara de la madre parecía envuelta en llamas; ahora se encontraba relajada, pestañeando de forma coqueta. Mientras que ellos se distraían en la conversación, le pidió a Celeste que fuera a buscar a Lucas. Ahora tenía toda la atención de Tomás. La apoderada se retiró y obviamente ni se despidió de ella.

—¿Hace mucho que trabajas acá? Creo que no te había visto. —Tomás la observó directo a sus ojos.

—Hace dos semanas y gracias por lo de la apoderada, creo que definitivamente me odia. —Amanda mantuvo la calma, aunque quería gritarle. ¿Por qué se había acostado con su amiga? Pero un escándalo después de casi cinco años y dos encuentros para él sin importancia, la haría parecer una lunática.

—No creo que te odie, es solo envidia femenina porque la maestra de su hija es más atractiva que ella. —Tomás alzó su ceja y sonrió—. Creo que tu deuda sigue subiendo conmigo, ya me debes dos.

—¿Las estás contando?

“Y dale con que le debo cosas”. Sus estrategias en el tiempo continuaban igual.

—Claro que las cuento. Lo de cobrar se puede volver bastante interesante contigo. —Tomás acercó la mano y tocó su mejilla—. Disculpa, creo que tienes algo en la cara.

—Veo que no has cambiado con lo de tus excusas para acercarte.

—No es excusa, tienes una mancha de plumón. —Tomás sonrió mientras frotaba con el dedo su mejilla.

Amanda exhaló; definitivamente, con él no sabía cómo comportarse, se quedó inmóvil en su lugar, al parecer sus años de estar sola no le habían bastado para poder crear una barrera anti Tomás. Su cercanía hizo que la fragancia que emanaba la abofeteara. Evocó el chaleco que aún mantenía guardado en secreto. Ya había perdido el aroma hace tiempo. Podría haber sido de tantas veces que inhaló la esencia hasta quitarla o que los años la habían desvanecido. Aún no entendía por qué lo había conservado, tal vez el masoquismo había sido su aliado todos esos años.

Volvió a la realidad cuando se percató de que una apoderada los observaba. Se apartó como un rayo. Tomás era ahora padre de uno de sus alumnos y estaba en el jardín, a otro apoderado jamás le hubiera permitido eso. “Enfócate, por favor”. Pensó.

—¡Papa! —Lucas apareció corriendo y de un salto se subió a sus hombros.

—Bueno, te dejo —Tomás se despidió dándole un beso en la mejilla suave como siempre. Al estar cerca de su oído le susurró—. Creo que aún me debes mi chaleco.

“¿Es broma?”, pensó. Aún recordaba lo que habían hablado la última vez. Lo observó alejarse con su hijo en los brazos. Esa imagen no la ayudó mucho a equilibrar sus instintos. Se veía más que irresistible como padre de familia.

—Es realmente guapo —mencionó Celeste detrás de ella.

—¿Quién? —Amanda trató de aparentar desinterés.

—El papá de Lucas, vi tu cara, no te preocupes a todas les pasa lo mismo, ni que lo hubieran esculpido con cincel.

—La verdad es que ya nos conocemos, estudiamos en la misma universidad.

—Mira, lo que es el destino —Celeste se mofó.

—No he conocido a la mamá de Lucas. ¿Están separados? —Amanda maldijo haber preguntado eso. ¿Por qué le interesaba la vida amorosa de Tomás?

—Viene poco por su trabajo, la que se hace cargo es la nana, al padre tampoco lo veía hace tiempo, pero creo que encontró algún interés para venir a recoger a Lucas.

—No lo digas de esa forma, mi interés por él es solo profesional. —Amanda se preocupó. No quería verse poco competente en su primera instancia laboral. Del millón de personas que había conocido en sus años de estudios. ¿Por qué se había tenido que encontrar con él?

—Tranquila, no solo el papá de Lucas te ha observado, eres bastante atractiva y sé que tu interés es hacer bien las cosas. —Celeste la tomó del brazo de forma amigable—. De la única que te debes preocupar es de Cruela.

—¿La directora?, pensé que estaba casada —Amanda quiso parecer sorprendida ante el comentario. Pero ya se había fijado de que coqueteaba con algunos docentes.

—Es separada y las malas lenguas dicen que se transformó cuando encontró a su exmarido en la cama con su secretaria, una joven apabullantemente hermosa y joven.

—¿Es broma? Pobre, debe haber sido chocante, pero no es tan vieja.

—Sí lo es, tiene más operaciones que una sala de cirugías y estoy segura que busca un *toyboy*.

Amanda soltó una carcajada

—No lo comentes con nadie, pero he visto cómo mira al papá de Lucas y estoy segura de que quiere conquistarlo.

—No te preocupes, la verdad es que me tiene sin cuidado su vida personal, mi interés con ella es solo en relación al trabajo.

—Me sorprendió que te contratara, siempre busca a mujeres más adultas y de bajo perfil, no le gusta sentirse opacada.

—La verdad que me contrató dos días antes del inicio de clases, al parecer la maestra anterior le falló en último minuto.

—Bueno, pero tranquila, tienes todo mi apoyo. —Celeste ingresó a la sala y recogió sus cosas—. Ya me voy, nos vemos mañana, cuídate.

Amanda continuó recogiendo sus materiales, pero meditó en relación a las revelaciones de su asistente. Esta sí que era ya la guinda de su pastel. La directora teniéndola como una adversaria en el jardín y más encima detrás de Tomás el sexy que regresaba a su vida y era padre de su alumno. ¿Qué más le podía ocurrir? Golpeó su cabeza contra el escritorio.

—Amanda, ¿estás bien? —Alicia habló desde la puerta.

“Esto me tenía que ocurrir”, pensó. “La directora viendo cómo me golpeo contra una mesa”.

—¿Puedes pasar por mi oficina?, tengo un trabajo para ti, ya que la actividad de la amistad quedó bastante decente. Necesito que coordines otra, te espero. —Alicia desapareció por la puerta, repiqueteando sus tacos sobre la baldosa del pasillo.

“¿Es Broma?, mi vida echa un caos y además trabajo extra, genial”, pensó. Se colgó su maletín y se dirigió con su mejor sonrisa a la oficina.

Unas horas más tarde, en el gimnasio, Amanda golpeaba el saco con efusión con sus guantes rosas. Su vida tan tranquila se había transformado en un montón de conflictos. Trató de encerrar las preocupaciones en un cajón al final de su cabeza y se centró en el mejor recuerdo de sus últimas semanas, Diego.

—Qué violenta estás, pastelito —dijo Camila a su lado.

—Creo que mi vida es un completo chiste, de los malos, eso sí.

—La exageración en persona otra vez.

—¿Podrías creer que Tomás aún recuerda que tengo su chaleco?

—Supongo que le dijiste que lo más probable es que estuviera desintegrándose en algún vertedero de la ciudad.

Amanda desvió la mirada y se ruborizó.

—¿Es broma? —Camila abrió los ojos—. ¿Todavía lo tienes?

—La verdad es que lo tiré al final de mi armario y aún está ahí.

—No sabía que tenías el mal de guardar objetos para cortarte las venas —Camila rió.

—Hola chicas, qué tal —Max las saludó—. ¿Están preparadas para el cuadrilátero?

—Yo paso por hoy —dijo Amanda.

—Aún no me respondiste a lo del café —Max centró su atención en ella.

—Disculpa, la verdad es que el trabajo me tiene ocupada.

—No te preocupes, avísame. ¿Vienes, Camila? —Max hizo un gesto hacia al ring.

— Claro, dame un minuto.

—¡Dime que es broma! —Amanda habló bajo mientras Max se alejaba.

—Creo que no, pero qué suerte, pastelito, cómprate una máquina para dar números, creo que te faltará tiempo. —Camila soltó una carcajada y caminó hacia su entrenador.

# Capítulo 15

Diego se mantenía concentrado sobre la mesa revisando los planos. La reconstrucción de la casa de playa para uno de sus clientes le estaba dando más problemas de lo que esperaba. Los materiales no habían llegado a tiempo y estaban bastante retrasados. Si no hubiera sido un contrato de varios millones, lo hubiera desechado. Su móvil comenzó a vibrar debajo de una gran cantidad de hojas.

—Hola, Daniela, estoy ocupado, te llamo luego.

—Bueno, señor No Me Molesten, te aviso cuando a mi mamá la den de alta —gritó Daniela por el auricular.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Un alza de presión, en este momento estoy llegando a urgencias con ella, pero ya que estas tan ocupado, te dejo —Daniela cortó el teléfono.

—Mierda —gruñó Diego.

Tomó su maletín y se dirigió al exterior en busca de Marco. Al divisarlo le solicitó que lo llevara al terminal de buses. Aunque su amigo le ofreció llevarlo hasta Santiago, prefirió que se quedara a cargo de la obra, no quería tener otro problema más.

En el interior del bus, dibujaba sobre su cuaderno. Revisó las hojas anteriores y la mayoría eran de su hermana y su madre. Solo observó la expresión de sus ojos, alicaídos, sin vida. No sabía cómo cambiar esa inexpresividad. Además de hacerse cargo de la mayor parte de las responsabilidades monetarias, no encontraba la forma de que volviera el equilibrio a su familia.

Su padre le había dado un compromiso demasiado grande para él y que cada día se hacía una carga más difícil de llevar.

A las dos horas entró a la clínica y localizó el *box* en donde se encontraba su madre ingresada. La observó conectada a un suero y con semblante pálido. La angustia lo invadió. La hipertensión de su madre había aparecido como respuesta a los problemas de alcoholismo de su hermana. Antes de ingresar, buscó a su alrededor a Daniela, estaba seguro de que tendría que ver con esta situación. Al no localizarla, marcó su teléfono; este sonó ocupado. Ingresó de nuevo en el *box* de forma sigilosa. Su madre, al sentir su presencia, abrió los ojos.

—Hola, mamá, ¿te sientes mejor? —Se acercó y se recostó a su lado.

—Sí, solo que mi presión se disparó nuevamente.

—¿Qué paso? —Diego acarició su rostro con cariño.

—Lo mismo de siempre, pero, hijo, no debiste dejar tu trabajo botado, ya me están dando de alta.

—¿Ha tenido que ver con Daniela? —Diego enarcó sus cejas.

—Ya sabes, se levantó bebiendo, ya no lo puedo controlar.

—¿Dónde está?

—Salió hablar por teléfono, dijo que no tenía señal.

Diego, al ver que las enfermeras entraban para dar el alta a su madre, salió en busca de su hermana. La encontró en la calle con un cigarro en la mano, hablando por teléfono.

—Deja eso, tenemos que hablar. —Diego se paró al frente de ella, molesto por su indiferencia hacia la enfermedad de su madre.

—Estoy ocupada, ¿no te das cuenta? —Daniela le indicó el móvil en su mano.

Diego, ya sobrepasado, le quitó el celular y cortó la llamada.

—¿Qué te pasa? ¿Estás loco? —Daniela se giró de un golpe gritando.

—Baja la voz y no me grites, la mamá se volvió a enfermar por tu culpa.

—Qué fácil desligarte de la responsabilidad. —Daniela caminó hacia la puerta de la clínica.

—¿A qué te refieres? —Diego la alcanzó agarrándola del brazo—. Yo no me levanté bebiendo y gritando, al parecer no has tomado el medicamento que te recetaron.

—No lo necesito —Daniela se soltó del agarre y encendió un nuevo cigarro.

—Daniela, no puedes continuar en esta situación. —Diego trató de ser conciliador, lo que menos quería era enfrascarse en una nueva disputa con su hermana.

—No sé a qué situación te refieres, yo estoy bien.

—Daniela, tienes veinticinco años y no haces nada por tu vida: no estudias, no trabajas. ¿Qué pretendes hacer en el futuro?

—Aún no lo he decidido, estoy viendo mis opciones. —Daniela le dio otra calada a su cigarro. Mirando a la nada.

—Bueno, ya que no cooperas, tus opciones acaban de terminar. —Diego enarcó sus cejas y adoptó una postura decidida—. Si quieres continuar con tu vida relajada, vas a tener que costearla tú. Desde el próximo mes ya no cancelaré tu teléfono, ni te daré plata para la bencina. El dinero mensual que se te otorga se reducirá a la mitad, hasta que encuentres un trabajo.

—No puedes hacer eso, esa plata es la que me corresponde, me la dejó el papá.

—Si el papá estuviera aquí, estaría totalmente de acuerdo en lo que estoy haciendo, no creo que le gustara verte así.

—Tú no eres él, así que no hables como si lo supieras todo. Además, ya te dije que voy a estudiar.

—Cuando tenga la matrícula en mis manos de la carrera invisible que vas a estudiar, cambiaré mi determinación, por lo que comienza a buscar un trabajo.

—No lo haré, contrataré un abogado para que me entregues todo el dinero que me corresponde.

—Suerte con eso, me gustaría saber de dónde sacarás el dinero para cancelarlo. —Diego exhaló ofuscado—. Y no quiero saber que otra vez que la mamá se enferma por tu culpa o, si no, tu plata se reducirá a cero.

—Te juré que iré a mis terapias y tomaré la medicina —Daniela se acercó con lágrimas en los ojos—. Pero no me dejes sin dinero.

—Daniela, todos perdimos al papá, pero la vida continúa, tienes que avanzar de una vez —Diego habló con calma.

—Tú no tienes idea de lo que es para mí —gritó Daniela llorando.

—Dímelo, entonces, nunca me has hablado, te puedo ayudar, pero primero deja de auto compadecerte yo también sufrí y tuve que dejar muchas cosas, pero continué.

—No, nadie me va a entender. —Daniela se giró y caminó perdiéndose entre la multitud.

Diego respiró profundamente, observando cómo se alejaba su hermana. La verdad es que hacía tiempo ya que la había perdido y no tenía forma de recuperarla. La situación también lo mantenía extraviado. Tal vez tendría que buscar otra alternativa o un psiquiatra para él. La posibilidad de internarla cada vez se observaba más cercana, pero si Daniela no lo hacía de forma voluntaria, no funcionaría. Otra vez se sintió confundido, pensando en cuál sería la opción más acertada para su familia.



## Capítulo 16

Al salir del gimnasio Amanda se subió al auto de Camila, pensaba en el desayuno que le había ofrecido Diego y en que claramente eso había sido un mensaje subliminal en relación a lo que iban a hacer antes. Solo necesitaba visitar a una estilista, pero Camila había insistido en que su ropa interior daba pena. Aceptó la visita a una tienda de lencería, recordando que sus tangas de corazones y animales no serían lo más apropiado para hacer salir su sexualidad de mujer adulta. Se notaba que Diego era un hombre más maduro y, por lo que habían conversado, sus ex deberían ir espléndidas debajo de su vestimenta, así que no quería defraudarlo.

Después de su visita a una exclusiva tienda en donde se probó casi la mitad de la ropa interior, terminó seleccionando dos conjuntos de lencería, uno negro y otro rojo, los dos con encajes bastantes pequeños. Lo cierto es que agradeció al diseñador mentalmente, ya que su busto se veía perfecto en las copas adecuadas.

- ¿Lista para tu transformación? —Camila habló mientras Amanda terminaba de cancelar.
- ¿De qué hablas? Solo necesito depilarme, no operarme entera, no creo que esté tan mal.
- Ya te dije: confía en mí, tenemos hora con Paulette a las 9 y te harás la brasileña.
- ¿Es broma? Solo voy a salir con un hombre, no participar en una película pornográfica.
- ¿Me estás diciendo que soy porno? —Camila puso sus brazos en jarra.
- ¿Te depilas completa? Eso no lo sabía.
- Claro que sí, es la moda y a los hombres les encanta y te aseguro que Diego caerá rendido a tus pies.
- No pienso hacerlo, para empezar, no pienso mostrarle mi vagina a una desconocida.
- ¿Disculpa?, es una profesional, ve vaginas todo el día o tú crees que la tuya tiene algo excepcional...
- Me niego rotundamente. —Amanda comenzó a caminar hacia el estacionamiento.
- Espera, necesitas renovarte y a tu edad ya es hora de que explores el sexo como lo que es: un manjar exquisito que te puede brindar un placer insospechable y, por lo que vi de Diego, la verdad es que le tengo fe. No seas antigua y hazme caso.
- Acepto lo del manjar del sexo, pero no pienso exponer a mi vagina a una tortura semejante, me agrada bastante como para hacerla sufrir.
- Camila soltó una risa.

Amanda y Camila esperaban en la sala del *spa* mientras llegaba su turno.

- No me mires con esa cara, sé lo que piensas y no lo haré. Además, me muero de vergüenza.
- Deja la exageración, no duele nada y después lo vas a disfrutar mucho.
- Ya no te creo nada, fue lo mismo que me dijiste con el tatuaje.

—¿Pero valió la pena?

—No estoy segura, ya que con la mariposa esperé por fin volar y sigo metida en mi agujero.

—Bueno, esa es otra cosa que no está en tu espalda sino en tu cabeza.

—Gracias —Amanda colocó sus ojos en blanco.

Recordó la tienda de tatuajes que había visitado con Camila cuando la había conocido. Desde el primer momento se hicieron inseparables. Camila en su muñeca llevaba un dibujo en tinta de dos árboles, le contó que los había realizado como un homenaje para sus padres. Necesitaba saber que, a pesar de que no estaban con ella físicamente, los podría llevar consigo por siempre.

Sus padres habían fallecido hacía seis años en un accidente automovilístico, un conductor ebrio había sido el responsable de la tragedia. En ese momento, Camila decidió estudiar Leyes, para poder hacer cumplir las normas de tránsito a los conductores ebrios. Con los años y a sugerencia de su terapeuta, cambió su campo a los divorcios, no era recomendable recordar la experiencia diariamente.

Las dos se encontraron en un instante de la vida que se necesitaban mutuamente y nunca más se habían separado.

Amanda en ese momento sintió la necesidad de expresar las emociones que la embargaban, producto de su mal comienzo en la vida estudiantil. Desde pequeña poseía el recuerdo inherente de las mariposas cuando corría tras ellas y de lo hermosas que volaban de manera libre. Con los años conoció su significado místico y quiso llevarla marcada en su cuerpo, para recordar que muchas veces nos arrastramos por el suelo, pero siempre se tiene el poder de cobijarse y replantearse los conflictos para, finalmente, cuando se está preparado, transformarse y alzar el vuelo. Este pensamiento lo veía reflejado en la vida de su amiga. Aunque había perdido a sus padres había logrado mantenerse hermosa revoloteando.

—Hola, Camila —la voz de la estilista la despertó.

—Hola, Paullete, tanto tiempo. —Camila se levantó y le dio un beso en la mejilla—. Te presento a mi amiga Amanda, quiere quedar como una Barbie.

—Perfecto, viniste al lugar correcto. —Paullete la guio hasta un espacio interior.

—Yo te espero aquí —dijo Camila sonriendo.

—Ni lo sueñes, tú me metiste en esto, por lo tanto, entras conmigo —gritó Amanda. Al parecer ya no tendría escapatoria de mostrar sus partes íntimas.

—Está bien, pero cálmate, mira que para tu cita ya estarás toda arrugada.

Amanda ingresó a la pieza en donde se realizaría la tortura, era un lugar muy apacible, observó algunas velas encendidas y los colores pastel del mobiliario; al menos, el lugar le infundió algo de calma.

—Muy bien, sácate todo para abajo y acuéstate en la camilla —dijo una profesional Paullete a su espalda.

—¿Todo...todo? —murmuró Amanda, asustada—. Es mi primera vez.

—No te preocupes, las primeras veces siempre duelen un poco, dicen, pero el resultado te va a encantar y a tu novio también.

Amanda exhaló profundamente, se despojó de su ropa y se acostó en la camilla.

—Abre tus piernas y relájate —indicó Paullete.

—Camila, entra, no mires y dame tu mano.

—¿Es broma? No quiero. —Camila se mantuvo afuera de la puerta.

—Recuérdame matarte cuando salga —gritó Amanda, que percibió la cera caliente sobre su vagina.

—Ya no te puedes arrepentir, la única forma de sacar la cera es tirándola —se mofó Camila desde el exterior.

Camila se estacionó afuera de la casa blanca mientras Amanda aún no se reponía del dolor y llamaba a todos sus antepasados con sus insultos.

—¿Y cómo crees que quedaste?

—Creo que mi vagina perdió su personalidad, se ve tan blanca...

Las dos se largaron a reír.

—Estoy orgullosa de ti y sé que me lo agradecerás —Camila la observó.

—Sí, yo te voy a matar cuando me reponga del dolor.

—Siempre tan exagerada, ahora eres un sexy porno pastelito.

Amanda ingresó a su casa, acomodando su ropa, que se adhería de manera constante en varias partes de su cuerpo al mantener aun trozos de cera en su piel.

—¿Estás bien? —Josefa habló desde la cocina.

—Más o menos, ni te cuento la ocurrencia de Camila. —Amanda se sentó en la butaca de su lado. Le quitó su plato con fideos y comenzó a comer.

—¿Estás lista?, nos quedan diez minutos. —Josefa le indicó el computador sobre el mesón.

—No —Amanda corrió a su dormitorio y recogió la mayoría de la ropa tirada en el suelo, la metió en el closet y tuvo que ejercer fuerza para poder cerrar la puerta. Estiró su cama, buscó una blusa decente y se maquilló un poco.

—Quedan dos minutos —escuchó la voz de su hermana.

Ingresó a su baño y recogió la ropa sucia y la metió en el canasto. Con tantas cosas en su vida, había olvidado por completo la cita que tenía lugar todos los días martes.

—Un minuto —Josefa volvió a gritar.

Amanda regresó a la cocina y se sentó nuevamente.

—Respira —dijo su hermana.

A las diez en punto su contacto de Skype inició la llamada. Al conectarse la comunicación, vieron a sus padres al otro lado de la pantalla. Como siempre, su padre con la pipa en la mano y su chaquetón café, que le daba un aire intelectual, y su madre con su pelo castaño, tomado en una cola de caballo, su vestido de colores, con su chal tejido a crochet por ella, que le daba un aire relajado y juvenil. Eran tan distintos, pero se complementaban a la perfección.

Como era habitual realizaron con su hermana un resumen detallado de la semana. Tuvieron que hacer el recorrido por toda la casa con el computador en la mano, para que con la cámara sus padres vieran con sus ojos que todo estaba en orden, pues al parecer no confiaban en sus palabras. Mostraron el

jardín para que notaran que el pasto aún continuaba con vida. El interior del refrigerador y la alacena, que estaban completos de alimentos. Amanda quiso desaparecer cuando su madre le indicó que abriera su armario y la ropa se desplomó toda al suelo.

Sus padres anunciaron una visita sorpresa pronto. En general no comentaban cuando viajarían, ya que les gustaba atraparlas en su día habitual, para corroborar que vivieran de forma responsable. Antes de finalizar la comunicación, Ignacia, su madre, le indicó a Amanda que la llamaría a su teléfono, quería conversar algo en particular.

Al segundo timbre, Amanda contestó.

—Hola, mamá.

—Hola, pastelito. ¿Cómo estás?

—Ya te dije que bien, mis ojeras son por todo el trabajo.

—Hija, lo sé, pero tú eres excelente en lo que te propones, así que no te preocupes tanto. Solo quería saber... ¿con quién vas a desayunar?

—¿A qué te refieres?

—Al dibujo pegado en tu escritorio, me encantó, debe ser un chico bastante interesante para que lo colocaras sobre tu espejo.

—Mamá, mira que eres curiosa.

—No es así, solo te conozco. ¿Quién es?

—Se llama Diego y, bueno, nos estamos recién conociendo.

—Bueno, espero conocerlo y no tengas miedo. A veces no hay que pensar tanto y dejarse llevar un poco.

—Estoy en eso, pero a cada rato meto la pata, ni te imaginas las cosas que le he hecho.

—A estas alturas de la vida no me sorprendería nada de ti, pero así eres tú, un poquito pastel, por no decir torpe. —Su madre sonrió al otro lado de la línea—. Si realmente le interesas te aprenderá a querer con todos tus errores, igual que nosotros.

—Gracias, mamá, por tu ánimo, no esperaba menos de ti. —Amanda se lanzó a la cama.

—Ya cuídate y cuéntame cómo te va.

—Mamá, siempre me cuida.

—Me refiero a preservativo, estoy muy joven para ser abuela.

—¡Mamá!, te dejo, no voy hablar de eso contigo, adiós.

Amanda cortó la llamada sonriendo, siempre se sorprendía de su madre. Además, la conocía demasiado y al parecer más de lo que ella suponía.

Diego miraba el techo recostado en su cama, había terminado de hablar con Marco, al parecer todo iba según lo planificado en la construcción. Esto lo relajó de cierta manera. Pero el tema de su familia lo mantenía preocupado y aún alterado. Se levantó y caminó hacia el gran ventanal. La imagen que captó lo impresionó, era noche de luna llena y la calidez de su luz lo cautivó.

Recorrió el espacio hasta su maletín, en el interior buscó una pequeña caja, miró la hora en su reloj

de mano y no era tan tarde. Tal vez aún podría escapar de su decaído humor y encontrarse de nuevo con la chica que lo hacía sonreír.

Decidido, tomó su teléfono y envió un mensaje. Al recibir la respuesta de aceptación, se metió rápidamente en la ducha y, luego de vestirse, ordenó el lugar. Organizó una mesa blanca al lado del ventanal. Ubicó por internet un buen restaurante de comida y realizó un pedido para llevar.

Agarró las llaves de su auto y se marchó con la convicción de que su noche podría mejorar, en realidad, estaba seguro de que así sería.

# Capítulo 17

Después de recibir el mensaje, Amanda saltó de su cama, dejando tirados los libros y sus planificaciones. Diego la había contactado y por supuesto que quería verlo. Se hubiera levantado aunque hubiera sido de madrugada.

Era el momento que había esperado y para el que se había estado preparando. Ya había tomado la decisión de por fin elevarse, solo esperaba que esta vez no fuera a caer de forma estrepitosa al pavimento.

Como decía su mamá, eso no lo podía saber y tendría que atravesar sus temores para saber si podría encontrar el amor de una vez. Aunque era un tanto exagerado hablar de amor, ya que lo conocía hace poco, pero al menos sus instintos le señalaban que era el indicado para poder confiar nuevamente en alguien.

Sacó de su armario la bolsa con lencería. Se metió a la ducha. Llamó su atención la energía repentina que la envolvía. Envuelta en una toalla se dirigió a su dormitorio y observó sobre su cama los accesorios que había adquirido en la tienda con su amiga. Escogió la lencería de color negro, hacía juego con el vestido oscuro que había seleccionado. Recordó los consejos de Camila y aplicó perfume en lugares estratégicos de su cuerpo.

Después de ponerse la pieza de encaje se observó al espejo. Sonrió ante el dibujo pegado hace unos días y se mordió el labio al recordar a Diego y su sonrisa. Había llegado el momento.

Aunque estaba decidida, su ansiedad se hizo presente. Quería mostrarse como una mujer madura y coqueta y no estaba segura de ser ninguna de las dos cosas. Zapateó contra el suelo para despojarse de los nervios que la recorrían.

Este era uno de esos momentos en donde necesitaba un saco para golpear, seriamente revisaría la opción de adquirir una para su casa. Al percatarse de que su mente giraba como un carrusel, sin concentrarse en lo que estaba haciendo, sacó de debajo de su cama una caja, del interior tomó un cigarro y lo encendió. Abrió la ventana de su pieza para que el humo circulara.

En general no fumaba, solo los tenía en caso de suma urgencia de estrés total y este momento lo ameritaba, definitivamente. Observó la hora y el reloj, que al parecer avanzaba más rápido de lo normal. Se terminó de maquillar y arreglar su pelo, no sin antes tomarlo y soltarlo varias veces; al final se recogió solo la mitad.

El ruido de un mensaje le hizo proferir un grito.

*Estoy afuera. Diego*

—Cresta. —Exhaló. Diego afuera y ella en ropa interior fumando.

Apagó el cigarro y percibió el olor a tabaco que impregnaba todo su cuerpo. A lo mejor tendría que ducharse de nuevo. Pero ya no tenía tiempo. Se lavó los dientes por tercera vez. Tomó una revista de su escritorio y comenzó a lanzarse aire, para tratar de espantar el olor a humo.

De la cama tomó las medias ligas negras que le había sugerido Camila. Pensó que era excesivo, a lo

mejor Diego podría creer que ella estaba acostumbrada a estas salidas. “Al diablo, después de mi depilación puede pensar cualquier cosa, no tengo vuelta atrás”. Se las colocó con su vestido y alcanzó unas botas negras altas de su armario. Agarró su cartera y salió de su habitación.

En el pasillo se cruzó con su hermana.

—Pero, ¿quién eres tú?

—¿Tan mal estoy? —Amanda saltó poniéndose las botas.

—Estas sexy. ¿A dónde vas?

—Voy a salir con Diego, me está esperando.

—¿Vas a terminar lo del otro día?, mira que aún estoy en impactada por lo que presencié.

—Sí, me di cuenta de cómo lo mirabas, no creo que a tu ratoncito le guste mucho eso.

—De verdad lo siento, no quise ver sus super músculos y ese tatuaje tan sensual que tiene.

—Ni yo le he mirado el tatuaje. —Amanda analizó que no sabía que Diego llevaba uno, no lo había observado el día que habían tenido su encuentro en la cocina. Sonrió, poseer uno le daba puntos extra.

—Que tengas suerte. —Josefa le dio un golpe en su hombro.

—Espero, mira que después de todo lo que le he hecho confío en no matarlo esta vez.

Josefa sonrió.

Al salir, la imagen que vio fue de película. Diego se encontraba apoyado en su vehículo negro. Sintió escalofríos. Lo había recordado toda la semana, pero sus recuerdos solo fueron un pequeño destello de su cita. Vestido con unos *jeans* desgastados y una camisa blanca holgada, estaba más guapísimo que en sus visiones.

Observó que sonrió y se escarbó su cabello de forma descuidada. Pensó que eso debería patentarlo, le daba un aire sensual y tímido, podría ser la combinación perfecta.

Mientras se acercaba a su encuentro percibió una leve aflicción en sus ojos. No le gustó verlo alicaído, a lo mejor este podría ser el momento para saber qué lo hacía estar tan serio a veces.

—Estás despampanante.

—Gracias, al parecer me extrañaste, que volviste antes. —Amanda sonrió, quería que se relajara.

—Bueno, podríamos decir que eso también —Diego esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Estas bien? Te noto desanimado.

—Algunos problemas, pero estoy bien.

—¿Te puedo ayudar?

—Claro, sal conmigo. —Diego le tendió la mano.

Amanda sonrió y se la tomó, al contacto se sintió confiada y segura. Ese era un sentimiento nuevo para ella.

En el interior del auto Amanda se sintió un tanto desorientada, ella se había arreglado para un encuentro sexual y Diego se encontraba como en otro planeta. No es que esto le molestara, pero pensaba en haber andado más cómoda para poder conversar con él. Al parecer lo necesitaba con urgencia.

Diego maldecía en su cabeza mientras conducía. Amanda estaba sumamente sexy y él con una jaqueca que lo destruía, al final las preocupaciones del día lo habían alcanzado. Había elegido mal momento para invitarla, pero la verdad era que quería estar con ella. Tendría que animarse de alguna manera.

Se estacionó afuera de su edificio y apagó el motor.

—¿Dónde estamos? —Amanda observó el lugar.

—En mi departamento, espero no te incomode que hayamos venido para acá y no pienses mal. Solo te quiero mostrar algo.

—Tranquilo, no me incomoda. —Amanda sonrió.

Diego la tomó de su mano y la guió por el ascensor hasta la última planta. Se sorprendió de lo cálido de su contacto y la calma que le infundió. Que, de verdad, necesitaba.

Amanda, al ingresar al departamento, se alucinó con el lugar. Lo primero en apreciar fue el gran espacio sin ninguna división. Contaba con una iluminación que se distribuía en por los distintos lugares. Camino a través del piso con listones de madera y observó el reflejo de la luz. Apreció el buen gusto de los muebles en color caoba.

—¿Tú lo reconstruiste?

—Sí, ¿te gusta?

—¿Es broma? Me encanta, es fantástico lo que hiciste con la luz. —Amanda lo observó y vio un destello de malestar en su rostro—. ¿Te duele la cabeza?

—No, tranquila, no pasa nada.

—Creo que una de las cosas que tenemos que dejar claras es que, si queremos ser amigos o lo que sea, debemos ser sinceros. —Amanda puso sus brazos en jarra—. Te lo pregunto otra vez ¿Te duele la cabeza?

—Sí, un poco.

—Mucho mejor, recuéstate en el sillón. ¿Tienes algún analgésico?

—Creo que en la cocina, voy por ellos.

—No, te dije que te sentaras —Amanda alzó la voz.

—Ya, tranquila, me siento.

Amanda caminó hasta la cocina americana y en uno de los cajones encontró la medicina. Sirvió un vaso con agua. Al regresar con un tono de mando le pidió que se los tomara.

Diego que no estaba acostumbrado a que cuidasen de él, se sintió un tanto inquieto, le costaba trabajo relajarse.

—¿Te importa si me las quito? —Amanda le indicó sus botas.

—No, para nada. —Diego la recorrió con la mirada. Desde que la había visto aparecer por la puerta había pensado en sacarle la ropa, pero su malestar difícilmente lo ayudaría a causarle a ella una buena impresión. Lo que había preparado se había esfumado.



Observó que Amanda se dirigía a la pared y apagaba la mayoría de las luces, dejando el lugar en penumbra. Se sentó en la cabecera del sillón y en un gesto delicado acarició su cabeza.

—¿Qué haces?

—Relájate, cierra los ojos; esto me lo enseñó mi hermana, hará que se te pase el dolor. —Amanda colocó las manos sobre sus párpados cerrándolos.

Diego percibió la suavidad de sus manos y su aroma a Channel lo envolvió. Comenzó a ejercer un poco de presión sobre sus sienes en movimientos circulares y luego en su nuca. Después continuó sobre su cuello y hombros. Cuando quiso incorporarse Amanda lo hizo callar y lo obligó a que se quedara quieto. Terminó por dejarse llevar y aceptar el masaje. Después de cinco minutos sintió como la tensión comenzaba a desaparecer y se fundió en una tranquilidad pocas veces conocida.

Al abrir sus ojos de golpe, se percató de que se había quedado dormido, se incorporó y percibió sobre su cuerpo una manta. La luz permanecía tenue y se asustó al no ver a Amanda a su lado. Recorrió rápidamente el lugar con la mirada.

—Estoy acá —desde la cocina le habló.

—Disculpa por quedarme dormido. —Diego se incorporó aún aturdido, era primera vez que se dormía en los brazos de una mujer—. Debes estar molesta, debo ser la cita más aburrida que has tenido.

—En primer lugar, la idea era que te durmieras, así te podías relajar. ¿Te sientes mejor?

—Sí, la verdad es que ya no me duele la cabeza, gracias. —Diego escarbó su pelo de forma nerviosa. Observó que Amanda había organizado lo que él había pedido del restaurante y lo tenía servido, sonrió—. ¿Y lo segundo qué sería?

—Lo segundo es que no eres aburrido y me encantó la elección de la comida, espero que no te moleste que haya probado todos los platos. —Amanda sonrió con el tenedor en la mano.

Diego no lo podía creer, era increíble, ya no quería comer, solo quería acercarse y por fin besarla.

Una vez que terminaron de comer Amanda recogió los platos, Diego se incorporó al instante detrás de ella.

—Gracias por todo —Diego le habló desde su espalda.

—Tranquilo, podríamos decir que ya estamos a mano después de todas mis agresiones hacia ti. —Amanda sonrió. Ya no lo pudo negar: Diego le gustaba y después de hacer que se durmiera y acariciarlo sobre su regazo, sentía que aquel era el lugar al que pertenecía.

—Ya que estoy mejor, podríamos continuar con lo que te quería mostrar.

—Claro, me encantaría. —Amanda se sentía ansiosa por descubrir que había preparado. Aunque la cena y el haber estado cerca de él para ella ya era suficiente.

Diego le tendió la mano y la dirigió al final del salón hacia una pequeña escalera. Al llegar al segundo nivel, contempló que en aquel espacio la luz era tenue. En el centro observó una cama vestida de blanco. Dos de las paredes eran de cristal, dejaban ver las luces de la noche de la ciudad. Se acercó y miró a través del vidrio la ribera del río Mapocho. La ciudad la saludaba con sus luces, pero sus sonidos no la alcanzaron.

—Lo más interesante está a tu izquierda — Diego le susurró cerca de su oído.

Amanda se giró y a través de la ventana se hizo presente un reflejo amarillo que iluminaba de manera sutil la habitación.

—Luna llena —salió en un suspiro de sus labios. Amanda se cautivó. Era el momento exacto para poder admirarla.

—Esta noche la vi y pensé que te podría gustar.

—Me encanta, creo fue una estupenda idea —Amanda se giró y lo observó—. Gracias.

Recorrió el lugar y la mesa de dibujo a su lado llamó su atención. Examinó algunos bosquejos de construcciones de exquisitas líneas.

—Tu trabajo es estupendo, a mi papá le encantaría. En el sur él se dedica a la construcción de casas y cabañas y el material principal que ocupa es la madera. —Deslizó con delicadeza sus dedos sobre las líneas esbozadas sobre el papel.

—Creo que a mi papá también le hubiera gustado —Diego habló en un tono melancólico.

—¿No lo ves?

—Falleció hace seis años, un ataque al corazón. —Diego se paró frente a la ventana contemplando la luna—. Alcanzó a ver algunos de mis trabajos, debo decir que fue mi mayor admirador. Lamentablemente cuando me fui a Estados Unidos a realizar un *magister*, al mes, recibí el llamado de que había muerto. Tuve que dejar mis estudios y volver. Me tuve que hacer cargo de mi familia. Y, la verdad, no ha sido fácil.

—Siento lo de tu padre y estoy segura que estaría orgulloso de ti. —Amanda le agradó que Diego se abriera con ella con un tema tan sensible para él pero por otra parte, se sintió acongojada al ver la tristeza en sus ojos. Ahora entendía porque de su postura seria y estructurada, había tenido que hacerse adulto de una manera muy repentina.

—Sí, creo que estaría totalmente orgulloso si pudiera controlar a mi hermana —continuó Diego.

—¿Por qué? ¿Qué pasa con ella?

—Creo que eso es para un encuentro más largo y no quiero arruinar la velada por segunda vez. —Diego caminó hacia la mesa de noche y tomó una pequeña caja—. Esto es para ti. Espero que te guste.

—¿Supongo que no es una declaración?

—Ya veremos, ábrelo. —Diego la observó en silencio.

Amanda sonrió y recibió la caja de raso azul. Al abrirla observó un brazaletes en su interior. La joya era delgada y de uno de sus costados caía una mariposa que brillaba.

—Diego, esto es demasiado, no sé si lo puedo aceptar.

—¿No te gustó?

—¿Es broma? Es hermoso, claro que me gustó.

—Bueno —Diego tomó la pulsera y se la colocó—, entonces además de tu colgante, tendrás otra mariposa que te acompañe, para que sigas recibiendo buenas noticias.

Amanda permaneció inmóvil en su lugar, consideró la situación y reconoció que se ubicaba en el número uno de los momentos de romanticismo que había vivido. Jamás había recibido un detalle como ese. Contempló su muñeca y luego a Diego. Estuvo segura de que sus excelentes noticias ya habían llegado. Eran él.

Se acercó y acarició su cabello. Bajó su mano hasta su mejilla y la sensación que percibió seguía siendo la misma del momento en que lo había acunado en su pecho. Sus sentimientos comenzaron a brotar y esta vez no los quiso envolver.

Se observaron unos segundos, escuchando su respiración. Solo los alumbraba una pequeña lámpara de mesa y la luz brillante de la luna, que a medida que avanzaba la noche comenzaba a ser la protagonista de la escena.

Amanda sentía cómo sus pulsaciones se comenzaban a acelerar, pero esta vez, además de pasión reprimida, había algo más que la arrollaba, algo que percibió como una presión en el fondo de su pecho. No supo identificar la sensación, solo quería perderse en los brazos de Diego.

Resuelta a liberar a su mujer interior, ya no se cuestionó más que Diego pensara que era muy audaz. Iba a realizar lo que deseaba. Se giró y levantó su cabello con una de sus manos.

—¿Me ayudas? —le indicó a Diego el cierre de su vestido.

Diego, al notar las intenciones de Amanda sonrió, pero de forma nerviosa. A cada momento lo sorprendía, no seguía ninguna pauta, al parecer solo realizaba lo que le nacía en el momento y en ese momento lo quería a él.

Suspiró y la recorrió con la vista. Desde que había aparecido por la puerta se había imaginado quitándole el vestido. Pero después de su malestar de cabeza. Había pensado que no llegarían a esa instancia.

Un carraspeo lo llevó de regreso a la habitación, Amanda continuaba de espalda con su pelo levantado. Se apresuró a bajar la cremallera del vestido, deslizando lentamente el cierre.

Su espalda se fue descubriendo, apareciendo su blanca piel y sobre su cadera la imagen que mantenía grabada en su memoria. Solo con esto, ya sintió cómo su temperatura se comenzaba a elevar.

Observó cómo Amanda deslizaba las mangas de sus hombros y el momento se le antojó totalmente sensual. Se acercó y hundió su nariz sobre su cabello. Perdiéndose en su fragancia a Channel.

Amanda soltó su pelo, que cayó como cascada sobre sus hombros. Se giró clavando sus ojos en la mirada de Diego. Exhaló y con las dos manos tomó su vestido y lo deslizó hasta el suelo, agachándose en forma coqueta para quitarlo de sus pies.

—Espero que también te guste, me preparé para ti. —Amanda puso sus manos sobre sus caderas. Solo vestida con su conjunto de encaje negro y sus ligas.

Observó que Diego enterraba las manos sobre su cabello y sonrió. Con su expresión, entendió que había logrado el efecto deseado y se sentía totalmente sexy.

Se acercó y colocó sus manos sobre el firme abdomen de Diego. Las elevó y comenzó a desabrochar los botones de su camisa; tomándose el tiempo necesario en cada uno, su torso se fue descubriendo lentamente. Sonrió al notar que Diego estaba inmóvil en su lugar.

Dejó caer la camisa y se acercó para observar su tatuaje. Posó su mano sobre su brazo izquierdo y bajo palpando, los hilos de tinta que se tejían en su piel. Percibió la exhalación de Diego sobre su cuello, haciendo que su vello se erizará.

—¿Qué significa? —Amanda presionó con las yemas de sus dedos. Las líneas en negro que cubrían gran parte de su antebrazo y hombro.

—Es un tribal, simboliza la fuerza. —Diego esgrimió una nueva exhalación al percibir como Amanda comenzaba a besar el dibujo de su brazo. A las mujeres que lo habían visto antes nunca les mencionó lo que representaba, esta vez se estaba desnudando completamente—. Me lo hice después de la muerte de mi padre.

Notó que Amanda se detuvo ante su revelación, posó sus intensos ojos en los de él y con su palma acarició su mejilla. Percibió cómo su interior se convulsionaba y asomó una leve lágrima. Maldijo.

No era el momento para ponerse nostálgico.

—Definitivamente esta noche estoy hecho un desastre. —Diego se alejó y se acercó a la ventana nuevamente. Sintió un torbellino de emociones en su interior, una parte de sí que trataba de mantener oculta, pero que por alguna razón que aún no entendía quería aparecer justo frente a Amanda.

—Diego, tranquilo, todos cargamos con experiencias tristes, a lo mejor es tiempo de que las dejes salir. —Amanda se paró a su lado.

—Si lo sé, creo que a veces es difícil. No quiero seguir arruinando tu noche, tal vez prefieras marcharte...

—¿Es broma? No tuve una hora de tortura en mi vagina para no lucirla.

—¿Qué? —Diego abrió sus ojos y luego soltó una carcajada.

—Al menos te reíste, eso ya es un paso. —A Amanda le partía el corazón verlo tan abatido. No se le ocurrió nada más para hacerlo sonreír—. Ya para de reírte, no fue divertido y gracias a mi amiga, ahora tengo un *look* bastante moderno.

Diego continuó riendo. Se tuvo que sentar en su cama, en su vida había escuchado algo así. Una vez que pudo contener su risa, se incorporó, se acercó a Amanda a paso decidido y la besó.

—Gracias —susurró sobre su cabello—. Eres fantástica.

—Creo que esta vez estamos en un principio bastante avanzado. —Amanda se acurrucó en sus brazos—. Bueno, si aún me quieres dejar ir, está bien. Podremos solucionar las cosas pendientes en otro momento.

—No, creo que no puedo dejar que te vayas nunca más. —Diego abrió sus ojos ante su revelación. No supo en qué momento se formaron esas palabras que se escabulleron sin avisar—. Quiero decir...

—Diego, también me gustas —susurró Amanda. Después de escuchar las declaraciones de Diego, no pudo más contener su instinto y se acercó. Esta vez tomó su cara con arrebató, besándolo como nunca había besado en su vida.

Un calor sofocante recorrió su cuerpo. Diego, en un sutil movimiento, la levantó tomándola en brazos y la llevó hacia la cama. La comenzó a recorrer con sus abrazadores besos, repasando cada lugar de su piel.

Amanda mordió su labio, el ferrocarril en su interior había iniciado su marcha y esta vez no lo iba a detener.

## Capítulo 18

Diego se quitó sus pantalones, su erección ya se había hecho presente y ya nada podía detener las ansias que sentía por Amanda. Anheló descubrir a la mujer que observaba como pocas veces había deseado a alguien.

La contempló tendida sobre su cama, en su ropa de encaje negro y era la imagen más hermosa y sensual que había apreciado hasta entonces. Estaba seguro que se quería entregar por completo y satisfacerla en cada espacio de su cuerpo.

Sus defensas habían caído y estaba decidido a dar tanto como pudiera soportar. El temor lo invadió, pero era todo lo que necesitaba en ese momento.

La emoción lo embargó al darse cuenta de que había encontrado lo que todo el mundo buscaba y no iba a renunciar a ello. Hacerle el amor en ese instante era todo lo que quería.

Se recostó sobre ella y con su mano retiró el sostén de encaje. Con su pulgar dibujo la curva de sus senos. Sintió como Amanda se retorció y se entregó al placer que esto le brindó.

Con su lengua, trazó el camino por su vientre hasta llegar al borde del encaje de su tanga, bajó un poco más y contempló la piel delicada. Sonrió al recordar el comentario del *look*. Pero la sensación que lo golpeó al lamer su suavidad estuvo lejos de cualquier expectativa que hubiera creado en su mente. Su entrepierna le lanzó un espasmo de dolor.

Amanda percibió su humedad y abrió sus piernas de manera deliberada, empujó sus muslos hacia arriba para encontrarse con la excitación de Diego. Su espalda se arqueó y gimió ante el contacto ardiente.

Estaba vez no necesitó de un descubrimiento previo, ya no quería esperar más. Lo quería ahí, en ese momento. Encontró con su mano el broche de su sostén y lo retiró. El calor que la consumía hacía que su aliento desapareciera, solo podía dejar escapar pequeñas exhalaciones.

Al parecer Diego entendió el mensaje y le quitó su tanga, dejando al desnudo todo su cuerpo y la atención puesta sobre su rasurada vagina.

Rememoró los orgasmos que había sentido en su vida, no habían sido muchos. Algunos con su novio de adolescencia, pero de ahí sus encuentros furtivos con hombres habían ido en decadencia. Su último amigo con ventaja había sido un estudiante de intercambio, lamentablemente no alcanzó a descifrar cómo se decía en francés que no llegaba al clímax.

La fogosidad que sintió era como un instinto depredador, que la golpeaba con la convicción que solo con los besos de Diego su sexo explotaría sin poder reprimirlo.

Sus muslos comenzaron a temblar al sentir las manos de Diego, que la recorrían y acariciaban con experiencia en su palpitante hendidura.

Diego sintió la necesidad imperiosa de fundir su cuerpo junto al de Amanda. Pero quería prolongar la visión de ella sobre sus sábanas. Su inconsciente le indicó que quería complacerla. Los movimientos que realizaba, junto a su mirada, le indicaron que ella lo quería y, por supuesto, él quiso otorgarle el placer que buscaba.

Caminó con sus manos en el interior de sus muslos, presionando con suavidad y fuerza cada espacio de su piel, hasta encontrarse con el inicio de su sexo.

Percibió la humedad cálida en sus bordes y con sus dedos frotó el interior de su vientre. Con insistencia lo recorrió trazando pequeños círculos.

Un profundo gemido le manifestó que era el lugar indicado. Volvió a hundir su pulgar, que se introdujo de a poco en su interior.

Amanda, al percibir la sensación de la mano de Diego dentro de su vagina, se sintió envuelta por un temblor irrefrenable que la continuó inundando a cada despliegue de movimientos rítmicos y acertados sobre su clítoris.

Atrapó las sábanas entre sus manos y las presionó, tratando de refrenar el calor que la amenazaba. Escuchó un grito de satisfacción, que surgió de lo profundo de su garganta y su cuerpo explotó.

Diego la contempló mientras abraza el placer, percibió su propia satisfacción del gozo entregado. Para él era solo el inicio de la noche. Su intención fue continuar entregándole deleite, pero como ya lo había hecho antes, Amanda continuó siendo una sorpresa. Se incorporó y lo empujó para que ahora él se recostara.

Advirtió sus intenciones en el fuego que emanaba de sus ojos. Alzó su brazo hasta la mesa de noche y extrajo un preservativo, le sacó el envoltorio y se lo colocó.

Observó que Amanda alzó su cabello afirmándolo en una cola, despejando su rostro.

La imagen que presenció en la intensidad y fuego de sus ojos lograron que su erección palpitará, indicándole que no se podría controlar más.

Contempló su desnudez. Sus senos caían libres pero firmes, su silueta lo cautivó y la luz tenue de la habitación lo invitaba a retratarla.

Amanda se encaramó sobre él, lista para recibirlo. Palpó en la entrada de su sexo la imponente rigidez. Presionó contra sus bordes notando la excitación y la humedad que la volvieron a alcanzar, exigiéndole que cubriera el espacio profundo y vacío de su interior.

Presionó un poco más y la penetración de Diego comenzó a acariciarla. Gimió al contacto, pero su cuerpo quería más. El ardor incandescente la invadió, balanceó sus caderas en un movimiento certero, colmando todo su interior con la exquisita rigidez.

Él empezó a hundirse lentamente, buscando más profundidad. Su balanceo hacia delante y hacia atrás logró hacer que Diego exhalara un quejido de placer.

Al ver la expresión candente en su mirada, la instó a realizar ahora movimientos circulares, presionando con más ímpetu su cuerpo. Sus sensaciones se agudizaron con la fricción.

Diego la sujetó de las caderas, la excitación lo quemó. Sus cuerpos yacían calzados a la perfección. Sintió la tensión de los músculos de Amanda sobre su erección y lo desbordó un placer torturador, que lo alcanzó y lo estrelló, liberando al fin toda la tensión sexual reprimida que sentía desde hace mucho.

Amanda levantó su cabeza y un temblor la consumió azotando cada parte de su interior. Sus gemidos se hicieron constantes hasta que estalló por segunda vez.

## Capítulo 19

Amanda despertó, aún era de noche y sintió los brazos de Diego, que la mantenían atrapada en un delicado abrazo. Se giró y lo observo, él dormía. La luna había avanzado junto con la noche y ahora estaba por esconderse detrás de la muralla. Se levantó con cautela.

En el suelo había una sábana que se había escapado de la cama; entonces recordó lo que había hecho durante las últimas horas, sonrió y se sonrojó. La recogió y se tapó con ella afirmándola por encima de su busto, su pelo cayó suelto por sus hombros y su espalda reflejó las caricias que se habían posado en ella.

Caminó hacia la ventana para observar el hermoso fulgor amarillo que estaba por ocultarse y que los había estado espiando en silencio. En su interior, su alma se retorció de felicidad. No supo si eran las endorfinas producidas por tanto sexo o el hombre que se las había producido.

—No te muevas. —la voz de Diego la trajo a la realidad.

—¿Qué haces?

Observó que Diego se levantaba y de su escritorio tomó un bloc con un lapicero.

—No te muevas —Diego susurró, sentándose en la cama — . Por favor, date la vuelta como estabas.

—No entiendo.

—Mirando la luna.

Amanda asintió y se giró.

—¿Puedes bajar un poco la sábana de tu espalda?

—No conocía esta faceta tuya de retratar mujeres desnudas. —Amanda sonrió. Deslizó un poco la sábana hasta la parte baja de su espalda. Fue la primera vez que la retrataban y se sintió sumamente sexy.

—Eres la primera que me inspira a hacerlo. —Diego comenzó a dibujarla, tratando de atrapar el momento. Trazó su figura captando la tenue luz de la luna que se reflejaba en su rostro—. Aún no me cuentas lo del tatuaje en tu espalda y creo que ahora me lo debes.

Amanda exhaló, observando hacia el exterior, era su turno de desnudarse.

—Es un signo de transformación, la mariposa es un ser que mediante un duro esfuerzo atraviesa una larga y lenta metamorfosis, para convertirse de oruga a mariposa. Para mí es un símbolo de evolución.

—¿Quieres evolucionar? —Diego levantó la vista y la observó.

—Creo que me quiero transformar. Quiero algún día volar libre y majestuosa como una mariposa.

—Ya eres hermosa. —Diego no comprendió su introspección, para él era espléndida.

—Creo que aún estoy en mi guarida.

—No me imaginó cómo vas hacer cuando salgas entonces, creo que eres perfecta.

Amanda se giró y lo contempló. La verdad que para ella ese era el momento de mayor majestuosidad que había vivido.

—Aún no termino, no te gires.

—Disculpa —Amanda sonrió.

El ruido de un móvil en la planta baja, los despertó del encantamiento en el que se encontraban. No querían finalizar la escena en la que estaban atrapados, pero la insistencia del teléfono logró que Diego bajara a tomar la llamada.

Amanda continuó mirando por la ventana, perdida en la felicidad del momento. Los pasos apresurados de Diego subiendo la escalera la hicieron girar y se alertó al ver su cara de preocupación.

—¿Estas bien?

—Mi hermana tuvo un accidente, me tengo que ir —dijo Diego en un tono exaltado.

—¿Esta herida?

—Por suerte no, esta arrestada en una comisaría —Diego comenzó a recoger su ropa de manera apresurada.

—Te acompaño. —Amanda se despojó de la seguridad de la sábana y comenzó a vestirse.

Diego bajó corriendo las escaleras, Amanda lo siguió, pero antes se detuvo en el bloc que se encontraba encima de la cama.

Lo tomó y se fascinó con la imagen dibujada. Los trazos eran impecables y dejaban ver la intensidad del instante vivido. Se estremeció y sin poder evitarlo, sacó la hoja y la metió en su cartera.

Llegaron en quince minutos a la comisaría en donde se encontraba la hermana de Diego. Mientras él consultaba en el mesón, Amanda se mantenía rezagada atrás pensando en cómo podía ayudarlo. Tal vez podría llamar a Camila, ella era abogada, bueno, primero tendría que saber la razón de su detención.

—Dicen que el teniente a cargo vendrá a informar. —Diego la guió hacia unos asientos que se encontraban en el lugar.

—¿Necesitas que contacte a alguien?

—No, por ahora no le voy a informar a mi madre, ya en la tarde tuvo una subida de presión. No entiendo cómo mierda mi hermana sigue actuando de esta forma.

—Tranquilo, debe haber una explicación. —Amanda apoyó la mano en su hombro. Con esta nueva información comprendió la persistente angustia que advertía en él, al parecer su hermana sí era un problema y grande.

Un carabinero se asomó en el pasillo y los llamó haciéndolos entrar a una oficina. Diego la tomó de la mano en busca de apoyo y la arrastró hasta el despacho.

—Tomen asiento — indicó el teniente a cargo en el interior del lugar — . ¿Usted es el hermano de Daniela Echeverría?

—Sí, soy Diego Echeverría.

Amanda después de escuchar el nombre, sintió como su cara se desencajaba y su respiración la abandonaba. No, tenía que hacer un alcance de nombre, no podía ser la misma Daniela que ella conocía.



—Bueno, la señorita Daniela Echeverría chocó contra un muro mientras conducía su convertible rojo, bajo los efectos del alcohol. Gracias al sistema de seguridad del auto, salió ilesa. Está de más decir que podría haber causado un accidente mucho más grave y haber atentado contra su vida y las de otras personas. Se procederá a llevarla a un centro asistencial para realizar el control de la alcoholemia y quedará detenida hasta mañana, para la formulación de cargos.

En ese punto la mente de Amanda se desconectó. “Es la misma y Diego es su hermano”; su cabeza giró.

—Amanda, ¿estás bien? — Diego le agarró la mano — . Estas pálida, no debí haberte traído. Disculpa por hacerte pasar por esto.

—Diego, tranquilo, haz lo que tengas que hacer. —Amanda trató de volver en sí. Además, Diego estaba peor que ella, bajo los efectos de la conmoción, tenía que darle su apoyo en esta situación.

—¿Me das un minuto? Necesito llamar a mi abogado.

—Sí, claro —logró pronunciar. Al observar que se alejaba tomó su teléfono y envió un mensaje. Necesitaba salir de ahí en forma urgente.

Después de que Diego completara varios antecedentes en la comisaría, tuvo que discutir con su abogado por el teléfono. Por lo que Amanda alcanzó a escuchar, tendría que esperar hasta mañana, después de la formulación de cargos, para que liberaran a su hermana.

Amanda no lograba entender todo lo que ocurría. ¡Daniela de vuelta en su vida!, y lo peor de todo, es que al parecer estaba más loca que nunca. Aún no sabía la reacción que podría tener Diego al saber que habían sido amigas.

En realidad, aún ni siquiera había pensado en la reacción que tendría al saber que ahora era su posible cuñada, se rió casi de manera histérica.

Detrás de ellos se escucharon pasos acompañados de voces.

—Diego —gritó Daniela, escoltada por dos policías. Se tambaleaba hacia todos lados, en un claro estado de ebriedad—. ¿A dónde me llevan?

—Daniela, solo te llevan al hospital, te harán un examen de sangre —la expresión de Diego fue de ofuscación y preocupación al mismo tiempo.

Amanda se percató de que no la había visto y, de hecho, no era el momento más adecuado para que se reencontraran. Se giró para salir de su campo de visión.

—¿Amanda? —dijo Daniela, en su voz se vislumbró cierto desconcierto.

—Hola, Daniela —dijo Amanda buscando el tono más conciliador. Ya no se pudo escapar. En la cara de su examiga vio la misma expresión que si hubiera visto un fantasma.

—¿Viene contigo, Diego? —clavó su mirada en los ojos de su hermano, mientras los policías la siguieron conduciendo hasta un auto que la trasladaría a un centro asistencial.

—¿Se conocen? —Diego observó a su hermana y luego a Amanda con confusión.

—Fuimos amigas en la universidad —dijo Amanda, mientras en su cabeza maldecía. La situación se volvía a cada paso más extraña.

—¿Amigas? —gritó Daniela arrastrando las palabras. Los policías le indicaban que se subiera al auto —. ¿Después que me golpeaste y me quitaste a Martín y Tomás?

Diego contempló cómo se llevaban en el auto policial a su hermana. Estaba furioso. Había destruido su auto y había puesto su vida en riesgo de manera irresponsable. Tendría que quedarse a esperar al

abogado para ver cómo la sacaba de ese lío.

Además, sus últimas declaraciones sobre Amanda habían sido el golpe de gracia para terminar de derrumbarlo por completo.

—¿Golpeaste a mi hermana?

—Bueno, sí, pero fue no es tan fácil de explicar —Amanda comenzó a hablar.

—¿Y qué es eso de que le quitaste a sus novios?

Diego trató de controlarse. Pero percibió como su temperamento se iba a la mierda. No podía creer que la mujer que había pensado que era tan especial pudiera haber actuado de esa forma.

—No es así.

—¿Y cómo es entonces?

—Creo que no es el momento de explicar las cosas, es mejor que hablemos mañana.

—No, creo que el momento es ahora —Diego alzó la voz y escarbó su cabello, pero esta vez con sensación de molestia. No podía entender como se había equivocado tanto. Se había dejado envolver por sus sentimientos y al parecer Amanda no era la mujer que él creía.

—Primero, creo que te debes calmar, segundo, no me levantes la voz —Amanda se giró hacia él.

—Que no levante la voz —Diego comenzó a pasearse de un lado a otro. Hizo un esfuerzo por calmarse, sus pensamientos fueron en todas direcciones—. Me acabo de enterar de que eres una mujer totalmente diferente a lo que yo creía.

—¿Disculpa? ¿Y qué tipo de mujer soy ahora?

—No estoy seguro, sé que mi hermana no es la persona más lógica de este mundo, pero creo que nadie se merece que le hagan algo así.

—¿Es broma? Tu hermana tiene serios problemas, y no es la persona más cuerda para confiar en lo que dice.

—No hables así de mi hermana —Diego gritó. Ya había perdido su control—. Daniela podrá ser muchas cosas, pero mentirosa no es.

—¿Qué quiere decir eso? ¿La mentirosa soy yo? —Amanda lo miró furiosa.

—Creo que fue suficiente, no quiero continuar con esta discusión.

—¿Entonces no me vas a escuchar?

—Creo que ya escuché lo suficiente y siento que no te conozco, me equivoqué contigo.

—Tienes razón, creo que yo también me equivoqué contigo. —Amanda se giró y comenzó a caminar, pero antes de desaparecer gritó—. Eres un imbécil.

Diego la contempló mientras se alejaba. Su cabeza quiso explotar, no entendía cómo su noche había podido acabar así, su hermana detenida y Amanda siendo una desconocida para él.

Su teléfono sonó, al mirar la pantalla respiró, tendría que enfrentar a su madre. Buscó las palabras más acertadas para darle a conocer la condición de Daniela.

Un policía le hizo un gesto para que entrara nuevamente a la comisaría. Maldijo. Sus problemas iban en ascenso.

## Capítulo 20

Amanda viajaba en el auto junto a Camila, la había recogido cerca de la comisaría. Aunque Camila insistió en preguntarle qué le había ocurrido, Amanda no fue capaz de ordenar sus ideas. Su noche había empezado como una comedia romántica y al final se había convertido en un *thriller* de terror.

Al llegar al departamento de la zona oriente de la capital, Camila preparó cafés y se sentó frente a su amiga en la sala.

—Ya te di tiempo suficiente y me estás comenzando a asustar, ¿me puedes decir de una vez qué te ocurrió?

—Daniela es la hermana de Diego, eso es lo que me ocurrió —Amanda dijo con tono de irritación.

—¿Te refieres a la Daniela que conocemos? —Camila abrió sus ojos.

—Sí, esa Daniela.

—¡Cresta, ¿es broma?!

—No, Camila, no es broma —Amanda, se levantó y comenzó a caminar por el lugar.

—¿Estás segura?

—Claro que estoy segura, acompañé a Diego a la comisaría, sigue igual de lunática, chocó su auto ebria.

—¿Es en serio entonces?

—Sí, todo es una mierda —Amanda se desplomó sobre el sillón y agarró su cabeza.

—¿Y qué pasó con Diego?

—Después de la maravillosa noche que tuvimos, se comportó como un imbécil, no me dejó explicar nada.

—Cuando dices maravillosa noche, ¿quieres decir que concretaste?

—Sí, tres veces —Amanda volvió a agarrar su cabeza.

—¿Es broma? ¿Tres?, mi intuición no me falló, te dije que le tenía fe.

—Camila, enfócate —gritó Amanda.

Camila se paró y fue hasta el bar; tomó una botella y se la cambió por el café a Amanda.

—Creo que lo necesitas y yo también —dijo destapando la botella.

—¿Me estas fastidiando? Esperaba que me trajeras agua con azúcar. —Amanda rodó los ojos poniéndolos en blanco—. Además, son las nueve de la mañana.

—¿A quién mierda le importa?, creo que es mucha información para digerirla lúcida, bebe.

—Camila trajo unas copas de la cocina —. Y ahora me explicas con detalles todo lo que pasó.

Después de una botella de espumante, Amanda había terminado de narrar los hechos ocurridos esa noche y las dos contemplaban en silencio el dibujo que había realizado Diego en su dormitorio.

—Amanda, te ves hermosa, estoy conmovida y te juro que en mi vida pocas cosas me impactan.

—No entiendo, por qué tengo tan mala suerte. Iba todo genial, pensé que al fin era mi momento y todo se vino abajo.

—Te apoyo en ese punto y cuando conozca a alguien le pediré hasta el papel de antecedentes.

—Sí, hay que hacer una especie de entrevista. ¿Tienes una hermana que me haya jodido la vida? Si la respuesta es afirmativa, *next*.

—O mejor, ¿usted se comporta como un imbécil cuando tiene problemas? *Next*.—Camila rió fuertemente —. ¿Y ahora qué piensas hacer con Diego?

—Que se vaya a la mierda, no me interesa, que se quede con su inestable hermana, son cortados por la misma tijera.

—A lo mejor tienes que hablar con él.

—No me quiso escuchar y no le voy a rogar. —Amanda exhaló, ya de la rabia comenzó a pasar a la pena. Sintió presión en el pecho y las lágrimas comenzaron a rodar.

—Amanda, no llores, las cosas se pueden solucionar. —Camila se acercó y la abrazó.

—Es que ya es mucho, en menos de veinticuatro horas he pasado por todos los estados emocionales, creo que deberían incluirme en los récord Guinness.

—Ya, tranquila, respira. —Camila se paró y trajo otra botella.

—¿Es broma? ¿Dónde quedó tu filosofía de enfrentar los problemas y no borrarlos?

—¿Es broma? No es para ti, es para mí, te juro que ya colapsé con tanta información.

—Creo que en mi vida estoy destinada a una sola noche —susurró Amanda después de su segunda botella de espumante acostada sobre la alfombra—. Una noche con un hombre y yo, la estúpida, me enamoró.

—¿Estás enamorada de Diego? —Camila se incorporó sobre su codo.

—¿Eso dije? —sus palabras se atropellaron al salir. El alcohol recorrió su organismo—. Creo que escuchaste mal, dije estropear.

—Amanda, siempre tan exagerada, estuviste solo una noche con él, ¿Cómo te vas a enamorar?

—Camila, ¿eres mi amiga o no?

—Pues claro que soy tu amiga.

—Entonces no me convanzas de que estoy enamorada.

—Amanda, yo no dije eso, creo que estás ebria.

—Ah, por cierto, le devolveré su regalo por el culo. —Amanda levantó su brazo moviendo el brazalete.

—¿Me estas fastidiando? ¿Te regaló eso? —Camila tomó la muñeca de Amanda contemplando la joya—. Esto tiene dos explicaciones, una es que está interesado en ti y la otra, que te quería meter en su cama.

—¿A quién quieren meter en una cama? —la voz de Martín se escuchó desde la puerta de entrada.

—A Amanda —gritó Camila.

—Qué suerte, Amanda —Martín se mofó, desde el pasillo—. ¿Por eso están tan borrachas el mediodía del domingo?

—Creo que querrás un trago después que te cuente a quién vi anoche —mencionó Amanda.

—Creo que después, ahora voy a dormir —Martín caminó por el pasillo.

—Bueno, después te cuento cómo vi a Daniela Echeverría —Amanda gritó.

—Daniela siempre está igual. —Martín entró a su pieza y cerró la puerta.

—¿Cuánto crees que se demorará en volver? —Amanda se sentó perdiendo el equilibrio.

—Cinco segundos —Camila se levantó y fue por otra botella.

—No es que me interese, ¿pero ahora qué paso? —Martín abrió la puerta y se paró en el pasillo.

—Veo que te afecta tanto como a mí. —Amanda se volvió acostar sobre la alfombra.

—Yo pensé que esa era una historia antigua. —Martín se recostó a su lado.

—No, es historia nueva y regresó recargada: versión 2.0 —mencionó Camila con una nueva botella en la mano—. Por cierto, Martín, nunca has contado bien que pasó entre ustedes y, por sus declaraciones de la mañana, ella piensa que Amanda se involucró entre ustedes.

—¿Te dijo eso? —Martín abrió los ojos.

—Bienvenido a mi mundo, tampoco entiendo nada. —Amanda cerró sus ojos, a cada rato todo se veía más difuso, no supo si era el licor o las respuestas que no encontró—. Yo pensé que Diego era mi café.

—¿Café? —Camila la observó.

—Sí, café, rico, calentito, con cuerpo y que te mantienen despierta toda la noche.

—¿Quién es Diego? —dijo Martín.

—Martín, enchúfate, por favor, es el hermano de Daniela.

—¿El gruñón? ¿Estabas saliendo con él? —Miró a Amanda.

—No es gruñón, tiene bastantes problemas con su hermana, la loca, tiene que hacerse cargo de todo.

—Amanda se incorporó. Tuvo que afirmarse con su mano para no caerse, todo comenzó a girar.

—Qué cagada —soltó Martín—. Pero tranquila, no lo estoy atacando. No sabía que te interesara tanto.

Amanda se recostó nuevamente respirando. No quiso pensar más, solo quiso volver horas atrás al departamento de Diego, frente a su ventana, observando la luna, envuelta en sus sábanas. Era el mejor recuerdo que guardaba en su interior y quiso retenerlo en el tiempo.

El dolor en su pecho se hizo intenso y la pena la embargó ante las imágenes que vislumbró. Las lágrimas comenzaron nuevamente a rodar, sin poder atraparlas. Escuchó cada vez más lejos la conversación de sus amigos. La angustia que percibió junto al licor se revolvió en su interior. Se incorporó de golpe y corrió al baño. Sobre el excusado devolvió todo lo que había consumido.

Luego que terminó de expulsar el contenido de su estómago, se recostó sobre la baldosa fría del baño. Esperaba que, junto al líquido vaciado, se hubieran ido los sentimientos que de forma fulminante habían nacido por Diego.

# Capítulo 21

—Esta vez te salvaste —dijo Diego por el espejo retrovisor, al mirar a su hermana en el asiento de atrás.

—Cállate, me duele la cabeza.

—No voy a callarme, ¿te diste cuenta de lo irresponsable que fuiste?

—Te juro que no estoy para escucharte, vengo saliendo de estar toda la noche en una celda, ¿te parece poco?

—Deberías estar agradecida de que fue solo una noche, ya que el hecho no pasó a mayores, podrías haber quedado encarcelada por mucho más, si hubieras herido a alguien.

—Gracias por preocuparte por las demás personas y no por mí.

—¿Que no me preocupo por ti?; también pasé toda la noche en la comisaría y hablando con medio mundo para poder sacarte. —Diego detuvo el auto a una cuadra de la casa de su madre.

—¿Por qué te detienes acá?

—Daniela, mi madre sabe que tuviste un accidente, pero que lo causó otro chófer, no sabe de tu detención, y menos que estabas ebria manejando. Después de lo ocurrido ayer, para su salud no es adecuado que pase otro mal rato.

—¿Se supone que te tengo que agradecer?

—¿Me puedes decir qué mierda te pasa? Pareces una niña, ¿no te das cuenta todo lo que ocurrió? Te podrías haber matado. —Diego exhaló—. En la tarde te vendré a buscar, tenemos hora con la doctora Miller. Esto ya se acabó. Tendrás que entrar a una terapia en un centro de rehabilitación.

—¿Qué? Bajo ninguna circunstancia iré a uno de esos lugares, es para gente alcohólica.

—Daniela, necesitas ayuda.

—No, lo único que quieres es que te deje de tranquilo, por eso me vas a encerrar ahí, para ti soy una molestia y siempre lo he sido. Todo el tiempo con tu cara de ogro haciéndome notar que te embarré tu excelente vida con mis preocupaciones —Daniela gritó con lágrimas en los ojos—. Vete al diablo, Diego. —Se bajó del auto dando un portazo.

Diego, después de pasar a su casa a ducharse y cambiarse, se dirigió a la oficina y pasó más de diez minutos parado al frente de la ventana en su despacho. Tenía una reunión con uno de sus clientes más importantes y aún no se podía concentrarse en el proyecto que debía presentar.

Abrió el escritorio y los colores de un insecto lo detuvieron, cerró el cajón de golpe. En este momento lo que menos quería era recordar a Amanda, después de todo lo ocurrido la noche anterior.

Caminó hacia el pasillo por su tercer café; llevaba más de treinta horas sin dormir.

—¿Cómo estás? —Marcó le habló desde el otro lado del pasillo.

—Prefiero no contestar. —Diego dio un sorbo a su taza—. Gracias al abogado, mi hermana quedó en

libertad, eso sí, le suspendieron la licencia de conducir y tengo que esperar la factura del muro que destrozó.

—¿Qué vas hacer con ella?

—Lo único que me queda, internarla; si algo le llega pasar, no lo podría soportar.

—Ya, hermano, tranquilo, por qué no vas a tu casa a descansar, estás hecho una mierda, yo me encargó de la reunión.

—Gracias, pero prefiero quedarme, necesito distraerme —Diego volvió a su escritorio.

A los segundos, los gritos provenientes del pasillo lo sacaron de su café y sus pensamientos.

—¿Dónde está el imbécil? —una voz femenina gritó.

—Creo que debes ser más precisa, aquí hay muchos —escuchó que respondía Marco.

Los gritos y pasos se acercaron.

—El imbécil Echeverría —volvió a gritar la mujer.

—Ah, ese imbécil, claro, segunda puerta a la derecha —respondió Marco.

Diego maldijo al escuchar la respuesta de su socio; alcanzó a dejar su café sobre el escritorio cuando la puerta de su oficina se abrió de golpe.

Una mujer de ojos celestes ingresó con la cara roja, la observó y la recordó de la fiesta. Era la amiga de Amanda, Camila.

—Eres un imbécil —le gritó.

—Creo que no sabes de lo que hablas —Diego se levantó. Pensó que era lo que le faltaba que le gritaran en su oficina.

—¿Qué?, como no voy a saber de lo que hablo, tú no conoces a Amanda.

—Creo que sé lo suficiente y no me interesa, así que, por favor, ¿te puedes retirar?, tengo una reunión importante.

Diego observó cómo la maqueta de encima de su escritorio volaba, estrellándose contra la pared.

—¿Qué te pasa? —logró pronunciar Diego al ver el nivel de descontrol de Camila.

—¿Te dolió?, así se sintió Amanda cuando te comportaste como un imbécil ayer con ella.

—Creo que no sabes toda la historia.

—¿Es broma? ¿O me quieres fastidiar? Creo que tienes que averiguar bien tú la historia, imbécil con mayúscula, las cosas fueron al revés.

Diego no se movió, estaba petrificado ante la furia de Camila.

—Y si ahora te vas a arrepentir, ni lo sueñes, aléjate de ella, es demasiado buena para ti.

Camila se giró para salir de la oficina sin dejar hablar a Diego. En la puerta se detuvo y le gritó:

—Y eso de andar dibujando a las mujeres para meterlas en tu cama es lo más bajo que he visto.

—No lo hice por eso.

—¿En serio? Pues pareció eso, ya que a la primera oportunidad la desechaste y ni siquiera la dejaste hablar. —Camila lanzó la hoja con el dibujo, cayendo al suelo.

—¿Está todo bien? —Marco se asomó por la puerta—. ¿Encontraste al imbécil?

—Encontré a dos, apártate —gritó Camila y se marchó.

— Pero ¿qué fue lo que hiciste? Pensé que salías con la otra... la gladiadora.

—Es así, salía y, por favor, no me preguntes nada, además, gracias por tu ayuda —Diego recogió la hoja del suelo.

—Qué bueno saber que aún está disponible, sigo pensando que es estupenda.

—¡Supongo que es un chiste!

—No, me encantan las mujeres con carácter. —Marcó se acercó al escritorio a recoger lo que quedaba de la maqueta—. ¿Qué fue lo que hiciste para que tuviera esa reacción?

—Al parecer me comporté como un idiota con Amanda, ¿puedes creer que se conocen con mi hermana?

—Te lo dije: drama, drama, deberías haber escapado cuando te lo advertí; una mujer coqueta siempre pasa a transformarse en una bruja en potencia.

—No quiero ni saber cómo va a reaccionar Amanda cuando vaya hablar con ella, creo que lo que le hizo a los asaltantes en el metro es poco comparado con lo que me va hacer a mí.

—¿Por qué? No creo que sea tan terrible, además todas las mujeres son unas histéricas, nada nuevo y, si quieres mi consejo, creo que es el mejor momento para que la dejes.

—Gracias, pero creo que no lo quiero dejar y, al parecer, sí fui un imbécil, tendría que haberla escuchado. Pero mi hermana me tiene en un estado desquiciado.

—¿Hermano, te enganchaste? —Marco abrió los ojos.

—Al parecer. —Diego caminó hasta su maletín y comenzó a guardar sus cosas.

—Bueno déjame darte mi pésame y expresarte que sí eres un idiota. —Marco exhaló—. ¿Te vas?

—Sí, tengo que ir a solucionar la situación.

—¿Y qué hacemos con el cliente que viene a la tres?, la maqueta está destruida.

—No sé, creo que esta vez la presión esta sobre ti, te doy mi pésame y te deseo suerte... ojalá cierres ese contrato.

Diego se giró y salió de la oficina.



## Capítulo 22

—¿Estás enferma? —Celeste le preguntó a Amanda, que se encontraba en la sala con la mirada perdida.

—Te juro que no tomo nunca más, la resaca con el dolor de cabeza me está matando, pero tranquila, estoy bien.

—Creo que no lo estás, por qué no te vas, hoy no viene Cruela, yo te cubro; solo vinieron cuatro niños.

—¿De verdad?, disculpa, no tengo cabeza para nada.

—Creo que de eso ya me di cuenta, ya que llevas media hora en la misma página del libro de clases, pero todas las penas de amor pasan.

—¿Cómo lo supiste? —Amanda levantó la vista. Tenía que andar con un cartel luminoso en su frente.

—Solo el amor puede hacer que tengas esa cara.

—Tienes razón, mejor me voy, no soy un buen elemento hoy.

Amanda agradeció la amabilidad de su asistente. No se podía concentrar. No era de las que dejaba sus responsabilidades botadas, pero lo niños no se merecían su mal humor.

—No te preocupes, descansa. —Celeste le acarició la mano.

—Gracias Celeste, te debo una.

Amanda tomó sus cosas y salió del Jardín Infantil. Comenzó a caminar por la calle, perdida en sus pensamientos. Si su vida continuaba de esa forma, se tendría que comprar una especie de caparazón portátil, para esconder la cabeza cuando algún hombre la quisiera conquistar de nuevo.

Su cerebro le jugó una mala pasada, filtrando las imágenes de Diego sobre ella en su cama, llenándola de placer. Sacudió la cabeza para esquivar las visiones. Su pecho se apretó ante el recuerdo. Golpeó con furia un basurero que apareció en su camino, maldiciendo.

—¿Ahora es la basura la que no quiere cooperar? —una voz ronca y profunda le habló a su espalda.

Amanda se giró y se encontró con la última persona que quería ver en ese instante, Tomás. Sus problemas habían iniciado el día que lo había conocido.

—¿Te encuentras bien?, vine al jardín a saber sobre Lucas y me dijeron que estabas enferma. —Tomás acortó la distancia.

—Tomás, te puedes entrevistar con Celeste, ella te puede dar la información que necesitas.

—La verdad es que quería que me la dieras tú, pero, si estas indispuesta, vengo otro día.

—Creo que es lo mejor, te tengo que dejar —Amanda se giró para marcharse, lo menos que necesitaba era al sexy de Tomás haciéndola sentir vulnerable ante sus encantos.

—Te ves un poco pálida. ¿Te puedo llevar?

Amanda pensó, en que sí era persistente y no entendía por qué la continuaba persiguiendo. Ya no

estaban en la universidad, obviamente las cosas no habían resultado entre ellos y, claro, fue porque era un mujeriego y se acostó con su amiga.

Resolvió que lo mejor era alejarse y no volver a caer en el mismo error del pasado.

—Gracias por la oferta Tomás, pero estoy bien.

El ruido del frenado de un auto llamó su atención. Un Volvo negro se estacionó a su lado.

—Amanda —gritó Diego al descender.

—¿Qué haces acá? —Amanda trató de alejarse, pero Diego la sujetó del brazo. —. Suéltame, creo que todo quedo claro entre nosotros, no entiendo por qué viniste hablar con este tipo de mujer.

—Necesito que conversemos. —Diego la soltó y se paró a su lado.

—¿Es broma que ahora quieres conversar?, pues fíjate que yo no. —Amanda se giró nuevamente, no quería escucharlo, después de su falta de criterio la noche anterior la furia la había invadido.

—Creo que hay cosas que aclarar —habló en un tono desesperado. La tomó nuevamente del brazo.

—No —gritó Amanda. Ejerció la fuerza necesaria, tal como practicaba en el gimnasio, y se soltó.

—Si no quiere hablar, es mejor que te vayas. — Tomás se interpuso entre los dos.

—No sé quién eres, pero no te metas.

—Tomás, déjalo. —Amanda lo agarró del brazo, lo que menos quería era un enfrentamiento entre los dos.

—¿Tomás? —dijo Diego con el ceño fruncido—. Así que mi hermana tenía razón.

—No sabes de lo que estás hablando —Amanda se giró increpándolo.

—Vine a que aclaráramos las cosas, pero al parecer me volví a equivocar. —La miró con gesto de reproche.

—¿De nuevo con tus indirectas?, deberías haberte ahorrado el viaje, no estoy de humor para volver a escuchar tus ofensas. —Amanda se volvió a girar para marcharse.

—Espera. —Diego la alcanzó—. ¿Te parece divertido jugar con la gente de esa forma?

—¿Es broma? Sabes que, déjame tranquila. —Amanda camino juntó a Tomás y se alejó.

Luego de que Tomás se estacionase afuera de la casa blanca, Amanda se giró para observarlo. Respiró profundamente, tratando de calmar la ola de sentimientos que marchaban cuadrándose en su interior. Al menos sentía cierto alivio: Diego la había buscado y ese era un claro indicio de su interés por ella, aunque seguía muy molesta por lo imbécil que había sido.

—¿Era tu novio? —Tomás la miró con sus profundos ojos oscuros.

—No, no lo es.

—Parecía que sí.

—Solo salimos un par de veces y prefiero no hablar de eso. —Amanda meditó: ni siquiera habían alcanzado a ser algo y ya se habían agarrado del pelo prácticamente.

—¿Te puedo ayudar?

—No, estoy bien, gracias por traerme. —Amanda tomó sus cosas para bajarse del auto. En ese

instante lo que menos quería era estar encerrada con él.

—Espera. —Tomás la sujetó del brazo—. Necesito saber algo ¿Por qué nunca me llamaste?

“¿Es broma?”, pensó Amanda. Rodeó los ojos poniéndolos en blanco. Era lo que le faltaba para completar de cubrir su pastel.

—Creo que una de las razones fue que no me gusta ser una del montón y contigo no había exclusividad.

—Sé que en la universidad salí con varias chicas, pero pensaba que podríamos haber tenido algo.

—A lo mejor hubiera sido así si no te hubieras acostado con mi amiga

Amanda perdió la paciencia. Ya se había cansado de mantenerse en calma y este era el momento para por fin sacar lo que tenía guardado.

—¿Tu amiga? ¿A quién te refieres?

—Daniela Echeverría. —Amanda lo miró pensando en que se quería hacer el desentendido.

—Yo no me acosté con ella. ¿Quién te dijo eso?

—Por favor, la vieron saliendo de tu casa.

—Creo que debiste haberme preguntado, Daniela fue varias veces a buscarme, por lo general iba borracha y se me insinuaba. Pero jamás tuve nada con ella. Me gustan las mujeres, pero en sus cinco sentidos y ella no era de mi gusto.

—¿Estás seguro? —Amanda abrió los ojos como platos. No pudo creer lo que escuchó.

—Claro que estoy seguro, además no soy tan mala persona, la dejaba que se quedara un rato hasta que se le pasara la borrachera para que pudiera conducir. Después dejó de ir, al parecer entendió que no me interesaba.

—No estoy segura de creerte.

—Bueno, creo que debemos tener esta conversación antes... si me hubieras llamado... Sé que no soy un santo, pero tampoco soy un monstruo.

—No quise decir eso, pero creo que nunca te viste muy serio en relación a las mujeres.

—Nunca es tarde para reivindicarse. —Tomás alzó la ceja y sonrió marcando sus pómulos.

Amanda no pudo evitar sonreír ante su insinuación. Sus defensas bajaron un poco ante sus declaraciones y maldijo al pensar lo idiota que fue al no haber recabado más información.

—Te agradezco que hayamos podido aclarar ciertas cosas, así podremos tener una mejor relación profesional.

Amanda carraspeó, para alejarse de sus ojos hipnotizadores. Maldijo nuevamente; no podía ser que cayera tan fácil.

—¿Profesional?

—Creo que olvidaste que tu hijo Lucas es mi alumno ahora.

—Tienes razón. —Tomás sonrió—. Creo que va ser bastante difícil para mí, siempre he querido que seamos algo más.

—Tu señora no creo que piense lo mismo.

—¿Mi señora? Estoy divorciado. —Tomás acertó la distancia—. Así que cuando te decidas a cruzar la línea profesional, me puedes llamar mi teléfono, está en la ficha del jardín.

—Creo que eso no va a ocurrir. —Amanda exhaló, había dejado de respirar.

—Bueno, ya veremos, creo que este año escolar será excepcional y debes saber que mi vida personal no la ventilo. —clavó su mirada en Amanda y alzó una ceja.

—Gracias nuevamente por traerme —Amanda trató de agarrar la manilla de la puerta para abrirla, pero con el nerviosismo no la encontró.

—Te ayudo. —Tomás pasó sobre ella abriendo la puerta.

Amanda sintió como la fragancia la envolvía. Observó sus gruesos labios, embelesándose ante el recuerdo de la suavidad y fogosidad que le habían brindado. Salió de debajo de él lo más rápido que pudo antes de que su línea profesional se fugara.

Al llegar a su puerta, trató de encontrar a la Amanda objetiva en su interior. Ahora sí que su vida se estaba volviendo una completa broma. Diego, del que se había enamorado comportándose como un imbécil. Tomás, el sexy, queriendo conquistarla otra vez y Daniela, su examiga, más loca que nunca. ¿Por qué la había querido fastidiar de esa forma? Tendría que averiguar que le había pasado.

La puerta de entrada se abrió de golpe y la figura que visualizó al instante la inundó de paz. Corrió a los brazos de su madre y hundió su nariz en su pelo inhalando el aroma de la seguridad.

—Hola, lindo pastelito, yo también me alegro de verte. —Ignacia la alzó en sus brazos—. Veo que me extrañabas.

—Mamá, no te imaginas cuánto. —Amanda se mantuvo junto a ella, envolviéndose de su fragancia, para ella era la mejor del mundo. Debajo de su almohada mantenía un pañuelo que había sacado a escondidas. Cuando la extrañaba lo olía y en cada nuevo viaje, se escabullía a su maleta y aplicaba en secreto su perfume—. ¿El papá?

—Salió con tu hermana.

—¿Cuánto tiempo se van a quedar? —Amanda camino junto a ella hasta la cocina. Al lado de su madre sus problemas se anulaban.

—Un par de días, vinimos a la propuesta de Julián.

—¿Es broma? No me dijo nada.

—Al parecer está un poco alterado, le quiere dar una sorpresa a tu hermana. Debe estar por llegar para que nos coordinemos.

—¿Y qué es ese olor? ¿Cocinaste? —Amanda se acercó a la cacerola que estaba en el fuego.

—Obvio, creo que deben estar un poco aburridas de los fideos.

Amanda se sentó en el mesón mientras su mamá le servía un guiso de zapallos italianos. Lo disfrutó como una niña pequeña, dejando que sus preocupaciones se fueran, al menos por unos segundos.

—¿Dónde están todos? —la voz de Julián les llegó desde la puerta de entrada.

—Estamos acá, ratoncito —gritó Amanda—. Supe que ha llegado el momento.

—Sí —dijo Julián.

—Pero ¿por qué tienes esa cara? Si no estás seguro, mejor que no lo hagas.

—Estás loca, claro que estoy seguro, pero me preocupa que Josefa me diga que no.

—¿Es broma?, es el momento que ha esperado toda su vida, sin mencionar que te ama locamente.

—¿Creo que puedo quedarme tranquilo, entonces!

—Julián por qué no te sientas a comer, no quiero que te desmayes antes de que te cases con mi hija.  
—Ignacia le sirvió un plato de comida y pasó su mano sobre su cabeza—. Saldrá todo bien y estaremos todos para apoyarte.

Amanda miró a su madre: la verdad era que les infundía calma a todos. Metió los pensamientos que la hacían desvariar hace días en una caja en el interior de su cabeza y disfrutó del momento.

Diego cerró la puerta de su departamento de golpe. Tiró su maletín sobre el sofá, maldiciendo. No lograba recordar la última vez que se había sentido tan enfurecido por una mujer. Lo peor era que no entendía nada. ¿Por qué se había marchado con el tal Tomás y no lo había querido escuchar?

Abrió la puerta de su nevera, para sacar una cerveza, pero su nivel de ofuscación era demasiado alto. Cerró la puerta y fue a por su equipo deportivo, tendría que salir a correr para botar la ira.

Su teléfono sonó y, al mirar la pantalla, leyó el nombre de su hermana y lo apagó. Estaba cansado de tantos problemas y no podría manejar un nuevo conflicto. Miró su cuaderno de dibujo en el suelo, al lado de su maletín y lo pateó. La mayoría de las veces, el dibujo lo ayudaba a relajarse, pero sus sentimientos galopaban en su interior sin dejarle pensar con claridad.

Después de varios minutos corriendo, se paró frente a unas de las pasarelas de la ribera del río, exhaló profundamente y, aunque había querido enterrar sus pensamientos, la imagen de Amanda se presentó en su cabeza. Escarbó su cabello y se rió de manera sarcástica. Era la primera vez que una mujer tocaba su interior y no la podía tener. Ahora tendría que vivir con el dulce sabor de la decepción.

Golpeó la baranda con su puño, su estilo jamás había sido darse por vencido ante los obstáculos. Lamentablemente, esto solo le había sucedido ante su vida profesional. Su vida personal era un asco. El problema era que, ante aquello, no tenía solución alguna.

Al regresar a su departamento continuaba desorientado. Esta vez sí sacó una cerveza y se la bebió. Recogió su cuaderno y de su interior sacó el dibujo de Amanda que le había devuelto Camila. Lo contempló varios minutos. Examinó la expresión de sus ojos y de lo que sí estuvo seguro era de que no se había equivocado tanto.

Había algo en ella y en sus ojos que había visto esa noche que le expresaron que, al igual que él, se había entregado por completo. Lo que tendría que averiguar era qué mierda había pasado entre ella y su hermana. Y eso era demasiado complicado, con Daniela no se podía hablar, después de que le mencionase lo de la clínica de rehabilitación, le gritaba la mayor parte del tiempo.

Amanda, por otro lado, estaba enfurecida con él y tenía razón: no le había dejado explicar nada y la había tratado mal. Así que él se lo merecía, por imbécil. Tendría que buscar la forma de hablar con ella.

Tomó su lápiz y, esta vez más tranquilo, comenzó a trazar líneas que envolvían la silueta de Amanda, como aprisionada en el interior de una crisálida. Se había cerrado y alejado para él, pero, como le había comentado, tendría que ser él que la liberara de su capullo y la hiciera aletear libre, así era como la quería ver siempre: resplandeciente. ¿Pero cómo mierda se hacía eso?

## Capítulo 23

Amanda terminó de vestirse para la gran noche de su hermana. Había escogido un vestido de cóctel en blanco y negro, se suponía que saldrían a celebrar su ingreso en el mundo laboral. Como si eso fuera un gran acontecimiento. Cada día se le hacía más complicado lidiar con los niños, sin mencionar la cantidad de veces en que pensó hacerles algún tipo de maniobra para inmovilizarlos cuando hacían algún desastre.

Se preguntó si ese sería un pensamiento normal de sus otras colegas o si ella no tenía suficiente paciencia. De todas formas, no lo quiso comentar ya que podrían pensar que tenía algún rasgo de violencia y no se vería nada bien, aunque jamás dañaría a un niño.

Abrió su armario y del fondo sacó la caja destinada a los recuerdos. Al abrirla, visualizó la lana negra del chaleco de Tomás, aún estaba doblada la hoja de cuaderno con su número. Colocó sus ojos en blanco, por ser tan patética.

Deslizó sus dedos sobre la hoja del lado y las alas trazadas en el papel le indicaron que no podría ocultarse para siempre. Había sido casi un acto inconsciente haber guardado el dibujo en aquella caja. Había querido, de alguna forma, encerrar sus sentimientos hacía Diego, pero, después de haber abierto su puerta, era casi imposible volver a cerrarla.

Abrió la caja azul de raso y palpó el brazaletes. Se quitó su colgante y lo cambió por la delicada joya. Recordó las palabras de Diego al regalárselo y esperó que esta vez las buenas noticias llegaran de forma apresurada, lo necesitaba con urgencia.

La voz de Martín le llegó desde el pasillo. Esto le recordó que aquella noche era la de su hermana. Guardó la caja y acarició la mariposa en su muñeca. Se vistió con su mejor sonrisa y caminó hacia el salón. Al llegar visualizó a Martín sentado al lado de su madre, acurrucado como un niño pequeño. Desde que sus padres fallecieron su familia lo habían integrado como uno más.

—No te acostumbres, solo te la presto por un rato. —Amanda lo miró y sacó la lengua.

—Como si me importara lo que pienses. —Martín se acurrucó más sobre Ignacia.

—Papá, qué guapo estás. —Amanda se acercó, dándole un abrazo.

—Como ya terminaste de estudiar, deberías volver con nosotros; hay muchos lugares donde puedes trabajar en el sur —dijo su papá seriamente.

Amanda sonrió. Para ser un hombre de pocas palabras, cuando hablaba no se andaba con rodeos. Nunca estuvo de acuerdo con que regresaran a la capital.

—Creo que esa es una decisión de Amanda —dijo su madre.

—Papá, quiero que por esta noche disfrutemos y celebremos que estamos todos juntos y la felicidad de Amanda en su trabajo. —Josefa se agarró del otro brazo de su padre—. Por cierto, Julián me dijo que lo disculpas, pero está con mucho trabajo.

—Tranquila, no pasa nada. —Amanda sonrió, su hermana no se había dado cuenta de nada—. ¿Y qué pasa con Camila?

—No sé, me dijo que nos encontráramos acá —dijo Martín.

Amanda fue a su dormitorio y sacó su teléfono. Llamó a su contacto favorito.

—Camila, ¿dónde estás?; te estamos esperando.

—Disculpa, me atrasé, uno de mis clientes estaba con un colapso nervioso al enterarse de que la bruja de su señora le quería quitar todo.

—Me imagino, bueno, ¿te parece si nos juntamos en el restaurante?

—Sí, claro, me voy para allá, por cierto, adivina a quién vi.

—Camila, no me importa.

—Bueno como fue casi tu cuñada, pensé que te interesaría.

—¿Daniela? ¿Dónde la viste?

—¿Te acuerdas del bar en donde te caíste?

—Sí lo recuerdo, pero no era necesaria esa aclaración. ¿Está ahí?

—No, en el del lado.

—Eres una idiota.

Amanda después que cortó la llamada, tomó su cartera y su chaqueta. Convenció a Martín para que la acompañara a buscar un encargo urgente que había olvidado y le prometió a su familia que llegaría a la hora acordada al restaurante.

—¿Qué te traes? Algo te conozco. —Martín la miró de reojo mientras manejaba.

—Si te lo digo, no me llevarás.

—Amanda, si no me dices, tampoco te llevaré.

—Estas bien, necesito hablar con Daniela y está en un bar.

—¿Estás loca?

—Claro que no, estoy cansada, quiero saber de una vez por todas qué le pasa.

—Te entiendo, pero si esta igual que antes, difícil que consigas algo.

—Bueno, lo intentaré.

—Te llevo, solo si esta vez me prometes que no la golpearás.

—¿Es broma? Traigo los guantes en mi cartera. —Amanda sonrió.

Martín mantuvo una expresión seria.

—Tranquilo, no la golpearé. —Amanda pensó que para eso iba tener que emplear todo su control. Además, era hermana de Diego, no podía hacerle nada que fuera a crear más conflictos.

Al descender del vehículo Amanda divisó el bar al que se había referido Camila. Al acercarse, observó en la terraza a Daniela con otra mujer. Después de su conversación con Tomás, entendía menos que nunca y necesitaba respuestas de forma instantánea, antes de que su cabeza colapsara.

Se acercó de manera rápida y se sentó en la silla al lado de Daniela.

—Necesitamos conversar.

—Pero miren quién esta acá, lo que me faltaba —dijo Daniela haciendo un gesto de desenfado—. No creo que lo tuyo sea conversar, todavía llevo tu mano marcada en mi cara.

—Bueno, creo que esa vez te lo ganaste, ¿me puedes decir cuál es tu problema conmigo?

—¿Y tú me puedes decir que hacías con mi hermano?, no te bastó con Martín y Tomás que ahora te quieres revolcar con mi hermano. —Daniela se carcajeó, en un evidente estado de embriaguez—.

Márchate, por favor, no te invité a sentarte.

—Ah, ella es de la que me hablaste —intervino la otra mujer.

—A ti no te conozco, así que no te metas. —Amanda la miró de manera asesina.

La mujer se paró y se dirigió al baño.

—Disculpa, pero creo que hay cosas que aclarar, en primer lugar, yo no me acosté con nadie.

—Sabes, no me interesa, déjame tranquila —Daniela sacó un cigarro y lo prendió.

—Pues a mí sí me interesa, hablé con Tomás. —Amanda la miró decidida a que le explicara sus mentiras.

—Veo que te empeñas en las causas perdidas. —Daniela le dio una calada a su cigarro y levantó su vaso dirigiéndose al mesero—. Te dije que me trajeras otro.

—Me dijo que tú lo buscabas, ¿es eso verdad?

—Lo que diga me tiene sin cuidado, es un malparido.

—¿Lo dices porque no te hizo caso?

—¿Y a quién mierda le importa?, por lo que recuerdo a ti no te importó y yo no vivo pegada al pasado como tú.

—¿Cómo que no vives pegada al pasado? ¿No te das cuenta del estado que estas? ¿Hasta cuándo piensas seguir así?

—Creo que eso no es de tu incumbencia y lárgate, si no quieres que haga un escándalo —dijo Daniela mientras recibía la bebida que le había traído el mesero.

—¿Es broma? ¡Tú haciendo un escándalo! Eso jamás lo he visto, ¿por qué no dejas de comportarte como una pendeja y maduras? —Amanda alzó la voz.

—¿O qué? ¿Me vas a pegar como la última vez?

—¿Está todo bien? —apareció Martín a su lado.

Amanda se levantó de la mesa. Al parecer, su amigo tenía razón, nunca obtendría alguna respuesta lógica de Daniela.

—¿Martín? —dijo Daniela de manera confundida—. ¿Siguen juntos?

—¿A qué te refieres con juntos?

—A que la preferiste a ella antes que a mí —Daniela se levantó, tambaleándose.

—Daniela, tú me echaste a volar.

—Te dije que necesitaba tiempo —gritó Daniela.

—Y yo te dije que no estaba para juegos —replicó Martín.

—Ya, tranquilos los dos —Amanda se interpuso entre ambos.

—¿Por qué no se largan los dos?, me tienen podrida, si de verdad les hubiera interesado, me hubieran escuchado.

—Primero deja de beber y después ya veremos. —Amanda se giró para marcharse.

—Amanda, no te revuelques con mi hermano —gritó Daniela.

—¿Qué mierda te pasa? No me hables así y, además, Diego me interesa.

—Se pueden ir todos a la mierda, con sus vidas perfectas y como siempre todo el mundo me deja



sola. —Daniela se desplomó sobre su silla—. ¿A qué mierda vinieron? A restregarme en la cara su vida feliz.

—¿Es broma? ¿Vidas perfectas? ¿De qué hablas? Nadie tiene una vida perfecta, pero no andamos como tú, tomándonos hasta el agua del florero para olvidar nuestros problemas —gritó Amanda.

—Cálmate —dijo Martín tomando su brazo, mientras varios camareros se acercaban.

—Me da lo mismo lo que hagan ustedes, pero no te metas con mi familia, ya perdí a mi padre y no quiero perder a Diego —gritó Daniela.

—¿Por qué lo vas a perder? Creo que estas confundida, las personas no son objetos que cambias.

—En eso estas equivocada, el dolor lo puedes cambiar —Daniela levantó su vaso.

—Daniela, ¿por qué no dejas que te llevemos a tu casa? —Martín se acercó.

Daniela se carcajeó de manera irónica.

—¿De qué te ríes? —Amanda habló ofuscada.

—De ustedes dos, son patéticos. —Daniela dio un largo sorbo a su copa y continuó riendo.

Amanda y Martín se miraron confundidos.

Diego iba en su tercera ronda de cócteles y la ansiedad lo comía. Después de recibir la invitación de Julián a su pedida de mano, estaba pensando que no había sido tan buena idea haber asistido. Se sentó con Marco en la última mesa del gran salón tratando de mantenerse fuera del campo visual.

Quería hablar con Amanda, pero podía no ser la mejor ocasión. Dio un nuevo trago a su bebida y fijó su mirada en la puerta de entrada.

—Diego, te estoy hablando —Marco le pegó en el brazo—. Nunca te había visto beber tanto. ¿Qué te pasa?

—¿No eres tú el que siempre dice que hay que relajarse? —Diego levantó su copa.

—Sí, hermano, pero tú no te estas precisamente relajando ¿no te has visto tu cara?

—¿Qué pasa con mi cara? —Diego sonrió mostrando sus dientes.

—Eres un idiota, entiendo que la gladiadora te tenga mal, pero, hermano, tranquilo.

—Desde que la conocí lo que menos puedo es estar tranquilo —Diego volvió a mirar hacia la entrada.

—¿A quién buscas? —Marco lo miró fijamente—. Espero que no hayas perdido la chaveta y no estas persiguiendo a Rocky.

Diego soltó una carcajada. Desde la puerta de entrada vio que ingresaba Camila y se acomodó en su asiento, detrás de la botella de vino, para tratar de esconderse. A su lado reconoció a Josefa, acompañada de varias personas que no conocía.

—¿Viste a un fantasma? —Marco se giró hacia donde miraba su amigo—. Me engañaste, pensé que me habías invitado a comer, pero tus intenciones fueron oscuras, me siento ultrajado, pero solo te voy a perdonar porque está la guapa de ojos celestes.

—Cállate, no quiero que me vean.

—¿Y si no quieres que te vean, para que viniste? No te entiendo. Y yo soy un experto en ciertas cosas,

pero ahora estoy perdido.

—Necesito hablar con Amanda.

—¿Y al menos sabes lo que le quieres decir? Como consejo, deja de beber.

—Hola Diego, qué bueno que viniste. —Julián se acercó por detrás, murmurando.

—Julián, hola —Diego se sorprendió, al parecer ya no pasaría desapercibido.

—Acércate a la mesa o ¿estas esperando a Amanda?

—Sí, creo que la estoy esperando. —Diego se exaltó por su falta de coordinación.

—Bueno, yo en un rato los alcanzó, no quiero que me vea Josefa —Julián se giró alejándose hacia la barra del restaurante.

A los minutos Diego se sobresaltó al ver entrar a Amanda, se dispuso a levantarse para ir a hablar con ella, pero al divisar al imponente hombre de pelo rubio que la acompañaba, desechó su impulso.

—¿Y ahora qué te pasa? —dijo Marco.

—¿Sabes?, yo no entiendo a las mujeres, te dan a entender que les interesas y después cambian de hombre como una cartera.

Marco miró de reojo hacia su espalda.

—Te juro, yo desde que la conocí no he estado con ninguna otra mujer, pero ya la he visto en unos días con dos hombres diferentes.

—¿Estas celoso? —Marco rió—. Eso sí que es nuevo. Ya te dije: pide un chequeo, por favor.

Amanda sintió el líquido de burbujas que envolvía su garganta y se relajó. Debió aceptar que había sido una pésima idea buscar a Daniela. Además, tuvo que escuchar los reclamos de Martín de vuelta.

—¿Conseguiste lo que fuiste a buscar? —Su madre le tocó el brazo, sentada a su lado en la mesa.

—Lamentablemente estaba cerrado, Ignacia —intervino Martín.

—Bueno, quiero hacer un brindis por mi dulce pastelito, que espero que por fin decida volver con nosotros al sur —levantó la copa su padre.

—Papá —dijo Josefa—. No seas latero, estamos acá por otra cosa.

Amanda prefirió no hacer caso y se unió al brindis tomando un gran sorbo. Se detuvo al escuchar cómo Camila se atoraba con su trago.

—¿Qué te pasa, estas bien? —Amanda golpeó su espalda.

—Sí, estoy bien, pero necesito que me lleves al baño. —Camila la jaló de su vestido.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. —Camila la arrastró por el gran salón hacia un pasillo.

—Pero ¿qué te pasa? Está por llegar Julián.

—Es Diego.

—Camila, me encanta que hablemos de nuestras cosas, pero hoy no quiero hablar de él, no al menos hasta que terminemos con la velada romántica de los tortolitos.

—Está aquí. —Camila abrió los ojos como platos.

—¿Es broma? Te juro que esta vez no me hace gracia. —Amanda comenzó a caminar de un lado a otro—. ¿Y ahora qué hago?

—No sé, pero te lo quería advertir antes de que comiences con tus impulsos extraños. Como dijiste, es la velada romántica de los tortolitos.

—Gracias por el apoyo. —Amanda exhaló de manera profunda—. ¿Tú crees que me está siguiendo?

—¿Es broma? ¿Por qué te va a seguir?

—Porque me fue a buscar al jardín y me vio con Tomás.

—¿Me estas fastidiando?

—Sí, jajaja, la verdad es que me encanta hacer chistes de mis fallidas relaciones amorosas.

—Bueno, yo no te conté que fui a su oficina y le grité que era un imbécil.

—¿Es broma? ¿Te volviste loca?

—Sí, al parecer me he juntado mucho contigo. —Camila puso sus brazos en jarra.

—Ya olvídalo, después hablamos de eso.

—Es que eso no es todo. —Camila hizo una mueca con su boca—. Además, le tiré tu dibujo por la cabeza.

—¿Me estas fastidiando? ¿Qué hiciste qué? —Amanda alzó la voz.

—Pensé que no era bueno que lo tuvieras, no te traía tan buenos recuerdos.

—Eso lo tenía que decidir yo. —Amanda quiso agarrar su colgante, pero no lo encontró. Se miró la muñeca y tuvo que apretar su brazalete. Sintió que iba a perder la calma.

—Eso se llama ser masoquista.

—Camila, te juro que te adoro, pero me están dando unas ganas incontrolables de golpearte.

—Lo siento, de verdad, ya la embarré, me castigo. —Camila golpeó su cabeza contra la pared.

—Bueno, ve pensando cómo lo recupero y después te disculpo. —Amanda frunció el ceño.

—¿Es broma? ¿Qué quieres que haga?

—Yo no te dije que se lo entregaras, así que no te voy a decir cómo recobrarlo, piensa.

—Está bien, soy una profesional, lo haré.

—Y ahora, como mujeres dignas que somos, salimos y hacemos que no lo vimos, ¿vale? —Amanda se acomodó su pelo y alisó su vestido.

—No me convence mucho tu estrategia, pero vale.

Camila caminó por el pasillo hacia el salón.

—Hola ¿te acuerdas de mí? —Marco se paró en frente de ellas y sonrió.

—¿Debería? —Camila desvió la mirada.

—Soy uno de los imbéciles. —Marco clavó sus ojos en ella.

—Ah, ya te recuerdo, por supuesto.

—Hola, Amanda, ¿me presentas a tu amiga?

—Hola, Marco. —Amanda sonrió de manera tiesa. La situación se volvía como un capítulo de las cosas raras de la vida de Amanda—. Ella es mi amiga Camila.

—Camila, me encanta tu nombre.

—¿Es broma? ¿Con eso conquistas a las mujeres? —Camila rodeó los ojos poniéndolos en blanco.

—Si te respondo, ¿sales conmigo? —Marco le sonrió nuevamente.

—Creo que pasaré. —Camila levantó sus cejas—. Y, si nos disculpas, estamos ocupadas, permiso.

—¿Desde cuándo te escapabas así de un hombre? —Amanda la alcanzó en el salón.

—No me interesa.

—No te conocía esa faceta.

—¿Cuál?

—La de no me interesa, pero lo quiero todo con él.

—Creo que tanto hombre en tu vida te está haciendo alucinar.

—Sí, lo que tú digas. —Amanda se detuvo al ver una figura conocida—. Cresta, ahí está Diego, me muero.

—Calma, respira, repite conmigo: lo puedo manejar, lo puedo manejar, soy la princesa de hielo.

—Cállate —Amanda alzó la voz.

—Está bien, pero para qué tan gruñona.

—Ahí está Julián; tú distrae a Josefa y yo voy con él.

—Que empiece la fiesta. —Camila golpeó la espalda de Amanda.

Amanda caminó al encuentro de su cuñado, tratando de alejarse de la figura de Diego. No tuvo muy claro en qué podía terminar la velada. Pero no era muy promisorio.

—Amanda, ¿todo bien? —la voz de Julián sonó inquieta y un hilo de sudor le corría por la frente.

—Sí, Josefa está en la mesa, tranquilo, todo saldrá bien. —Amanda le dio unos golpes en el brazo en forma de ánimo.

—Detrás de la barra están escondidos mis papás y Diego te espera en el otro lado del salón.

—¿Cómo sabes que está aquí? —Amanda abrió sus ojos.

—Porque yo lo invité. ¿No estaban saliendo?

—Ya no.

—¿Desde cuándo? —Julián se sorprendió.

—Hace unos días.

—Disculpa, Amanda, no lo sabía, ¿por qué nadie me cuenta nada?

—Ya, tranquilo, yo me encargo de él, tú preocúpate de Josefa, ¿En qué te ayudo?

—Dile a la cantante que está en el vestidor que comenzamos.

—¿Cantante?

—Sí, ¿está mal? —Julián palideció.

—No, cálmate, esta todo genial, voy.

De camino al vestidor se cruzó con un mesero, que llevaba unas copas de vino sobre una bandeja. Le hizo un gesto y el mesero aceptó que sacara una. Dio un largo sorbo y exhaló profundamente. Su control había desaparecido, dando la bienvenida a sus nervios y para ella eso no era buena señal.

Después de eso hacían la aparición sus torpezas. Tocó la puerta del final de la barra y una mujer joven morena abrió.

—¿Tú eres la cantante?

—Si soy Amalia.

—Julián dice que comencemos.

—Gracias, voy.

Amanda se devolvió por el mismo pasillo para reintegrarse a la mesa. Al girar al lado de la barra una silueta la detuvo.

—Amanda, tenemos que hablar. —Diego se paró frente a ella.

—Creo que tu elección de los momentos es pésima, tengo que volver a la mesa.

—Ese con el que llegaste... ¿quién es? —Diego la miró seriamente.

—¿Es broma? ¿Viniste a preguntarme con quién vine? —Amanda puso sus manos en jarra. Lo que le faltaba, no mantenían una relación y le tenía que dar explicaciones.

—¿Y qué pasó con el del otro día, ese tal Tomás?

—Creo que ya lo sabrías si me hubieras dejado explicarte desde un principio y ahora no es el momento.

—¿Por qué no me dices la verdad? —Diego se irritó.

—No me grites.

—Entonces por qué no me explicas, por qué no me dijiste que conocías a mi hermana.

—¿Es broma?, si lo hubiera sabido, me hubiera cambiado de carro en el metro.

—Hablas como si fuera un demonio.

—Yo no dije eso, pero no es muy equilibrada que digamos.

—No hables así de Daniela.

—Entonces deja de gritarme —Amanda alzó la voz—; ¿y por qué mejor no me explicas cuál es tu interés hacia a mí?, si mi memoria no me falla, fuiste tú quien me mandó a volar.

—Era demasiada información en ese momento, creo que perdí un poco el control.

—Qué bueno saberlo, así me doy cuenta de cómo reaccionas frente a las problemas.

—Seré un poco descontrolado, pero tú te paseas con un hombre diferente cada día.

—¿Es broma que sigues con ese tipo de ofensas? Yo también te podría decir un par de cosas, como que engatusas a las mujeres dibujándolas y a la primera las desechas.

—Yo no engatuso a las mujeres y me quedó claro que no te interesa nada, ya que tu amiga me lanzó el dibujo a la cara.

—Disculpa, pero yo no lo dije que hiciera eso y además necesito que me lo devuelvas.

—No te lo voy a devolver, nunca te lo di.

—Es mío, yo aparezco en él.

—No, es mío.

—¿Pero qué pasa acá?; parecen niños de primaria —dijo Marco acercándose a ellos.

—Nada, solo que tu amigo está divagando. —Amanda giró para marcharse y se encontró con su

madre.

—Amanda, ¿todo bien? Te estamos esperando. —Ignacia la afirmó del brazo con delicadeza.

—Sí, mamá, vamos —Amanda trató de girarse para marcharse, pero su madre la detuvo.

—¿Y quién es este joven? —Ignacia centró su atención en Diego.

—Solo un conocido, vamos.

—No seas maleducada —dijo Ignacia, acortando la distancia—. Yo soy Ignacia, la madre de este dulce pastelito.

Amanda puso los ojos en blanco. Lo que le faltaba, su madre con el famoso apodo.

—Hola, soy Diego, un gusto conocerla. —Diego escarbó su cabello y sonrió levemente.

—Yo soy Marco, su socio.

—Un placer conocerlos, sé que también están invitados a la pedida de mano, así que debemos acercarnos, ya está por comenzar. —Ignacia agarró del brazo a Diego y lo arrastró hasta el salón.

—¿Tú de que te ríes? —Amanda le dijo a Marco que caminaba detrás de su madre.

—Yo no me río, tranquila, no me vayas a golpear. —Marco levantó sus manos en son de paz.

Amanda zapateó con fuerza. A alguien iba a asesinar, aún no tenía claro a quién. Dio un sorbo a su vino, pero el licor no calmó su ansiedad.

Al llegar a la mesa, Camila los vio y se volvió atorar con su trago. Josefa abrió los ojos sin entender. Martín se puso la mano sobre la boca para ocultar su sonrisa.

—No te rías, mira que él es como si fuera tu cuñado —Amanda le dijo a Martín al ubicarse a su lado.

Marco se ubicó rápidamente al lado de Camila y al sentarse le cerró un ojo. Diego centro su atención en el hombre sentado al lado de Amanda.

—Creo que no nos conocemos —dijo Martín estirando su mano—. Yo soy Martín, hermano de Camila y a Amanda la conozco hace años.

—¿Tú conoces a mi hermana Daniela? —Diego lo miró seriamente, era uno de los nombres que había pronunciado su hermana.

Todos los asistentes se miraron entre sí. Amanda carraspeó.

—Sí, la verdad es que la conozco de la universidad. —Martín se acomodó en la silla.

—Sí, fuimos amigos los tres, pero creo que después conversamos. —Amanda miró a Diego y enarcó sus cejas para que no siguiera hablando. No era el momento de explicar tan desagradable momento.

—¿Y sales con Amanda? —Diego continuó serio.

—Estás loco —Martín realizó una mueca de desagrado—. Sería como besar a mi hermana.

—¿Pero no lo es? —Diego enarcó las cejas.

—Bueno, está bien, no quería decir esto, como tú eres el principal involucrado... —Martín respiró profundamente y se tomó unos segundos para hablar, mientras todos lo miraban expectantes—. No estoy tan chalado aún, no quiero ni que me golpeen, ni me manchen, ni escuchar “¿Es broma?” cada quince minutos. De verdad, han sido como diez años de tortura, te compadezco.

Todos se largaron a reír. Las facciones de Diego se relajaron y decidió sentarse, ubicándose al otro lado de Camila.

—Aún sigo pensando que eres un imbécil y necesito que me devuelvas el dibujo —susurró Camila en

el oído de Diego.

—Veo que tienes mucho interés en mi hija —sonrió Ignacia.

—Eso no lo dudes, Ignacia, nunca lo había visto tan feliz —dijo Marco.

Diego le dio una patada por debajo de la mesa.

—Te la ganaste. —Camila miró a Marco.

—Amanda lo vomitó en la fiesta —intervino Josefa.

Amanda le tiró la servilleta de tela en la cara y los demás se largaron a reír.

—Bueno, eso es normal —dijo Ignacia.

—¿Vomitó? —dijo Martín.

—No, que a los hombres los traten mal, cuando conocí a tu papá yo estaba haciendo la práctica de enfermera y él fue el primer paciente que tuve que ponerle una vía para suero. —Ignacia se carcajeó—. El pobre quedó lleno de piquetes en su brazo, nunca le encontré la vena.

Todos se rieron nuevamente.

—Ahora todo calza, es de familia —rió Camila.

—Qué bueno que se diviertan todos, la verdad es que a mí no me parece nada divertido. —Amanda hizo una mueca de ofuscación.

—Diego, supe que eres arquitecto, al igual que mi esposo —Ignacia continuó la conversación.

—Sí, la verdad es que lo había escuchado. —Diego escarbó su cabello nuevamente.

—Qué alegría poder encontrar a alguien que le apasionen las estructuras, estoy trabajando en un proyecto en el sur, específicamente en Pucón, en donde estamos construyendo varias cabañas ecológicas a los pies del lago —comentó al padre de Amanda entusiasmado.

A los minutos, la mayoría de los asistentes conversaban animadamente al final del restaurante. La música en vivo atrajo la atención de Josefa, al escuchar la melodía, que le recordaba su relación con Julián. Sus ojos se cubrieron de lágrimas y se incorporó al ver a Julián, que apareció detrás de la cantante con un anillo.

Todos aplaudieron al escuchar el “sí, acepto”, mientras se abrazaban y los felicitaban. Diego mantuvo su atención en Amanda, sin poder quitarle ojos de encima. Ya su cuota de licor había aumentado enterrando su desconcierto. Observó el brazalete en la muñeca de Amanda y pensó que era un claro indicio de que ella también estaba de alguna forma comprometida con él. Su sonrisa y la forma de hablar lo hipnotizaron como siempre.

—Despierta, hermano, estas con cara de bobo. —Marco golpeó su codo.

No le prestó atención y contempló que Amanda se dirigía al final de salón, tendría que ser el momento para conversar. Se incorporó y la siguió. Al llegar al pasillo, se detuvo un momento al ver que Amanda entraba al baño de mujeres. Giró sobre sus pies unos segundos analizando la situación.

No lo pensó más y entró. En el interior Amanda estaba apoyada sobre el lavado, pateando un basurero. Sonrió. Notó que se sorprendía al verlo. Pero ya estaba cansado de que su cabeza girara en todas direcciones, ya no quiso conversar. Se acercó decidido y atrajo su cara con sus manos, sus bocas se juntaron y la sensación que percibió le indicó que era el lugar correcto en donde quería estar.

Los brazos de Amanda sobre su cabeza y la fuerza de su lengua le mostraron que también lo deseaba.

La subió arriba del mueble del baño y la aprisionó con su cuerpo. Su contacto lo invadió de calma, la calma que desde que habían discutido no había podido encontrar.

Las piernas de Amanda sobre sus caderas lo retuvieron, reclamando su cuerpo.

—¿Es broma que esta es tu forma de pedir disculpas? —Amanda susurró en su oído.

—Al parecer, resulta —Diego habló sobre su cuello.

—Mira que estoy bastante molesta. —Amanda sonrió de forma coqueta.

Diego tomó una de sus piernas y la levantó para obtener más acceso, sus instintos le gritaban que la necesitaba.

Los alertó el sonido de la puerta del baño que se abrió. Los dos se separaron y Amanda se deslizó al suelo de un salto, bajándose el vestido. Camila se detuvo al verlos.

—Disculpen, solo quería asegurarme de que no se estaban matando, ya me voy.

—No, tranquila, nos vamos nosotros. —Diego tomó de la mano a Amanda y salió al pasillo.

—Espera, ¿cómo que nos vamos? —Amanda se detuvo, mirándolo sorprendida.

—Tranquila, anda. —Camila la alcanzó—. Yo te cubro,

—Creo que ahora terminamos de conversar sí o sí. —Diego, decidido la arrastró hasta el estacionamiento.



## Capítulo 24

Amanda le dio un sorbo a su café y terminó de relatar los hechos, se sinceró hablando de por qué se había peleado con Daniela y le contó además los sucesos con Tomás. Dejó la taza sobre la pequeña mesa de madera y mantuvo fija su mirada en el líquido que quedaba en el fondo. Diego se incorporó del sillón y comenzó a caminar por el salón de su departamento.

—¿Así que está de vuelta en tu vida? —Diego logró pronunciar—. ¿Aún estás enamorada de él?

—No, ya no —Amanda se sorprendió de su sinceridad. Se cuestionó si realmente se enamoró de Tomás o había sido algo más platónico.

—Veo que llevas el brazaletes. —Diego le indicó su muñeca.

—Sí, la verdad, creo que combinaba con mi vestido.

—¿Por qué no te sinceras de una vez y me dices que sientes algo por mí? —Diego escarbó su cabello de manera nerviosa.

—¿Es broma? El que tiene que hablar aquí eres tú.

—Ya me cansé de hablar. —Diego se acercó.

—¿Y eso qué quiere decir? —Amanda sintió como la locomotora en su interior comenzaba a fabricar vapor.

—Que a la única mujer que he dibujado ha sido a ti. —Diego se agachó a su lado acercándose lo suficiente.

Amanda, al percibir su aroma, sintió que las vías en su interior chirriaban para que alguien las transitara. Alcanzó su boca y lo besó. Su brazaletes había servido, podría comenzar con Diego nuevamente y esta vez iba ir por el premio grande.

Se levantó y caminó hasta la escalera. Diego la observó sin comprender.

—¿Qué estas esperando? —Amanda le tendió la mano.

—¿A qué te refieres?

—A que vengas a pedir perdón. —Amanda lo miró con sus ojos llenos de deseo.

Diego se incorporó, sonriendo ante su provocación, su rigidez se hizo presente al instante. Subieron y, al frente de los cristales, sus cuerpos se reencontraron.

La ropa comenzó a caer de forma apresurada. La respiración exhaló lujuria, mientras sus cuerpos se fundían en uno. La pasión contenida los irrumpió en un contacto desafortunado. La respiración desapareció dando paso a sus quejidos, que inundaron toda la habitación.

Unos minutos después, Amanda se desplomó sobre la cama mirando al techo. Trató de recuperar su respiración. Exhaló profundamente. Cuando quiso incorporarse se dio cuenta de que las sábanas estaban adheridas a la humedad de su piel. Sonrió, en su vida había sudado de esa forma y era, de lejos, mucho mejor que golpear un saco inerte.

—¿Estas cansada? —Diego se levantó apoyándose en su codo.

—¿Por qué lo preguntas? —Amanda abrió sus ojos. Aún no estaba en condiciones para su siguiente *round*.

—Porque yo recién estoy empezando a disculparme. —Diego se incorporó desnudo y se dirigió al primer piso—. Voy por agua.

Amanda lo observó mientras desaparecía por la escalera y tomó la almohada de su lado. La colocó sobre su cara y dio un grito de alegría. Si Diego continuaba tocándola de esa manera, explotaría de excitación. Pataleó golpeando sobre la cama, sus alas al fin se desplegaron y su corazón revoloteo de felicidad.

—¿Por qué estas escondida? —Diego le quitó el cojín de la cara y lo cambió por el vaso con agua.

—¿Es broma? Me da vergüenza acordarme de mi despliegue escénico de hace un rato.

Diego se carcajeó.

—¿De qué te ríes? —Amanda lo golpeó con la almohada.

—Veo que ya te recuperaste. —Diego se acercó—. Espero que estés lista, me falta mucho por lo que disculparme.

—En eso tienes razón, aún no estoy muy convencida. —Amanda sonrió y se recostó. Su corazón latía con fuerza, al igual que sus hormonas. El invierno había sido demasiado extenso, por no decir eterno, y ahora la carga de su ferrocarril interno se había vaciado y sus carros recorrían ligeramente las vías de su cuerpo, desde su cabeza hasta la punta de sus pies. Volvió a sonreír al pensar que, si continuaba por este camino, tendría que cambiar su locomotora de vapor por una eléctrica, ya que la velocidad de sus instintos hacia Diego iban a una velocidad de descarrilamiento que no podía evitar.

Amanda parpadeó varias veces para aclarar su vista, el sol de la mañana la encandiló. Pestañeó un par de veces más, para poder orientar sus ojos en un espacio que no reconocía. Intentó incorporarse, pero un peso sobre ella se lo impidió. El brazo de Diego la mantenía rodeada.

Se recostó nuevamente y lo contempló, exhaló y cerró sus ojos para inmortalizar el instante en su memoria. Sacó uno de sus brazos hacia afuera de las sábanas y se fijó en que, de manera delicada, en su muñeca aún relucía la pequeña mariposa. La acercó y la besó. Le había dado más de lo que pudo haber deseado.

El ruido de un celular la despertó de su encantamiento. Diego a su lado rezongó, se acomodó estirando su brazo sobre Amanda, alcanzando el teléfono de su mesa de noche. Diego la besó en la frente y de un salto se incorporó. Se dirigió hacia la ventana, mientras hablaba, al parecer con Marco. Comenzó a levantar sus brazos para estirarse y escarbar su cabello. Amanda se mordió el labio, pensando que de esa manera quería despertar por siempre.

Al cortar la llamada Diego se giró, busco un pantalón de buzo y se lo puso. Claramente no tenía complejos con su cuerpo, pero no quería incomodar a Amanda. Al observarla sobre su cama, se percató de que la tranquilidad seguía en su interior. No podría dejar que se fuera más.

—¿Cómo estás? —Amanda se sentó agarrando las sábanas para cubrirse.

—Como nuevo, ¿y tú? —Diego se acercó y se sentó a su lado en la cama.

—Creo que un poco adolorida, pero debo decir que estás perdonado.

—Eso espero. —Diego sonrió—. Puse mi mayor esfuerzo.

—Ni que lo menciones, pensé que estabas realizando una especie de manda o algo así —Amanda soltó una carcajada.

—Bueno, dormilona, esta vez tampoco podremos desayunar, Marco me espera, ya estoy tarde.

—¿Es broma? ¿Qué hora es? —Amada gritó, abriendo sus ojos.

—Las siete de la mañana.

—¿Qué? —Amanda saltó de la cama, buscando su ropa—. Me va a asesinar, te juro que hoy día sí.

—¿Quién? —Diego se incorporó, para ayudarla a subir el cierre del vestido.

—La directora, ya me tiene entre ceja y ceja, si meto la pata otra vez, estoy segura que me va a desplumar.

—Ya quédate tranquila, llévate mi auto. —Diego se acercó a la mesa y tomó las llaves de su deportivo.

—¿Es broma? —Amanda abrió los ojos como platos—. ¿Estás seguro?, por lo general los hombres no prestan sus vehículos, los cuidan más que a su novia.

—Ya te lo dije, son solos accesorios. —Diego se acercó y le acarició la mejilla—. Lo único que quiero es volverte a ver y espero que me entregues mi auto en buenas condiciones o esta vez pagarás tú.

—Me encantaría agradecer con un beso, pero prefiero lavarme los dientes, si te parece bien, cuando te lo devuelva te doy las gracias.

—Eso espero. —Diego la contempló desaparecer por la puerta completamente hechizado.

No tuvo más dudas, era la mujer que siempre buscó, su piel, su instinto, su cabeza, su cuerpo, todo se lo decía. Buscó rápidamente su cuaderno de dibujo y como siempre sus emociones fueron más veloces que se mano. Esbozó en trazos largos las tintas negras de su tribal, los bordes se proyectaron en pequeñas líneas que abrazaban la silueta de Amanda. Al finalizar percibió que era de esa forma en la que siempre quería estar, enlazado con ella sin separarse jamás.

## Capítulo 25

Amanda terminó de vestirse y estaba por salir de camino al jardín. Había pasado a su casa a bañarse y cambiarse, no podía llegar con vestido de cóctel y olor a noche de pasión a trabajar con los niños. Se dio un último vistazo en el espejo y notó sus mejillas teñidas de un rosado vivo. Sus labios aún mantenían una pequeña hinchazón de color rojo. Pero lo que más sobresalía era su sonrisa de boba en su cara.

No pudo negar su felicidad, lo de fluir al parecer no había sido tan malo. Sonrió. Meditó sobre lo bien que percibió la sensación de que Diego además le hubiera facilitado su auto. La idea de que de un hombre se preocupara por ella no era una experiencia conocida, pero se podría acostumbrar. Así tendrían que ser las parejas, pasión desbordante y cuidado mutuo. Compartir sus cosas y sonreír hasta que tus músculos faciales se cansaran.

El sonido de su teléfono en su pantalón la hizo saltar. Miró la pantalla y levantó sus cejas.

—Si me dices que no te reconciliaste, te mato —Camila gritó al otro lado de la línea.

—Nada de lo que digas me va alterar, mi día es de infinitos colores hoy.

—No lo puedo creer, te uniste al club de la cursilería andante.

—Veo que tú no estás de tan buen humor. —Amanda afirmó el teléfono con su hombro, mientras terminaba de meter sus materiales en el maletín.

—Debo recordarte que me dejaste con el pesado del socio de Diego.

—Lo siento, te compensaré por eso, pero debes admitir que es atractivo

Amanda salió al pasillo. Debía apurarse, ya era demasiado tarde.

—Me acosté con Marco.

—¿Es broma? —Amanda se detuvo—. Menos mal que era yo la que alucinaba.

—Bueno, yo también tengo necesidades y después de observar tu acto de lujuria en el baño y unas copas de espumante...

—Camila, te gusta, ¿por qué lo niegas?, te conozco —Amanda ingresó a la cocina y la visión de su madre la asustó.

—No voy a responder a eso, pero sí te voy a decir que tuve literalmente que huir, ese hombre es insaciable. Pocas veces me han dejado tan deteriorada.

—Cami, no puedo seguir hablando, después te llamó y me cuentas los detalles.

—Ya cuídate, yo también quiero detalles.

Amanda cortó el teléfono y se acercó a saludar a su madre.

—Buenos días, Amanda —Ignacia la miró con gesto serio.

—Mamá, disculpa por haberme ido del restaurante y no haber dormido en la casa y por tener que irme ahora, pero me van a matar en el jardín.

—Tranquila, ya eres adulta, además, si estas con esa sonrisa, no diré nada. —Ignacia dejó su café sobre la mesa—. ¿Es el auto de Diego?

—Sí, me lo prestó para que pudiera llegar a la hora, pero no lo conseguiré —Amanda esquivó la mirada de su madre. Se avergonzaba de llevar frente a su madre pegado el cartel de “sexo tórrido por horas”.

—Creo que es el candidato ideal para que sea mi yerno. —Ignacia la abrazó acompañándola hasta la puerta—. Me encantaría que lo invitaras a cenar.

—Mamá, recién estamos saliendo. —Amanda rodeó los ojos poniéndolos en blanco.

—Pero eso no quiere decir que no se hayan enamorado.

—Ya sé a quién salí tan exagerada. —Amanda movió la cabeza en gesto de negación.

—Disculpa, pero eres mi hija y te conozco, además me parece excelente el cambio que hiciste.

—¿Cuál cambio? —Amanda no comprendió.

—Cambiaste el colgante que te regalé por el brazalete, y eso me da a entender que avanzaste.

Amanda abrió los ojos como platos, definitivamente a su madre no se le escapaba nada. En su memoria apareció la fotografía de su madre en el momento que le había regalado el colgante de la mariposa a los quince años.

—Pero tranquila, me encantó el cambio. —Ignacia sonrió—. Como ya te dije hace muchos años, debes dejar de esconderte en ese envoltorio, siempre has tenido las alas para volar muy alto, en todo lo que quieras hacer y creo que al fin ha llegado tu momento. Pero no todo en la vida es fácil, la felicidad tiene matices, así que no huyas al primer inconveniente.

—Mamá, yo no huyo.

—¿Es broma? —Ignacia puso sus brazos en jarra—. Disculpa, pero hasta cuando naciste, no querías salir de tu refugio cálido, estuve veinte horas en trabajo de parto. Así que a mí no me engañas.

—Está bien, estoy trabajando en eso, pero espero que no sea tan difícil.

—Nunca las cosas son fáciles, pero así se valoran más. —Ignacia le entregó una bolsa—. Toma, es para que almuerces y, ahora, muévete, no por que hayas tenido una noche espectacular vas a ser irresponsable. Apúrate.

Amanda besó a su madre en la mejilla y salió de su casa. Su día continuaba colorido.

Diego levantó la vista y observó la cordillera de los Andes. Respiró profundamente y percibió la ligereza de su cuerpo. El recuerdo de Amanda lo mantenía de un humor impecable y al parecer el cambio era demasiado notorio, ya que los trabajadores lo miraban de forma extraña, y más considerando que antes tenía apariencia de sepulturero.

Terminó de dar las instrucciones al jefe de obra sobre la fabricación de una escala de madera, para la reconstrucción de una casa en el lugar más alto de la capital. Caminó hasta la cocina para poder prepararse un café. Su móvil sonó y contestó.

—Hola, hijo ¿Cómo estás?

—Hola, mamá, no te oigo bien, la recepción es mala en este sector. —Diego se encaramó en un viga para obtener mejor cobertura—. ¿Está todo bien?

—Sí, voy saliendo al doctor a control de mi presión.

—¿Otra vez? ¿Te sientes mal?, pensé que ya habías tenido control. —Diego subió un poco más, por

la viga.

—Sí, es solo rutina; ¿has hablado con Daniela? ¿Me oyes?

—Mal, pero te oigo, no he hablado con ella de ayer, mañana la voy a pasar a buscar temprano, para ir a la consulta de la doctora Miller, tenemos que ver los posibles tratamientos que hay que hacer, para no tener que internarla.

—Me gustaría ir también, creo que es necesario que nos vea juntos en esto.

—Mamá, no quiero que te preocupes.

—Claro que me preocupo, es mi hija.

—Está bien mamá, vamos juntos. ¿Me oyes?

—Sí, algo, ¿tú estás bien? Te noto diferente.

—¿A qué te refieres? —Diego gritó, la señal se perdía.

—Te noto más tranquilo, ¿Diego, me oyes?

Diego trató de levantar el teléfono para encontrar la señal, pero la llamada ya se había cortado. Desde lo alto de la viga divisó a su socio, que maldecía. Se bajó y fue a su encuentro.

—Marco. ¿estás bien? —lo observó que miraba ofuscado su celular.

—La señal es una mierda, ¿tú puedes llamar?

—Algo, pero la llamada se cortó; si es muy urgente, podríamos bajar a la hora del almuerzo.

—No, está bien, déjalo. —Marco hizo un gesto de frustración.

—¿Estas bien? —Diego se preocupó, era raro que Marco estuviera de mal humor.

—Sí, nada importante.

—Marco, te conozco hace diez años, así que, por favor, hombre, dime ¿cuál es el problema?

—Pasé la noche con la guapa de ojos celeste. —Marco se sentó en una banca de madera entre los materiales de construcción.

—¿Es broma? —dijo Diego y al escuchar lo que salió de su boca, comenzó a reír.

—Hermano, estás hablando igual que la gladiadora, creo que estás demente.

—Disculpa fue un lapsus, continúa.

—Bueno, obvio, pasamos la noche juntos. —Marco se incorporó y comenzó caminar de un lado a otro—. Pero cuando desperté, se había ido y me dejó una nota que decía: “te llamo”. ¿Lo puedes creer?

—¿Y cuál es el problema? —Diego trató de ocultar su risa.

—Que yo soy el que digo eso, las mujeres en general me persiguen para que tengamos otra cita.

—A lo mejor tu desempeño no fue tan bueno, a veces sucede. —Diego soltó una carcajada—. A lo mejor tu virilidad está fallando.

—Además de idiota, ahora eres payaso. —Marco lo miró de manera asesina.

—Pero no entiendo, no eres tú el que cree en las relaciones libres, creo que es ideal que en esta oportunidad ella se haya ido y te haya facilitado una salida. Así no tienes que hacer tu acto de Houdini y desaparecer.

Marco continuó paseándose de manera ofuscada.

—¿Hay algo más? —Diego lo examinó.

—¿A qué te refieres?

—Por tu cara podría decir que parece que no querías que se fuera.

—Estás loco, claro que quería que se fuera, estar con esa cara de idiota no es para mí, con la tuya tengo suficiente. Es más, cierro el tema ahora, voy a trabajar. —Marco se colocó el casco de seguridad y emprendió la marcha al segundo nivel.

Amanda estacionó el Volvo afuera del Jardín Infantil, ya eran las nueve de la mañana y recién había llegado a su jornada laboral. Aún no tenía claro la excusa que iba a dar por su llegada tarde. Pero después de su reconciliación con Diego, las consecuencias las podría enfrentar feliz, aunque fuera la mala cara de la directora.

Apagó el motor y se embelesó por última vez con la fragancia que inundaba el interior del vehículo. Para ella se había convertido en su olor favorito. La mezcla perfecta entre la pasión desenfrenada y ¿el amor? Este pensamiento la inquietó, a lo mejor, como le había dicho su madre, ya era hora de avanzar y, aunque trataba de luchar con todas sus fuerzas, no lo podía negar más: estaba completamente enamorada de Diego.

En el tablero del auto la hora le gritó; tomó sus cosas y se bajó corriendo. Entró de manera cauta, si tenía suerte, podría pasar desapercibida. Pasó a gran rapidez por fuera de la oficina y cuando se disponía a entrar a la sala de profesores una voz la inmovilizó.

—Amanda, ¿puedes venir a mi oficina? —Alicia le habló desde la puerta de su despacho.

Amanda ya no se pudo librar. Respiró y se giró, tendría que tolerar el llamado de atención. Al ingresar a la oficina se sentó frente al escritorio y agarró fuertemente con su mano el brazaletes, pensó que le podría infundir paciencia.

Luego de salir de la oficina, su serenidad se había ido de paseo. No había podido evitar enfrentarse en una pequeña discusión con su jefa. Además del llamado de atención por su atraso, había tenido que escuchar las quejas que había presentado su apoderada estrella.

En el salón de profesores guardó sus materiales y se colocó su delantal. Respiró nuevamente y bloqueó sus pensamientos, observó su muñeca y se concentró en las imágenes de Diego, al instante su sonrisa volvió. Con la felicidad en la piel, se encaminó a enfrentar su jornada laboral.

En la tarde, estacionó el Volvo en el edificio de Diego. No quiso abusar de su buena voluntad. Había tratado todo el día de comunicarse con él, pero su teléfono aparecía desconectado. Su intención fue regresar a su casa, pero las ganas de verlo la instaron a subir con la esperanza de encontrarlo.

Cuando bajó del elevador estuvo a punto de volverse. No quiso parecer desesperada. Alejó sus pensamientos lunáticos y caminó de manera decidida. Antes de volver arrepentirse, tocó el timbre.

Un haz de luz se filtró por la rendija de la puerta. Se percató de que estaba abierta. Tocó el timbre nuevamente, pero no hubo respuesta. Empujó la puerta un poco y asomó su cabeza, no quiso ser impertinente. Llamó a Diego un par de veces, pero todo continuó en silencio.

Su primer pensamiento fue que, en su apuro al salir, Diego había olvidado cerrar. Su vista se centró en varias botellas de licor botadas en el suelo. Se debatió unos segundos en entrar o mejor irse, pero su instinto le hizo notar que algo andaba mal.

Entró con cautela y se paró en el centro del salón, el olor a licor la golpeó. La situación le pareció

bastante extraña, por lo que había conocido de Diego no era un gran bebedor. Buscó su celular en su cartera y volvió a marcar su número. Exhaló al escuchar nuevamente el buzón de voz.

Lo meditó unos segundos y maldijo. Un impulso le indicó que revisara el lugar antes de marcharse. Subió a la segunda planta de manera sigilosa, no quería invadir el espacio privado de Diego.

Cuando llegó al dormitorio, la luz de la tarde dejó ver de manera tenue la escena. Contempló un cuerpo inerte sobre la cama. Se exaltó, Daniela dormía. Se giró para marcharse, lo que menos quería era algún tipo de enfrentamiento con su amiga.

Pero llamó su atención la forma de sus piernas, caían de forma despreocupada, como si lo hubieran arrojado. Se acercó con cautela para no despertarla, quiso verificar que estuviera bien. Examinó su rostro, sus ojos estaban cerrados, su cabeza ladeada hacia un costado, sobre un charco de vómito que cubría parte de su boca.

Un grito de pavor se escapó de su garganta al contemplar el color morado de su rostro. Se acercó con dificultad, sus piernas se habían convertido en cemento, sus manos comenzaron a temblar. “¡Qué no esté muerta! ¡Qué no esté muerta!”, gritó su cabeza. Con su mano temblorosa tomó el brazo de Daniela buscando el pulso. No lo pudo encontrar y sus propios temblores hicieron la tarea más difícil.

Se tomó el pelo y acercó su oído a la boca de Daniela. Pero no encontró ningún indicio de su respiración. Se incorporó de golpe y bajó hasta el baño. Tomó una toalla limpia y la mojó, volvió corriendo al segundo piso. Levantó el cuerpo y lo acomodó en forma horizontal sobre la cama. Con la toalla removió los restos de vómito que quedaban introducidos en su boca y cualquier otro objeto que estuviera obstruyendo su respiración.

Una vez que terminó, comenzó aplicar técnicas de reanimación. Agradeció de forma histérica sus clases de primeros auxilios en la universidad. Intercaló respiración boca a boca con presión en su pecho. Repitió la secuencia un par de veces, pero no daba resultado.

—Daniela, por la cresta, respira —gritó desesperadamente.

Continuó aplicando más fuerza en el masaje cardíaco y notando su propia desesperación. Volvió a gritar el nombre de Daniela y escuchó una pequeña exhalación. Tomó su brazo y encontró su pulso, era débil, pero al menos existía. Buscó con la vista su móvil, estuvo segura que había subido con él. Pero no recordaba cuándo lo había arrojado.

Se agachó debajo de la cama y lo encontró, con sus manos sudadas y temblorosas llamó a la policía, el único número que recordó fue el famoso 1-3-3, su mente no estaba capacitada para buscar nada más. Un cierto alivio la embargó al ser atendida: la telefonista le indicó que mandarían una ambulancia de forma inmediata.

Regresó al lado de Daniela y se cercioró de que aún continuaba respirando. Agarró su mano de forma inconsciente, tratando de que se mantuviera con ella. Le susurró palabras de tranquilidad. Tomó su teléfono y tuvo que secar su mano, pues el sudor no dejaba que desbloqueara la pantalla. Buscó sus contactos favoritos: el primero en encontrar fue el de Camila; marcó, pero no contestó.

Volvió a secar su mano y dio un golpe contra el suelo para calmar sus temblores. Intentó contactarse con su mamá y su hermana, pero nadie le contestaba o sonaban apagados o buzón de voz. Su desesperación creció a pasos acelerados, juntó con las pulsaciones de la sangre en sus venas, que pensó que podrían explotar en cualquier momento.

—Por la cresta, ¿por qué nadie me contesta el maldito teléfono? —gritó angustiada.

Siguió recorriendo la agenda telefónica, necesitaba encontrar a alguien. Marcó el siguiente número y



la voz calmada de Martín apareció en su oído.

—¡Martín! —gritó con desesperación.

—¿Amanda? ¿Estás bien?

—No...necesito ayuda: estoy con Daniela, vine al departamento de Diego y estaba tendida sobre la cama y no respiraba, pensé que estaba muerta y ahora estoy esperando a la maldita ambulancia, que no llega, me estoy volviendo loca —Amanda escupió las palabras, sin detenerse.

—Voy para allá, dame la dirección.

Amanda logró darle las indicaciones, aunque la situación sobrepasaba su realidad. Cuando cortó, el silencio volvió a inundar el lugar. Se percató de que estaba prácticamente estrangulando la mano de Daniela, con los nervios había ejercido demasiada presión. Se acercó para cerciorarse de que la respiración se mantenía y la escuchó, aún débil.

Los minutos pasaron y la espera se hizo infinita, hasta que el ruido de unas sirenas la alertaron de que la ambulancia se acercaba. Corrió al primer piso para recibir a los paramédicos. Una vez entraron y le brindaron la primera atención de urgencia a Daniela, apareció Martín en la puerta. Se arrojó a sus brazos y las lágrimas comenzaron a fluir.

—Tranquila, estoy aquí —susurró Martín en su oído.

Se quedaron abrazados en la puerta, observando cómo se llevaban a Daniela. Amanda quiso acompañarla en la ambulancia, pero no se lo permitieron por el estado de gravedad. Se subió con Martín en su auto y siguieron al vehículo hasta la clínica. En el camino trató de contactar nuevamente a Diego, pero le fue imposible. Intentó localizarlo en la oficina de arquitectura y le dejó un mensaje indicándole el lugar donde habían trasladado a su hermana.

Sus manos no dejaron de temblar durante todo el camino hasta la clínica, las lágrimas corrían por sus mejillas y la desesperación la mantuvo petrificada en el asiento del copiloto.

## Capítulo 26

Amanda mantenía su mirada fija en el suelo blanco de la sala de espera. Su madre sentada a su lado le acariciaba su mano con cariño, tratando de infundirle calma. Percibió un golpe en su codo. Levantó la vista y Martín le tendió un café.

—No, gracias —susurró. Se incorporó y fue al mesón de enfermería a consultar nuevamente el estado de Daniela y le volvieron a decir lo mismo, que no tenían aún noticias.

Exhaló de manera cansada, aún no podía procesar todo lo ocurrido en las últimas horas. Además, la voz de la mamá de Daniela cuando la llamó para notificar el estado de su hija continuaba dando vueltas en su cabeza. La observó sentada, con la mirada perdida, quiso conversar con ella para infundirle calma, pero ni ella aún estaba segura de si todo saldría bien.

Percibió alivio al ver que su madre se acercaba y la abrazaba. El sonido de unos pasos la hizo girarse. La puerta blanca se abrió de golpe, ingresando Diego y Marco corriendo. “Al fin”, pensó. Se acercó a toda prisa y entre sollozos trató de explicarle a Diego lo sucedido.

—Tranquila, ¿han informado de algo? —Diego la observó pálido. Con expresión de angustia.

—No han dicho nada aún —dijo Martín a su lado.

Diego se encontró con su madre y la tomó en sus brazos, los sollozos de la mujer hicieron que el vello de Amanda se erizara.

—Los parientes de Daniela Echeverría —dijo un hombre en el centro de la habitación. Su bata blanca lo identificaba como el doctor.

Todos se acercaron a escuchar. Diego, en primera fila, con su madre del brazo.

—Daniela en este momento se encuentra fuera de riesgo vital, sufrió una intoxicación por alcohol. Por la gran cantidad que se encontraba en su torrente sanguíneo, el oxígeno no está llegando de forma adecuada a su organismo, por lo que la mantenemos sedada conectada a un respirador artificial, hasta que pueda volver a respirar por sí sola. En cuanto al embarazo, en este momento no ha sufrido complicaciones, pero aún es muy prematuro para poder valorar las consecuencias de este incidente en el estado del bebé, así que hay que seguir el monitoreo hasta las próximas horas. Lo lamento.

—¿Dijo embarazo? —Diego abrió sus ojos, descolocado.

—Sí, ¿no estaban en conocimiento? —El doctor hizo una pausa—. Daniela presenta una gestación de 12 semanas.

—No lo sabíamos —dijo su madre—. ¿Puedo verla?

—Está en cuidados intensivos, solo pueden entrar familiares directos.

Diego solo logró asentir con su cabeza, mientras el doctor continuaba.

—Está de más decir que hoy Daniela tuvo mucha suerte, por la gran cantidad de alcohol que consumió me atrevería a decir que trató de atentar contra su vida. Ya contacté con otros médicos que van a realizar un seguimiento de este caso, para orientar a Daniela a superar esta crisis. Es muy importante el apoyo de la familia. ¿Quién fue la persona que realizó la reanimación?

—Fui yo —Amanda se acercó con temor. Pensó que lo único peor que podría suceder era que la

hubiera embarrado más.

—La reacción que tuvo fue la más acertada, muchas personas no son capaces de responder con la cabeza fría frente a estas situaciones. Si no le hubieran realizado los primeros auxilios, lo más probable es que ahora nos encontrásemos frente a otro escenario. Bueno, me disculpo, me tengo que retirar; los mantendré informados.

Todos observaron al doctor desaparecer por la puerta. Ninguno de los presentes fue capaz de pronunciar una palabra.

—Necesito verla —habló la madre de Diego.

Diego, impávido, no reaccionó. Ignacia se ofreció a acompañarle para que pudiera ingresar.

—Hermano, tranquilo todo va a estar bien. —Marco golpeó su espalda en gesto de aliento.

—¿Dijo que está embarazada? —Diego se giró hacia Amanda.

—Sí, Diego, pero tranquilo.

—¿Cómo voy a estar tranquilo?, está conectada a un ventilador, casi se muere y además está embarazada y que yo sepa no sale con nadie.

—Diego, lo importante ahora es que se recupere, eso se verá después —dijo Marco.

Diego comenzó a caminar dando vueltas alrededor del salón. Sentía cómo su pecho se encogía y la desesperación y el miedo lo martillaban sin cesar. Su cabeza giró buscando tranquilidad, pero la culpabilidad lo aplastó.

—Diego —Amanda se acercó tomándolo del brazo—. Se va a recuperar, tienes que estar tranquilo.

—Es mi culpa que se encuentre en ese estado, cómo fui tan imbécil para no darme cuenta de lo que ocurría —Diego se soltó. El remordimiento comenzó a nublar su visión—. Si le pasa algo, te juro que no me lo perdonaré. Yo no he sido capaz de ayudarla, me he preocupado de salir adelante mientras ella cada vez se hundía más.

—Hermano, no es tu culpa, has hecho lo que has podido —dijo Marco.

—¡Pues no fue suficiente! —Diego gritó—. No es suficiente. Es mi culpa.

Percibió que el aire comenzaba a desaparecer del salón y todo se le hizo borroso. Necesitaba salir con urgencia del lugar. El miedo de perder a su hermana no era siquiera comparable al miedo que sintió de pensar que ella quisiera morir. Buscó con la mirada la puerta de salida y, como su cuerpo le permitió, caminó hacia el exterior.

Las voces que lo llamaron se perdieron entre el bullicio del tráfico de la calle.

Avanzó un par de cuadras sin rumbo, solo necesitaba botar su desesperación, pero a cada segundo crecía más. En un abrir y cerrar de ojos, su mundo se tiñó oscuro, y de un oscuro aterrador. Ya había perdido a su padre, no podía perder a su hermana. No lo podía permitir, era joven, con todo un futuro por delante, no se merecía estar así.

Su cabeza giró aturdida, como si lo hubieran atropellado, y la pregunta que aparecía de manera aplastante era: ¿Cómo la podía ayudar? Percibió que su vista se volvía a nublar, divisó un banco y lo alcanzó. Se desplomó sobre él, recuperando su respiración. Se agachó tomando con las manos su cabeza y respiró con gran esfuerzo.

El dolor lo hundió y lo penetró como cuchillas que se enterraban sin cesar. Sus ojos se inundaron de lágrimas y lloró. Sus pensamientos lo llevaron a la imagen de su hermana pequeña. Recordó sus ojos asustados cuando de noche lo despertaba, para que fuera a espantar a los monstruos de su pieza.

Esgrimió una pequeña sonrisa ante esta imagen, ya que nunca la había podido tranquilizar del todo y siempre terminaba acostado con ella abrazado.

La última imagen que mantenía de aquellos momentos felices era de cuando Daniela lo había despedido en el aeropuerto, antes que se fuera hacer su *magister* a Estados Unidos. Casi no pudo embarcar, Daniela lo mantuvo abrazado tan fuerte, tan largo rato, que no había podido respirar. Al decir adiós, la recordó con su sonrisa que iluminaba el lugar y su pelo oscuro amarrado en una coleta que bailaba de un lado a otro, mientras ella le lanzaba besos.

Después de eso, todo se había venido abajo. La muerte de su padre los había destrozado a todos. El tener que ser fuerte por los tres lo había llevado a sumergirse en su vida profesional. Pero había sido egoísta, se había alejado de cierta forma de su familia para poder sobre llevar su propio dolor. La había cagado hasta el fondo.

Apretó sus manos en puños y de la pena, pasó a la rabia. No permitiría que se fuera, no permitiría que lo dejara. No sabía cómo, pero no lo permitiría. Levantó la cabeza y de algo estuvo seguro: esta vez estaría con su hermana y no la volvería a dejar otra vez sola, ella se recuperaría; aunque le llevara la vida en hacerlo, ella tendría que ser feliz.

Amanda, después de varias horas en la clínica, fue arrastrada a su casa por su madre. Martín se había ofrecido a quedarse para mantenerla informada. El cansancio que sentía era inmenso, y la imagen de Daniela acostada en la cama no la podía borrar de su cabeza. Nunca se había enfrentado a una situación igual, aún no entendía cómo había sido capaz de reanimarla.

No lograba entender por qué Daniela había llegado a ese extremo. Recordó los momentos alegres que habían pasado en la universidad y cómo después todo se había derrumbado. El arrepentimiento la invadió. Se preguntó por qué no había podido ayudarla más.

—¿Quieres un café? —Ignacia le habló desde atrás.

—No, gracias. —Amanda se recostó sobre el mesón de la cocina. Su estado aún era de conmoción. Además, no había podido hablar con Diego, había desaparecido. Tenía que estar pasándolo pésimo, había tratado de comunicarse, pero su teléfono continuaba sin conexión.

—Amanda. —Su hermana se acercó y la abrazó—. Disculpa, estaba en clases, me acabo de enterar. ¿Cómo esta Daniela?

—Hospitalizada.

—La están estabilizando —intervino Ignacia.

—Lo siento, ¿estás bien?

—No sé cómo estoy, te juro que aún no puedo creer todo lo que pasó. —Amanda comenzó a llorar.

—Debes estar tranquila. —Ignacia se acercó—. Estoy muy orgullosa de tu reacción, estoy segura de que se va a recuperar.

—No entiendo cómo tomó esa determinación, siempre supe que no era muy estable, pero jamás me imaginé algo así.

—Hija, tienes que entender que no todas las personas reaccionan igual al dolor y esa familia ha sufrido mucho. Necesitan encontrar el camino nuevamente. Cuando casi perdimos a tu padre, yo también perdí el control. Ni me imagino como hubiéramos sobrevivido sin él.

—Camila y Martín también perdieron a su familia y nunca han querido matarse. —Amanda la miró desorientada.

—Ellos vivieron su luto y aprendieron a vivir con el dolor de la pérdida. Daniela lo ha evitado todos estos años y lamentablemente lo ha escondido en el alcohol. Pero estoy segura de que saldrá adelante, sobre todo ahora que va a ser madre.

—¿Daniela esta embarazada? —Josefa se enderezó.

—Sí —Amanda se desplomó en el mesón nuevamente.

—Qué problema, ¿cómo está Diego?

—No lo sé, se puso como loco y luego desapareció.

—Tienes que darle tiempo, él debe estar muy afectado —dijo Ignacia.

—No sé cómo ayudarlo. —Amanda secó sus lágrimas.

—Ahora no puedes hacer mucho, además, su familia lo necesita.

—Ven, creo que necesitas que te arropen un rato. —Josefa la arrastró a su dormitorio y la metió en la cama, le quitó sus botas y se acostó a su lado. La abrazó y le acarició su pelo.

Amanda ya no quiso pensar, ni hablar más, se cobijó en los brazos de su hermana, alejando todas las imágenes perturbadoras del día. Después de un rato el agotamiento la atrapó, cerró sus ojos y se dejó llevar por el inconsciente sueño.

## Capítulo 27

A la mañana siguiente Amanda despertó, al abrir sus ojos sintió como si un camión la hubiera atropellado. Las últimas semanas habían sido más que intensas, si las podía definir de alguna manera.

—¿Qué hora es?

—Las once —dijo Josefa a su lado.

—Tengo que ir a trabajar. —Amanda se sentó rápidamente.

—Tranquila, es sábado. —Josefa la volvía a arropar.

—Te juro que ya no sé ni en donde estoy. —Amanda se recostó, sintiendo un dolor punzante en su cabeza.

—Obvio, después de todo lo que has pasado, creo que lo mejor es que descanses. Tú te quedas aquí y yo te traigo el desayuno.

—No, tengo que ir a la clínica. —Amanda se volvió a incorporar al recordar los sucesos del día anterior.

—Mi mamá llamó y Daniela esta fuera de peligro, en la madrugada la trasladaron de pieza.

Amanda exhaló con alivio. Tomó su teléfono y lo enchufó, durante la noche se había descargado.

—¿Supiste algo de Diego? —Amanda miró a Josefa esperanzada.

—No, la que sí estuvo acá anoche fue Camila. Dijo que cuando despertaras la llamaras.

—Está bien, gracias.

Amanda se acostó, mientras recordaba el accidente de su padre y lo perdida que se había encontrado en aquel momento. Pensó en Diego y en lo mal que lo debía de estar pasando, lo último que había escuchado de él antes de que desapareciera, era que se sentía sumamente culpable. Ahora se volvió a sentir perdida. ¿Cómo lo podría ayudar?

Se levantó y se duchó. Llamó a Camila y a la media hora la pasó a buscar para ir a la clínica. Mientras su amiga manejaba, Amanda observó el exterior con la mirada perdida. Las imágenes de Daniela aparecieron nuevamente.

—¿Estas bien? —dijo Camila. Al detenerse en un semáforo.

—No, todavía no lo puedo creer.

—Martín esta igual que tú, se quedó toda la noche en la clínica. Esta mañana regresó solo cuando supo que Daniela estaba mejor.

—¿Has hablado con Marco?, porque no me he podido comunicar con Diego, me preocupa como esta.

—No, no he hablado con Marco, pero es comprensible que Diego no esté disponible, si a Martín le pasase algo, te juro que me volvería loca.

—Ni que lo digas.

Cuando llegaron a la clínica, se acercaron al mesón de informaciones para preguntar por el estado de Daniela. Les informaron de que se encontraba estable y que podrían visitarla, si lo deseaban. Amanda pensó que lo mejor sería tratar de contactar a Diego. No sabía que decirle a Daniela.

—Amanda —la voz de una mujer, se escuchó detrás de ella.

—Hola, ¿cómo esta, señora Echeverría?

Antes de que se pudiera dar cuenta, la mamá de Diego la abrazó y sollozó en su hombro.

—Gracias, no tengo como agradecerte lo que hiciste por mi hija, si no hubieras llegado... mejor ni pensar lo que hubiera ocurrido.

—Tranquila, solo estuve en el momento adecuado —Amanda recibió el fuerte abrazo—. ¿Cómo esta Diego?

—Está destrozado, lo acabó de convencer para que vaya a la casa a cambiarse.

—¿Y Daniela?

—Esta despierta, pero la mantienen un poco sedada. El problema con el alcohol la tiene inestable y ahora se tiene que cuidar, sobre todo por su estado —la mamá de Diego la agarró del brazo y la llevó hacia el ascensor—. Tienes que pasar a saludarla.

—Creo que es mejor que descanse. —Amanda trató de detenerse, pero la mamá de Diego no la soltó. No supo cómo explicarle que no era lo mejor que se vieran, Daniela se podría alterar. Miró para atrás buscando la ayuda de su amiga. Pero Camila levantó sus brazos, indicándole que no podía hacer nada.

En el tercer piso ingresaron al dormitorio. Amanda no pudo escapar. Contempló a Daniela con los ojos cerrados, al menos tenía mejor aspecto que la última vez que la había visto. Esto le quitó algo de agobió. La madre de Diego se acercó para examinarla. Daniela abrió sus ojos.

—Hola, cariño. —Su mamá la besó en la frente—. Tu amiga Amanda esta acá, vino a saludar.

—Hola, Daniela. ¿Cómo te sientes? —Amanda maldijo, por lo estúpido de su pregunta.

—Bueno, yo voy hablar con la enfermera y vuelvo. —la mamá de Diego desapareció por la puerta.

—No creas que te lo voy agradecer, no me hiciste un favor. —Daniela se sentó en la cama y acomodó su vía—. Sé que fuiste tú la que me encontró, Diego me lo dijo.

—¿Realmente querías acabar con tu vida? —Amanda abrió sus ojos sorprendida.

—¡Cómo si fuera la gran maravilla! —Daniela desvió la vista hacia la ventana.

—No hables así. —Amanda guardó silencio. No sabía qué decir ante lo extraviada que se escuchaba a Daniela.

—No me mires con lástima, ya tengo suficiente con mi madre y Diego.

—No es lástima, es preocupación.

—¿Desde cuándo te preocupas por mí?, no lo hiciste antes, menos tienes que hacerlo ahora.

—Daniela, sé que nuestra amistad terminó mal, pero eso no quiere decir que no me preocupes. — Amanda trató de emplear un tono conciliador. Por mucho que la hubiera herido en el pasado, ella no podría juzgarla, al parecer la pena en su interior la había destruido.

—¿Y qué quieres que te diga?, Amanda, te disculpo por haberme dejado de lado años atrás.

—¿Así ves las cosas? —Amanda se desorientó. Los hechos al parecer fueron diferentes para las dos—. Daniela, me encantaría que pudiéramos de una vez hablar sobre lo que sucedió, pero creo que lo más importante es que te recuperes, ya habrá tiempo.

—Si tú lo dices...

—Ahora vas a ser madre, tienes que estar bien por tu hijo.

—Sí, eso ya me lo dijeron todos, sería más alentador que al padre le importara.

—¿No quiere responder?

—No, me dijo que a su señora no le haría gracia, como si para mí fuera divertido.

—Bueno, pero tienes a Diego y a tu madre, estoy segura que ellos te apoyarán.

—Mi madre vive su vida y para Diego soy un dolor de cabeza —Daniela se detuvo, ya que su voz se comenzó a quebrar.

—Estás equivocada. Diego te adora.

—Ah, se me había olvidado que ahora sales con él, tú, la perfecta, y yo la oveja negra, ya sabemos a quién elegirá.

—No se trata de elegir. Lo único que tienes que tener claro es que él va estar contigo, pase lo que pase. —Amanda meditó en continuar hablando con ella. Pero con lo cerrada de su postura, no llegaría a nada. Además, sus pensamientos eran bastantes desconcertantes, ya había escuchado con anterioridad que se sentía desplazada por Diego—. Bueno tranquila, no quiero que te alteres. Espero que puedas salir adelante.

Daniela no contestó, continuó mirando hacia el exterior. Amanda se giró y se marchó. Aunque no lo quiso reconocer delante de ella, sí sintió algo de pena. Poseía una familia, pero se sentía sola y desamparada.

Cuando salió al pasillo, la silueta de Diego apareció por el elevador.

—Amanda —Diego se paró al frente—. ¿Viste a Daniela? ¿Supongo que no se alteró?

—No, tranquilo. —Observó sus ojeras y su expresión preocupada—. ¿Cómo estás tú?

—No sé cómo estoy. —Diego escarbó su cabello, de manera seria—. ¿Tienes un minuto?; me gustaría hablar contigo.

—Claro. —Amanda lo siguió en silencio hasta la cafetería del primer piso. Aunque quiso abrazarlo para darle su apoyo. Él se notaba distante y algo perdido. Por supuesto, lo entendió.

Cuando se sentó en la última mesa de la cafetería, se fijó en que en el exterior se encontraba Camila conversando con Marco. Su atención se desvió al ver que Diego se sentaba al frente de ella. Su mirada le recordó al Diego cabizbajo que había conocido en el metro hacía ya un tiempo. No dijo nada hasta que el habló:

—Amanda, no te había podido agradecer el haber encontrado a mi hermana. Como dijo el doctor, gracias a ti ahora está bien.

—La verdad, solo reaccioné, menos mal que fue de forma adecuada. —Amanda bajó sus brazos y de manera disimulada agarró su brazalete. Tuvo un mal presagio—. ¿Qué vas hacer ahora?

—Hablé con su terapeuta y una vez que la den de alta, la trasladaremos a un centro de rehabilitación. —Diego jugó distraídamente con su vaso—. Es algo que se debió haber hecho hace mucho, pero, si Daniela no lo hacía de forma voluntaria, no se podía ingresar de manera obligatoria y ahora ya no tiene salida.

—Creo que es lo mejor, estas tomado una buena decisión.

—Va a ser complicado, la doctora me explicó que los primeros meses son los peores. Además, está embarazada, es algo que no le juega a favor.



—Pero estoy segura que lo va a superar.

—Gracias por tu optimismo, me encantaría pensar como tú.

—Claro que va a estar todo genial. —Amanda sacó su mano de debajo de la mesa y la puso sobre la de Diego.

—Eso espero. —Diego lentamente retiró su mano—. Amanda, sé que nosotros estábamos comenzando una historia, pero ahora no tengo cabeza para nada más. No puedo dejar a mi hermana sola y soy el único que la puede apoyar y sacar adelante y todo mi esfuerzo va a estar destinado a eso. Ya mucho tiempo me preocupé por mí y ahora se lo debo.

—Diego te entiendo, la familia es lo primero. —Amanda entendió a lo que Diego se refería. Pero eso no hizo que el dolor que se alojó en su interior fuera menos intenso.

—Lo lamento mucho. —Diego bajó la mirada.

—No lo hagas, estás haciendo lo correcto, solo a lo mejor no fue nuestro momento.

—A veces creo que mi momento nunca llegará —Diego habló en tono agotado.

—¿Es broma? Si no eres un viejo. —Amanda trató de animarse y animarlo—. Además, vas a ser tío.

—Sí —Diego esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Necesitas algo en que te pueda ayudar?

—Te lo agradezco, pero creo que por ahora no. —Diego escuchó su móvil y lo contestó.

Amanda lo observó, tratando de que ni un pelo de su cuerpo se moviera, trató de mantener la tristeza del momento en el último rincón de su interior, pero su control desaparecería en cualquier instante. Vio que Diego se levantaba, pero ella no fue capaz de moverse.

—Me tengo que ir, el doctor necesita hablar conmigo. —Diego le tendió la mano—. Nos vemos.

Amanda se incorporó como un resorte, no pudo tocarlo, su contacto mandaría su dominio a la mierda. Solo se giró y se marchó. Dejándolo atrás. Al caminar sintió cómo parte de su alma se desprendía de su cuerpo. La locomotora en su interior gimió de dolor y se encerró en su depósito, para nunca más volver a salir.

Camila la alcanzó en la calle y ya no pudo contener más las lágrimas que afloraron, al mismo tiempo que su pecho se desgarraba en pequeños fragmentos. Se abrazó a su amiga dando paso a su dolor.

—¿Qué te hizo el imbécil ahora? —dijo Camila.

—Solo lo que tenía que hacer, preocuparse por su hermana.

—Daniela lo hizo otra vez.

—¿A qué te refieres?

—Te volvió a cagar la vida.

—Ella esta desorientada, no sabe dónde está parada, el error fue mío al tratar de pensar que una relación con su hermano resultaría, esto iba a explotar tarde o temprano. —Amanda secó las lágrimas de su mejilla.

—No lo comparto, yo perdí a mis padres y nunca me he comportado de esa forma.

—Bueno, tuviste la suerte de recuperarte, ella está perdida.

—¿Es broma? ¿Y por eso tienen que ser todos infelices?, porque estoy segura de que Diego te quiere.

—Se acabó. —Amanda alzó la voz—. A lo mejor es su momento para dejar de arrastrarse en la

oscuridad y que pueda surgir y yo no voy a interferir en eso.

—¿Aunque sufras?

—Yo no sufro, me importa una mierda. —Amanda caminó hacia el auto. Su cabeza estaba apuntó de reventar. El brillo de su brazalete captó su atención, lo agarró con fuerza y se lo quitó. No quiso seguir sintiendo a Diego en su piel. Lo tendría que sepultar junto con este capítulo de su vida y lo cerraría: costara lo que costara.

—¿Y ahora qué piensas hacer? —Camila se paró a su lado.

—Lo único que puedo hacer, ir a golpear algo.

## Capítulo 28

A los días Diego terminó de guardar algunos objetos personales en su maletín. Sintió su oficina fría y silenciosa. Dio un último sorbo a su café y observó el ventanal. Un golpe de la puerta lo despertó.

—¿Ya tienes todo listo? —Marco ingresó en el despacho.

—Sí, el correo ya lo desviaron a tu casilla, así que ahora recibirás todas las quejas tú.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Aún no lo sé, Daniela solo lleva dos días en el centro de rehabilitación, algunos meses en principio.

—A lo mejor, el trabajo te podría ayudar como una distracción.

—No quiero más distracciones, todo mi tiempo está destinado ahora a mi hermana.

—¿No estarás siendo un poco drástico?

—Marco, no quiero discutir contigo, ya tomé una decisión y es sacar adelante a Daniela.

—¿Y qué pasa con Amanda?

—No quiero hablar de ella. —Diego adoptó una postura rígida—. Eso ya terminó.

—Pero hermano, tú la quieres, no creo que ayudar a tu hermana signifique torturarte, es como si te estuvieras castigando.

—Ya te dije, no quiero hablar de eso, ella estará bien; encontrará algún hombre que la quiera y será feliz y yo no lo puedo hacer.

—No estoy de acuerdo, creo que ella también te quiere, ¿no es decisión de ella con quien quiere estar?

—Ya es suficiente, ¡no quiero hablar del tema más! —Diego golpeó la mesa.

—Está bien, entiendo —Marco se giró para marcharse—. Te mantendré al tanto de la oficina.

Diego tomó su maletín y vio asomado su cuaderno de dibujo. Volvió a su escritorio y del cajón extrajo la mariposa de colores. La metió dentro del cuaderno y lo guardó con sus objetos. No podía permitirse ser feliz si su hermana no lo era. Los sentimientos alojados en su interior eran fuertes, pero no más que las ganas de ayudar a su hermana. Tuvo claro que este no era su momento. El miedo lo hizo temblar ante la pérdida de Amanda, sabiendo que a lo mejor nunca lo podría recuperar, pero era el calvario que tendría que atravesar para ayudar a su familia.

Al salir al pasillo, se encontró con un hombre de pelo rubio, al instante lo reconoció.

—Supongo que no me vienes a gritar que soy un imbécil como tu hermana.

—No, aunque sí lo creo, pero vengo a otra cosa —Martín lo miró fijamente.

—Está bien. ¿Qué quieres?

—Quiero ver a Daniela —en la voz de Martín se notó determinación.

—¿Cuál es tu interés en mi hermana?

—Solo la quiero ayudar y si me lo permites sé que lo puedo hacer.

—¿Estás seguro? —Diego se sorprendió, pero le dio crédito por su valentía.

—Claro que estoy seguro y creo que necesitas ayuda y ella también, no puedes hacer esto solo.

Diego lo observó sin comprender su interés. Meditó unos segundos sobre su proposición y se dijo que a lo mejor tenía razón y sí, necesitaría ayuda.

—Está bien, vamos ahora voy al centro de rehabilitación.

—Gracias —Martín le tendió la mano.

Amanda terminó de leer el cuento a los niños de su sala, levantó la vista y el timbre del recreo sonó. Como siempre, los niños salieron corriendo al patio. Cerró el cuento y lo guardó en la biblioteca.

—¿Vamos a tomar desayuno? —dijo Celeste.

—No, gracias, no tengo hambre, me quedaré revisando unas cosas.

—Amanda, tienes que alimentarte, hace días que no te veo comer.

—Estoy bien, es una nueva dieta. —Amanda se sentó en su escritorio para evitar seguir la conversación; ya tenía suficiente con su madre, Camila y Josefa para que su asistente también le hablara sobre su nutrición.

—Ya verás que todo pasará —Celeste se acercó y puso un chocolate encima de la mesa.

—No sé a qué te refieres.

—Bueno, cuando quieras hablar estoy aquí. —Celeste caminó saliendo de la sala.

Desde su ruptura con Diego había estado en piloto automático. Tendría que cambiar de estrategia y mostrar algún tipo de vida. La constante pregunta de si estaba bien la estaba desquiciando. Obvio que no estaba bien, es más, se sentía abatida, por no decir destrozada.

De cierto modo entendía el comportamiento de Diego, pero no llegaba a comprender que la quisiera alejar de su vida. Lo hubiera apoyado en todo lo que necesitara. Pero ya había tomado la determinación de respetar su decisión y olvidar.

En realidad, de la segunda parte no estaba segura, se decía que jamás lo podría olvidar. Apretó su colgante con tristeza. Había vuelto a su antigua mariposa y el brazalete yacía guardado en la caja de los recuerdos. Pensó en lo lamentable que era no poder meter sus pensamientos y emociones ahí también, serían más fáciles de sobre llevar.

Maldijo, otra vez se encontraba desvariando como los últimos días y como siempre sin respuesta, solo desolación. Tomó la primera carpeta que visualizó sobre su escritorio y la abrió. De alguna forma debía distraerse, comenzó a revisar los trabajos de los niños, luchando por escapar de sus recuerdos.

A la salida, Amanda se encontraba en la puerta de su sala despidiendo a los niños cuando vio la silueta de Tomás que ingresaba al jardín. Le indicó a Celeste que continuara con su labor. Entró en la sala y se acercó a su escritorio para recoger sus cosas. Toda la semana se había negado a encontrarse con él, por el momento con suerte podía manejar el conflicto de Diego y le costaba la mayor parte de sus energías.

—Amanda, el papá de Lucas quiere hablar contigo —dijo Celeste desde la puerta.

—Dile que tome una cita para mi horario de atención.

A los minutos Celeste regresó

—Insiste, dice que es importante.

—Está bien, que me espere —Amanda gruñó, lo único que quería era desaparecer.

Al entrar a la sala de atención la golpeó la fragancia de Tomás, pero se sorprendió de que no le causara ya el mismo efecto. En realidad, le podrían decir que ganaba el premio de la lotería y no reaccionaría.

—Hola, Tomás. ¿Cómo estás? —Amanda se sentó frente a él y apoyó sus brazos sobre la mesa.

—Preocupado. —Tomás la miró fijamente.

—¿Por qué? ¿Pasó algo con Lucas? —Amanda abrió los ojos.

—No, Lucas está bien, me tienes preocupado tú.

—¿Y eso por qué? ¿Tiene que ver con mi desempeño como maestra?

—No, tiene que ver con tu desempeño como persona. —Tomás alzó una ceja y mantuvo su postura seria—. Sé que no somos cercanos y solo nos conocimos a medias en el pasado. Pero también sé cómo médico que tu estado emocional está deteriorado y se ve reflejado en el aspecto de tu rostro.

—Tomás, agradezco tu preocupación, pero prefiero mantener mi vida personal para mí. —Amanda suspiró, era lo que le faltaba, la guinda de su pastel, su ex diciéndole que se veía fatal.

—Lo entiendo, pero no me gusta verte así, mi recuerdo hacia ti es más alegre y quiero que sepas que, si necesitas algo, puedes contar conmigo, como apoderado o como amigo, eso sí, prefiero la segunda.

Amanda no pudo evitar sonreír. Tomás realmente era insistente.

—Al menos tu sonrisa me indica que no te hemos perdido. —Tomás elevó su labio marcando la profundidad de su pómulos.

—Al parecer sigo aquí.

—Es bueno saberlo. —Tomás sacó un objeto de su maletín y lo colocó encima de la mesa—. Te traje algo y no quiero que lo sientas como un compromiso, solo es para quebrar el hielo.

—¿Es broma? No puedo aceptar sobornos de los apoderados. —Amanda percibió que su humor se elevaba un poco.

—Primero ábrelo y después conversamos del conflicto de intereses.

Amanda lo miró y luego centró su atención en el regalo. Rasgó el envoltorio y en el interior encontró un libro, al girarlo leyó el nombre: *Pedagogía de la ternura*. Al instante volvió a sonreír.

—Gracias, creo que es un excelente regalo.

—¿No me lo vas a lanzar por la cabeza?

—No, de verdad es genial, muchas gracias. —Amanda reconoció que Tomás había acertado con su presente.

—Hay algo más, en el interior del libro.

Amanda abrió la primera página y encontró un papel doblado. Lo abrió, vio un número de teléfono y abajo decía “Es solo por si lo extraviaste, aún espero que me llames”.

—¿Es broma? —Amanda lo miró sonriendo.

—¿Cuál parte? —Tomás se acomodó en la silla, mostrando su postura segura.

—¿No te das por vencido?

—No, y ya que aclaramos ciertas cosas el otro día, pensé que podríamos ser amigos, no te estoy coqueteando, así que tranquila. —Tomás se incorporó y tendió su mano—. Muchas gracias, tía Amanda, por recibirme y por haberme mostrado con su sonrisa que aún está con vida.

Amanda se despidió con el libro en la mano. Al desaparecer Tomás, volvió a su estado de piloto automático.

A las dos horas, como los últimos días, se calzó sus guantes de color rosa y se subió de un salto al cuadrilátero.

—Veo que te estas tomado el entrenamiento de manera profesional —dijo Max al otro costado del ring.

—¿Vas hablar o vas a pelear? —Amanda dio saltos sobre una pierna y luego la otra, manteniendo su guardia.

—Veo que estás cada vez más violenta. —Max se acercó y colocó un certero golpe en su abdomen.

Amanda se recuperó y le lanzó un gancho izquierdo a la mandíbula. Max se giró, barriéndola con una patada al suelo.

—Los problemas te nublan la concentración. —Max le tendió una mano.

—No tengo problemas. —Amanda rechazó la ayuda y se incorporó.

—El letrero en tu frente no dice lo mismo. —Max conectó un gancho derecho nuevamente en su abdomen—. ¿Estás segura de que quieres continuar?

Amanda secó un hilo de sudor con su antebrazo. No se daría por vencida en la pelea, necesitaba sacar la frustración de su interior. Levantó sus brazos y con su mano derecha le hizo un gesto a Max para que se acercara. Su entrenador sonrió.

Al finalizar el entrenamiento, Amanda entró en los vestidores, se sentó y percibió el temblor de sus piernas después de haber golpeado el saco hasta casi desmayarse. Una voz femenina hizo que diera un salto.

—Sabía que te encontraría acá. —Camila entró y se sentó a su lado—. ¿Estás pensando en inscribirte en las olimpiadas de *kick boxing*? Has venido todos los días.

—Sí, no es mala idea patear traseros internacionales.

—¿Te diste cuenta de que es viernes? —dijo Camila sonriendo.

—¿Ya, y qué tiene de novedoso?

—Que tú y yo vamos a salir y emborracharnos hasta vomitar.

—¿Desde cuándo tú bebes hasta vomitar? —Amanda la miró seria.

—Desde que te transformaste en un pastelito zombi, te juró que das miedo, pero, como tu mejor amiga, tengo el compromiso de acompañarte, aunque me muerdas.

—Camila, agradezco tu intento de subirme el ánimo, pero solo quiero ir a dormir.

—Eso no va a suceder. —Josefa entró en el vestidor.

—¿Qué haces acá? Esto me huele a confabulación. —Amanda colocó sus ojos en blanco—. Y no me van a convencer.

—Bueno, yo sé artes marciales y Josefa conoce los músculos del cuerpo en los que te puede inmovilizar, así que tú decides: por las buenas o por las malas. —Camila se levantó poniendo sus

brazos en jarra.

—Está bien, las odio. —Amanda se incorporó para vestirse; si no las acompañaba, no la dejarían en paz

Josefa dio saltos de alegría.

—Pero primero dúchate, por favor. —Camila la abrazó y luego se alejó.

## Capítulo 29

Diego se levantó y buscó una toalla húmeda. Se agachó junto a Daniela y levantó su cabello. Limpió de su boca los restos de vomito. La alzó en sus brazos y la acompañó hasta su cama. Regresó al baño y limpió por tercera vez el desastre, contempló a su hermana pálida y con sus manos temblorosas. De la mesa tomó un vaso con agua y se lo ofreció.

—Gracias —dijo Daniela en un murmullo agotado—. Creo que no resistiré.

—Claro que sí —Diego se sentó a su lado, con su pecho apretado—. La doctora dijo que los primeros días eran así.

—Para ella es fácil decirlo, no está en mi lugar. —Daniela se recostó de lado y exhaló—. Siento que muero.

—Daniela no vuelvas a decir eso —Diego alzó la voz—. Nada te va a ocurrir, saldrás de esta.

—Me siento podrida por dentro y por fuera. —Daniela cerró sus ojos.

—Tienes que ser fuerte. Y si no lo consigues, yo lo seré por los dos. —Diego acarició su pelo, ubicándolo detrás de su oreja.

—¿Desde cuándo estás tan cariñoso?

Diego abrió sus ojos, contuvo su emoción y siguió acariciando su cabeza.

—Lamento haberme alejado, no volverá a ocurrir.

Daniela se giró y se acurrucó a su lado, dejando que Diego la mimara.

—Espero no te haya molestado que viniera tu amigo —Diego susurró—. Estaba muy preocupado por ti. ¿Algo que contar?

—No es nada importante, es alguien del pasado.

—Si no quieres verlo, le prohíbo el ingreso, no quiero que te vayas a alterar.

—No, está bien, déjalo. —Daniela dio un suspiro hondo y cerró sus ojos—. Es extraño tenerte cerca por tanto tiempo y que no me estés retando.

—Creo que los dos nos equivocamos. —Diego escarbó su cabello y respiró—. Esta vez será diferente.

—¿Por qué no estás en tu trabajo? Llevas muchos días acá. —Daniela se giró y lo observó confundida.

—Lo dejé por un tiempo.

—¿Qué? ¿Por qué?, es lo que más te importa. —Daniela se incorporó.

—En eso estás equivocada, lo que más me importa eres tú y lamento no haberme dado cuenta antes.

—¿Hablas de verdad?

—Claro que sí y no me moveré de acá hasta que crucemos juntos la puerta, bueno, juntos los tres —Diego observó su vientre.

—No creo que me quede con el bebé, estoy pensando en darlo en adopción.

—¿Por qué dices eso? —Diego se exaltó—. Claro que no, eso no lo voy a permitir.



—Diego, mira en el estado que estoy soy un completo desastre, no sé ni cuidarme yo, menos podré cuidar a un bebé.

—No quería tocar el tema, pero ¿qué pasa con el padre?; no me has querido hablar de él —Diego la miró con cautela, esperando que volviera a gritarle, como la última vez que se lo había preguntado.

—No le interesa, cuando le conté me dijo que abortara, que él lo pagaba. —Daniela bajó la mirada.

—Es un imbécil —gritó Diego y se levantó—. Te juro que cuando lo encuentre, lo voy a matar.

—Nunca te diré quién es, además, el hijo de puta ni siquiera vive en Santiago. Está borrado de mi vida.

—Bueno, yo seré el tío que se hará cargo del bebé, jamás le faltara nada y estoy seguro de que serás una madre increíble.

Daniela lo observó y esbozó una pequeña sonrisa, que al segundo fue cambiada por una arcada. Se incorporó de golpe y corrió al baño. Diego se paró detrás de ella, se agachó a su lado y comenzó a acariciar su espalda.

—Tranquila, respira.

—Te juro que necesito un trago. —Daniela levantó la cabeza.

—¿Sí?, en tus sueños —dijo Diego de manera cortante.

A los minutos Diego sintió que el cansancio lo invadía. La habitación se tornó oscura con el paso de las horas. Daniela dormía a su lado, pero su sueño se percibía intranquilo, por los temblores que su cuerpo realizaba constantemente. Lentamente sus ojos se comenzaron a cerrar, aunque trató de luchar para continuar alerta.

La sensación de una tibia mano en su brazo lo asustó, abrió los ojos y observó a su madre sentada en una silla al lado de la cama. Parpadeó un par de veces y se incorporó despacio, para no despertar a Daniela. Sintió un leve dolor en su cuello, por la mala postura que había adoptado recostado.

—Ya es hora de que vayas a descansar —susurró su madre.

—No, estoy bien. —Diego se levantó y se acercó a la mesa a beber agua.

—No fue una sugerencia, fue una orden.

—Mamá, tranquila, me puedo quedar, es mejor que descanses tú, no quiero que te vayas a enfermar.

—Mi doctor me dijo que estoy en perfectas condiciones, así que anda a dormir y a cambiarte de ropa. Yo me quedaré.

—No quiero dejarla sola —Diego se acercó a su madre.

—Entiendo tu preocupación, pero hablé con la doctora Miller y está sorprendida de lo bien que Daniela se está tomando su tratamiento y del aguante que ha tenido. Así que puedes ir tranquilo. —Su madre se incorporó y le entregó su maletín.

—Nos quedamos los dos entonces —dijo Diego dejando nuevamente el maletín sobre la mesa.

—Diego, sé que te has hecho cargo de todo y crees que es tu responsabilidad. Pero no es así, yo me equivoqué al entregarte esta carga solo a ti. Perder a tu padre fue devastador para todos y lamento no haber sido capaz de tener la fuerza para sobreponerme, pero lo más importante para mí son ustedes dos y esta vez saldremos adelante juntos. —Su madre se acercó y le entregó su maletín nuevamente

— Así que te relevo, descansa y mañana nos vemos.

— Está bien. — Diego tomó su maletín. Se sorprendió de observar a su madre tan decidida—. Mañana estaré a las siete de vuelta.

— Te espero a las nueve. — Su madre tomó de la mesa el cuaderno de dibujo y se lo entregó—. ¿Por qué no la llamas?

— ¿A quién te refieres?

— Nunca me he querido inmiscuir en tus cosas, pero por casualidad miré tu cuaderno, debe ser importante la joven que dibujaste tantas veces.

— Eso ya se acabó, no tengo cabeza para pensar en nada más en este momento. — Diego recibió su cuaderno y lo guardó—. Y te agradecería que no habláramos más del tema.

Diego se acercó y besó a su madre en la mejilla. Salió rápidamente de la habitación. No quiso tener que dar explicaciones. Pensó que lo mejor era cerrar el tema de una vez, aunque no podía evitar dibujar a Amanda de manera constante. Cuando trazaba sus ojos, que mantenía en su memoria como un espejismo, sentía que ella permanecía a su lado. De alguna forma lo utilizaba como salida, para no correr e ir a buscarla.

Caminó cabizbajo hacia el estacionamiento, pensó que lo mejor era marcharse de inmediato a su casa. No estuvo seguro de que sus impulsos lo traicionaran y la fuera a buscar. Todos los días trataba de autoconvencerse de que había sido la decisión acertada.

Amanda se sentó en la mesa de un bar en Providencia concentrada en la situación. El bullicio y la alegría de las demás personas en el lugar la hicieron sentir como en un sueño del cual no era partícipe. Contempló a Camila y Josefa, que trataban de animarla, pero no daba resultado.

Respiró profundamente; tendría que poner de su parte para salir de su modo piloto automático, al menos para que se dejaran de preocupar. Los últimos días su modo vegetal mantenía preocupada a toda su familia. Tomó la carta de tragos, no muy convencida de ahogar sus penas en el alcohol, ya que este pensamiento le trajo un pésimo recuerdo de Daniela.

Leyó las bebidas disponibles y colocó sus ojos en blanco, las cervezas artesanales las descartó al instante. Cierta persona que evitó recordar los últimos días apareció de golpe en su cabeza. Continuó en la siguiente línea y fue menos agradable el recuerdo que tuvo al leer la palabra *whisky*, el cuerpo inerte de Daniela despedía ese olor, que se mantenía aún latente en su memoria.

Agarró su colgante ante su ansiedad, tensó sus dedos sobre la carta de tragos, no podía ser que cada bebida le indicara el patético estado de su vida. Su siguiente pensamiento fue que se podría estar trastornando.

— Amanda, ¿qué vas a tomar? — dijo Josefa, indicándole al mesero a su lado.

— *Pisco sour*. — Notó que el mesero llevaba varios minutos esperando.

— Yo ya tengo varias ideas para tu despedida de soltera — dijo Camila animada mirando a Josefa.

— Olvídalo, conozco tus ideas y te juro que mi ratoncito me mataría.

— ¿Es broma? Yo no me voy a sentar a beber té como una vieja. — Camila exhaló—. ¿Qué opinas, Amanda?

— ¿Sobre qué? — Amanda se percató que no había escuchado nada.

—Sobre que Josefa tenga sexo caliente con un desconocido antes de casarse, dice que está de acuerdo.

—¿Es broma?, Josefa no puedes hacer eso, Julián no se lo merece. —Amanda abrió sus ojos como platos.

—Tranquila, no me voy a costar con nadie, lo bueno es que volviste de la luna —Josefa sonrió.

—Pero mirar un poco no hace mal a nadie. —Camila sacó su móvil—. Ya he buscado varias alternativas. Podemos pasearnos por Santiago en un bus que es como una disco, con vedetos que bailan en el interior.

—¿Es broma? No quiero quedar mareada —dijo Amanda.

—Bueno también hay un club, donde te hacen pasar una experiencia estilo Polinesia, te pintan el cuerpo y todo eso.

—No quiero que nadie me esté tocando, olvídalo. —Josefa negó con la cabeza.

—Así como están, terminaremos jugando a las cartas. —Camila emitió un gruñido de frustración. Alcanzó su teléfono que sonaba y al mirar la pantalla lo cortó.

—¿Un cliente? —dijo Josefa, mientras recibían sus tragos.

—No, peor: el pesado de Marco.

—¿Estas saliendo con él?, creo que es muy sexy —dijo Josefa.

—Insisto: a tu ratoncito no le gustaría escuchar cómo te expresas de los otros hombres. —Amanda le dio un sorbo a su copa.

—¿Disculpa? Estoy comprometida, no ciega.

Todas se largaron a reír.

—¿Y qué pasa con Marco? —Amanda habló interesada en el tema.

—Te juro, no entiendo a los hombres: cuando te notas interesada te mandan a volar, le dije que yo la llamaría y no me lo puedo sacar de encima.

—¿Por qué de una vez no asumes que te gusta? Algún día tendrás que dejar entrar a alguien en tu corazón. —Amanda la miró seria.

—Ya hemos hablado de eso y te vuelvo a repetir no me voy a comprometer con nadie.

—¿Es broma? Te vas a volver una solterona amargada. —Amanda dio un trago largo a su bebida.

—Primero, seré solterona, pero de amargada nada, segundo, no quiero encariñarme con una persona para después perderla, ya tuve suficiente con la muerte de mis padres y me rehúso a pasar de nuevo por lo mismo. —Camila se bebió su trago al seco.

—Algún día Martín se va a ir, todo el mundo necesita encontrar a alguien que le quiera y le cuide —dijo Josefa.

—No creo que eso suceda, Martín piensa igual que yo, no se compromete con nadie y, además, yo sé cuidarme sola. —Camila levantó su brazo, haciéndole señas al mesero para que trajera otra ronda—. Podemos cambiar el tema... o si no vamos a terminar todas llorando.

—Hoy vi a Tomás, me regaló un libro y me volvió a dar su número de teléfono.

—¿Es broma? Sí que es persistente —dijo Camila.

—¿Qué Tomás? —intervino Josefa confundida.

—El de la universidad. —Amanda levantó su copa.

—Yo creo que hay algo pendiente —Camila le dio un mordisco a la cereza de su trago—. Y cuando las cosas quedan inconclusas, por no decir la tensión sexual, te persiguen hasta que cierran un ciclo.

—¿Me quieres decir que me tengo que acostar con Tomás para que me deje tranquila?

—Bueno, si mi mente no me falla, tu sexo ardía por él en la universidad. —Camila alzó sus cejas.

—No creo que sea buena idea que salgas con alguien para olvidar a Die...

—No lo digas —Amanda la interrumpió—. Por favor, hablemos de otra cosa, yo me apuntó a los *stripper*.

—Esa es la actitud. —Camila chocó su copa y brindaron.

En su cuarta ronda de tragos, Amanda ya se había relajado pensando que la idea de sumergir su pena en el alcohol no había sido tan mala. Su percepción a cada instante se hizo más confusa y su lengua se trababa al hablar, mientras escuchaba los disparates de Camila.

—Y entonces la mujer le dio con la cartera en la cabeza. —Camila se levantó haciendo el gesto—. Y le gritó “no me puedo creer que a hasta le coquetees a la abogada que nos está separando”.

Todas se largaron a reír.

—Por eso cada vez me convenzo más de que todos los hombres son unos imbéciles y por eso menos me voy a casar —continuó Camila.

—Mi ratoncito no es ningún imbécil, así que no generalices.

—Me retracto: todos menos el ratoncito. —Camila colocó sus ojos en blanco—. ¿Y a todo esto: por qué le dices ratoncito? ¿Come mucho queso?

—Eso es algo personal, no lo voy a comentar con ustedes. —Josefa dio un sorbo a su trago.

—¿Tiene que ver con su tamaño?, porque el ratón es chiquitito. —Camila lanzó una risotada.

—¿Disculpa? Está súper bien dotado, además, el tamaño no importa. —Josefa se afirmó de la mesa al desequilibrarse—. Es más bien por sus dientes, hace maravillas con ellos.

—Qué asco Josefa, no quería tanta información, ¿con qué cara voy a mirar ahora a mi cuñado? —Amanda hizo una mueca de repulsión.

—Para qué preguntan estupideces entonces...

Amanda rió de manera desenfadada, pero el alcohol, además de subir su estado de ánimo, la traicionó al filtrar en su mente unas líneas de tinta que mantenía grabadas en su piel.

—¿Qué pasa? —Camila la observó.

—Creo nunca volveré a sentir en mi vida las sensaciones que sentí con el que no hay que nombrar. —Amanda exhaló, golpeando su cabeza contra la mesa.

—¿Es broma?, no has tenida tanta experiencia sexual, puede que haya estado solamente bien.

—Disculpa, pero sé diferenciar claramente entre una comida desaliñada y una deliciosa, sin tener que haber probado los mejores platos del mundo.

—Buena respuesta, te la doy. —Camila levantó su copa y la chocó contra de la de Amanda.

El licor en su cuerpo le volvió a jugar una mala maniobra y sintió unas imperiosas ganas de llamar a Diego. Podría preguntar por el estado de Daniela, en ningún momento habían dicho que no hablarían más. No sería tan malo, después podría echarle la culpa al alcohol.

Buscó en el interior de su cartera el teléfono, hasta que lo localizó; en la pantalla ubicó el número de Diego y cuando lo tuvo enfrente lo miró largo rato sin poder enfocar su vista.

—¿Y ahora qué te pasa? —Josefa la observó.

—Llévate mi teléfono, por favor —dijo Amanda con el móvil agarrado con fuerza contra su pecho.

—¿Qué? —dijeron en conjunto Josefa y Camila.

—Que me quites el teléfono —Amanda alzó la voz.

—¿Estás demente? —Camila la miró sin entender.

—Por favor, o si no haré algo de lo que me voy a arrepentir.

—Bueno, dámelo. —Camila tendió la mano para que se lo entregara.

—No puedo, vas a tener que tomarlo.

—¿Es broma? —dijo Camila con los ojos abiertos como plato.

—No, no lo es. —Amanda continuó apretando el aparato contra su pecho.

Camila se acercó y agarró parte del teléfono, tratando de arrebatárselo de las manos de Amanda, pero no lo soltó.

—Por favor Camila, aléjalo de mí.

—Eso es lo que intento, pero tú no cooperas. —Camila continuó tirándolo ahora con las dos manos.

—Están muy locas o muy ebrias —dijo Josefa riéndose.

—¿Por qué mejor no me ayudas?, en vez de reírte —dijo Camila seria.

Amanda observó a Josefa, que se levantó de su silla y se acercó, puso las manos abajo de sus brazos y le hizo cosquillas. No pudo resistir la risa y soltó el teléfono. Contempló en cámara lenta cómo Camila caía hacia atrás por la gran presión que había ejercido sobre el celular. Al caer al suelo golpeó la mesa y los tragos se derramaron. La gente se giró para observar la escena, pero Camila fue incapaz de levantarse por sus grandes carcajadas.

—Bien hecho, pastelito, estoy orgullosa de ti —dijo Camila una vez que se incorporó e introdujo el teléfono en su cartera.

—Bueno, creo que nadie debería tomar más —dijo Josefa que continuaba riéndose.

—¿Es broma? Yo quiero otro. —Amanda levantó su brazo para llamar al mesero.

—Yo me voy a limpiar, que huelo a cantina. —Camila se levantó y caminó hacia el baño, secándose con una servilleta de papel sus brazos.

—Hola, ratoncito —dijo Josefa que había contestado su teléfono—. No estoy ebria, solo contenta. ¿Qué? No te escucho, espera, voy a salir.

Amanda observó que Josefa le hacía una seña con la mano, luego se alejó del bullicio del lugar hasta la puerta de entrada. Continuó bebiendo su cóctel hasta que vio una espalda conocida y su corazón se aceleró.

—¿Qué hace Diego aquí? —pronunció en un susurró.

El hombre se giró y la decepción la hundió al notar que solo se trataba de un extraño. Dio un largo sorbo a su copa, pensando que la posibilidad de trastornarse se hacía realidad. Bajó su vista y vio la cartera de Camila sobre la silla. Percibió en su estomago un vértigo ante la idea que cruzó en su cabeza. Miró de manera rápida a su alrededor asegurándose de que sus acompañantes no regresaban.

Respiró tratando de mantener el control, pero su sentido común, gracias al alcohol, se había ido de paseo. Un impulso la hizo tomar la cartera de Camila y localizó en el interior su móvil. Con dificultad tecleó un mensaje en la pantalla y, cuando le dio a enviar, sonrió. Regresó el celular y la cartera a su lugar. Continuó bebiendo su trago, esperando lo siguientes acontecimientos.

A la hora, Amanda ya se había zambullido en la música del karaoke, que había comenzado hacía unos minutos al final del local. Junto a Camila, tarareaba las canciones de manera desafinada. Josefa las seguía con sus brazos, armando algún tipo de coreografía.

La presencia de una persona detrás de ellas las hizo girar.

—Hola. —Tomás sonrió realizando la hendidura de sus pómulos.

Camila y Josefa lo examinaron de arriba abajo, sin poder emitir palabra. Amanda se acomodó en su silla para no perder el equilibrio. Parpadeó un par de veces con la intención de que la imagen se disolviera, pero permaneció frente a ella.

—Gracias por la invitación; tuve suerte de haber terminado mi turno en la clínica. —Tomás fijó su mirada en Amanda.

—¿Y tú eres? —dijo Camila.

—Soy Tomás, profesionalmente apoderado del jardín de Amanda y personalmente amigo. —Tomás sonrió, sin apartar su atención de Amanda.

—Soy Camila, personalmente su mejor amiga y profesionalmente su abogada.

—Soy Josefa, personalmente su hermana y profesionalmente su kinesióloga.

Amanda observó cómo todos se giraban hacia ella, al parecer esperando que dijera algo. Pero su cabeza giró en todas direcciones; quiso continuar las frases, pero no encontró las palabras.

—Soy Amanda, me encanta tener tantos profesionales a mi disposición.

—¿Te quieres sentar? —Camila hizo espacio entre ella y Amanda.

—No, gracias, solo vine por Amanda me pidió que la recogiera; ¿estás lista? —Tomás la recorrió con la mirada.

—Sí, dame un minuto. —Amanda recogió su cartera, pensando en qué se había metido, en que tendría que eliminar el alcohol de su vida. Claramente, no la ayudaba a actuar de forma objetiva.

—Está bien, te espero afuera, estoy mal estacionado. —Tomás se despidió y caminó hacia fuera del bar.

Amanda observó cómo Camila y Josefa lo siguieron con la mirada.

—¿Es broma que él es Tomás? —Camila la observó desconcertada. Abrió su cartera y extrajo el teléfono de Amanda—. Veo que me estás engañando, mentiroso pastelito.

—Un martillo saca a un clavo, dicen —Amanda sonrió. Recibió su teléfono y lo metió en su bolso.

—Creo que, con ese martillo me encantaría tener una ferretería —dijo Josefa.

—Dejen de decir estupideces. —Camila alzó la voz—. Primero: el dicho es un clavo saca a otro clavo, pero el martillazo nadie te lo quita. Segundo: Josefa, estás ebria y a tu ratoncito...

—Ya sé, ya sé, no le gustaría que hablara así, para qué me invitan si no me dejan expresarme.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Camila miró a Amanda.

—Tú me dijiste que cerrará un ciclo —Amanda se incorporó colocando su bolso en el hombro—. Y solo quiero conversar con un viejo amigo. ¿Cuál es el problema?

—El problema es que esté ebria y, además, no me refería a que cerraras el ciclo en los próximos veinte minutos, si no más adelante. Y lo que me faltó decirte es que puedes cerrar uno, pero abrir otro, así que cuidado con lo que haces.

—¿Es broma?, pero si es Tomás. —Amanda hizo un puchero—. No sabes cuántas veces soñé con él.

—¿Y qué pasa con Diego, al que no hay que nombrar? —dijo Josefa.

—Lo nombraste. —Amanda la miró de manera asesina—. Él ya tomó una decisión y yo voy a tomar la mía.

—¿Y cuál será? Ya que estoy segura que no tienes ni idea lo que haces. —Camila la observó.

—Bueno, ya veremos. —Amanda comenzó a caminar.

—Espera. —Camila la agarró del brazo—. Mantén prendido tu teléfono y llámame para cualquier cosa. Ah, y no hagas ninguna estupidez, bueno, eso no es un buen consejo para ti. Solo mantente con la ropa puesta, bueno... no sé... ¿Cuánto he bebido?

## Capítulo 30

—¿Todo bien? —Tomás la examinó con la mirada.

—Sí, todo bien. —Amanda se afirmó en la pared afuera del bar, su nivel de alcohol era demasiado—. Disculpa por venir hecho hacia acá.

—Querrás decir por haberme hecho venir hacia acá. —Tomás sonrió—. ¿Cuánto has bebido?

—Solo un par de copas. —Amanda levantó su mano haciendo un gesto mostrando cuatro dedos.

—¿Cenaste?

—No.

—Creo que necesitas comer algo. —Tomás la abrazó por la cintura y la condujo hasta su auto.

—No quiero que te molestes, solo llévame a mi casa.

—Primero solucionamos el tema de que comas y luego te llevo, no me gustaría que alguien del jardín te viera en ese estado. —Tomás alzó una de sus cejas.

—¿Te han dicho que eso que haces con la ceja es muy sexy? —Amanda abrió los ojos como platos al escuchar lo que salió de su boca.

—Creo que es la primera vez. —Tomás abrió la puerta del copiloto y la sentó en el interior.

Amanda respiró el olor del interior del auto y sonrió de manera sarcástica; no era el mismo auto, pero sí la misma fragancia. Fue como haber retrocedido en el tiempo. Pensó que lo único que le faltaba era encontrar los discos en el bolsillo de la puerta. Examinó el costado de la puerta, pero no había ningún bolsillo. En un impulso, abrió la guantera y observó una figura del hombre araña.

—¿Buscas algo? —Tomás la observó de reojo—. Eso es de Lucas, hay juguetes por todos lados.

—Perdón, no quise ser entrometida, solo recordé algo. —Amanda observó que Tomás la miraba sin entender—. Unos discos que recuerdo que tenías la última vez que te vi.

—Creo que el alcohol te llevó al pasado, ahora todo es por *bluetooth* —Tomás sonrió marcando sus facciones—. Pero sí hay un grupo que me recuerda a ti.

Amanda observó que Tomás buscaba en la pantalla central del vehículo, con los comandos del manubrio hasta que seleccionó una carpeta y le dio a “tocar todo”. De los parlantes comenzaron a escucharse los compases de Kings of Leon.

—¿Es broma? —gritó Amanda—. Recuerdas esa canción.

—Recuerdo algo más que la canción, pero no lo voy a mencionar ya que no quiero que te entusiasmes, solo estoy cuidando de la maestra de mi hijo.

Amanda no pudo evitar reírse, aceptando que le agradaba la perspicacia de Tomás. Mientras sorteaban las calles de la capital comenzó a tararear “Sex on fire”. Abrió la ventana dejando que el viento golpeará su cara. Tomás subió el volumen de la canción y Amada soltó su pelo para que bailara al ritmo de la brisa que ingresaba. Trató de enterrar los últimos acontecimientos vividos y solo quiso involucrarse en el momento, regresando años atrás. Como si nada hubiera ocurrido.

A lo minutos se estacionaron en un local de comida rápida y a Amanda pensó que vivía un *déjà vu*. Bajó el espejo del lado del copiloto y dio un grito al observar su rostro. Su pelo enmarañado sobre



su cara y el maquillaje dibujaba dos líneas negras bajo sus ojos. Rápidamente acomodó su cabello y con una toalla húmeda que había visto en la guantera limpió los restos de lápiz de ojos.

Cuando regresó Tomás, devoró la hamburguesa y las papas fritas. Además de su maquillaje de noche de brujas que ya había visto, Tomás ahora la observaba comer como una desquiciada.

—¿Te sientes mejor? —Tomás le ofreció una servilleta.

—Sí, gracias, disculpa por haberte enviado el mensaje y estar comportándome como una lunática, ahora sí que el profesionalismo se me fue a la punta del cerro —Amanda percibió que el efecto del alcohol había disminuido, pero su sentido común aún no lo recobraba.

—Creo que lo necesitabas, es mejor verte como lunática que como zombi en el jardín, creo que hasta los niños estaban asustados.

—¿Es broma? ¿Lucas te dijo algo?

—No tranquila, Lucas te adora. —Tomás sonrió. Encendió el motor del auto y clavó sus ojos profundos en ella—. Bueno, ya te alimentaste, así que ahora te llevé a tu casa como prometí.

—Creo que aún no quiero volver. —Amanda no tenía ganas de regresar a su casa. Hacía días que no se distraía y no quería volver a encerrarse para torturarse con sus pensamientos.

—¿Qué tienes en mente?

—¿Me puedes llevar donde mi amiga? —pensó que al menos Camila la podría continuar distrayendo.

—Claro, tú me indicas.

A los minutos Amanda cortó el teléfono, abatida. Camila no la contestaba. Apretó su colgante y respiró.

—Creo que tienes dos alternativas. —Tomás la observó y sonrió—. Te llevo a tu casa, donde al parecer no quieres ir o bien te llevo a la mía, pero tranquila, vamos a mantener una relación estrictamente profesional, hasta que tú quieras.

—¿Es broma que no te rindes? —Amada se sorprendió por su invitación, pero no pudo negar la fuerza de gravitación que poseía Tomás. Su atracción hacia él siempre resultaba instantánea.

—¿A qué te refieres? Solo quiero que seamos amigos. —Tomás alzó una ceja esbozando una pequeña sonrisa.

—Está bien, seamos amigos, pero no hagas trampa. —Amanda tendió su mano.

—Creo que la que no tiene que hacer trampa eres tú. —Tomás tomó su mano con delicadeza.

Después de reanudar la marcha, a unas cuadras de distancia, Tomás se estacionó en el sector oriente de la capital. Amanda examinó el edificio lujoso desde su ventana.

—¿Con quién vives? —dijo Amanda al descender del vehículo.

—Solo, ya te había comentado que estoy separado. —Tomás la tomó de la mano y la guió hacia los ascensores.

Amanda, al observar el número del piso que marcaba, movió ligeramente la cabeza; era obvio que hasta el piso de un departamento le recordaba a Diego. Sus pensamientos giraron en torno a lo que había escuchado alguna vez, que estar con otra persona podría ser una forma de olvidar o, por el contrario, algunas veces, aunque se estuviera con otro, no se podía olvidar.

—¿Vienes? —Tomás la observó desde fuera del ascensor.

—Sí, claro.

Al ingresar al departamento observó el espacio amplio, solo algunas divisiones que separaban los ambientes. Los tonos blancos y grises le dieron sensación de frialdad. Una imagen de otro lugar se filtró en sus pensamientos. Movi6 su cabeza r6pidamente para ahuyentar sus visiones. Sigui6 a Tom6s hacia la cocina, pensando que no hab6a sido buena idea. Sola se hab6a metido en la boca del lobo.

Tom6s se quit6 su chaqueta y Amanda vio c6mo su camisa ploma le marcaba el borde del torso. Deb6a reconocer que con los a6os se hab6a transformado en la imagen ideal del hombre al que cualquier chica quisiera meter en su cama. Coloc6 sus ojos en blanco al pensar en el mill6n de veces que hab6a imaginado esa escena en su cabeza. Y ahora que por fin la viv6a... pensaba en otro hombre.

—¿Te gustar6a comer algo? —Tom6s la observ6 desde la cocina, mientras abr6a y cerraba cajones—. Me vas a disculpar, pero solo tengo aceitunas, espumante y helado de chocolate, creo que a6n no es lo m6o ser soltero.

Amanda lo examin6 con el pote de helado en su mano y sonri6. La idea de un calendario femenino cruz6 por su mente. Ten6a que salir de ese lugar con urgencia, sus instintos comenzaban a traicionarla.

—Creo que es mejor que me vaya.

Pero Amanda no se movi6 del centro del sal6n.

—¿Qu6 pasa? ¿No te agrad6 lo que hay en la cocina? —Tom6s alz6 su ceja apoy6ndose en el mes6n de la cocina con su postura irradiando seguridad por los poros.

—No, creo que tu cocina es fant6stica, bueno, creo que tu gusto es impecable, pero creo que ya es tarde y necesitas descansar.

—¿Piensas que est6s sobrepasando la l6nea profesional? —Tom6s rode6 el mes6n y se acerc6 —. Si te preocupa eso, lo podemos solucionar ahora.

—¿A qu6 te refieres? —Amanda dio un paso hacia atr6s.

—Te llevo, no hay problema —Tom6s tom6 las llaves de su auto de la mesa de entrada.

Amanda lo observ6 y se extra6i6 del sentimiento de decepci6n que la embargaba. No alcanz6 a reaccionar cuando Tom6s se acerc6 y la bes6. Atrap6 su cara con una mano y con la otra la tom6 de la cintura desapareciendo el espacio entre los dos. Sus gruesos labios acariciaron su boca y su c6lida lengua nad6 en su interior. Quiso apartarse, pero su fragancia y las ansias de al fin olvidar hicieron que se dejara llevar por el momento. Cerr6 sus ojos y se entreg6 al suave contacto.

Su cuerpo no reaccion6 como antes, pero la sensaci6n de sentir que su universo se arrastraba como tantas veces lo hab6a imaginado en el pasado, se dej6 abrazar y la sensaci6n fue de contenci6n ante la pena que guardaba en su interior.

—Creo que la l6nea profesional ya la traspasamos —susurr6 Tom6s sobre sus labios —. Una cosa menos de qu6 preocuparte.

Amanda abri6 los ojos y lo contempl6, lo que menos le interesaba en ese momento era su l6nea profesional. Su preocupaci6n era que no sab6a cu6l era la l6nea en su vida personal, y ya no hab6a vuelta atr6s: hab6a hecho crecer la brecha de sus problemas.

—¿Y ahora qu6 hacemos? —Amanda observ6 a Tom6s regresar al espacio de la cocina.

—Te relajas. —Tom6s alzo su ceja. Sac6 los alimentos del refrigerador y los coloc6 sobre el mes6n

—. ¿Qué prefieres?

—Creo que por ahora el helado estaría bien.

—Acércate; ¿o necesitas relajarte más? —Tomás esgrimió una pequeña sonrisa que resaltó la hendidura de sus pómulos.

“¿Es broma?”, pensó Amanda. “Ese gesto deberían censurarlo en pro de las mujeres que no quieren ser seducidas fácilmente”. Se acercó con cautela y se sentó en la butaca al frente del mesón. Tomás le tendió una cuchara y abrió el pote de helado.

A los minutos Amanda ya se había logrado relajar. Tomás no había realizado ningún otro tipo de acercamiento. Solo hablaba de su trabajo y se reía de algunas anécdotas. Amanda se percató de que era la primera vez que conversaban y se acomodó en su silla, al notar que lo miraba con cara de boba cuando él sonreía. Maldijo al no poder controlar sus hormonas, pero tampoco las podía culpar: ellas no tenían idea de lo sucesos ocurridos, solo se dejaban llevar por el momento. A lo mejor no sería tan mala idea unirse a ellas.

—Otra vez estás pensando demasiado. —Tomás la despertó—. Es solo helado y, para mostrarte que soy un buen amigo, te dejo la última porción.

—Creo que te he juzgado mal y lamento seguir comportándome como una lunática. —Amanda reconoció que solo trataba de animarla y ella tenía una muralla de concreto puesta entre los dos—. Estos días me comportado de un modo un tanto inestable.

—¿En serio? No me había dado cuenta.

—¿Es broma que te estas riendo de mí? —Amanda puso sus brazos en jarra—. Para que veas que aún no me desquicio te cederé la última porción de helado.

—¿Por qué no, mejor, la compartimos? —Tomás tomó con la cuchara el resto del helado del interior del pote, se acercó sobre el mesón y le tendió la cuchara a Amanda para que comiera.

Amanda la aceptó en gesto de paz, abrió su boca para recibir la cuchara, pero Tomás se la quitó. Amanda arrugó su frente y volvió abrir su boca, esta vez Tomás la acercó dejando que el sabor del chocolate se deslizará sobre su lengua. Amanda la saboreó, pensando que cómo un maldito helado podía volver una situación tan sensual.

Observó que Tomás se levantaba sobre el mesón y atrapó su boca con sus labios; lamiendo el resto del helado, se deleitó con la combinación de sabores y esta vez, derribó la muralla. Esto era lo que había deseado, no quiso escapar más, tal vez era hora de que se diera la oportunidad de saber qué podría pasar.

—Debo darte crédito por tu persistencia. —Amanda sonrió.

—No voy a volver a perder mi oportunidad. —Tomás rodeó el mesón hasta llegar a su lado. Acarició su mejilla y la miró directo a los ojos—. Siempre me has gustado y sé que no lo estás pasando bien, pero quiero que sepas que te esperaré. La verdad es que no tengo mucha paciencia, pero, si necesitas tiempo, lo tendrás. Como te dije, quiero que seamos amigos y, si puede haber algún tipo de ventaja, la tomaré.

—¿Y eso que quiere decir?

—Que quiero ser algo más que tu amigo, no lo puedo evitar. —Tomás se acercó y la besó.

Amanda se dejó llevar, encerró en el fondo de su interior los pensamientos que le susurraban que aquel no era el comportamiento adecuado. Solo quiso borrar la pena y entregarse al momento. Sintió cómo Tomás deslizaba sus manos por su cintura y la acercaba a su cuerpo. Cerró sus ojos y suspiró, abriendo paso a su deseo contenido.

Su ropa comenzó a caer lentamente mientras unas manos expertas la recorrían con delicadeza, activando sus sentidos a cada contacto contra su piel. Observó cómo Tomás se paraba frente a ella y se desabrochaba la camisa lentamente, apareciendo un torso bronceado y unos oblicuos que pocas resistirían. Con su mano recorrió su abdomen y se mordió su labio. Recordó las palabras de su amiga en relación a disfrutar el sexo como una exquisitez.

Cerró sus ojos y se dejó llevar por la excitación que circulaba en su interior. Una imagen fugaz atravesó su mente, pero se decidió a cerrar el ciclo con Diego e iniciar uno nuevo, era lo mejor que podía hacer. Se desprendió de su colgante y lo colocó sobre la mesa.

La vibración insistente de un móvil sobre el mesón los hizo separarse. Tomás alargó su brazo y lo tomó.

—Disculpa, tengo que atender, puede ser una urgencia de la clínica, lo siento. —Tomás se alejó hasta el sector correspondiente a su dormitorio.

Amanda exhaló, como siempre los malditos teléfonos interrumpiendo. Aprovechó el momento para centrarse en lo que estaba haciendo. En realidad, pensó llevaba mucho sin tener verdadera idea de lo que hacía. Rodeó el mesón, vestida con solo su ropa interior, en busca de algo para beber, pues su boca estaba completamente seca y no era por el helado.

En la nevera solo encontró dos espumantes. Ya había cumplido su cuota de alcohol por un día. Tomó un vaso y sacó agua del grifo. Al beberla se percató del líquido tibio en su boca. Volvió a la nevera y sacó la espumante, la colocó sobre su cara y soltó una exhalación de alivio, su cuerpo se encontraba sofocado.

Al girarse observó a Tomás apoyado en la pared de la entrada, con sus brazos y su torso desnudo. Percibió cómo el calor crecía nuevamente en su interior. Debía tomar una decisión vestirse o entregarse a lo que viniera.

—¿Necesitas ayuda con eso? —Tomás le indicó la botella en sus manos.

—No, está bien. —Amanda quiso dejar de parecer una loca y enfrentar la situación. Ya estaba casi desnuda, parada en la cocina con una botella en la mano y Tomás frente a ella, paciente ante todas sus locuras. Tendría que transformarse en una chica sexy y desenfadada, pero no la convencía ninguna de las dos posturas.

Exhaló y retiró el papel del borde de la botella. Tomás buscó unas copas y se sentó al otro lado del mesón.

—¿Seguro que no necesitas ayuda? —Tomás alzó una ceja.

—¿Es broma? He derribado a mi entrenador de *kick boxing*, la botella no me va a ganar. —Amanda ejerció más presión sobre el corcho, no quería parecer ahora una inepta frente a Tomás.

A los segundos la frustración la apoderó, por más que batallaba con la botella no era capaz de sacar el corcho; en un último intento, batió un poco la botella para que el gas la ayudara en su tarea, pero no dio resultado; observó que Tomás la observaba con una sonrisa. Esto la motivó a no darse por

vencida. Apoyó la botella sobre su abdomen y con todas sus fuerzas una vez más empujó el corcho con sus dedos. Esta vez salió expulsado con gran potencia y con un sonido de descorche que a Amanda le sonó a victoria.

Las siguientes acciones vinieron en cámara lenta: observó el corcho salir disparado hacia la cara de Tomás, que se desplomó hacia atrás agarrando con sus manos su nariz.

Amanda dio un grito, luego un salto y corrió a socorrerlo. Contempló un hilo de sangre que caía por su piel. Corrió al baño a por una toalla mojada, la colocó con cuidado sobre la nariz. Ante la presión Tomás profirió un gruñido de dolor.

—¿Estás bien? —Amanda lo miró sin poder dar crédito a lo que había hecho.

—No lo sé —Tomás se levantó y caminó hacia el baño.

Amanda lo siguió maldiciendo por su estupidez. Observó en silencio mientras Tomás se inspeccionaba la nariz en el espejo. Del botiquín sacó un algodón que introdujo en sus fosas nasales.

—No esta fracturada, solo fue un golpe —Tomás se giró hacia Amanda.

—Lo siento, te juro que no fue mi intención —Amanda se sintió pésimamente por haberlo lastimado.

—¿Estás segura que no fue una especie de venganza?

—¿Es broma? Si me quisiera vengar me hubiera puesto mis guantes y te patearía el trasero. — Amanda sonrió con el objetivo de amenizar la situación —. ¿Qué puedo hacer? Me siento fatal.

—Tranquila, fue un accidente, pero sí, el dolor me está matando. —Tomás buscó su teléfono y marcó un número.

Amanda se sentó sobre la cama y lo observó mientras caminaba por el lugar.

—¿Todo bien?

—Sí, pero tendré que ir a urgencias. —Tomás se comenzó a vestir.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —Amanda se incorporó alarmada.

—Un doctor amigo, me recomendó realizar una radiografía, además me dará algo para el dolor, no me puedo recetar yo mismo. —Tomás se acercó y acarició la mejilla de Amanda—. Pero tranquila, es solo rutina.

—Me quiero morir, disculpa, por favor.

—Claro que te disculpo, pero me tendrás que recompensar con creces, además ahora sí que no me olvidaré de ti. —Tomás sonrió y la besó con cuidado en los labios.

Después de dos horas Amanda se encontraba en la sala de espera de la clínica, en el interior a Tomás le practicaban curaciones. Había avisado a Camila para que le fuera a dar apoyo moral; además, no tenía como regresar a su casa.

Se mantenía en la sala jugando distraídamente con su celular, hasta que se acercó a preguntar en la mesa de informaciones por el estado de Tomás. No pudo evitar escuchar una conversación de las enfermeras.

—Ya te dije que estoy en turno, por ende, yo voy a curar al doctor Calderón —mencionó una mujer rubia de ojos claros.

—Lamentable, pero tienes que quedarte en el mesón, tu compañera esta de descanso, por lo que me

dijeron, que tendría que ir yo —respondió la otra enfermera.

—Pero tú no haces curaciones.

—Pero esta vez lo haré, no me pierdo la oportunidad de atender al doctor Calderón. —Tomó un expediente y se marchó.

Amanda observó a la enfermera rubia, que profería un par de insultos y volvió a su lugar; lo último que le faltaba era que una extraña le ladrara, por preguntar sobre el hombre que quería atender. Se sentó, pensando que la historia sucedía casi de la misma manera que en el pasado y ya había terminado mal. ¿Podría ser que todo se repitiera otra vez?

—Maldición, Amanda, ¿estás bien? —Camila ingresó gritando en la sala, acompañada por Martín.

—Sí, nunca te dije que estaba herida. —Amanda se incorporó para que bajara la voz.

—¿Qué haces acá?, no debí dejarte que te fueras con él. ¿Te hizo algo?

—Si la dejas hablar, puede que nos cuente —dijo Martín.

Amanda metió su mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó el corcho. Lo levantó para mostrárselos. Camila y Martín se miraron. Volvieron a fijar su vista en el corcho y luego en Amanda.

—¿Qué es eso? —Camila la miró con una expresión de confusión.

—Casi le rompo la nariz a Tomás. —Amanda los observó afligida.

—¿Trató de hacerte algo? —Martín alzó la voz.

—No, claro que no. —Amanda abrió los ojos—. Estábamos en su departamento conversando y quise abrir una botella.

—¿Es broma? ¿Le diste con el corcho? —Camila se comenzó a reír.

—No es divertido. —Amanda escuchó cómo sus amigos se reían.

—Bueno, a lo mejor se merecía, nunca es tarde —se mofó Martín.

Amanda sonrió.

—Soy un caso perdido.

—Creo que estas un poco loca, pero perdida, no —Martín la abrazó.

Después de hablar con Tomás, se despidió y se fue en compañía de sus amigos. La determinación que la acompañó camino a su casa fue la de enterrarse hasta nuevo aviso. Con esto su pastel ya se había derramado por completo. No cabía ningún otro ingrediente que agregar.

## Capítulo 31

Diego llegó al centro de rehabilitación, caminó por el pasillo y al entrar en el dormitorio de Daniela no la encontró. Revisó en el baño, pero no había rastro de ella. Un mal presentimiento lo cegó, salió corriendo hasta la estación de enfermería, pero no encontró a nadie. Maldijo y salió al jardín, de lejos escuchó el sonido de una risa que le fue familiar.

Al lado de la pileta, sobre una manta, Daniela estaba acompañada por Martín, al parecer jugaba a algún tipo de juego de mesa; se detuvo detrás de un árbol no quiso interrumpir aquel momento. Examinó la escena desconcertado, no podía recordar la última vez que había visto a su hermana sonreír. Aunque su palidez continuaba junto al temblor de sus manos, su expresión era de plenitud.

—Creo que vamos por buen camino. —Su madre habló a su espalda.

—Me asustaste. —Diego se giró exaltado.

—Es una hermosa imagen, mis esperanzas se han elevado un montón.

—Hace mucho no la veía así. —Diego se emocionó tanto que sus ojos se inundaron de lágrimas. La esperanza también comenzaba a crecer en su interior.

—Todavía falta mucho, pero es buen comienzo. —Su madre le tomó la mano—. Vamos con ellos.

—No, déjalos. —Diego la abrazó y caminaron hacia el otro sector—. Vamos a comer algo.

—Veo que tu apetito volvió. —Su madre sonrió.

—Yo diría más bien que mi alma volvió, estaba muy asustado.

—Yo no, estaba segura que todo estaría bien. —Su madre se detuvo y lo miró—. A lo mejor es momento que hagas algo por ti.

—¿A qué te refieres?

—Tú también tienes que ser feliz.

—Mamá estoy feliz, ver a Daniela mejor es todo lo que necesito y no quiero hablar de nada más.

Llegaron a la habitación y Diego recogió las bolsas que había lanzado al suelo. Comenzó a ordenar los objetos personales que había comprado para Daniela. Trato de esquivar la mirada de su madre, pero no se iba librar de ella y no quería hablar ni recordar el tema que quería tocar, así que para zafarse se le ocurrió una idea.

Tomó su teléfono y coordinó una salida con Marco; ahora que el tratamiento de Daniela iba en progreso, a lo mejor podría darse una noche libre para salir y distraerse.

Luego de mencionarle a su madre sobre sus planes, la expresión de su mirada se había relajado. Escuchó los pasos en el corredor y Daniela junto a Martín ingresaron en el lugar. Observó la cara exhausta de su hermana, que inmediatamente se metió en la cama.

—¿Estás bien? —se acercó preocupado.

—Sí, está bien, solo un poco cansada porque se descompensó, pero la enfermera le dijo que era una bajada de presión producto del embarazo —dijo Martín mientras la arropaba.

—¿Eso es normal? —Diego abrió sus ojos.

—Claro que es normal —su madre intervino—. El embarazo es a veces un poco caótico.

Diego observó cómo Martín le servía jugo de naranja a su hermana y se lo entregaba, mientras acariciaba su espalda. Ese gesto le pareció algo más que amistad. El llamado de su hermana en un pequeño murmullo lo hizo acercarse rápidamente.

—¿Qué sucede?

—Sabías que soy excelente para las transacciones. —Daniela lo observó alicaída.

—No entiendo. —Miró a Martín en busca de respuestas.

—Me ganó en el Monopoly, me dejó en bancarrota con todos mis edificios hipotecados, pero fue suerte de principiante. —Martín sonrió.

—No seas mal perdedor. —Daniela se apoyó sobre su codo y levantó su cabeza—. Te destrocé.

—Está bien, lo que tú digas —Martín sonrió—. Dicen que a las mujeres embarazadas no hay que llevarles la contra, pues las hormonas las pueden trastornar.

—No tienes ni idea de lo que hablas —Daniela lo observó.

—Claro que tengo idea, estoy leyendo un libro.

—¡Tiene que ser una broma! —Diego lo observó incrédulo.

—Claro que es verdad, lo leí antes de acercarme a Daniela; dicen que las embarazadas pueden ser unas asesinas en potencia.

Diego se sorprendió al ver que su hermana le daba un golpe en el brazo a Martín y luego volvía a sonreír.

—¿Ves? te lo dije. —Martín esquivó a Daniela—. Hay varios datos prácticos en relación al cuidado de los recién nacidos; te lo puedo traer si quieres.

—Sí, creo que me haría bien leer algo; no tengo idea sobre los bebés. —Daniela trató de acomodar su cabello, pero con el temblor de sus manos le fue imposible

Diego se incorporó para ayudarla, pero Martín ya le estaba haciendo una trenza. Luego su hermana se recostó y comenzó a cerrar sus ojos hasta que se durmió. Él se giró para observar a su madre ante la incredulidad de lo que presenciaba. Su madre solo sonrió tranquilamente.

Martín se levantó, tomó su mochila y les hizo un gesto indicando que se marchaba. Diego lo siguió hasta el pasillo.

—Martín. —Diego se acercó y le tendió su mano—. Gracias, hace mucho no veía a mi hermana contenta y tranquila.

—No tienes que agradecer, lo hago con gusto y me alegro de que este evolucionando.

—Has sido de mucha ayuda, realmente estamos muy agradecidos, no sé cómo voy a compensarte por todo lo que has hecho.

—Tranquilo, algo se nos ocurrirá. —Martín sonrió y le dio un pequeño abrazo. Se giró para irse, pero se volvió—. Tengo una idea, llama a Amanda, así me lo puedes agradecer.

Diego meditó en relación a sus palabras. No quiso comentar que había estado más de una vez en las últimas semanas con el teléfono en la mano para hacerlo, sin mencionar las veces que había pasado en su vehículo por afuera de su casa para poder verla. Pero el temor lo embargaba al no saber la reacción de ella, después de que él terminara las cosas como lo hizo.



—¿Y cómo hago para que me escuche? —Diego se sintió perdido.

—Habla con Camila, ella sabrá que hacer.

Diego se despidió y volvió a la habitación pensando que lo mejor era dejar las cosas como estaban. Ahora que su hermana poseía una leve mejoría tendría que estar más cerca de ella para que no tuviera una recaída, era una de las cosas que le había planteado su doctora.

Amanda se sentó en el mesón de la sala de profesores con un café, aprovechó que sus alumnos se encontraban en el taller deportivo para un descanso. Su cansancio era evidente por las bolsas oscuras debajo de sus ojos. Las grandes cantidades de actividades que había realizado para olvidar a Diego no habían causado el efecto que había querido, solo la habían dejado agotada. Ahora solo necesitaba una siesta con urgencia.

Recordó sus salidas diarias en bicicleta, la preparación del almuerzo, las salidas al mercado con su madre, el orden de su armario y una limpieza profunda de su habitación. La planificación de las clases de todo el semestre. Había realizado manualidades de los números hasta el diez, aunque los niños apenas comenzaban con el dos y en su sala no quedaba lugar para pegar más material.

Pero nada resultaba, hasta había almorzado con Tomás, pero las imágenes y la tensión en su pecho no se iban. Por las noches sacaba los objetos de su caja de los recuerdos y los observaba con el optimismo de que le darían algo de consuelo, pero era imposible. De alguna forma sabía que pasaría, pero la pregunta era: ¿Cuándo?

A la salida mientras conversaba con algunas apoderadas visualizó la silueta del papá más sexy del jardín. Observó que su nariz aún mantenía algunos colores verdes y morados; el recuerdo la hizo sonreír.

—Tomás... ¿Qué te pasó? —Alicia se cruzó en su camino.

Amanda desvió la mirada y se concentró en la entrega de los niños. Aunque no pudo evitar mirar de reojo cómo la directora le coqueteaba a su nuevo amigo. Maldijo al darse cuenta que sentía celos ante la situación. Trató de convencerse de que no le interesaba Tomás, pero las últimas semanas había sido el único que la había distraído.

—Hola, tía Amanda. —Tomás se acercó.

—Hola, papá de Lucas, veo que ya estas mejor. —Amanda sonrió.

—Papá —gritó Lucas, que corrió y se subió en sus brazos—. Tía Amanda, ¿viste cómo le dejaron la nariz los hombros malos a mi papá?

—¿Los hombres malos?

—Sí, los que me asaltaron —Tomás la miró con sus profundos ojos, esbozando una pequeña sonrisa.

—Lo siento mucho. —Amanda evitó reírse ante el comentario de los asaltantes, era mejor idea que comentar que la tía Amanda casi desnuda le había lanzado un corcho en la nariz.

—Mi papá dice que no le duele. —Lucas arrugó la frente.

—Debe ser así, entonces. —Amanda se acercó y acarició su cara.

—Tía Amanda, como le comenté, me voy por unos días a un congreso, pero espero regresar con todas mis energías de vuelta al trabajo. —Tomás se acercó y le dio un suave beso en la mejilla y susurró cerca de su oído—. Me debes una atención en forma particular.

Amanda se incorporó como un resorte, la sugerencia hizo que cierto calor la inundara.

—Bueno, espero que te vaya bien en tu viaje, nos vemos a la vuelta, acá en el jardín. —Amanda percibió como sus mejillas se ruborizaban y giró para entrar a su sala.

Al llegar a su casa encontró a su madre en la cocina y, como siempre, el olor de la comida hizo que se sentara en el mesón como una niña pequeña.

—Veo que estás hambrienta. —Su madre se acercó y la besó en la cabeza.

—Sí, mucho, ¿porque no vuelves tú con el papá a Santiago?

—De eso quería hablar contigo. —Ignacia se sentó al frente—. Mañana me voy, tu padre ya no tiene ropa limpia y, si no me voy, vendrá a buscarme.

—¿Es broma? Pero si solo tiene que apretar un par de botones en la máquina. —Amanda sintió que su pecho se apretó. Tener a su madre cerca esos días la había ayudado a no perder la cordura.

—Lo siento, pastelito, pero no puedo dejar más tiempo a tu padre solo, así que tendrás que seguir adelante como hasta ahora.

Amanda abrazó a su madre, no quería separarse de ella, pero había sido su elección vivir en Santiago y al parecer no había sido tan buena, después de todo.

Luego de comer como todos los días recogió su equipo deportivo y se fue al gimnasio, ahora sí debía eliminar el estrés de la noticia recibida. Al llegar al gimnasio recibió una llamada de Camila diciéndole que nuevamente iba a faltar. Aunque no quiso mencionar lo que tenía que hacer. Amanda supo que iba a salir con Marco y también sabía que no se lo mencionaba porque no quería aceptar que le gustaba.

Se calzó sus guantes rosas y realizó un pequeño calentamiento como todos los días. Una vez que estuvo lista se acercó al cuadrilátero para combatir. Observó a su entrenador, que le hizo una señal para que subiera.

—Amanda es tú turno —Max se bajó del ring.

Amanda observó a su contrincante: le ganaba por varios centímetros de altura, por su casco protector no lo pudo reconocer, pero no le dio importancia; había combatido con todas las personas del gimnasio y a todas les podía hacer frente. Un gesto que realizó con su brazo sobre su cabeza llamó su atención, pero como siempre sus visiones la engañaban.

Levantó sus brazos en guardia y comenzó a desplazarse a través de la lona, al acercarse a su oponente se retiró hacia la esquina, sus guantes oscuros tapaban su cara, por lo que encontró un punto en su abdomen para golpear. Dobló sus rodillas y realizó una combinación de cinco golpes sobre las costillas.

Se separó, pero su adversario continuó con su guardia, se agachó nuevamente para realizar una nueva combinación, pero su contrincante bajó sus brazos y fue el momento que esperó para dar un gancho derecho sobre su mandíbula.

—Me rindo —susurró su oponente.

Amanda se alejó decepcionada, al parecer era un principiante.

—¿Max es broma lo de tu pelea? —Amanda se giró para indicarle a su contrincante y sus ojos casi se salieron de las órbitas al reconocer a la persona de quien realmente se trataba.

—Diego, ¿qué cresta haces acá? —Amanda parpadeó varias veces, podía estar volviéndose loca o al que acababa de golpear era efectivamente a él.

Observó incrédula en su esquina del *ring* a Diego con su casco en la mano, luchando por quitarse los guantes.

—Creo que tienes un buen gancho. —Diego levantó su brazo para escarbar su cabello, pero el guante se lo impidió.

—¿Estás loco? —Amanda gritó sintiendo cómo se descomponía a la vez que las ganas de patearle el trasero crecían.

—Quería que habláramos y pensé que era una buena forma de captar tu atención. —Diego se acercó con sus guantes aún puestos.

Amanda, que lo había tratado de olvidar con todas sus fuerzas, comenzó a sentir como la furia la invadía. Ella, sufriendo estos días, y él aparecía como si nada en su entrenamiento. ¿Acaso pensaba que era un juego?

Se acercó decidida y esta vez le volvió a lanzar un gancho a su abdomen, Diego se sorprendió y bajó sus brazos para cubrirse, Amanda captó este movimiento y con la cara roja de rabia le lanzó un golpe derecho en su ojo, que lo hizo caer.

—Eres un imbécil —gritó y se bajó de un salto del cuadrilátero.

—Espera —gritó Diego tratando de incorporarse.

—Ándate al diablo. —Amanda entró al vestidor azotando la puerta.

En el interior se quitó los guantes y metió todo en su bolso; necesitaba salir de ese lugar en ese momento. Caminó hacia el exterior y en la puerta divisó a Diego con una bolsa de hielo en su ojo.

—Espera —volvió a decir.

—No tengo nada que escuchar y apártate antes que vuelva a golpearte. —Amanda trató de pasar, pero Diego se cruzó. Se quitó la bolsa de hielo que presionaba sobre su cara, mostrando su ojo hinchado y cerrado.

—Me vengo a disculpar. —Diego hizo un gesto de paz con las manos.

—¿Es broma? ¿Y qué te hace pensar que te quiero disculpar? ¿O que siquiera te quiero escuchar? Me dejaste y entiendo que fue para ayudar a Daniela, pero ya sé cómo te comportas cuando tienes problemas y no estoy dispuesta a volver a pasar por lo mismo.

—Me equivoqué, pero entiendo que estaba destrozado, no sabía cómo actuar.

—¿Y ahora que te hizo cambiar de opinión? —Amanda lo observó fríamente.

—Daniela esta mejor y está evolucionando.

—Entiendo, y eso quiere decir que, si vuelve a recaer, ¿me mandarás a volar de nuevo?

—Espero que eso no pase. —Diego se acercó.

—¿Es broma? ¿Quieres decir que si eso pasa te comportarás como un imbécil otra vez? —Amanda sintió que de nuevo su control iba a desaparecer.

—No dije eso.

Las puertas del gimnasio se abrieron y aparecieron Camila y Marco con flores.

—¿Es broma que estaban participando de esta estupidez? —Amanda los miró de manera asesina.

—Pero ¿qué pasó? —Camila observó el ojo de Diego—. ¿Tú lo golpeaste?

—Camila, te adoro, pero es la última vez que te metes en mis cosas y para que lo sepan todos estoy saliendo con Tomás, así que déjenme tranquila.

Amanda caminó decidida hasta la puerta. La palabra furia quedaba chica ante la rabia que sentía.

## Capítulo 32

—¿Y ahora qué? —dijo Diego; con la bolsa de hielo todavía sobre su ojo, recorrió su departamento y se sentó en el sofá—. ¿Alguna otra buena idea?

—Pensé que te escucharía —Camila se sentó al frente de él.

—Hermano, ¿cómo me pude perder el combo que te dio? —dijo Marco riéndose.

—Pensé que estaría un tanto molesta, pero jamás que reaccionaria así. —Diego esgrimió un gruñido de dolor al retirar el hielo.

—Bueno, tú fuiste el imbécil que la mandó a volar, así que no te quejes. —Camila lo miró fijamente—. Y si no arreglas este desastre la que te voy a golpear ahora soy yo.

—No creo que haya mucho que arreglar, está claro que está saliendo con otro. —Diego afirmó su espalda contra el sofá y exhaló. Al parecer la había perdido.

—¿Es broma? No me metí en este problema con Amanda para que ahora tú te rindas, yo sé que te quiere, así que empieza a pensar cómo lo solucionas —Camila se levantó—. ¿Dónde está el baño?

Diego le indicó la puerta al final del salón. Observó cómo Marco la seguía con la mirada.

—¿Ahora quién es el que tiene cara de idiota? —Diego sonrió.

—¿Me hablas a mí? —Marco se giró y se acomodó en el sillón—. Solo somos amigos con algunas ventajas.

—Si tú lo dices... —Diego se levantó y camino hacia la cocina—. ¿Quieres algo?

—No, creo que me voy; Camila esta de pésimo humor y me gusta, pero no soporto a las mujeres cuando se colocan pesadas.

—¿Me vas a dejar con ella? —Diego abrió sus ojos—. Creo que mi día ya tuvo suficiente, además creo que me llamo imbécil.

—No tranquilo, me voy también. —Camila salió del baño—. Tengo que ir a que me golpeen ahora a mí.

Diego se despidió y volvió al sillón, de su maletín extrajo su bloc de dibujo y esbozó el último recuerdo de Amanda. Captó su silueta en su tenida deportiva manteniendo la posición de combate, su pelo sujeto en una cola y sus guantes de *box*.

Se agarró su cabeza, estaba jodido, ahora sí que había metido la pata hasta el fondo. ¿Por qué no podía encontrar el equilibrio? No podían estar todas las cosas bien, siempre había algo que no funcionaba.

Además, que ella estaba furiosa con él, casi literalmente la había lanzado a los brazos de ese tipo. Camila tenía razón: tendría que cambiar su nombre por imbécil. Su teléfono sonó y se exaltó; su primer pensamiento fue que podría ser Amanda. El nombre de su madre en la pantalla lo alertó.

—¿Mamá, pasó algo? —se incorporó de manera rápida.

—No, todo está bien, solo necesito que te quedes con Daniela hoy, tengo que hacer un par de cosas.

—Sí, me ducho y me voy para allá —Diego suspiró, al menos su familia de alguna forma se recomponía. Esto lo mantenía esperanzado. Guardó su bloc mirando por última vez su dibujo.

Respiró y escarbó su cabello. Renunciar no era su estilo y lo iba a intentar, se tenía que dar la oportunidad de ser feliz, como le había dicho su madre y solo lo lograría junto a Amanda, así que iba a pelear por ella.

Al llegar al centro de rehabilitación su ojo ya había pasado de rojo a un morado verdoso. Aún no tuvo clara la versión que le iba a contar a su familia acerca de su aspecto. Al ingresar a la habitación observó a su hermana con mejor aspecto, leyendo un libro de forma concentrada, pero lo que atrajo su atención fue su madre.

—Mamá, qué guapa estás. ¿A dónde vas?

—Tengo que hacer un par de cosas. —Su madre se giró para observarlo—. ¿Diego, qué te paso?

Daniela levantó la vista y fijó su mirada en su ojo, se levantó de la cama y se acercó. Diego escarbó su cabello de forma nerviosa.

—¿Quién te golpeo? —Daniela alzó la voz inspeccionando su cara.

—Nadie, me pegué con un mueble. —Diego desvió la mirada.

—Disculpa... ¿Crees que somos idiotas? —Daniela puso sus brazos en jarra.

—Fue mi culpa. —Diego caminó por la habitación—. Yo la embarré, creo que me lo merecía.

—Hijo, ¿de qué hablas? ¿Algún hombre tiene problemas contigo? —Su madre se acercó preocupada.

—No fue un hombre. —Diego se apoyó en la pared.

—¿Fue Amanda? —Daniela abrió sus ojos.

—Sí, pero ya les dije me lo merecía; me comporté como un imbécil con ella.

—¿Una chica te golpeo? —Su madre sonrió.

—Al parecer no ha cambiado, todo lo resuelve a golpes. —Daniela volvió a su cama—. Cuando se pone así da miedo, mejor huir.

—¿Es la de los dibujos? —Su madre se acercó interesada.

—¿Qué dibujos? —intervino Daniela sin comprender.

—Cambiemos el tema. —Diego caminó hasta la cama y tomó el libro que estaba leyendo Daniela—. ¿Y esto?

—No, yo quiero saber por qué te golpeó. —Daniela abrió sus ojos entusiasmada.

Diego movió la cabeza, al parecer el estado de ánimo de su hermana cada día crecía más, hasta le parecía divertido que lo hubieran golpeado.

—Bueno yo los dejo —su madre agarró su cartera—. Nos vemos mañana.

—¿Mañana? —Diego se incorporó—. ¿No vas a llegar a dormir?

—¿Me hablas a mí?, creo que tengo la edad suficiente para hacer lo que quiera y no dar explicaciones.

Su madre se acercó decidida, los besó a los dos y desapareció tras la puerta.

—¿En realidad pasó lo que acaba de suceder? —Diego se sintió atónito, hace mucho que no veía a su madre decida y ¿viva?

—Sí, creo que al parecer despertó de un largo sueño. —Daniela habló sin darle importancia—. Pero cuéntame los detalles y yo te cuento cuándo me golpeó a mí, te juró que pensé que no saldría viva.

Los dos se miraron y se largaron a reír.

## Capítulo 33

A los días Amanda terminó de almorzar en el jardín, solo había comido un pedazo de carne; su apetito cada día era más paupérrimo. Su teléfono sonó y miró la pantalla. Camila la había llamado toda la semana, pero aún la molestia persistía por la idea del encuentro en el gimnasio. Aunque sabía que no podía dejar de hablar con ella por siempre, la extrañaba demasiado.

—Hola —contestó de manera seca.

—Pastelito, por vez número cien, te juro que no me meto más; ¿me disculpas?

—Aún no me decido, pero al menos podemos vernos hoy. —Amanda sonrió.

—Genial, te paso a buscar.

—Está bien, te tengo que dejar, mi hora de colación terminó.

—Ya, por favor, trata de controlar tu temperamento, no vayas a golpear algún niño.

—¿Es broma? Mi temperamento está perfecto. Además, en unos días llega Tomás.

—¿Sigues con eso? Sabes perfectamente que estás enamorada de...

—Camila, por favor, no quiero hablar de eso y ya te dije que me daré una oportunidad con Tomás. ¿Acaso no eras tú la que me dijiste que tenía que cerrar un ciclo?

—Sí, cierra el ciclo primero con Diego, después pasas a otro.

—En orden el ciclo de Tomás esta primero y ¿qué te pasa, no eras tú la que decías que Diego era un imbécil?

—Sí, y lo mantengo, pero es un imbécil que te quiere.

—Ya te dejo, después hablamos, quiero aclarar mi cabeza y tú no me ayudas mucho, adiós.

Amanda guardó su teléfono y se dirigió a la sala. Ya había tomado una decisión y no iba a dar marcha atrás. Camila tenía razón: sus sentimientos hacia Diego eran fuertes, pero no iba a volver con él, pensando que, a cada problema con su hermana, la iba a dejar de lado. No podría soportar que la apartara nuevamente.

Después de la segunda hora de clases, su asistente la llamó desde la puerta de la sala. Cerró su libro y salió.

—Amanda, te busca la apoderada de Lucas Calderón.

—¿Quién? —Amanda abrió los ojos. Tomás aún estaba afuera del país, pero al parecer había escuchado mal.

—La mamá de Lucas. —Celeste levantó sus hombros, como sin entender tampoco—. Está en la sala de atención.

—¿Te dijo que quería?, no estoy en horario de citas de apoderados. —Amanda se comenzó a preocupar.

—Dijo que era un tema puntual, que solo eran cinco minutos. —Celeste ingresó a la sala—. Anda, yo

te cubro.

Amanda caminó por el pasillo con una creciente ansiedad. Tal vez la ex de Tomás se había enterado de su relación y podría ser de esas mujeres que no superan sus rupturas. No, no podía ser eso, solo salió un par de veces con él. Sus manos comenzaron a sudar y al instante las secó en su delantal; tratando de apartar sus temores, entró en la oficina.

Una mujer alta, de pelo negro, al verla sonrió y extendió su mano.

—Buenas tardes, tía Amanda, soy María Gracia.

—Mucho gusto. —Amanda quedó impactada por su belleza sus ojos verdes deslumbrantes, en conjunto con su vestimenta elegante y profesional, pensó que competía con Tomás en los cánones de hermosura—. Tome asiento, por favor.

—Gracias por recibirme, sé que no es su horario. —María Gracia se sentó y cruzó sus largas piernas.

—No hay problema, la escucho —Amanda se sintió algo intimidada ante aquella mujer, mientras se preguntaba cómo Tomás la había dejado. Si hubiera sido hombre a hasta ella le gustaría.

—Solo comentarle que Lucas está enfermo por eso no asistió hoy, traje su certificado médico, que es válido para toda la semana.

—¿Está bien?

—Sí, solo es un resfriado, pero se pone muy regalón, además, como su papá está de viaje, aprovecha para no asistir al jardín para quedarse conmigo. —María Gracia sonrió de manera dulce.

—Lo entiendo, no hay problema. —Amanda dio un suspiro descargando su nerviosismo.

—Además quería disculparme por no haberme presentado antes, pero mi trabajo no tiene horarios fijos, además, sé que Tomás se encarga de todo lo referente al jardín, eso me mantiene bastante tranquila, creo que realizamos una buena coordinación.

—Sí, es verdad, Tomás es un padre bastante preocupado. —Amanda percibió que el tema de la separación al parecer no le generaba problemas, sintió cierto alivio ante esto.

—Sí, mi esposo es un siete como padre.

Amanda analizó que no se había referido a él como su ex, podría ser que ella aún no se acostumbraba a su nueva situación sentimental.

—Bueno no quiero abusar de su tiempo, solo quería conocerla, Lucas habla maravillas de usted. —María Gracia se levantó para despedirse.

—El papá de Lucas me contó por el momento que estaban pasando. —Amanda abrió los ojos al escuchar lo que había dicho, pero al momento volvió a la calma, en general eran temas importantes para los niños y ella tenía que estar en conocimiento. Pero esto no hizo que su ansiedad bajara ya que había traspasado la línea profesional completamente.

—¿Es en serio? —María Gracia sonrió de manera alegre—. No sabía hasta qué punto le afectaba a Tomás, me alegra saber que realmente esté interesado.

Amanda no comprendía cómo una mujer podía estar contenta después de un divorcio, a lo mejor ella lo había dejado. Además, ¿cómo no iba a estar Tomás interesado en su propia separación?

—La verdad que llevamos más de un año intentándolo, pero los tratamientos no han dado resultado —continuó María Gracia.

—¿Tratamientos? —Amanda ahora si se sintió perdida, ¿sería una especie de terapia de pareja?



—Sí, los tratamientos de fertilidad, tenemos muchas ganas de tener otro hijo, pero hasta el momento, todos los intentos han fallado, este es el último que hacemos, sufrimos mucho con cada pérdida, en uno días sabré si dio resultado.

Amanda quedó en fase de inmovilidad, tratando de entender lo que había escuchado.

—No hemos querido contarle nada a Lucas aún para no darle ilusiones, pero esta vez tengo mucha fe.

—María Gracia expresó con sus ojos su emoción.

Amanda la despidió, solo logrando decirle adiós.

Su mente comenzó a girar y se preguntó: ¿las parejas que se divorcian no hacen planes de tener otro hijo o sí? Era eso o Tomás y su esposa eran demasiado modernos para su comprensión.

—Amanda. —Celeste apareció en la oficina—. Necesito la planificación de la clase de arte.

—Sí, voy —respondió como robot.

Durante las siguientes horas Amanda no pudo salir de su modo automático. Solo respondía cuando le hablaban, revisaba trabajos en forma mecánica, sus pensamientos se habían esfumado, dejando una nube blanca en su mente.

Trataba de entender aún lo ocurrido horas antes, pero prefería no escuchar las voces en su cabeza que le indicaban que había algo mal. A las seis de la tarde, tomó sus cosas y se marchó. Caminando por inercia, observó el auto de Camila y se subió.

—¿Por qué tienes esa cara? ¿Supongo que no le pegaste a alguien otra vez? —Camila la examinó.

Amanda trató de ordenar sus ideas y le relató la visita de la ex de Tomás al jardín. Pero aún mantenía una leve esperanza de haber entendido mal, no podía creer que de nuevo la había engañado.

—¿Es broma? —Camila se estacionó y se giró para mirarla—. ¿Me estás tratando de decir que Tomás sigue casado?

—Yo no he dicho eso. —Amanda agarró su colgante, para tranquilizarse.

—¿Entonces tú piensas que es un buen samaritano y le dona esperma a su ex?

—Puede ser. —Amanda colocó sus ojos en blanco, era lo más estúpido que podía pensar.

—Esto lo resolvemos de inmediato... ¿te acuerdas como llegar a su departamento?

—Algo, ¿qué estás pensando? —Amanda abrió sus ojos ante la posible ocurrencia de Camila.

—En los hechos, vamos a averiguar de qué trata todo esto. —Camila aceleró y volvió a ingresar al tránsito.

—¿Es broma? No voy a ir para allá, además, Tomás esta fuera de Chile.

—Esa es la idea, así podemos averiguar. —Camila sonrió entusiasmada.

—Creo que mejor espero que vuelva y me explique qué ocurre.

—Yo creo que es obvio lo que ocurre y lo más probable es que si le preguntases a él, lo negara.

—A lo mejor ella sabía de lo mío con Tomás y quería crear confusión. —Amanda golpeo su cabeza contra la guantera del auto, su hipótesis era bastante absurda. —Ya está bien, sé que es una estupidez lo que acabo de decir.

—Menos mal que lo dijiste tú y yo no. —Camila la observó de reojo.

Después de una hora recorriendo las calles de la zona oriente, Amanda se comenzó a marear de todas las vueltas que se habían dado, buscando el edificio de Tomás. Aunque pensaba que era una pérdida de tiempo, Camila no se iba a dar por vencida hasta descubrir toda la verdad.

—Creo que definitivamente no recuerdo el lugar, ese día no me encontraba en mis cinco sentidos. — Amanda continuó observando como los edificios pasaban a través de la ventana—. Además, aún no me explicas tu plan de acción.

—Eso déjalo en mis manos.

—No, será mejor que espere a que llegue y hable con él, tendrá que haber una explicación.

—Tu fase de negación la verdad es que me está agotando, pero si insistes en que es inocente hasta que se demuestre lo contrario, eso es lo que voy a demostrar.

—Acá, dobla a la derecha —gritó Amanda al recordar la intersección que observó.

—¿Es aquí? —Camila se estacionó y apagó el motor.

—Sí, el edificio rojo, pero ¿por qué te maquillas? —Amanda la observó sin entender.

—Tú confía, ¿seguro que este es el número de departamento? —Camila levantó la hoja de papel.

—Ya te dije que sí. ¿Qué vas hacer? —Amanda se comenzó a inquietar.

—Recabar pruebas para la formulación de cargos —Camila sonrió, se bajó y entró en el edificio.

A los minutos Amanda golpeaba con sus dedos la guantera del auto, había pasado por todas las radios del vial, sin encontrar ninguna de acuerdo a su estado de ánimo. Su pelo lo había tomado y deshecho en un moño más de diez veces y su colgante lo observaba con brillo de tanto presionarlo. Camila llevaba más de quince minutos en el interior y no salía.

Al fin, en la puerta de entrada del edificio vio a su amiga, junto a un hombre del cual se despedía con una sonrisa.

—¿Qué pasó? ¿Por qué tardaste tanto? —Amanda la miró sin poder soportar la expectación.

—Creo que no te va a gustar lo que averigüé, pero no te lo puedo contar aquí. —Camila encendió el motor y avanzó unas cuerdas. Se volvió a estacionar y se giró de manera seria.

—Primero, tienes que prometer que tomarás con calma lo que voy a decir.

—Camila, habla ya, por favor. —Amanda sintió como su corazón se aceleraba.

—Promete primero.

—¿Es broma? No voy a prometer nada sin saber lo que ocurrió. —Amanda percibió que su paciencia la comenzaba abandonar.

—Bueno, entonces yo prometo que no voy a arrancarle la cabeza a Tomás cuando lo vuelva a ver. — Camila levantó su mano de forma solemne.

—Habla ya de una vez —Amanda alzó la voz.

—Bueno aquí voy, entré, me hice pasar por ti, le dije al conserje que el fin de semana había olvidado algo en el departamento, dije que te llamabas Andrea, tranquila guardé tu identidad, el conserje, muy amable, me contó que ese era el departamento de Pablo.

—¿Quién es Pablo? —Amanda abrió sus ojos.

—Yo me pregunté lo mismo. ¿Quién es Pablo? Resulta que el conserje, como buen conserje, conoce todas las historias de todo el mundo, por tanto, solo tuve que sonreír un poco y ya me estaba contando todo. —Camila hizo una pausa para respirar—. Pablo y Tomás son amigos de hace tiempo y el departamento es de solteros, lo ocupan para traer a sus conquistas. Sin mencionar que el conserje se sentía orgulloso de la vida desenfrenada de los dos. Otro detalle importante: Pablo trabaja en la misma clínica que Tomás. Bueno y me dijo que no podía subir si no me lo autorizaban y bla...bla... bla...

Amanda miró hacia delante procesando la información, luego miró Camila y golpeó con fuerza el tablero del auto.

—¿Estas bien? —Camila la contempló de manera discreta.

—¿Es broma? ¿Cómo voy a estar bien? —gritó Amanda—. El muy hijo de puta me la hizo otra vez, le debería haber sacado la nariz con el corcho.

—Bueno, al menos agradece que no concretaste.

—¿Pero en qué mierda piensa?, tiene una hermosa familia, creo que lo voy a estrangular.

—Te vas a tener que poner a la fila, porque primero lo estrangulo yo. —Camila enarcó sus cejas—. Además, me siento culpable, yo te insté para que cerraras un ciclo, aunque al final me arrepentí.

—¿Y ahora qué hago? —Amanda agarró su colgante con fuerza.

—Dile a su esposa.

—¿Estás loca?, no sería capaz de destruir una familia, además, Lucas es mi alumno, no puedo hacerle eso.

—Al menos hay que ver el lado positivo —Camila la observó de manera seria—. Te lo estás tomando bastante bien, la última vez que Tomás estuvo en tu vida eras un mar de lágrimas.

—Mis lágrimas las gasté todas con Diego.

—A propósito, hablando de él.

—Detente ahí. —Amanda la interrumpió—. Creo que ya es mucha información y no quiero hablar de él, es otro al que quiero estrangular.

—Pero Amanda...

—No, me cansé de todos los imbéciles en mi vida, que se vayan todos a la mierda, estoy pensando seriamente en profesar el celibato.

De regreso a su casa, Amanda aún no entendía cómo había sido tan ingenua para volver a confiar en Tomás. Desde la universidad siempre había sido igual, ¿por qué iba a cambiar ahora? Zapateó contra el suelo de frustración, al parecer sus ansias de desplegar sus alas se habían ido al tarro de la basura, el lugar más seguro en el cual se podía mantener sin tener que sufrir era en su refugio, del cual nunca tuvo que salir.

Josefa ingresó a su pieza con una revista de vestidos de novia; quiso decirle que no era de su interés, pero su hermana no tenía la culpa de sus problemas. Observó la felicidad que reflejaba en su rostro por su matrimonio y no fue capaz de negarse a interminables horas compartiendo los preparativos para su boda.

En la mañana tuvo que arrastrar su cuerpo al jardín, el insomnio de la noche era palpable en sus

ojeras. El dolor de su cabeza hace horas se había alojado y no quería desaparecer. Aún no había definido cómo iba a confrontar a Tomás, pero al menos le quedaban un par de días antes de que regresara. Lo mejor sería sacarlo de una vez de su vida, una buena idea sería enviarle un correo, pensó. Pero para no verlo más tendría que cambiar de trabajo. Maldijo, en qué problema se había metido...

Celeste de lejos la saludó y trató de colocar su sonrisa diaria, el último tiempo su modo zombi ya era algo casual, sus compañeros deberían pensar que era la maestra más depresiva de la vida. Su asistente le indicó que la directora la quería ver en su oficina. Colocó sus ojos en blanco, era lo que faltaba para completar su acontecida vida.

Caminó y golpeó la puerta de la oficina, esta vez sus músculos faciales no quisieron cooperar, por lo que entró de manera seria.

—Buenos días, Amanda —Alicia la miró de manera severa, indicándole que se sentara.

—Buenos días.

—Necesito hablar un tema bastante delicado.

Amanda abrió sus ojos, esperando que otra apoderada hubiera ido a poner algún tipo de reclamo, a lo mejor de alguna forma, si los niños estaban asustados por su humor.

—Lamentablemente ha habido ciertos rumores que están indicando que has establecido algún tipo de relación con un apoderado del jardín. —Alicia continuó mirándola fijamente—. Y comprenderás que de manera laboral no cometes ninguna falta, pero de manera moral no podemos permitir como institución que existan este tipo de conductas.

—Esa es una acusación bastante grave, me gustaría saber quién fue la persona que hizo esos comentarios. —Amanda agarró su colgante para mantener la calma. Claramente se refería a Tomás, pero llamó su atención la acusación, a nadie le había comentado, solo Celeste sabía que se conocían. Además, por ningún motivo iba a aceptar que había cruzado la línea profesional.

—Creo que no es necesario revelar mis fuentes, además no hace falta que lo niegues, sé perfectamente de lo que hablo.

—Y si esta tan segura, ¿para qué me llamó? —Amanda sintió que la ansiedad la traspasó. Alicia nunca le había dado confianza y percibió algo extraño en sus palabras. Además, su trabajo estaba pendiendo de un hilo y todo por culpa del idiota de Tomás.

—Para que lo solucionemos, creo que si quieres seguir trabajando en nuestro jardín debes terminar esa relación inmediatamente —Alicia se reclinó sobre su silla.

—Alicia creo que sus fuentes le informaron mal, ya que no tengo ningún tipo de relación con un apoderado. —A Amanda le parecía muy extraña aquella conversación, pero del todo no mentía: exactamente una relación no tenía con Tomás, ni siquiera habían concretado, pero había algo en la mirada de Alicia que le insinuó que había algo más, y ella quería saber quién había dicho tales cosas.

—Amanda, no te hagas la boba, se perfectamente que sales con Tomás Calderón. —Alicia se afirmó del escritorio mostrando su poco conservador escote.

—Ah, se refería a Tomás, la verdad es que somos amigos de la universidad, pero no tenemos ninguno tipo de relación. Es más, ayer estuve con su esposa, están pensando tener otro hijo. — Amanda pensó que lo mejor era negar la situación hasta el final. ¡No iba a perder su trabajo por un idiota!

—¿Otro hijo? —Alicia se incorporó con la cara desencajada.

Amanda se sorprendió al ver la reacción de la directora, al parecer le había creado tanta sorpresa como a ella.

—¿Estás segura? —La miró desconcertada.

—Claro, hablé con ella ayer. —Amanda no comprendía lo que estaba pasando.

—No lo estarás utilizando como excusa para quedarte con Tomás...

—¿Disculpe? ¿Por qué me voy a querer quedar con Tomás?

—Porque desde que llegaste, no me ha vuelto a llamar; y no te voy a dejar el camino libre. Además, él me dijo que se estaba separando, es imposible que vaya a tener otro hijo, eso lo inventaste, no pensé que fueras tan baja.

—¿Es broma? —Amanda se levantó de su silla gritando—. ¿Tomás salió contigo?

—Dejemos las estupideces, sabes que no es exclusivo tuyo, pero estaba antes conmigo, así que, si no te quitas del camino, tendré que despedirte y supongo que no quieres eso...

—¿Me estás chantajeando? —Amanda perdió la calma, no podía creer lo que escuchaba. No supo si le desconcertaba más la amenaza o volver a comprobar que Tomás era un mujeriego.

—Amanda, tómallo como quieras, me tiene sin cuidado, pero, si eres inteligente, sabrás lo que te conviene.

—¿Es broma?

—No es una broma. —Alicia la miró desafiante.

—No va ser necesario que me despidas. —Amanda habló de manera calmada.

—Buena chica, si quieres te puedo asignar un nuevo curso para que no estés en contacto con Tomás.

—Creo que me entendiste mal, no es necesario que me despidas porque renuncio. —Amanda se apoyó sobre la mesa y comenzó a gritar—. Eres una loca y te puedes quedar con el idiota de Tomás y sueña que te tomará en serio, lo conozco desde la universidad y siempre ha sido igual.

—Amanda, por favor baja la voz —Alicia se acercó a la puerta

—No me pienso callar, ¡es lamentable que una persona como tú maneje un centro educacional con estas políticas! ¡Madura!; tienes la edad para ser mi abuela y le coqueteas a jóvenes...

—¿Pero de qué estás hablando? —Alicia palideció.

—¿Es broma que te vas a hacer ahora la boba?, no me conoces, y agradece que tengo respeto por las señoras adultas o si no te hubiera pateado ese trasero operado que tienes, déjame pasar.

Amanda utilizó todo su control para no barrerla al piso con alguna patada, esto sí que quedaría como uno de los capítulos de infarto en su vida. Todo el mundo estaba completamente desquiciado.

Salió de la oficina y observó a varios maestros congregados en el pasillo. Algunos le sonrieron de forma de aceptación por lo que había hecho y otros algo alarmados. Continuó a paso firme hasta su sala y buscó sus cosas mientras llamaba a un taxi. Se despidió de Celeste, agradeciendo toda su ayuda y apoyo. No quiso entrar en detalles; solo quería poder irse lo más rápido. Abrazó a los niños de su nivel, y entonces sí que sintió cómo las lágrimas la querían alcanzar; tuvo que usar de todo su control para no demostrar su tristeza.

Al entrar en su casa lanzó todas sus cosas en el suelo, fue hasta la bodega y extrajo una botella de vino, fue a la cocina y lo descorchó; no buscó una copa, lo comenzó a tomar desde la botella. Se dirigió a su pieza y al regresar traía su caja de los recuerdos. La llevó al patio trasero y sacó los

recuerdos de Tomás. Primero desgarró la mayoría de las hojas del libro, luego saltó con furia sobre el chaleco.

Recogió ambos y los echó en la asadera, buscó bencina y la esparció sobre todos los objetos.

Amanda observó cómo el fuego abrazaba los recuerdos que quería que desaparecieran de su vida. Empinó la botella y le dio un gran sorbo, pero luego lo escupió, no podía ahora además volverse como Daniela, lanzó la botella con fuerza contra el fuego.

—¿Amanda, qué te pasa? —Josefa la tomó del brazo, de manera preocupada.

—¿Qué te importa? —Amanda caminó por el pasillo.

—Amanda, me estas preocupando. —Josefa la siguió.

—Al diablo con todo. —Amanda ingresó a su dormitorio.

—No me pienso ir al diablo hasta que me expliques qué fue lo que ocurrió.

—¿Quieres saber? Acabo de renunciar a mi trabajo y ¿por culpa de quién?, del maldito de Tomás, que me volvió a engañar, ya que está felizmente casado y además también se acuesta con mi jefa, la que me trató de chantajear para que lo dejara, además, ¡el único hombre en mi vida del que verdaderamente me enamoro es un imbécil! Espero te haya agradado el resumen. ¡Ahora déjame en paz!

Amanda cerró la puerta con llave, luego se metió en su cama y se tapó totalmente.

A los minutos su teléfono comenzó a sonar, pero no tenía la menor intención de salir de debajo de su colcha, su cama era el mejor lugar donde podía estar. La insistencia y el ruido que repicaba en sus oídos hicieron que se levantara, no sin antes maldecir un par de veces. Miró la pantalla: era Camila. Sin embargo, su estado de ánimo no le permitiría relatar nuevamente los sucesos vividos. Al recordarlos, la pena y la rabia la azotaron con fuerza otra vez. Arrojó contra la pared su celular, quebrándolo.

No quiso saber de nada y ni de nadie, volvió al cobijo de su cama de la cual no pensaba salir en un largo tiempo.

## Capítulo 34

Unos días más tarde, Diego observaba a las mujeres embarazadas sentadas a su alrededor mientras apretaba con fuerza la mano de Daniela. La ansiedad había regresado, esperaba que todo fuera bien con el bebé, las cosas iban mejorando y no quería que presentara ahora algún problema por todo el alcohol que había consumido. La situación lo hizo sentir incomodó, aunque de manera constante le daba apoyo a su hermana con el tema de ser madre, no estuvo seguro de qué iba hacer cuando el bebé llegara.

—Diego, me duele. —Daniela le indicó la mano que él apretaba con fuerza—. Ni que fueras el padre.

—Es casi como si lo fuera. —Diego dejó de ejercer presión.

—Todo va estar bien. —Su madre habló del otro costado.

A los minutos apareció un doctor y llamó a Daniela. Los tres se levantaron. El doctor le indicó que solo podía ingresar un acompañante. Diego dio un paso atrás, aliviado, esto tendría que ser cosas de mujeres, pero su hermana lo agarró de su brazo indicándole que quería que ingresara con ella. Sus ojos se abrieron ante el nerviosismo.

En el interior de la consulta se sentaron y el doctor conversó con Daniela acerca de diversos aspectos del embarazo y los cuidados. Diego escuchaba todo desde lejos, tenía claro que su hermana estaba embarazada, pero estar sentado ahí le indicaba que era una realidad, que su hermana iba a ser madre. Y él iba a ser tío.

Observó en cámara lenta cómo se levantaron y caminaron hasta una sala contigua. Daniela le indicó que la acompañara; al observarla notó que su cara estaba pálida; él tendría que reaccionar y apoyarla, al parecer el nerviosismo de ella era mayor del esperado.

Daniela se acostó en la camilla y levantó su blusa, Diego observó un pequeño bulto en su vientre que antes no lo había notado. Se sentó a su lado y escarbó su cabello de manera nerviosa. Deseaba que todo estuviera bien.

El doctor colocó un líquido transparente en el pequeño vientre y las imágenes comenzaron aparecer en una gran pantalla ubicada al frente de ellos. Los latidos de un corazón inundaron la sala y Diego sonrió ante la emoción. Pudo ver claramente la imagen de un bebé acostado. Esta vez fue Daniela la que apretó su mano.

El doctor comentó aspectos del desarrollo y, después de la medición de rutina, indicó que todo se encontraba dentro de lo esperado.

—¿Quieres saber el sexo de tu bebé? —dijo el doctor.

Daniela miró a Diego con una expresión entre sorpresa y angustia.

—Es tu decisión. —Diego sonrió de manera calmada—. Pero creo que nos podría ayudar para decorar su pieza.

Daniela solo asintió con la cabeza.

Al salir se encontraron con su madre de pie afuera de la puerta.

—¿Cómo está?

—Todo bien —dijo Diego aún en estado de conmoción—. Solo debe tomar algunas vitaminas y cuidar su alimentación, ha perdido mucho peso por su tratamiento, pero el bebé está en perfectas condiciones.

Su hermana se giró con lágrimas en los ojos, Diego se acercó, preocupado.

—Tranquila, Daniela, todo bien va a estar bien. —Diego la abrazó—. Vamos a cuidar todos del bebé.

—Me acordé del papá —dijo Daniela entre sollozos.

Diego se sorprendió ante sus palabras, nunca había hablado de su padre.

—Estoy segura que tu padre debe estar feliz. —Su madre acarició su mejilla.

—Guillermo —dijo Daniela secando sus lágrimas.

Diego percibió como su vello se erizaba al escuchar el nombre de su papá, tampoco él lo mencionaba a menudo.

—Se va a llamar Guillermo —dijo Daniela.

Diego se inmovilizó pensando que era algo repentino llamar al bebé como a su padre, hacía poco que Daniela había comenzado enfrentar el tema de la pérdida. Su intención fue decir que esperara unos días y lo meditara, pero cuando fue a abrir la boca, su hermana lo agarró de la mano y lo arrastró hacia el ascensor.

—Necesito comprar ropa para Guillermo —dijo con su cara iluminada.

Unas horas más tarde llegaron al centro de rehabilitación. Diego se lanzó en la cama pensando que no podría dar un paso más. Daniela lo había arrastrado por todas las tiendas de bebé que había encontrado. Aún no comprendía de dónde había sacado su hermana tanta energía, pero haber visto su cara de alegría y su entusiasmo le había alegrado la tarde.

Diego observó a Daniela y su madre revisar las prendas compradas y sonrió al notar la alegría que las embargaba, disfrutó el momento en silencio, fue como haber regresado al pasado. Un pensamiento se hizo presente y se sentó en la cama.

—Hola. —Martín ingresó en la habitación.

Diego observó cómo Daniela se ruborizaba al verlo. En sus brazos traía un gran paquete.

—Ábrelo —dijo Martín mirando a Daniela.

Al rasgar el envoltorio apareció un gran cojín con forma de una dona con un corte.

—¿Qué es eso? —Diego se paró a examinar el objeto.

—Es un cojín maternal. —Martín lo observó—. Sirve para dormir en el último periodo del embarazo, además para alimentar al bebé cuando nace y también se puede acostar en él; trae un instructivo para todos los usos.

—Realmente me tienes sorprendido. —Diego le dio un golpe en la espalda, pero, más que sorprendido, estaba agradecido.

—Creo que es genial. —Daniela se ubicó en la cama y se acostó sobre el gran cojín—. Te voy a nombrar como mi asistente personal en compras.

—Gracias, Daniela —dijo Diego.



—Sabes que te adoro, pero no fuiste de mucha ayuda hoy.

—Lo olvidé. —Martín salió y regresó con nuevas bolsas—. Traje algo de comida para celebrar al nuevo integrante de la familia.

—Guillermo, se llama Guillermo —dijo Daniela.

—Está bien, brindemos por Guillermo.

—Creo que te voy adoptar —dijo Diego incorporándose a mirar las bolsas con comida.

—Es una excelente idea —dijo Daniela aplaudiendo.

## Capítulo 35

Al día siguiente Amanda abrió los ojos y observó su dormitorio. Llevaba días sin levantarse; el olor que comenzaba a desprender su cuerpo le informó de que necesitaba una ducha, pero los últimos días no tenía ni las ganas ni el ánimo de hacer nada más que llorar y dormir. En algún momento comió algún bocadillo que le preparó su hermana amenazándola con llamar a su madre si no comía.

Un golpe en la puerta la asustó.

—Muy bien, fantasmagórico pastelito, creo que ya fue suficiente. —Camila ingresó a la habitación y le quitó la ropa de cama de encima—. Arriba, levántate.

—Camila, por favor, solo déjame tranquila. —Amanda volvió a taparse hasta la cabeza.

—¿Lo haremos por las malas, entonces? —Camila alzó la voz.

—No me pienso levantar.

—Bueno, te di una oportunidad —Camila salió de la habitación y a los segundos regresó con Martín—. Muy bien: manos a la obra.

—¿Qué haces? —Amanda gritó al sentir como la despojaron de su tapa y unas manos fuertes la agarraban y la levantaban.

—Disculpa, Amanda, pero no te voy a dejar ahí compadeciéndote —Martín la subió a su hombro y caminó hasta el baño.

—Están locos, suéltame —Amanda trató de zafarse, pero Martín fue más fuerte. Escuchó el sonido de la ducha correr, pero, antes de que pudiera protestar nuevamente, dio un grito por el agua fría que cubrió su cuerpo.

—¿Despertaste? —gritó Camila a su lado.

—¿Es broma? —dijo Amanda tiritando, Martín aún la tenía sujeta bajo la ducha,

—Te esperamos en la sala —dijo Camila en tono de mando, alejándose con Martín.

Amanda salió de la ducha congelada, terminó de vestirse maldiciendo, quería golpear a alguien. Llegó al salón con el pelo aún goteando sobre los hombros. No entendía por qué no la dejaban tranquila sumergirse en su pena, era todo lo que quería.

—¿Se puede saber qué mierda les pasa? ¿Ahora quieren que me dé una pulmonía?

—Necesitamos hablar contigo. —Camila la observó seria.

—¿Y para eso era necesario su acto de gánster? —Amanda gritó.

—Te necesitamos despierta —dijo Martín.

—Además, ya te dimos tiempo suficiente para que te lamentaras. —Camila la observó.

—¿Es broma? No me estoy lamentando, solo ya estoy cansada de tanta estupidez a mi alrededor.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Quedarte acostada de por vida? —dijo Martín.

—Es la mejor idea que tengo por ahora: no tengo trabajo y la mayoría del mundo me fastidió, así que ya no quiero pensar más —Amanda se recostó sobre el sillón con la vista cansada.

—Bueno, antes de que te vuelvas acostar hay algo que debes saber. —Camila miró a Martín—. Cuéntale.

—Hablé con Daniela. —Martín se puso de pie y comenzó a caminar por el salón—. Y antes de digas nada, por favor, escucha.

—Habla de una vez. —Amanda buscó su colgante, pero no se lo había colocado, la última vez que había escuchado hablar a Martín sobre Daniela, las cosas habían terminado en un caos. Se preparó para lo peor.

—Me contó sobre Tomás. —Martín hizo una pausa—. El muy mal nacido también la engañó a ella.

—¿A qué te refieres? —Amanda abrió sus ojos.

—Él la invitó a salir cuando yo estaba con ella, al parecer fue bastante insistente. Terminó conquistándola y mantuvieron una relación en secreto. La engañó con mentiras diciéndole que le diera tiempo para hacer su relación pública. Dice que trató de hablar contigo varias veces, pero se asustó de tu reacción. Cuando se enteró de que había salido contigo, le pidió explicaciones y dijo que tú fuiste la que se había insinuado. Ahí se dio cuenta de que era un mentiroso. El día que la increpaste, me dijo que estaba muy mal, ya que se había enamorado del estúpido y sintió que tú se lo habías quitado. Dice que varias veces trató de contactarte, pero que nunca la quisiste escuchar... bueno y yo tampoco la quise escuchar y, como era normal en ella, siguió bebiendo.

—¿Estás seguro que no está mintiendo? —Amanda lo observó, un tanto incrédula.

—¿Es broma que todavía crees que es un buen samaritano? —dijo Camila.

—Buen punto, es un tarado con mayúscula. —Amanda afirmó su espalda contra el sillón y exhaló.

—¿Entonces qué vamos hacer ahora? —Camila la observó.

—¿A qué te refieres con que vamos? —Amanda no comprendió. Por enésima vez comprobaba que Tomás era un idiota, ¿pero qué podía hacer ella?

—¿Es broma? Es hora de que alguien pateé su mujeriego trasero. —Camila se levantó.

—Tendrán que ponerse a la fila, porque seré el primero en ir a buscarlo —dijo Martín en un tono decidido.

—Se pueden calmar, nadie lo va a golpear. —Amanda se levantó—. O al menos yo no, que se pudra, no quiero volver a verlo.

—¡Es broma, supongo! ¡Desde que te conozco golpeas a la gente! —Camila abrió sus ojos.

—Y como ves, de nada sirve, me agoté de todo este drama. —Amanda comenzó a caminar hacia su cuarto.

—Espera —dijo Martín—. Hay algo más.

—De verdad, ya no quiero escuchar más. —Amanda continuó caminando.

—Me voy hacer cargo del hijo de Daniela —dijo Martín serio.

—¿Qué? —gritó Camila—. ¿Has perdido la cabeza?

Amanda casi perdió el equilibrio al escuchar la declaración, se volvió hacia el salón. Quiso decir algo, pero al observar la cara desencajada de Camila, prefirió mantenerse en silencio.

—¿Te volviste loco? —Camila continuó gritando—. Ese hijo no es tuyo.

—Pero lo será —dijo Martín.

—¿Ella te lo pidió? —Camila caminó alterada por el salón.

—No, pero espero que acepte mi proposición.

—Martín, entiendo que estés preocupado y quieras darle tu apoyo, pero no es tu responsabilidad, no tienes por qué hacerte cargo.

—Sé que no es mi responsabilidad, pero estoy enamorado. —Martín se arrojó en el sofá.

—¿Es broma? —Amanda al fin pudo intervenir—. ¿Hablas en serio?

—Claro que hablo en serio y espero que me apoyen.

—Olvidalo —dijo Camila—. Ella está perdida, sin mencionar que es una alcohólica.

—Camila, ten cuidado con lo que dices —Martín la increpó.

—¿Acaso estoy mintiendo? —Camila se agarró su cabeza.

—Es alcohólica, pero está en rehabilitación y lo está superando y con mi ayuda va a seguir saliendo adelante.

—No estoy de acuerdo —Camila volvió a alzar la voz.

—No estoy pidiendo tu aprobación, te estoy informando —dijo Martín serio.

—No lo voy a permitir. —Camila se acercó con su cara furiosa—. Ella no va a ser parte de nuestra familia.

—Si no la aceptas a ella, quiere decir que yo tampoco seré parte de tu familia. —Martín se puso en pie a su lado.

—Tranquilos. —Amanda se interpuso entre ellos—. ¿Por qué no nos sentamos y conversamos de forma civilizada al respecto?

—¿Es broma? Otra que perdió la cabeza. —Camila comenzó a girar de nuevo por el salón—. Si mi memoria no me falla, tú golpeaste a Daniela cuando supiste lo que había ocurrido y ahora estás en este estado de zombi porque Diego se alejó para cuidarla, sin mencionar que estuviste al borde del desquicio cuando te enteraste de que era tu cuñada; ¿crees que me voy a reír y saltar de alegría ahora que me entero de que va a ser mi cuñada también?

Amanda se agarró la cara y comenzó a reír.

—¿De qué te ríes? No es divertido, para nada. —Camila la miró seria.

—Es que hipotéticamente somos todos familia. —Amanda se lanzó sobre el sofá sin poder parar de reír.

—Amanda, pareces loca —dijo Camila.

—Y ahora vas a ser tía —Amanda logró decir entre sus carcajadas.

—Un cuerno, yo no voy a ser tía de nadie. —Camila se sentó a su lado.

—Bueno, prepárate, porque si Daniela me acepta, lo serás y Guillermo será el nuevo integrante de la familia.

—¿Quién es Guillermo? —dijo Camila con Amanda en conjunto.

—Se pueden enchufar: es el hijo de Daniela y esperó que sea el mío también.

—Me rindo, están todos locos. —Camila se paró hacia la cocina.

—¿Vas beber para celebrar? —dijo Amanda.

—¿Es broma? Necesito agua con azúcar o si no te juro que me voy a desmayar, esto definitivamente es el número uno de las cosas más descabelladas que me ha tocado vivir.

Amanda miró a Martín.

—¿Y ahora qué?

—Tienes que hablar con Diego —dijo Martín.

—¿Es broma? —Amanda se puso de pie alterada y comenzaron todos a discutir nuevamente.

## Capítulo 36

Diego observó el dibujo realizado en la pared y sonrió: al parecer la idea de Daniela de los dinosaurios había sido una buena elección. Desde que la habían dado de alta, su día entero se basaba en la selección de accesorios de bebé y la decoración de la pieza. Se giró y contempló a Daniela con su pelo tomado; su palidez ya había desaparecido por completo y los temblores en sus manos aparecían solo de vez en cuando. También había ganado peso, ya que había cambiado sus ansias de alcohol por chocolate. Se sentó a su lado y examinaron los dibujos.

—¿Crees que le guste? —dijo Daniela.

—Yo creo que vamos a tener que esperar hasta que hable para saber su opinión, pero siempre tendrá a su tío para que le pinte la pieza las veces que sean necesarias. —Diego le tendió un pincel—. Ahora es tu turno.

—No, olvídalo, lo mío no es la pintura. —Daniela se incorporó—. Hablé con la doctora Miller acerca de mi futuro.

—¿A qué te refieres?

—Quiero tomar unos cursos, Martín me ha ayudado a buscar algunas opciones —Daniela hizo una pausa—. Sé que es un poco prematuro, pero después que nazca Guillermo me gustaría estudiar administración, la doctora piensa que es una excelente idea.

—Claro que lo es —Diego sonrió—. Creo que es fantástico.

—¿Y tú que piensas hacer?

—¿A qué te refieres? —Diego la observó serio.

—A tu vida, no puedes ser mi niño de por vida.

—No soy tu niño, me siento a gusto con la vida familiar.

—Creo que ya es hora de que vuelvas a tu trabajo. —Daniela se sentó a su lado.

—Marco está haciendo un excelente trabajo, por lo que voy a seguir de vacaciones.

—¿No confías en mí?

—¿A qué te refieres? —Diego abrió sus ojos.

—Quiero que sepas que no intenté matarme, solo quería borrar me y creo que se me pasó la mano.

—Creo que es un alivio saberlo, pero quiero que sepas que nunca te voy a dejar sola de nuevo.

—Sé que todos nos equivocamos, pero si haces eso te estarás equivocando otra vez. —Daniela lo miró de manera seria—. Creo que tienes que retomar tu vida.

—¿Acaso ya te aburríste de mí?

—No precisamente, pero también quiero hacer mi vida y además hay algo que no te he dicho. —Daniela se ruborizó—. Besé a Martín.

—¿Qué? Pero si estas embarazada, ¿cómo lo besas? —Diego se incorporó, había visto cierta cercanía entre ellos, pero no se imaginó que hubiera avanzado tanto su relación.

—¿Y eso quiere decir que no me puedo enamorar nunca más? —Daniela se levantó y puso sus brazos

en jarra.

—No, no quise decir eso, es que me parece raro... ¿estás enamorada?

—No lo sé, pero sí me gusta mucho y me gustaría darle una oportunidad.

—¿Qué dijo la doctora? —Diego trató de entender la situación, pero no sabía cómo podía funcionar.

—Cree que es fantástico, además dice que ha sido una motivación importante para mejorarme.

—No estoy seguro; creo que tengo que meditar en relación al tema.

—¿Disculpa, qué vas a meditar? Creo que esa es mi decisión, estaré en recuperación, pero soy mayor de edad y no estamos en el tiempo de la colonia para pedirte permiso.

—Diego. —La voz de su madre les llegó de la cocina.

—Ya terminaremos de hablar de eso. —Diego caminó junto a su hermana al encuentro de su madre.

—¿Mamá, qué te hiciste en el pelo? —Diego miró a su madre asombrado, había cambiado su pelo largo por una media melena y se veía mucho más joven.

—¿Tan mal quedé?

—No, estás hermosa. —Daniela se acercó—. ¿Cómo te fue en el doctor?

—Ya que estamos todos reunidos, de eso quería hablarles.

Su madre se puso seria.

—¿Qué pasa? ¿Estás enferma? —Diego se preocupó.

—No, tranquilos, estoy más sana que nunca, pero necesito comunicarles algo y espero que no se molesten.

—Mamá, me estas preocupando, ¿qué pasa? —Diego sintió cómo la ansiedad lo embargaba, no estaba seguro de poder lidiar con algún otro problema.

—Hace algún tiempo que mi cardiólogo me invitó a salir y la verdad es que me gustaría aceptarlo. Pero aún no estoy muy segura. Es un buen hombre y con él me he vuelto a sentir viva. Ustedes están grandes y ya tienen su vida y me gustaría la compañía de alguien cuando ustedes se vayan.

Diego miró a Daniela y luego nuevamente a su madre. Repitió las palabras de nuevo en su cabeza.

—¿No me van a decir nada? —Su madre los observó—. Para mí su opinión es la más importante y si no están de acuerdo no lo haré.

—No, mamá. —Daniela la abrazó—. La verdad, estoy un tanto impactada, pero me alegra que estés feliz y claro que te doy mi apoyo.

—¿Diego? —Daniela lo observó.

—Creo que está bien, mamá —logró decir—. Si estás contenta, yo estoy feliz, pero me gustaría conocerlo.

—Otra vez con lo mismo. ¿Acaso quieres que te venga a pedir la mano?, mi mamá tiene cincuenta años, creo que es lo bastante grande para hacer lo que quiera.

—Solo me preocupo por ustedes, quiero saber cuáles son sus intenciones y por supuesto también hablaré con Martín.

—¿Por qué mejor no arreglas tu vida amorosa? Y te dejas de preocupar por la de nosotras —dijo Daniela.

—No tengo vida amorosa, no sé de qué hablas —Diego se giró para salir de la cocina.

—¿Por qué no la llamas? —dijo su madre—. No es sano tener una relación con dibujos.

—¿Me pueden explicar de una vez a qué dibujos se refieren? —dijo Daniela —, ¿o me ocultan algo?

—No es nada importante —Diego trató de mostrar desinterés.

—Si es por mí, puedo hablar con ella, de todas maneras, hay cosas que arreglar —dijo Daniela—. Espero, eso sí, que esta vez respete mi condición de embarazada y no me golpee.

—No es necesario, no es por ti, creo que al que quiere asesinar es a mí y con justa razón.

—Bueno, tú eres de los que no renuncian, así que ya se te ocurrirá algo. —Daniela lo abrazó y se acercó a su madre.

—Mamá cuéntame todo... ¿o me vas a decir que te hacías la enferma para ir a ver al doctor? — Daniela se sentó al frente de su madre.

Diego sonrió mientras se alejaba por el pasillo; al parecer, las cosas estaban volviendo a su cauce y su hermana tenía razón: su estilo no era renunciar. Llegó a su antigua habitación y busco su teléfono, lo tendría que intentar una vez más, pero aún no sabía cómo. Necesitaría ayuda. Busco en sus contactos y llamó a Marco.

—Hermano, ¿cómo estás? Estaba por llamarte.

—Bien, pero necesito un favor —Diego se acercó a la mesa y tomó su cuaderno de dibujo—. Necesito el número del diseñador gráfico que realizó nuestra web.

—Sí claro, te lo envío, ¿supongo que no cambiaras de rubro?, mira que me estoy volviendo loco con los clientes, necesito que regreses.

—Si necesitas una mano, me daré una vuelta por la oficina mañana.

—Excelente noticia, al parecer las cosas están mejorando.

—Mejoran, sí, pero ahora me acabo de enterar que mi madre sale con su doctor y mi hermana quiere tener una relación con su amigo.

La risa de Marco se escuchó por el auricular.

—¿No sé de qué te ríes?, no le veo la gracia. —Diego se acostó sobre la cama, ojeando su cuaderno.

—Como siempre te he dicho, las mujeres a tu alrededor están todas locas.

—Hablando de mujeres, necesito que contactes a Camila.

—Creo que esta vez voy a pasar.

—¿De qué hablas? ¿No era que salías con ella?

—Creo que me retracto de que me gustan las mujeres con carácter, eso de yo te llamo no es para mí.

—Creo que te dieron algo de tu propia medicina. —Diego sonrió.

—Parece que volvió el payaso en ti, eso es un buen indicio.

—Lo que tú digas, ¿me puedes enviar su contacto?

—¿Acaso vas a buscar a la gladiadora para que te golpee otra vez? Ahora además de idiota te transformaste en masoquista.

—Gracias por el apoyo, pero espero no recibir ningún golpe esta vez.

—¿Qué tienes en mente?

—Aún no lo tengo claro, pero te llamo y te cuento.



—Está bien, hermano, suerte.

Después de cortar, sacó varias de las hojas de su cuaderno en donde aparecía Amanda y las pegó en la pared. Sonrió al recordar a través de las imágenes todas las situaciones que habían vivido. Las contempló varios minutos, buscando algún indicio que le mostrará la forma de llegar a ella.

El sonido de un mensaje en su móvil lo hizo salir de su concentración. Respiró antes de marcar el número. Al segundo timbre contestaron.

—Hola, Camila, antes de que me insultes, me gustaría decirte algo.

—¿Diego?

—Sí. —escarbó su cabello nervioso, esperando los gritos de la amiga de Amanda.

—Qué bueno que me llamaste, necesito hablar contigo.

—¿No me vas a decir imbécil? —Diego se sorprendió ante la diferencia en el tono de Camila, ya se había acostumbrado a que siempre estuviera lista para ladrar.

—Por ahora estás en segundo lugar, hay otro tarado que va punteando, necesito verte.

—¿Amanda está bien? —Diego se incorporó ansioso.

—Necesito hablar contigo en persona y espero que esta vez no la embarres, ya que ahora sí que me van a matar.

—¿Dónde nos vemos? —Diego tomó un lápiz y escribió la información.

Amanda contempló a su hermana y se emocionó al verla vestida de blanco, pero lo que la emocionó más fue la cara de alegría de Josefa. Ya iba en su tercer vestido y aún no se decidía. Mientras esperaba por el siguiente modelo se sentó en una butaca en el salón de la tienda exclusiva. Abrió el celular que se había tenido que comprar tras su arrebato de lanzar su móvil contra la pared, ya que solo había podido rescatar su chip.

Prendió el nuevo equipo y suspiró, el sonido de correo entrante y mensajes le indicó que volvía a la realidad. Al instante su teléfono sonó y, al observar la pantalla, suspiró. Después de hablar casi media hora con su madre, las ganas de estrangular a su hermana la embargaron.

—¿Qué te parece? —Josefa salió con un nuevo vestido y se paró frente al espejo.

—Solo porque estás vestida de blanco, no te voy a matar —dijo Amanda observándola de manera asesina.

—¿Y ahora qué hice?

—Mi mamá viene en camino. ¿Por qué le contaste? —Amanda se paró al frente de su hermana.

—Porque estaba preocupada y pensé que necesitaría refuerzos para que entraras en razón.

—¿Es broma? ¿Te parece poco lo que me ocurrió? —Amanda puso sus brazos en jarra.

—Amanda, la vida es así, siempre hay problemas y es hora de que los enfrentes y dejes de golpear al que se te cruza para luego correr a tu caparazón a esconderte.

—En primer lugar, si golpeo a la gente es porque se lo merece; en segundo lugar, no me encierro en un caparazón porque no soy una tortuga, soy una mariposa y, por si no has leído, estoy en fase de crisálida colgando de un árbol, solo esperando el momento para transformarme en un ejemplar maduro, pero la vida insiste en no dejarme volar.

—Si quieres hablar de animales, más bien pareces un murciélago colgado del árbol, ¿no te has visto las ojeras?, das susto y, además, eso de convertirte en mariposa, abeja o lo que quieras tienes que decidir hacerlo tú, nadie te va a venir a pintar alas y hacerte volar.

—Creo que me caes mejor cuando hablas de huesos y músculos —Amanda se sentó enojada sobre el sillón.

—Bien, al parecer este vestido no va a ser el adecuado para caminar contenta hacia el altar. —Josefa se metió en el interior del vestidor—. Ah, por cierto, apestas como madrina.

Amanda dio un largo suspiro.

—Disculpa, Josefa, creo que estoy por perder la cabeza.

—Espero que la encuentres luego, porque en un mes me caso y no quiero ver ningún insecto extraño en la ceremonia. —Josefa salió del vestidor y tomó su cartera.

—¿Ya terminaste? —Amanda se levantó.

—Primero tomaremos algo de aire, así no puedo concentrarme. —Josefa la agarró del brazo—. Vamos a comer y luego veremos.

—No tengo hambre.

—Mueve ese trasero ahora, recuerda que yo también tomé el curso de defensa personal y estoy perdiendo la paciencia.

Amanda exhaló y buscó una luz de calma en su interior.

Después de comer Amanda continuaba intranquila, pero aún no sabía cuál de todas las cosas la molestaban más. Su hermana, de cierta forma, tenía razón: su apariencia daba susto y debía tomar las riendas de su vida o en su caso dejar de esconderse. Desde que había llegado a la capital su vida había sido un caos, a lo mejor era hora de comenzar nuevamente y la idea de su padre no era tan descabellada, volver al sur y vivir una vida más tranquila. Movi6 su cabeza y rode6 sus ojos poniéndolos en blanco. Esa era la peor idea que se le podía ocurrir, ya que era como volver a esconderse. No, tenía que quedarse y luchar. Luchar en sentido figurado, ya que tampoco podría ir golpeando a la gente.

—¿Amanda? —Josefa golpe6 su brazo—. Te dije que si regresamos, creo que por hoy fue suficiente.

—Disculpa, vamos.

Caminaron en dirección al auto, pero una imagen inmoviliz6 a Amanda.

—¿Qué pasa? —Josefa la observ6.

Amanda la agarr6 del brazo y le hizo cruzar la calle.

—Supongo que perdiste un tornillo —dijo Josefa.

—¿Es broma? Creo que lo acabo de encontrar. —Amanda se qued6 de pie frente a una tienda de tatuajes.

Después de entrar en el local, Amanda cerr6 los ojos acostada sobre la camilla y apret6 la mano de Josefa al percibir cómo la aguja penetraba en su piel; el dolor la desgarr6, pero la necesidad de volar, al fin libre, fue mayor. Después de una hora de tortura, observ6 la cara de Josefa, pálida. Se levant6 y se acerc6 al espejo, contempl6 la piel roja de su espalda, pero sonri6 al ver las alas abiertas

que se posaban sobre sus omóplatos. Sonrió, al fin las había conseguido.

—¿Era lo que tú querías? —dijo el chico que la había tatuado a su lado.

—Sí —dijo Amanda con una sonrisa reluciente—. Es perfecto.

Después de que la vendaron, miró a su hermana, que aún se encontraba pálida.

—¿Estás bien?

—No, la cantidad de sangre que vi fue cuota suficiente para toda mi vida, sin mencionar que estás completamente loca, lo de dibujar las alas solo había sido una metáfora.

—¿Es broma?, es la mejor idea que se te ha ocurrido en la vida. —Amanda sintió como una fuerza la invadía, llevar consigo sus propias alas era la señal que le indicaba que dejaría de arrastrarse en su cuerpo terrenal y se alzaría hacia al firmamento. Aunque no sabía aún como, era el inicio de su metamorfosis.

## Capítulo 37

Amanda se bajó del elevador en el piso de Camila, Josefa aún continuaba descompuesta, sin emitir palabra. El dolor punzante de su espalda la incomodaba bastante, pero sentir las líneas de tinta dibujadas la hizo sentir a cada paso llena de confianza. Al tercer timbre Camila abrió la puerta.

—Amanda ¿qué haces acá? ¿Estás bien?

—No, está más loca que nunca. —Josefa ingresó en el departamento y se lanzó en el sillón.

—¿Por qué? ¿Qué pasó ahora?

Amanda con cuidado se quitó su chaqueta y giró mostrando los parches en su espalda; despegó las vendas, dejando al descubierto en esplendor sus nuevas alas. Al no escuchar ningún comentario se dio la vuelta. Contempló a Camila con la boca abierta y a Josefa con sus manos tapándose la cara.

—¿Qué te parecen? —Amanda sonrió.

—No estoy segura, creo que no vi bien. —Camila se acercó y la giró inspeccionando de nuevo su espalda—. ¿Tienes unas alas, cierto?

—¿Es broma? El dibujo está perfecto.

—Sí, solo quería corroborar. —Camila se sentó en el sillón.

—¿Y eso es todo? ¿No dirás nada más? —Amanda la observó.

—Primera vez que quedo sin palabras y tú sabes que no me sorprende con facilidad.

—Te uniste a mi club —dijo Josefa a su lado.

—Sé que fue un tanto repentino...

—¿Un tanto? —Camila la interrumpió.

—Bueno, muy repentino, pero no puedo explicar lo bien que me siento, estoy segura de que si las pudiera mover estaría volando por el salón.

—Me alegro de que hayas vuelto a la vida —dijo Camila—. Pero espero que la próxima vez, cuando tengas un problema, lo medites, si te sigues tatuando parecerás un grafiti andante.

—Al parecer, lo de tener una boda sin insectos extraños ya no resultó —dijo Josefa a su lado.

—Gracias por el apoyo, ¿pero no eran ustedes las que me instaban a salir de mi refugio y que enfrentara las dificultades?

—Sí, pero no recuerdo haberte dicho “hazte de por vida unas alas de mariposa en la espalda” —dijo Camila.

—¿Es broma? ¿Quién las entiende?, primero se molestan porque ando en mi fase vegetativa y ahora, que me siento viva otra vez, tampoco les parece bien.

—Yo no he dicho eso. —Josefa se incorporó—. Creo que aún estoy en estado de conmoción.

—Y yo solo quiero decir que te regalaré unas antenas para que hagan juego, tranquila —dijo Camila.

Todas se largaron a reír.

—Entiendo que les parezca divertido, pero vine a otra cosa —Amanda se sentó con cuidado de no tocar su espalda—. Como recuperaré mi teléfono, tengo un correo del idiota de Tomás y llega mañana.

—¿Tienes algún plan? —Camila se levantó.

—Aparte de arrancarle literalmente la cabeza... no, pero la verdad es que no creo que los golpes resuelvan nada, por lo que me gustaría probar algo diferente.

—De cierta forma, estoy de acuerdo, pero, si no lo golpeas tú, lo haré yo —dijo Camila.

—Yo también me apunto a los golpes —dijo Josefa—. Ya que gracias a él tu espalda se transformó en un insectario.

—Primero, nadie lo va a golpear, es un imbécil, segundo, dejen a mi espalda tranquila. —Amanda alzó la voz.

—Está bien, lo haremos a tu modo —dijo Camila

—Así que ahora necesitaré de tu creatividad, para que me digas de qué manera lo enfrento.

—¿Qué es eso? —gritó Martín de la puerta de entrada—. Amanda, tienes una mariposa mutante sobre tu espalda. ¿Es de verdad?

—Sí, es de verdad, me fusioné con una. —Amanda lo miró de manera asesina.

—Disculpa, pero creo que me impactaste. —Martín levantó sus manos en símbolo de paz.

—Bienvenido al club —dijo Josefa.

—Al menos tienes mejor cara —Martín se sentó en un sillón—. ¿Y qué están tramando?

—La dulce venganza para el idiota de Tomás —sonrió Camila.

—Yo, por supuesto, que me apunto. —Martín se levantó—. ¿Cuál es el plan?

—Aunque no lo creas, Amanda no quiere que nadie lo golpee. —Camila levantó los ojos y los hombros.

—¿Y eso por qué?

—Porque no podemos andar por el mundo golpeando a la gente, aunque se lo merezcan, además, ahora que tengo mis alas, siento que me embargan los sentimientos de paz. —Amanda se dio la vuelta e indicó su espalda.

—Podrías haber dejado eso de transformarte en mosca para después de haber golpeado a Tomás, creo que se lo merece —dijo Martín.

—¿Disculpa? ¿Acaso en el colegio no te enseñaron a diferenciar los insectos... o acaso estás ciego?

—Amanda se paró a su lado alzando la voz.

—Ya, tranquilos —dijo Camila—. Creo que ese tatuaje necesita que cicatrice, pero al menos aún queda la esperanza de que mañana le des su merecido al idiota.

—¿Mañana? —dijo Martín.

—Sí, mañana comienza mi vuelo triunfante —sonrió Amanda.

—Dale con los bichos —dijo Josefa— Ya te dije: por favor, nada de andar subiéndote en la cabeza de los invitados al matrimonio.

Diego ingresó en su antigua habitación y encontró a Daniela observando los dibujos que había

pegado sobre la pared. Escarbó su cabello de forma nerviosa al percibir que su hermana descubría la manera gráfica en la que había desnudado su relación con Amanda.

—Así que estos son los dibujos —dijo Daniela sin apartar la mirada de la pared—. No pensé que estuvieras así de enamorado.

—¿Por qué lo dices?, sabes que siempre me ha gustado retratar las cosas que vivo. —Diego se sentó sobre la cama, quiso mostrar desinterés ante la clara afirmación de sus sentimientos plasmados en el papel.

—Ya no me puedes engañar, hace un par de semanas que recobré mi sentido común, así que no te hagas que no te importa. —Daniela le señaló la imagen en la pared, en donde Amanda aparecía vestida con una sábana frente a un gran ventanal con la luna de fondo—. Si esto no es amor, creo que el que necesita ir a un psiquiatra eres tú, no yo.

—¿Por qué todos insisten en que me tengo que hacer ver?, ¿acaso tener sentimientos por alguien te hace volverte loco?

—En algunas ocasiones sí y creo que lo acabas de confesar. —Daniela sonrió—. ¿No estás con ella por mi causa?

—No es por ti, es por mí, yo metí la pata. —Diego exhaló—. Quiero arreglarlo, pero al parecer ella está muy dolida.

—Por lo que la conozco, no es de las que perdona con facilidad. —Daniela se sentó a su lado.

—Creo que me jugaré mi última carta, pero, si no resulta, regresaré a mi vida. —Diego abrazó a su hermana—. Además, ya tengo bastante en que entretenerme para cuando nazca el bebé.

—De eso te quería hablar, para eso vine, te llegó esta carta.

Diego recibió el sobre y lo abrió. Después de leerlo lo metió en su maletín.

—¿Y? —Daniela lo observó.

—Me están enviando una solicitud para retomar el *magister* en Nueva York.— Diego cruzó sus brazos y se afirmó en el escritorio—. Pero comienza en unas semanas y no esta en mis planes volver a irme.

—Diego, yo creo que todos necesitamos retomar nuestras vidas, yo y la mamá lo estamos haciendo y tú dejaste tus estudios, que eran lo que siempre quisiste, para hacerte cargo de nosotras, pero yo creo que ya es hora de que también rehagas tu vida.

—Volver a Estados Unidos no es una opción, ya que dije que no te volvería a dejar sola otra vez.

—No estoy sola —Daniela indicó su pequeño vientre.

—De todas maneras, vas a necesitar ayuda, así que cerremos este tema. —Diego comenzó a arreglar los papeles sobre su escritorio para desviar la atención de la conversación.

—Diego, si no rehaces tu vida, ya sea retomando tus estudios o estando con Amanda, me voy a volver a sentir culpable de que nuevamente estés dejando todo por preocuparte de mí; también necesito que seas feliz, todos lo necesitamos. —Daniela se incorporó y lo miró directamente a los ojos—. Así que empieza a pensar en lo que vas hacer, quiero un hermano, no un niñoero.

—Vaya, me has sorprendido. —Diego sonrió—. Creo que las terapias por fin han surgido su efecto.

—¿Disculpa?, una cosa es que haya estado un tanto ida, pero eso no quiere decir que sea una niña consentida y tonta.

—Sí, de eso ya me di cuenta. —Diego sonrió.

—Hola —dijo Martín desde la puerta en tono serio—. Necesito hablar con ustedes.

—¿Qué pasó? —Daniela se acercó con una expresión preocupada.

—Creo que necesitan saber los planes de Amanda para Tomás, yo quiero golpearlo... ¿y ustedes?

## Capítulo 38

Amanda se subió al auto de Camila y el nerviosismo se veía reflejado en todo su cuerpo; aunque sus alas le habían otorgado paz, al parecer la cicatrización era demasiado lenta para mantenerse bajo control.

—¿Estás lista para enfrentarte al tarado de Tomás? —Camila encendió el motor.

—Sí lo estoy, solo espero que tú no pierdas el control. —Amanda miró fijamente a su amiga.

—Ya te dije que dejaré que lo hagas a tu modo, pero no te prometo nada.

—Camila...

A los minutos llegaron a un restaurante en el sector de Providencia. Amanda se sentó en una mesa en medio del local. Observó a Camila ubicada al final del salón, escondida detrás de un florero; sus grandes gafas de sol le cubrían la mitad del rostro. Revisó la hora en su teléfono. Tomás tendría que estar por llegar; levantó su cabeza y una silueta cerca de la barra le hizo un gesto con su dedo pulgar en alto.

“¿Qué hace aquí Josefa?”, pensó.

La puerta de entrada se abrió y la figura de Tomás ingresó. Como siempre, con su camisa de color gris y su sonrisa marcando los pómulos; aunque no podía negar que era atractivo de un modo explosivo, se dijo que solo era eso: un envoltorio agradable. Apretó sus puños. luego visualizó sus alas en la espalda y respiró.

—Hola, Amanda. —Tomás se acercó y la besó en la mejilla.

—Hola. ¿Cómo estuvo tu viaje? —Amanda hizo una mueca cuando su fragancia la golpeó, pero ya no era el olor del deseo, era más bien un olor a traición.

—Bien, pero ansiando volver, me debes una consulta particular, por lo del corcho. —Tomás alzó una ceja—. Además, dejaste tu mariposa en mi departamento, una nueva excusa para que nos veamos.

Amanda percibió cómo la rabia la comenzaba a inundar al saber que había perdido el colgante en su casa, pero debía mantener el control por unos minutos más. Un mesero se acercó y Amanda eligió lo más caro del menú y variedades de platos, para terminar con tres copas de helado de chocolate.

—Veo que tu apetito creció. —Tomás la observó con expresión desorientada—. ¿Y por qué tanto helado?

—¿Es broma? me recuerda a ti, lo podremos compartir como la última vez. —Amanda trató de sonreír de forma relajada—. Por cierto, tuve una semana bastante interesante.

—Por tu aspecto, así parece, te noto bastante mejor de ánimo. —Tomás recibió las bebidas que el mesero trajo.

—Sí, tu exesposa fue al jardín a dejar un certificado médico y me mencionó sobre los tratamientos que se estaban realizando.

Amanda observó cómo Tomás se atoraba con su soda.



—Amanda, te lo quería comentar, desde que nos divorciamos ella me ha presionado porque quiere tener otro hijo y no me pude negar, ya que para Lucas es algo positivo tener tenga un hermano.

Amanda pensó que era muy inteligente en explicar la situación; si ella no hubiera sabido toda la verdad, a lo mejor hubiera caído.

—También estuve en tu departamento, fui a recobrar mi colgante y al parecer no es tuyo, es de un tal Pablo. —Amanda no apartó la mirada.

—Sí, es de un amigo, pero se lo arriendo desde que me separé. —Tomás volvió a palidecer—. ¿Hay algún problema?

—No, ninguno, solo que crees que soy idiota. —Amanda alzó voz.

—Amanda, lo siento por haberte mentido, pero me casé por obligación con María Gracia al enterarme de que estaba embarazada; nunca he estado enamorado y yo también tengo derecho a ser feliz.

—¿Es broma? ¿Engañado a todo el mundo? —Amanda sintió cómo el control quería desaparecer—. Además, tienes una bella familia y Lucas te adora.

—Por eso no me he separado: por Lucas, ¿o piensas que no me crea cierta culpabilidad dejarlo sin padre?

—Que te separes de tu señora no quiere decir que te separes de él.

—No estoy listo, además quería saber si primero tendríamos una oportunidad, desde la universidad me has gustado y pensé que podrías ser la mujer para recomenzar mi vida. —Tomás la miró directamente a los ojos.

—Buen intento, pero no te creo —Amanda se quedó callada mientras el mesero colocaba los platos en la mesa, imaginó el helado de chocolate, como había planeado, encima de la cabeza de Tomás.

—¿Por qué no me das una oportunidad?; sé que puedo cambiar. —Tomás agarró su mano sobre la mesa.

—¿Es broma? ¿Y qué pasó con Alicia, la directora, también pensaste que ella podría ser la indicada?

—Amanda retiró la mano de su contacto y se mantuvo firme.

—¿Alicia?, si te dijo algo son solo mentiras, estaba celosa porque solo tenía ojos para ti.

—¿Piensas que te creeré? —Amanda observó de reojo a Camila, que le hizo con la mano un gesto de apoyo—. Te conozco hace muchos años y siempre has sido igual.

—No sé a qué te refieres. —Tomás se acomodó en la silla, pero no perdió el contacto visual.

—A Daniela Echeverría, la versión de ella es bastante diferente a la tuya y debo decir que la creo a ella.

—¿Cómo le vas a creer a una alcohólica? —Tomás alzó la voz—. Es una fracasada que siempre quiso estar conmigo, puede haber dicho cualquier cosa, los ebrios siempre desvarían.

—No hables así de ella. —Amanda se levantó de un salto de la silla—. Tú no la conoces y no sabes lo que ha pasado, al menos ella tuvo una razón de peso para caer en alcohol, ¿cuál es tu razón para ser un embaucador, mentiroso y mujeriego?

—¿La estas defiendo después de lo que hizo?

—Claro que la defiendo, el tarado con mayúscula aquí eres tú y te lo advierto: no quiero volver a verte jamás en mi vida, y si nos topamos alguna vez cruza la calle, porque, si no, le contaré todo a tu señora... ¿me escuchaste?

—Te conozco, no te atreverías. —Tomas alzó una ceja y sonrió.

—Mira, estúpido, no me conoces como crees, así que es mejor que no me busques.

—Y si ella no se lo dice, se lo diré yo —Camila se acercó y se quitó sus gafas—. Además, ya que soy abogada no tendría ningún problema en quitarte hasta la ropa interior, ¡pelmazo!

Amanda se giró con Camila para irse, pero se quedó inmóvil al observar que Martín atravesaba el salón con una expresión de furia.

—Yo no soy tan pacífico como ellas —gritó y luego le dio un empujón a Tomás que hizo que se cayera de la silla—. No te quiero ver otra vez cerca ni de Amanda ni de Daniela.

Amanda puso la mano sobre su boca para esconder su sonrisa. Se dio la vuelta para salir, pero al ver a Daniela con Diego a su lado se volvió a inmovilizar.

—¿Eso es todo? —Daniela la observó. Luego se acercó a la mesa y agarró los pots con helado y se dio vuelta encima a Tomás—. Esto es por lo que me hiciste y agradece que estoy embarazada y no golpeo tu trasero.

—Están todos locos. —Tomás se incorporó y agarró una servilleta para limpiarse.

Diego llegó hasta Tomás y antes de que reaccionara le lanzó un gancho sobre la mandíbula.

—Para que aprendas a no reírte de las mujeres, imbécil.

Amanda dio un salto al ver como Tomás volvía a caer al suelo, pero no pudo apartar su mirada de Diego, un golpe en su brazo la hizo girar. Josefa pasó por su lado directo hacia la mesa.

—Mejor te quedas ahí en el suelo o continuaremos atacándote. —Josefa agarró los platos de comida que quedaban servidos y les dio vuelta haciendo que cayeran sobre Tomás—. Esto es por haber dejado la espalda de mi hermana hecha un desastre.

Amanda comenzó a reír al observar a Tomás sentado en el suelo, totalmente sucio y golpeado. Por fin cerraba ese ciclo y percibía cómo su pecho crecía ante la satisfacción que la inundaba. Lo miró por última vez, encontrando su mirada, y esta vez fue ella la que levantó una ceja y se marchó.

—Espera. —Camila la atajó—. Debemos recuperar tu colgante.

—Ya no lo necesito, tengo mis propias alas.

Amanda se agarró del brazo de su amiga y salió del lugar.

## Capítulo 39

Amanda, abrazada de Camila, caminó unas cuadras hasta que se reunieron todos. Diego guardaba las distancias, pero sentirlo cerca ya la mantenía con su corazón a mil. Observó cómo escarbaba su cabello varias veces mientras caminaban y sus instintos la llamaban a recorrer su pelo con la mano.

—Creo que estuvieron todos geniales. —Josefa aplaudió.

—Gracias por defenderme. —Daniela se acercó a Amanda.

—Está bien, no te preocupes. —Amanda sonrió, con todo la conmoción ni había recordado de que le había dado su apoyo a su amiga—. Te ves muy bien, me alegro de que estés mejor.

—Sí, ha sido duro, pero ya fue suficiente de escapar; como dice mi doctora, ahora ya tengo por quién pelear. —Daniela puso su mano sobre su vientre—. Creo que deberías hacer lo mismo.

—¿A qué te refieres? —Amanda la observó sin comprender. Ya había comenzado a dar la pelea.

—A Diego. —Daniela le indicó con sus ojos a su hermano.

—Cuñado, me sorprendiste con tu gancho —Martín le habló a Diego.

—¿Cuñado? —Diego lo observó serio—. Oficialmente no sé nada de eso.

—Entonces creo que ha llegado el momento.

Martín se arrodilló frente a Daniela.

—¿Qué haces? —Camila se acercó y tiró de su brazo para que se levantara.

—Lo que he querido hacer desde que la conocí. —Martín continuó con su rodilla plantada en el suelo. De su bolsillo extrajo una pequeña caja de raso.

—Martín, yo no... —Daniela comenzó a tartamudear—. No me quiero casar.

—Tranquila yo tampoco, al menos por ahora. —Martín abrió la caja y en su interior aparecieron dos anillos—. Esto es solo para pedirte que seas mi novia.

Amanda se acercó a Camila y la agarró de su brazo, observó que sus ojos se habían vuelto cristalinos.

—¿Aceptas? —Martín observó a Daniela con una expresión de esperanza.

—Sí, claro, pero...

—Espera. —Martín se levantó y le pasó los anillos—. ¿Puedes leer la inscripción?

—Dice “Guillermo Huidobro”. —Daniela lo observó sin comprender.

—Sí, quiero que el bebé lleve mi apellido, porque además de que aceptes ser mi novia, quiero que aceptes que Guillermo sea mi hijo.

Amanda no pudo contener más la emoción del momento, observó a sus amigos: las lágrimas asomaban por los ojos de todos. Contempló a Diego y vio cómo su mirada volvía a la vida. Martín y Daniela se besaron y todos aplaudieron.

—Creo que voy a ser tía —dijo Camila llorando a su lado.

—Eso es fantástico. —Amanda la abrazó.

—Creo que es una de los mejores momentos de mi vida. —Josefa buscó en su cartera un pañuelo para secar sus mejillas.

Camila se acercó a Daniela y la abrazó

—Debo decir que no estoy de acuerdo, pero, de todas maneras, bienvenida a la familia; y solo espero que hagas al idiota de mi hermano feliz o te las verás conmigo.

—Camila... —dijo Martín.

—¿Qué? Aparte de ser la tía, también soy como la suegra a la que le roban su único hijo.

—Bueno, yo hablaré por mi familia —dijo Diego—. Martín, espero que si tomas este compromiso tengas claro que es de por vida

—¿Es broma? Mi hermano es bastante responsable y, si dice que va asumir, es así —Camila lo increpó.

—Camila, ya que vamos a ser como de la familia podrías dejar de ladrarme. —Diego sonrió.

—Disculpa, tienes razón. —Camila se acercó—. Dame un abrazo, imbécil.

Todos se largaron a reír.

—¿Y tú que dices? —Diego se acercó a Amanda—. ¿Te gustaría que conversáramos?

—A mí se me hace tarde, tengo que ir al juzgado. —Camila le dio un abrazo a Amanda y se despidió.

—Camila, me voy contigo; tengo mi examen final. —Josefa le dio un beso a su hermana y le susurró en el oído—. Sigue volando, pastelito.

—Yo me voy con Daniela, necesitamos preparar algo —dijo Martín. Tomó de la mano a su novia y se alejaron.

Amanda y Diego se observaron en silencio mientras todos desaparecían.

—Supe que al fin conseguiste tus alas —Diego mantuvo su mirada.

—Sí, creo que al fin me transformé —Amanda comenzó a caminar. Estaba por dar inicio a su segundo asalto y aún no sabía cómo lo iba a enfrentar. La guardia la mantuvo en alto en relación a sus sentimientos hacia Diego, estaba cansada de sufrir y, ahora que comenzaba a alzar su vuelo, no quería caer de golpe a la tierra otra vez.

—Me quería disculpar por haberme comportado como un imbécil. —Diego la alcanzó hasta que se ubicó a su lado.

—Te disculpo y tranquilo, te entiendo, si algo le pasara a mi familia creo que también enloquecería.

—Amanda sonrió de manera tímida—. Al menos valió la pena todo lo que ocurrió.

—De alguna forma sí, mi hermana se está recuperando y mi madre ni te cuento, está saliendo con su doctor.

—¿Es broma? —Amanda rió.

—No, casi me desmayo cuando me contó.

—Me alegra saber que al fin las cosas vuelven a su equilibrio. —Amanda percibió el contacto de la mano de Diego sobre la suya.

—Pero hay algo que aún está pendiente. —Diego acarició su mejilla—. ¿Me darías una nueva oportunidad?

Amanda, ante su contacto, sintió que su locomotora interior la quería arrojar a sus brazos, pero su

sentido común la mantuvo en calma. Las últimas semanas la habían azotado como un gran tornado y debía comenzar a reconstruir sobre los escombros; recién comenzaba a recuperar sus fuerzas y no quería volver a lanzarse al vacío, no quería sufrir nuevamente.

—Diego, no creo que pueda —Amanda escapó de su contacto—. Recién estoy restableciendo mi vida y no tengo idea de cómo empezar.

—Te podría ayudar averiguarlo —Diego se acercó.

—Diego, creo que las segundas partes no siempre resultan, lo mejor es que lo dejemos. —Amanda lo miró y la tristeza la cubrió—. Estoy recién saliendo de mi refugio y necesito tiempo para aclarar mi cabeza, todo lo que ha sucedido ha sido demasiado, no creo estar lista para comenzar nuestra historia nuevamente. Como me dijiste una vez, en este momento soy yo la que no tengo cabeza para nada más.

—¿Entonces ya no soy parte de las cosas que necesitas aclarar?

—Creo que me cansé de tener que hacer tanto esfuerzo para que las cosas resulten; no me estoy dando por vencida, solo es que quiero estar tranquila.

—¿Entonces... es una despedida? —Diego se sintió perdido. Sus ansias de recobrar a Amanda se disolvían, al parecer, ella ya había tomado su decisión.

—No, al parecer es un hasta luego, ya que nos volveremos a ver, recuerda que ahora somos casi familia, ya que a Martín lo considero como mi hermano.

—Entiendo. —Diego se paralizó unos segundos y buscó la energía necesaria para moverse—. Entonces hasta luego, Amanda.

Diego se giró y comenzó a caminar por la calle sin destino. Los ruidos de la calle y los transeúntes llenaron sus oídos, pero las imágenes se mantenían lejos. Las esperanzas que había albergado de poder recuperar a Amanda se habían destruido por completo. Al parecer, tendría que retomar su vida, pero sin ella. Esta idea hizo que se instaurara un dolor en su pecho. No estaba listo para rendirse, a lo mejor no había luchado lo suficiente o a lo mejor también estaba cansado de hacer tanto esfuerzo para que estuvieran juntos.

## Capítulo 40

Unas semanas después, Diego cerró su maleta y agarró su pasaje del escritorio; sonrió ante la idea de volver a Nueva York, pues una de las mayores frustraciones que había tenido que afrontar había sido dejar sus estudios y, como había escuchado, nunca era tarde para recomenzar.

—¿Todo listo? —su madre le habló desde la puerta.

—Creo. —Escarbó su cabello de manera nerviosa y miró alrededor comprobando que no olvidaba nada.

—¿Estás seguro que no quieres pasar por la boda?, aún tienes tiempo.

—No ya me despedí de Daniela y amenacé a Martín, creo que esta todo cubierto. —Diego introdujo sus documentos en la mochila y abrazó a su madre.

—Tranquilo, todo estará bien, además, no es la primera vez que viajas en avión.

—Solo quiero que valga la pena todo lo que estoy haciendo.

—Claro que sí, hijo, estás siguiendo tus sueños y eso a veces da un poco de susto, pero es normal, así te das cuenta de que estas vivo. —Su madre lo besó en la mejilla.

—Hermano, ¿vamos? —Marco le indicó la hora en su reloj.

—Sí. —Diego agarró su mochila.

—¿No te piensas llevar los dibujos? —Su madre le indicó la pared.

—No, creo que comenzaré a escribir un nuevo capítulo. —Diego levantó un cuaderno de dibujo en blanco y lo introdujo en la mochila.

—Vamos. —Marco caminó por el pasillo con la maleta.

—¿Por qué tanto apuro? —Su mamá lo acompañó hasta la puerta—. Tu vuelo no sale hasta dentro de seis horas.

—Necesito dejar listas un par de cosas o, si no, mi viaje no funcionará. —Diego la abrazó y se despidió.

—Sí, como venderme su parte de la empresa. —Marco rio—. No sé si te esperaré dos años.

—Cuando vuelva para el nacimiento de mi sobrino, necesitaré ver toda la contabilidad. —Diego se mofó.

—Lo de payaso al parecer no se te acaba.

Marco lo condujo hasta su vehículo. Su destino, el aeropuerto.

Amanda miró los hermosos arreglos del centro de eventos, se distrajo cuando observó una mariposa revoloteando junto a las flores y sonrió.

—¿Qué te hace gracia? —Camila se paró a su lado.

—¿Sabías que algunas mariposas solo viven dos semanas? —Amanda siguió con la mirada al hermoso insecto hasta que desapareció.

—¿Es broma?, deberías haberte tatuado una langosta; creo que viven ciento cuarenta años.

—Creo que prefiero haber aleteado feliz un par de semanas que estar perdida toda la eternidad. — Amanda se giró y sonrió.

—Creo que estas demasiado melancólica, pastelito; además, fuiste tú la que quiso dejar a Diego.

—Camila, quedamos en que no íbamos hablar de él. —Amanda sintió cómo su pecho se apretaba. Aunque trataba con todas sus fuerzas de pasar página, el recuerdo permanecía tatuado en su interior.

—Amanda, ya vamos a comenzar. —Julián apareció a su lado con expresión seria.

—¿Todo bien? Te noto tenso. —Amanda lo abrazó.

—Sí, ¿estás segura que Josefa esta lista?; no he hablado con ella desde ayer.

—Tranquilo, acabo de verla, está adentro, la voy a buscar, no te desmayes, por favor. —Amanda se giró junto a Camila y se encaminó al interior del lugar. Por el camino se encontraron con parientes e invitados. Una pareja acaramelada captó su atención.

—Creo que tenemos nuevos tortolitos —susurró Camila en su oído.

—Hola, Amanda. —Martín sonrió al verla—. Estás muy guapa.

—Gracias. —Amanda deslizó las manos sobre su vestido de cóctel negro; con sus alas oscuras era la combinación perfecta, aunque las mariposas eran coloridas, no era su idea parecer la señora primavera allí donde fuera—. Daniela, estás hermosa.

—¿Ustedes creen?, ¿no estoy muy redonda?

—¿Es broma? —Camila se acercó y puso la mano sobre su vientre—. Mi sobrino necesita espacio para maniobrar.

—¿Diego no vino? —Amanda maldijo al escuchar su pregunta; aunque quería mostrar desinterés, al parecer sus impulsos no querían callarse—. Quiero decir, Josefa lo invitó.

—¿No te dijeron? —Daniela la observó seriamente.

—¿Qué cosa? —Amanda abrió sus ojos.

—Diego se va hoy a Nueva York, va retomar sus estudios.

—¿Es broma? —Amanda sintió como si la acabaran de atropellar—. ¿Por cuánto se va?

—Dos años.

—¿Pero no se supone que te iba a cuidar? —Amanda miró a Daniela y alzó la voz, sintiendo como la respiración la comenzaba a abandonar.

—Claro que me cuidará, pero eso no quiere decir que no pueda hacer su vida. —Daniela puso sus manos en jarra—. Además, no le quisiste dar una oportunidad de arreglar las cosas.

—No es tan fácil. —Amanda dio un hondo suspiro.

—Estar contigo no es fácil —dijo Martín—. Si yo hubiera sido Diego, hubiera huido antes de todas tus locuras.

—¿Es broma?; él también se comportó como un imbécil.

—Sí, todos cometemos errores. —Daniela la miró fijamente y tomó la mano de Martín—. Pero eso no quiere decir que no nos podamos reformar.

—Estoy contigo. —Camila se puso al lado de Daniela.

—¿Tú sabías? —Amanda observó de manera asesina a su amiga.

—Claro que sabía y te lo quise comentar, pero me tenías prohibido mencionar el tema, por lo que pensé que era mejor así; ¿no me vas a decir que ahora cambiaste de opinión?

—No. —Amanda exhaló, tratando de calmarse—. Si es lo que decidí, espero que sea feliz.

—¿Estás segura? —Camila se acercó y la miró fijamente—. Porque estas pálida.

—¿Por qué no reconoces que lo quieres y dejas tus miedos de lado de una vez? —Martín la increpó.

—No tengo miedo y ya tomé una decisión; y al parecer él también. —Amanda sintió como su pecho la estrangulaba, pero no iba a ceder.

—Amanda —su madre la llamó desde el pasillo; al parecer la ceremonia iba comenzar.

—Espero que no te arrepientas. —Daniela se fue con Martín hacia el jardín.

Amanda caminó por el pasillo tratando de encontrar el camino, pero sus pensamientos se comenzaron a nublar igual que su vista, chocó contra una silueta y se desestabilizó cayendo al suelo. El mesero se levantó al instante, pero ella prefirió quedarse sentada sobre el duro y helado suelo. La imagen de Diego subiendo a un avión la atormentaba y quería azotar su cabeza contra el suelo para dejar de pensar y sentir.

—¿Estás bien? —Camila la ayudó a levantarse.

—¿Es broma? Soy una estúpida, tengo que hablar con él.

—¿Y qué le vas a decir? —Camila le acomodó su peinado.

—No estoy segura. —Amanda movió su cabeza. Sabía que era lo mejor dejarlo ir, pero todo su ser le gritaba que no lo hiciera.

—Ya no tienes tiempo para pensar, la boda está comenzando. —Camila le indicó el pasillo por donde se asomaba Josefa vestida de blanco junto al brazo de su padre.

—¿Sabes a la hora que se va? —Amanda observó a Camila, mientras se ubicaba detrás de su hermana arreglando la cola de su vestido.

—No tengo idea. —Camila levantó sus hombros.

—Pues averígualo ahora —gritó Amanda.

—Está bien, tranquila —Camila desapareció por el pasillo.

—¿Todo bien? —Josefa miró hacia atrás encontrándose con la mirada de su hermana.

—Sí todo excelente; tú continúa caminando. —Amanda se giró hacia todos lados buscando a Camila.

—¿Qué pasa, Amanda? ¿A quién buscas? —su madre se ubicó a su lado caminando detrás de la novia.

—Nada, mamá, todo bien. —Amanda continuó inquieta observando hacia todos lados.

—¿Amanda? —Ignacia la miró de forma inquisidora.

—Mamá, Diego se va y...

—¿Y qué? ¿Estás lista para desplegar tus alas? Ya que no te sirve de nada llevarlas marcadas en tu cuerpo, si realmente no las vas a usar.

—¡No sé cómo! —Amanda percibió el enorme miedo que la agobiaba pensando en que podría caer de nuevo al suelo y no levantarse más.

—Bueno, si no vuelas, nunca lo sabrás, además la vida es así; ojalá a todos nos dieran un instructivo con la seguridad de que seremos felices, pero creo que la emoción está en descubrirlo y hacer tu camino.



—Yo creo que tu camino es irte conmigo al sur, te aseguré que serás feliz. —Su padre se giró.

—Ya que soy la novia y estoy a unos pasos del altar, opino que por ahora tu camino esta acá y se pueden callar. —Josefa los observó molesta.

—Ve por él. —Ignacia le cerró un ojo.

—¿Estás loca? —Josefa se giró—. Estoy a punto de casarme, no te vas a mover de aquí.

—Pueden disimular y seguir caminando. —Amanda percibió la mirada de todos los asistentes sobre ella.

Al llegar al altar se situó frente a su hermana, siguió buscando a Camila, la ubicó sentada entre los invitados, al captar su atención le hizo señas para que le indicara la hora del vuelo; aún no estaba segura de lo que iba hacer, pero la idea de que Diego partiera la estaba enloqueciendo. Camila con sus dedos le indicó las cinco. De su bolso de mano sacó su teléfono de manera disimulada y se dio cuenta de que eran las tres.

—Cresta —susurró. Al menos todavía estaban en el mismo suelo, pero solo faltaban dos horas para su partida.

Su hermana se dio vuelta y le dirigió una mirada de pocos amigos. Buscó entre sus contactos y marcó el número de Diego, se colocó el celular en el oído, pero saltaba el buzón de voz. Miró a su madre, que le hizo un gesto de calma. Desde lejos le llegó la voz del juez, al parecer le gustaba dar el sermón del verdadero amor y miles cosas más que no escuchó.

Se comenzó a impacientar, observó su bolso de mano estrujado bajo sus dedos. No podía dejar que Diego se fuera, su cabeza y su corazón se lo gritaron atropellándose. Tenía que ir buscarlo, no supo si era la decisión correcta, pero pensar en perderle la estaba matando de forma literal. Buscó a Camila con la mirada y maldijo al observar que conversaba y se reía junto a Daniela. ¿Cómo podían estar tan relajadas ante su situación? Le hizo señas con una mano, hasta que captó su atención. La quiso matar cuando la vio que levantaba los hombros sin entender; con las dos manos hizo la representación de conducir y Camila volvió a levantar sus hombros.

—Anda a buscar el auto —gritó.

Todos se giraron a mirarla.

—Lo siento, continúen. —Hizo un gesto con sus manos de disculpa.

Observó que el juez al parecer se había inspirado, sus manos empezaron a sudar al darse cuenta que no llegaba al punto; volvió a mirar a Camila y seguía sentada en su lugar. Sintió cómo sus pies se querían deslizar solos y correr. Miró su teléfono: habían pasado treinta minutos, no lo iba a lograr, marcó nuevamente el teléfono de Diego, pero la grabación del buzón le gritó que estaba por irse.

—Puede llegar al punto de una vez —le dijo al juez.

—Amanda —gritó su hermana.

—Pero si ya todos sabemos que se quieren y obviamente van a decir que sí y si no se casan pronto Diego se va ir y lo voy a perder.

—¿Y? —dijo su hermana con el ramo de flores en sus manos.

—¿Es broma? Lo amo —Amanda percibió que sus lágrimas comenzaban a fluir.

—¿Qué dijiste? —Josefa la miró con sus ojos abiertos al igual que todos los presentes.

—Dije que lo amo. —Amanda percibió cómo su pecho se expandía y lograba al fin dar paso a sus sentimientos; las lágrimas caían por sus mejillas, pero continuó—. Lo amo, lo amo y no lo quiero

perder.

—Al fin. —Josefa sonrió.

Camila, Daniela y Martín se pararon y comenzaron a aplaudir y a chiflar. Los demás asistentes se unieron a los aplausos. Josefa se acercó y la abrazó.

—Ve por él — susurró en su oído.

—¿Estás segura? —Amanda abrió sus ojos.

—Claro y, como dijiste, es obvio que diré que sí, no te perderás de nada, luego te muestro el video.

Amanda miró a sus padres que asintieron con la cabeza. Su madre se acercó y la abrazó.

—Te lo mereces; anda, vuela alto.

Amanda se quitó sus zapatos y corrió por la alfombra, agarró a Camila del brazo. Martín y Daniela las siguieron.

—No lo vas a lograr —dijo Martín.

—Claro que sí. —Amanda comenzó a correr.

—Te podrías haber dado cuenta unas horas antes —dijo Daniela.

—Bueno, nunca es tarde —Amanda gritó mientras se subía en el auto.

—¿Y ahora qué, pastelito? —Camila la miró de reojo, mientras comenzaba la marcha.

—Al aeropuerto a la velocidad de la luz. —Amanda comenzó nuevamente a marcar el teléfono de Diego.

—Disculpa, pero no estamos en *La guerra de las galaxias*, haré lo que pueda.

Después de tomar la autopista, Amanda golpeaba el tablero del auto para botar la tensión; había puesto su bolso de mano sobre el reloj del panel, ya que había comenzado a ver los números algo borrosos cuando avanzaban.

—¿Te puedes apurar?

—Es lo que hago, además solo a ti se ocurre darte cuenta que lo amas en el último minuto, podrías haber sido sincera desde un comienzo, para no tener que transformarme en una loca del volante, sin mencionar que me tienes los pelos de punta.

—Al menos me di cuenta, no como tú, que rehúyes del compromiso. —Amanda rodeó los ojos poniéndolos en blanco.

—Eso no es verdad.

—¿Es broma? Marco te gusta y solo te estás haciendo la interesante con él.

—Disculpa, pero el ejemplo de las relaciones de parejas que me das tú deja mucho que desear, sin mencionar que no me pondría a gritar como loca en el matrimonio de mi hermano.

—¿Es broma? No grité como loca, solo un poco ansiosa.

—Desde que te conozco te has desquiciado cuando has enfrentado al amor, por lo que definitivamente prefiero pasar.

—Yo también te conozco y sé que te gusta Marco y decirme loca es para desviar la atención.

—¿Es broma? Sí, creo que estás loca, ¿o a ti te parece que actúas muy normal?

—Bueno, el amor es así, deberías dejar que te desordenara un poco para ver si estas más simpática.

—¿Qué te pasa? Yo soy la reina de la simpatía.

—Si tú lo dices...

A los minutos se estacionaron afuera del aeropuerto. Amanda se bajó con sus zapatos en la mano y corrió entre las personas. Llegó al sector de los vuelos internacionales y examinó la cartelera con el estado de las salidas: el vuelo a Nueva York iniciaba el embarque.

—Mierda —gritó, trató de aclarar sus ideas para buscar la forma de lograr ingresar, pero sin un boleto era imposible que entrara.

Sintió la presencia de Camila a su lado, pero su cabeza giraba en todas direcciones.

—Mira, ahí está Marco. —Camila la agarró del brazo para ir a su encuentro.

—¿Qué hacen acá? —Marco las miró confundido.

—Necesito hablar con Diego — Amanda lo agarró de los brazos, pensando que, si ejercía la suficiente presión, habría alguna forma de llegar hasta él.

—Amanda, el vuelo acaba de despegar. —Marco la observó serio—. Lo siento.

Amanda se giró hacia la cartelera y el estado del vuelo cambio a despegado.

—No —gritó, se giró hacia Marco—. No, no puede ser, tengo que hablar con él.

Miró a Camila, que permanecía quieta en su lugar con la mirada cabizbaja. Se agarró su cabeza y respiró en cortas exhalaciones encontrando el aire en su interior. Después de unos segundos sintió que no daba resultado, ya que su visión se empezó a borrar y comenzó a ver manchas negras. Trató de alcanzar un asiento, pero sus pies se habían atornillado al suelo; la desesperación la atrapó y corrió hacia policía internacional. El guardia le bloqueó la entrada, pero ella insistió en tratar de pasar. El zumbido de sus oídos por la desesperación y la angustia no la dejaban escuchar las palabras del hombre.

Unos fuertes brazos la alzaron por la espalda y la alejaron del lugar. Marco la sentó en un asiento y Camila le decía que se calmara. Pero su control se había ido a la mierda con una sola palabra: despegado. Su pecho dejó de apretarse para dar paso a un desprendimiento completo de su interior. Aunque quiso llorar, sus lágrimas no llegaron, solo una enorme oscuridad la cubrió.

—Amanda, lo siento. —Camila la abrazó a su lado.

Se incorporó de golpe, no podía ser, volvió a mirar la cartelera, pero la información seguía igual.

—Soy una imbécil —gritó—. ¿Por qué no lo escuché?

—Tranquila. —Camila se acercó.

—¿Es broma? ¿Cómo me puedes decir que esté tranquila? Acabo de perder al único hombre que he amado de verdad por imbécil, por esconderme y no haber enfrentado lo que sentía.

—Al menos por fin enfrentaste la verdad y eso quiere decir que ya no te estas escondiendo. —Camila la miró de manera calmada.

—¿Y de qué mierda me sirve? —Amanda percibió como al fin su llanto se hacía presente.

Sus ojos se nublaron ante las lágrimas que corrían por sus mejillas y giró tratando de buscar alguna respuesta o algo que le devolviera la calma, pero ni la visualización de sus alas dibujadas en la espalda lo logró. Giró por la sala de embarque y el cambio en las carteleras captó su atención. Un

destelló blanco la inmovilizó.

La imagen hizo que sus latidos se aceleraran, pero la comprensión no la alcanzó. Secó sus ojos húmedos para tener una mejor visión, pero la imagen no se borró: continuaba ahí; examinó a su alrededor y la multitud también la observaba en silencio. No era un sueño, se acercó a unas de las pantallas y contempló sin respiración su dibujo y las imágenes de aquella noche la arrasaron con fuerza. Posó la mano sobre la pantalla y siguió las líneas de su silueta, esta vez no eran sabanas que la cubrían, sino un vestido hecho completo de mariposas, pero lo que más la cautivo fue la forma de sus brazos extendidos hacia el cielo, de los que se desplegaban varias mariposas más pequeñas que volaban libres hacia el firmamento.

—¿Volverás a huir? —Diego le habló desde su espalda—. ¿O esta vez volarás libre conmigo?

Amanda se giró y lo observó: no podía ser verdad que estuviera ahí, se dio la vuelta para observar la cartelera, pero el momento ya había desaparecido, los vuelos aparecían nuevamente.

—¿Pero cómo? Yo vi tu vuelo; te habías ido y Marco...

—Solo quise asegurarme de que no huirías otra vez. —Diego sonrió y escarbó su cabello de forma juguetona.

—¿Me engañaste? —Amanda lo miró impávida; aún no entendía lo que había sucedido.

—Solo un poco, pero esta vez no recibiré un no como respuesta.

—¿A qué te refieres? ¿No te vas entonces?

—Sí me voy, pero tú vienes conmigo. —Diego tomó su mano.

Amanda ante su contacto comenzó a temblar, había escuchado mal o él quería que se fueran juntos a Nueva York. De manera desorientada buscó alguna respuesta, miró a Camila y la encontró al lado de Marco sonriendo.

—Pero... Tengo que buscar mis cosas. —Amanda percibió que el desconcierto la mantenía en un estado de *shock*.

—Eso ya está resuelto. —Diego le indicó hacia la puerta de entrada

—¿Es broma? —Amanda gritó al ver a sus padres, Josefa, Daniela, Martín y la madre de Diego, con un par de maletas. Su madre se acercó y le entregó su pasaporte con un boleto de avión.

—¿Es que se volvieron todos locos? —Amanda percibió cómo la desorientación desaparecía dando paso a la furia de haber sido engañada.

—Más que tú, no creo. —Camila se acercó—. Ya te dije: cuando soy buena soy muy buena, pero cuando soy mala, soy mejor.

—¿Es broma que tu planeaste todo esto?

—Bueno, no sola, Marco me ayudó.

—Sí, que bueno que no te volviste loca antes de que apareciera la cartelera, además mi amigo solo la podía mantener treinta segundos.

—Me hicieron pensar que Diego se había ido y vieron cómo estaba de desesperada y no me dijeron nada.

Todos levantaron los hombros y sonrieron.

Diego observó el descontrol de Amanda, pero no iba a ceder, ya se había jugado todas sus cartas y, aunque tuviera que arrastrarla, la subiría al avión con él. Se acercó con preocupación, ya que podía

terminar esta vez con más de un ojo morado. Amanda se giró y lo observó abriendo sus ojos.

—Me engañaste —gritó. Se abalanzó sobre él para darle un gancho.

Diego, que se había instruido en técnicas de combate para su enfrentamiento, agarró su brazo y bloqueó el golpe sujeto su muñeca contra la espalda y, ya cansado de esperar, con su mano libre sujetó su cuello y la acercó besando sus labios con fuerza.

Percibió cómo Amanda dejaba de ejercer fuerza y se entregó a sus brazos. Con su lengua recorrió sus labios percibiendo como su fragancia lo envolvía. La satisfacción la entumeció, sin poder apartarse. No supo cuántos minutos estuvo perdido en sus brazos, pero tuvo la certeza de que jamás la volvería a dejar ir.

Abrió sus ojos y se encontró con los de Amanda; ya no había rabia, ni pena en su mirada, solo la ansiedad de que la volviera a besar, así que lo hizo.

—Hermano, sé que te quieres poner al día, pero ahora sí que perderás el vuelo. —Marco se paró a su lado.

Diego, aunque no quería apartarse, lo hizo. Miró a su familia y todos los esperaban.

—¿Estás lista?

—¿A qué te refieres exactamente? —Amanda lo miró con sus brazos en jarra—. ¿A que, si estoy lista para irme a vivir a otro país contigo por dos años, dejar a mi familia y todas las cosas que quiero?

—¿Más o menos? —Diego escarbó su cabello de manera nerviosa.

—Creo que necesito pensarlo. —Amanda lo miró seria.

—¿Es broma? No me desgasté tantos días preparando esto para que tú ahora te arrepientas. —Camila miró a Amanda de manera amenazadora—. Además, ya dijiste que no huirías otra vez.

—Si te arrepientes, te juro que me olvidare que estoy embarazada y seré ahora yo la que te patee el trasero —dijo Daniela.

—Yo estoy en contra de golpear a las mujeres, pero esta vez creo que nadie se opondría —sonrió Martín.

—Solo era una broma.

Diego percibió cómo su alma regresaba a su cuerpo, al parecer su nueva vida venía con bastante emoción, más de lo requerida, se tendría que preparar.

A los minutos se despidieron de su familia y amigos; juntos, de la mano y atravesaron la puerta de embarque. Convencidos, pero no listos para enfrentar su nueva vida juntos.

Los ojos de Camila nadaban en lágrimas: se iba su mejor amiga. Marco le tendió un pañuelo.

—¿Estás bien?

—Sí, creo que tanto romanticismo me afectó. —Camila secó sus lágrimas y se giró hacia el hombre que deseaba, aunque no lo quisiera admitir—. ¿Te gustaría que saliéramos?

—No puedo. —Marco se giró para marcharse, le cerró un ojo y luego solo dijo—. Te llamo.

# Sobre Tamara Kruger



Nació en Valdivia, al sur de Chile, en el año 1979. En sus primeros años se trasladó a la capital donde se estableció. En su adolescencia descubrió el amor por la literatura, que fue su refugio durante muchos años.

Estudio Educación Parvularia y Básica Primer Ciclo en la Universidad Mayor, y se graduó con máximo honor.

Después de 7 años de haber trabajado en uno de los sectores más vulnerables de Santiago, deja la educación para reencontrarse con su pasión por los libros y escribe su primera novela, *¿Es broma?*

Actualmente vive en Santiago con su marido y sus dos hijos y escribe su próxima obra, titulada *No es divertido*.